

Un Casanova Encantador

PRETTY



WOMANIZER

CALLISTA KING

Belle
Époque
Collection

PRETTY WOMANIZER

Un Casanova Encantador

Callista King

Belle Époque Editorial

EL HOMBRE
El blog de los hombres de verdad

Hola,

¿Ya lo notaste?

Te gastas el dinero que tanto te cuesta reunir en bombones exóticos y ramos de flores para complacer a una mujer. Ves películas románticas aburridas con ella y pones cara de interesados mientras delira durante horas sobre la nueva tendencia en zapatos. Y a pesar de todo este esfuerzo, no consigues a la chica.

Pero no es tan difícil quedar bien con una mujer. ¿Quieres que te dé algunos consejos? ¿Qué tal si te enseño a ganar puntos con las mujeres como todo un hombre?

En ese caso, suscríbete a mi blog.

Nos vemos,

EL HOMBRE

1. Conoce a la Srta. Miller

¡Estaba a punto de empezar!

Los dedos de Rebecca Miller se tensaron involuntariamente en torno al borde de la lustrosa mesa de reuniones donde se sentaban ella y los demás abogados del bufete *Armadon, Hall & Piddlefield*. Todos los jueves tienen una reunión en la que se presentan los casos del momento, y esta vez le ha tocado a ella exponer. El aire acondicionado hacía eco en el fondo de la sala, uno de los doce colegas arrugó un papel y el sonido sordo de la sirena de un coche de policía llegó desde el exterior.

Quentin Armadon, la imponente figura del famoso bufete de abogados, saludó a Rebecca con un movimiento de su cabeza. Con su melena blanca platinada que le llegaba hasta el cuello de su impecable traje, su perfil aristocrático y su aguda mirada de águila, a un extraño le habría quedado claro de inmediato quién estaba al mando. El hecho de que el apellido de Armadon figurara en primer lugar en el nombre de la empresa no se debía, desde luego, al orden alfabético.

— La señorita Miller ha demostrado ser una nueva y prometedora incorporación a nuestra empresa —explicó Quentin—. Ha conseguido poner un pie en el Grupo Stone. Estoy seguro de que no tengo que explicar lo lucrativo que sería representar a esta clienta en todos los asuntos relacionados con la corporación. Rebecca, por favor, empieza.

Rebecca se aclaró la garganta y enderezó los hombros. Por supuesto, estaba perfectamente preparada y no decepcionaría a su expectante jefe. Era su primer trabajo después de graduarse y estaba increíblemente orgullosa de haber sido contratada por uno de los bufetes de abogados más prestigiosos de Nueva York. Había trabajado en su presentación durante muchas horas y ahora impresionaría enormemente a sus colegas.

— He conseguido hacerme cargo de la representación legal de Global Invest. Como estoy segura de que ya lo saben, Global Invest es una filial propiedad al cien por cien del Grupo Stone. Gracias a mis esfuerzos pude reunirme con el director general de la empresa matriz, Richard Stone. Le hice una oferta de nuestra empresa y, a modo de prueba, me pidió formular un plan para remodelar el equipo directivo. Mi objetivo, por supuesto, es adquirir a todo el Grupo Stone como nuestro cliente....

Entonces, pulsó el botón de un pequeño control remoto e inmediatamente comenzó la presentación en PowerPoint. El resto de abogados se volvieron hacia la presentación que ella mostraba en el proyector. Todo va de acuerdo con el plan.

Muy concentrada, Rebecca explicó la planificación de tarifas a corto y mediano plazo de los distintos escenarios y compartió información sobre el contrato actual.

Sin embargo, el hecho de que hubiera conseguido reunirse con el codiciado gran cliente no se

debía a sus inmensos dotes de negociación, sino a la clase de aeróbicos en el gimnasio *Body Kiss* de la calle 85. Durante el sudoroso entrenamiento, se había hecho amiga de Gwendolyn Morehouse, la secretaria ejecutiva de Global Invest. Tomando un batido de proteínas con bayas de goji y hojas de rúcula, le consiguió a Rebecca la ansiada cita con su jefe. Pero el cómo no era necesario compartirlo con sus colegas.

— ... Y por eso tengo el buen presentimiento de que nuestra empresa pronto podrá disfrutar de importantes contratos con el Grupo Stone —concluyó su presentación—. Ya me he reunido con el señor Stone Senior y Junior y he representado a la empresa, espero, de forma provechosa.

Algunos compañeros asintieron, impresionados. La presentación había ido bien, Rebecca estaba segura de ello. Sin embargo, sus ojos buscaron los de Quentin, porque sólo su opinión contaba. Sin embargo, él no mostró mayor asombro, sino que llamó al siguiente colega para que explicase su demanda colectiva contra un fabricante de monociclos.

La falta de reacción por parte de su jefe inquietaba a Rebecca. ¿Había hecho algo mal? Nerviosa, movió los pies por debajo de la mesa, atrapados en unos elegantes zapatos de tacón. Eran incómodos, sobre todo ahora en pleno verano y con las jornadas de trabajo miserablemente largas que tenía en la empresa, pero combinaban a la perfección con el traje y la blusa color salmón que tenía Rebecca. Como recién llegada y única mujer en el grupo de abogados, tuvo que adaptarse al estilo elegante de la empresa. En casa, todos se habían limitado a ir en vaqueros sueltos y camisas desgastadas; Rebecca no había visto ni una sola vez a su madre con falda. A sus padres no les gustaba nada que su hija menor quisiera ir a la universidad; eran trabajadores arraigados y no querían una estudiante sabelotodo en la familia. Pero Rebecca se había dado cuenta desde pequeña de que no quería hacer hamburguesas en el restaurante familiar y acostarse por la noche con grasa de freír en el pelo. Su diligencia y ambición la habían traído hasta aquí, y ahora sin duda aprovecharía esta oportunidad para hacer una carrera admirable.

Cuando terminó la reunión, se levantó igual que sus colegas para abandonar la sala de reuniones y volver a su pila de archivos, sin embargo, Quentin Armadon la detuvo cuando se disponía a recoger sus cosas.

— Rebecca, quédate aquí un momento —dijo y sacó del bolsillo su delicado spray bucal, que utilizaba para refrescarse el aliento a intervalos regulares.

El jefe tenía una manía con la higiene. Se desinfectaba las manos cada vez que entraba en contacto con los clientes y se limpiaba la suela de los zapatos todos los días, siempre en la planta baja, en La Casa de Rajesh, que había montado su puesto justo a la salida del reluciente edificio de oficinas. Supuestamente, también se ponía los calcetines un solo día y luego se deshacía de ellos, pero tal vez no fuera más que un rumor malintencionado. En cualquier caso, era uno de los mejores abogados de Nueva York y Rebecca le adoraba como a una estrella del pop por sus estadísticas de casos ganados.

Nerviosa, se pasó la mano por el pelo hasta los hombros. ¿Había salido algo mal en la

presentación? Quentin esperó a que todos los demás hubiesen abandonado la sala y se volvió hacia ella.

— Buen trabajo. Veo que fue una decisión acertada contratarte aquí —dijo y, finalmente, su pecho dejó de sentirse tan pesado. Quentin no era precisamente conocido por su estilo de gestión elogioso—. Debes haber dedicado mucho tiempo en conseguir este cliente. ¿No se queja tu prometido cuando te ocupas así?

Sonriendo, Rebecca le dio la espalda para recoger sus carpetas.

— Oh, ya sabe, los fines de semana no suele estar aquí de todos modos. Estaba en Boston, tenía una reunión con clientes importantes. Él también se toma su trabajo muy en serio.

Su prometido era ambicioso, un directivo muy bien pagado de la industria automovilística y... no era real. Rebecca se lo había inventado. No tenía tiempo ni ganas de una relación; quería concentrarse exclusivamente en su carrera. Pero como el jefe daba importancia a las relaciones interpersonales estables y sus colegas hablaban a menudo de sus esposas, se había inventado un compañero de vida sin más.

Quentin la miró con ojos penetrantes.

—No obstante, debes ocuparte de tu vida privada. Sólo cuando esté en orden podrás darlo todo en el trabajo.

Rebecca escuchó atentamente. Estaba claro que había llegado el momento de adoptar otra táctica. Asintió con entusiasmo.

— No se preocupe, señor Armadon. Llegará a tiempo del trabajo este viernes, me lo prometió. Y luego tendremos todo el fin de semana para nosotros. Solo nos disfrutaremos, para que el lunes por la mañana vuelva a estar lista para la oficina.

Satisfecha, Rebecca sonrió. Por supuesto que lo tenía todo bajo control, sin ningún problema. Incluso una foto de su amante imaginario, recortada de un folleto de un remedio contra la caída del cabello, estaba en su bolso como medida de precaución. Rebecca estaba perfectamente preparada, como siempre. Odiaba las sorpresas tanto como a las ratas y ya era conocida desde el colegio por planearlo todo siempre al detalle. Nada había cambiado en ese sentido.

— Me alegro por ti. Entonces puedes traerlo a cenar el sábado, sólo seremos un pequeño círculo. Randolph, Darren, tú y yo, cada uno con su pareja. Cuando se trabaja tantas horas juntos, hay que verse fuera de la oficina de vez en cuando. Estoy deseando conocer a tu prometido —dijo Quentin.

Con eso, se dio la vuelta y abandonó la sala de reuniones con las largas zancadas de un hombre consciente de su valor.

Rebecca se quedó mirándole horrorizada. ¡Maldita sea!

Eso no entraba en sus planes. ¿Dónde demonios se suponía que iba a encontrar a un prometido ahora? Sólo había una opción: tenía que pensar en una excusa para la noche. Algo inevitable.

Una visita a una tía enferma. O que, por desgracia, su amante estuviera en cama con una gripe de verano.

Pensativa, tomó su carpeta y caminó por el pasillo, dirigiéndose hacia su despacho.

Se abrió una puerta a la derecha. Randolph Myers, un pomposo entrometido especializado en divorcios, salió. Cuando la vio, la saludó con la cabeza.

— Bien hecho, Rebecca. Es evidente que has impresionado incluso a San Quentin. Me ha dicho que también te han invitado a la cena trimestral. Casi nadie lo consigue tan rápido.

Rebecca odiaba cuando alguien llamaba al jefe "San Quentin", en alusión a la famosa prisión de California. Realmente se merecía más respeto. Pero no le correspondía a ella poner a su colega en su sitio. Todavía no.

— ¿Qué quieres decir con "cena trimestral"? —le preguntó a Randolph.

—Pues es muy importante. Una vez cada tres meses, Quentin invita a cenar a los abogados que le han llamado la atención de forma especialmente positiva. Si en un año no consigues que te invite a sorber ostras, puedes hacer las maletas. Es duro como una piedra.

La garganta de Rebecca de pronto estaba seca.

— ¿Y los cónyuges? —tengo que insistir.

— También les presta mucha atención, por supuesto. Quien trabaja para *Armadon, Hall & Piddelfield* apenas tiene vida privada. Por eso es importante para Quentin que sus parejas los apoyen. Si sospecha que tu entorno familiar no anda bien, te echa rápidamente.

¡Rayos!

Sólo ahora se dio cuenta Rebecca del problema en el que estaba. Era prácticamente imposible evitarlo. Y lo de la enfermedad tampoco ayudaría, porque en algún momento Quentin seguro que querría conocer a su muy bien pagado gerente de la industria automovilística.

— ¿Dónde está el expediente del caso Weldon? —interrumpió uno de los socios principales y Rebecca se apresuró a entrar en su despacho para revisar los papeles en los que había estado trabajando. Ahora tenía que concentrarse en el trabajo, ya pensaría en la cena más tarde. Seguro que se le ocurriría alguna solución.

Cuatro horas más tarde, estaba de camino a su apartamento. Con la mayor parte de su sueldo destinado a pagar los préstamos de la universidad, sólo podía permitirse una habitación en un apartamento compartido. Todavía le molestaba que un puñado de futbolistas con notas mediocres de su secundaria hubiesen podido entrar a la mejor universidad a base de becas deportivas, mientras que ella seguía pagando el préstamo siendo la mejor estudiante de su clase. Invertía su sueldo en ropa elegante y una buena peluquería, últimamente incluso se había permitido un auténtico bolígrafo Montblanc. Nadie en la oficina debía saber que su padre trabajaba en *Fred's Burger Heaven* y que su madre era cajera en Walmart. No encajaba en el estilo de *Armadon, Hall & Piddelfield*, porque sus colegas solían hablar de sus ayudantes al jugar golf y de las cuentas exuberantes de sus padres. Rebecca no quería destacar negativamente, sino encajar en la oficina

como el cartucho de tinta en la brillante abertura de una impresora.

Esto incluía, estúpidamente, un acompañante para la cena trimestral. Mientras pensaba en un plan, se maldecía por no socializar más. Así que no podía reclutar a un pseudo-prometido entre su círculo de conocidos. Sólo quedaban dos hombres: Jamie y Mo, sus compañeros de apartamento.

Rebecca se bajó en la estación de Union Square y caminó dos manzanas por la calle 15 hasta llegar al edificio donde vivía. Ya podía escuchar los primeros sonidos de una canción de reggae al subir las escaleras. Obviamente, Mo estaba en casa. Era de Wisconsin en lugar de Jamaica, pero seguía sintiéndose como la pálida reencarnación de Bob Marley. Mo trabaja en una tienda de discos en Washington Square, en Greenwich, y Rebecca tenía la sensación de que él mismo era su mejor cliente. Al menos eso explicaría los viejos discos de vinilo que se amontonaban en todos los rincones de su habitación.

—Hola, nena, ¿cómo estás? —la saludó mientras se quitaba las zapatillas en el pasillo. Llevaba una camisa de batik con un estampado de hojas de cannabis y sus rastas rebotaban al ritmo de la música.

Rebecca decidió que sería una tarea imposible convertirlo en un gerente representativo en la cotizada industria automovilística. Le había tomado mucho cariño al chico, pero por nada del mundo podía venderlo como un hombre de negocios serio.

—Yo, perfecta, todo está yendo de maravilla —contestó Rebecca, entró en su habitación y se puso ropa más cómoda. Por supuesto, todo en su armario estaba meticulosamente ordenado, después de todo, nunca quiso vivir en un desorden como su hermana, Rhonda. Eligió su traje de negocios y sus pensamientos se centraron exclusivamente en la cena que se acercaba. Su única esperanza era Jamie.

Para convencerlo de participar en esta misión, tenía que idear un plan adecuado, pero ése era el fuerte de Rebecca después de todo. Se sentó en la cama e hizo una lista mental. Jamie tenía una educación medianamente decente, con un poco de entrenamiento sería capaz de entablar una conversación de negocios. Por lo tanto, el primer punto estaba marcado.

Su aspecto no era estimulante, pero sí aceptable. Llevaba el pelo corto y grandes monstruos marinos como antebrazos. Con una camisa manga larga y una chaqueta, los tatuajes podían ocultarse. Había una tienda de disfraces a dos calles, allí podría conseguirle un traje estupendo. Así que visualmente también era adecuado.

El punto tres de su lista era un poco más complicado, porque al fin y al cabo tenían que actuar como una pareja de enamorados. Rebecca sabía que a Jamie le gustaba un poco, pero no quería darle esperanzas. De momento, no le interesaba tener novio. Lo arreglaría de antemano y todo estaría bien.

Aliviada, se levantó, se recogió el pelo en una cola de caballo y salió de su habitación llena de energía porque acababa de escuchar cómo se abría la puerta del apartamento.

Encontró a Jamie en la cocina, de pie junto a la estufa, friendo algo en la sartén.

— Jamie, tengo un gran problema. Eres el único que puede ayudarme —empezó ella y se sentó detrás de él en la pequeña mesa del comedor.

— Déjame adivinar: ¿Hay una araña encima de tu cama? —Rompió un huevo y añadió cebolla picada a su comida.

Rebecca soltó una risa nerviosa.

—No, esta vez es algo diferente. Me han invitado a una fiesta y no me gusta la idea de ir sin compañía. Así que pensé que, quizás, te gustaría venir.

— ¿Una fiesta? —Siguieron la pimienta y la salsa de tabasco. Rebecca miró la espalda atlética de Jamie, que le gustaba bastante. Era casi sexy la forma en que meneaba el trasero mientras removía su comida con entusiasmo.

— Más bien una cena de negocios.

— No, lo siento, no estoy para abogados rígidos.

Mierda. Ya se esperaba que esto fuera un problema. Jamie era diseñador gráfico y anarquista, y además tocaba apasionadamente el bajo cada que podía. No tenía mucho en común con los trajes elegantes y las cenas empresariales. Pero, como todos los músicos, tenía algo más: preocupaciones crónicas por el dinero.

— Es muy importante para mí . Incluso te daré cincuenta dólares si vienes conmigo —dijo Rebecca.

— ¿Cincuenta dólares? —Los hombros de Jamie se tensaron—. ¡Entonces tenemos un trato!

Rebecca sonrió satisfecha. Ya está. No fue tan difícil después de todo. Pero cuando Jamie se dio la vuelta, puso un salvamanteles sobre la mesa y colocó la sartén encima, ella se quedó mirándolo perpleja.

— ¿Qué es eso? —le señaló la nariz. Allí brillaba algo metálico que, en opinión de Rebecca, no tenía nada que hacer allí.

—Me luce, ¿cierto? —dijo, tomando un tenedor y empezando a llevarse la comida a la boca con calma.

— ¡Tienes un piercing! —gritó Rebecca.

— Oye, suenas como si fuera el fin del mundo. No es nada fuera de lo normal . —Jamie la miró despreocupado.

— ¡Es para un gerente de la industria automotriz! ¿Puedes quitarte eso?

Frunció las cejas, confundido.

—Estás diciendo locuras. ¿Acaso has comido alguna de las galletas de Mo? Sigo trabajando como diseñador gráfico, no como gerente. Y no, primero tiene que curarse, me lo hice hoy. Ni siquiera me dolió tanto, por cierto.

¡No puede ser!

Rebecca se ahorró la explicación y se levantó de la mesa. De ninguna manera iba a dejar que

Jamie se encontrará con el siempre bien peinado y prolijo Quentin. ¿Qué podía hacer?

Mo asomo su cabeza en la cocina.

— Los chicos estarán aquí en un minuto, estamos ensayando algunas melodías nuevas. ¿Estás listo, Jamie? Luego prepararemos el estéreo.

Eso también. A Rebecca no le apetecía nada ver a un puñado de aspirantes a músicos fumadores buscando el verdadero ritmo. Normalmente no le molestaba escuchar los ensayos, pero hoy era demasiado. Entró en su habitación, sacó la bolsa de deporte de debajo de la cama y se dirigió al gimnasio. Dentro de media hora empezaba allí una clase de power yoga y, en comparación con su piso, era un lugar maravillosamente tranquilo.

*

Dos horas más tarde, recién estirada pero no realmente relajada, Rebecca se sentó en el pequeño bar del estudio. Gwendolyn Morehouse dejó caer su bolso a su lado y se acercó a un taburete. Su melena rubia seguía teniendo el peinado geométrico incluso después de las contorsiones en la alfombra del suelo, en contraste con sus formas, que estaban bastante bien redondeadas. Todo el ejercicio no ayudaba, no se mantenía alejada de los dulces con tanta constancia como Rebecca.

— No pareces muy relajada. —Observó Gwen—. ¿No te gustó la clase?

— No es la clase, es un problema con el que estoy arrastrando —explicó brevemente a su compañera de yoga de qué se trataba.

Gwen tiró de la pajita de su batido de yogur con arándanos y levantó la vista.

— ¿Por qué se te ocurrió lo del prometido? Podrías haber dicho simplemente que estabas soltera.

Entonces, Rebecca negó con la cabeza.

—Eso no está bien visto. Quentin Armadon sólo contrata a personas con relaciones estables, esto me lo dijo alguien de adentro. Los solteros no son muy populares en su empresa, se supone que son poco fiables.

— Qué idiota —comentó Gwen, que tampoco tenía un hombre al que mostrar—. ¿Así que mentiste en la entrevista?

— Claro. Pensé que podría terminar el supuesto compromiso una vez que mi puesto estuviera afianzado en el bufete. Pero luego lo olvidé.

— O te gustaba la idea de imaginar un gran prometido gerente del cual estar enamorada.

Rebecca suspiró. Gwen tenía razón hasta cierto punto. En efecto, disfrutaba de contarles a los demás los fines de semana juntos, las visitas al teatro y las cenas a la luz de las velas en el nidito de amor. A veces casi se creía que acababa de regresar de una excitante excursión con su amante. Las tardes y las noches se colaban en su vida cuando estar sola no le resultaba especialmente

emocionante.

— Bueno, si no tienes novio, contrata uno —dijo Gwen, abriendo rápidamente el pequeño menú—. ¿De casualidad sabes cuántas calorías tiene una ensalada César?

Rebecca se quedó mirando a su amiga.

— ¿Contratar? —repitió, sin preocuparse por la ensalada.

Gwen puso los ojos en blanco.

— ¡Claro que sí! Casi todo el mundo lo hace. Llama a *Angel Escort* y reserva a Christopher, yo lo uso todo el tiempo. El hombre es un sueño.

Su mirada se llenó de luz y sonrió con felicidad. Luego hizo una seña al mesero y pidió una patata asada con doble ración de crema agria. Rebecca se acercó más a su amiga.

— ¿Has contratado a un acompañante? —preguntó, con voz baja por la incredulidad.

— ¡Dios mío, sueñas como si hubiera contratado a cuatro lujuriosos griegos para una orgía! Era sólo un acompañante, para una situación como en la que te encuentras. No es gran cosa. Como dije, ¡Christopher es tu hombre! —Deja su batido de lado y no puede evitar usar las manos—. Es increíblemente guapo, un tipo sacado directamente de un anuncio de perfumes, elegante, elocuente y todo un caballero. Cualquiera se creerá que es el amante de tu mánager. Y si pones un poco más de dinero, puedes quedártelo toda la noche.

Gwen soltó una risita como una niña pequeña.

Asqueada, Rebecca se echó hacia atrás.

—Eso no es lo que tengo en mente. Necesito exclusivamente a alguien que haga de mi prometido en una cena elegante. Y que tenga estilo.

La amiga asintió y sorbió ruidosamente su batido.

— Sin duda lo tiene. Sabe de política, de negocios y de arte. El paquete completo, totalmente culto. Creo que incluso se hace los trajes a medida. Créeme, cuando Christopher te cuente sobre la evolución del Dow Jones y te mire profundamente a los ojos, todas las mujeres del bar te envidiarán. Se me pone la carne de gallina sólo con oírle decir la palabra *producto nacional bruto*. —Gwen suspiró, soñadora—. Será mejor que llames hoy y reserves a tu Señor Elegante. Ya verás, pasarás una velada absolutamente fabulosa.

Rebecca sonrió. Parecía un buen plan. Cuando Gwen fue al baño a retocarse el maquillaje, Rebecca sacó su teléfono móvil y contactó a *Angel Escort*. Incluso pagaría unos dólares extras por un hombre que supiera de finanzas y grandes negocios, y que además era elegante e inteligente. A partir de ahora, todo saldría a la perfección, ¡lo podía sentir!

EL HOMBRE

El blog de los hombres de verdad

Hola hombres,

¡Son increíbles! Hemos tenido más de treinta posts de ustedes desahogándose. Parece que es un tema candente.

(@Jasper: yo también creo que hacer abalorios no son realmente una afición masculina y ella no puede obligarte a hacerlo).

Así que chicos, esto es lo que he estado pensando:

La naturaleza me ha dado una cara decente y, como me gano el dinero con trabajo de verdad, mi cuerpo también está en buena forma. Les gusto a las mujeres, pero sé que muchos de ustedes luchan con todas sus fuerzas. Se gastan sus salarios ganados con esfuerzo en flores y regalos, les hacen cumplidos, las ayudan a ponerse el abrigo y asienten con interés a cada historia sobre sus aburridos colegas.

Basta ya.

Desde hace algún tiempo trabajo para una agencia de acompañantes los fines de semana y tengo una que otra experiencia adicional. ¿Y les digo una cosa? A las mujeres les gustan los tipos duros. No me doblego y no me dejo convertir en un come cereales.

¿Cómo funciona eso?

Muy sencillo. Lo dejo claro desde el principio. Incluso en la primera cita, no alabo a la señora con frases trilladas ni me vendo como un alto directivo culturalmente interesado. Me atengo a lo que soy: Un hombre que trabaja con las manos y también bebe una cerveza de vez en cuando.

Tampoco la lleno de piropos manidos, sino que sólo le suelto uno en toda la velada. ("Bonitos ojos" siempre cae bien). Créeme, me lo agradece más que si le miento cada diez minutos sobre lo irresistible que es.

Así que no se pasen con los cumplidos, ¡tendrán mucho más efecto!

Eso es todo por hoy, tengo otra cita. Mujer de negocios. Por supuesto, no voy a llegar a tiempo, sino un poco tarde, lo que hace que mi entrada sea mucho más emocionante. Mantenla en ascuas y luego sorpréndela con tu virilidad cuando finalmente aparezcas. Eso es más atractivo que un ramo de rosas con el que ya estás de pie cuando por fin llega la dama. Hazte de rogar y serás mucho más interesante.

Hasta entonces,

EL HOMBRE

2. Cena elegante para ocho

El sábado por la tarde, a las seis y media, Rebecca caminaba por su habitación como un depredador que acababa de llegar al zoológico. Ya era hora. Cada treinta segundos levantaba la muñeca y miraba su reloj. Llevaba un vestido negro elegante pero modesto, unos pendientes de diamantes que parecían reales y un peinado recogido que Sandy le había preparado.

—Créeme —afirmó su peluquera—, con este recogido clásico parecerás Grace Kelly. Y todos los hombres adoran a la buena Grace. De todos modos, creo que tienes cierto parecido con ella. Esa elegancia fresca, oh, te envidio por eso.

Sandy, a la que le gustaba llevar peinados llamativos y trajes de colores brillantes, había suspirado con ganas y luego había seguido cepillando con movimientos ágiles.

Rebecca no estaba segura de si el estilo de Grace Kelly era realmente deseable para una abogada y si la elegancia fría representaba algo envidiable, pero, de todos modos, no podía deshacerse del peinado cuidadosamente fijado. Además, a estas alturas ya no se preocupaba por su aspecto, que en su opinión no podía compararse en modo alguno con la belleza de elegancia uniforme. Más bien estaba disgustada por la tardanza de su acompañante.

Había indicado a la amable secretaria de *Angel Escort* que Christopher debía estar en su apartamento a las seis y media en punto. Al fin y al cabo, aún quedaban muchos detalles por concretar. Rebecca volvió a echar un vistazo a la lista que había preparado, en la que se enumeraban meticulosamente todos los puntos importantes.

¡Las siete menos cuarto!

Poco a poco, el estómago de Rebecca empezó a sentirse muy revuelto. La cena empezaba a las siete y media, pero antes tenían que tomar un taxi hasta *Columbus Circle*, donde se encontraba el restaurante estrella *Per Se*. Por supuesto, quería llegar a tiempo y no había que subestimar el tráfico en Manhattan un sábado por la noche.

Cuando su teléfono móvil vibró, hizo una mueca de agonía.

Un mensaje de texto, número desconocido. Debe ser Christopher. Esperemos que llegue a tiempo. Nerviosa, revisó el mensaje.

[Tuve problemas con el Bentley. Pero puedo arreglármelas si nos encontramos directamente en el vestíbulo del Time Warner Center, frente a los ascensores. Entraremos juntos por la puerta azul.]

Rebecca tuvo que leer el mensaje dos veces. Al principio no sabía de qué puerta hablaba, pero luego recordó que por ella se entraba al famoso restaurante. Había visto una foto en alguna revista. Así que, a diferencia de ella, Christopher ya había estado en *Per Se*. Este hecho y la mención de un Bentley la tranquilizaron tanto que incluso le perdonó el retraso. Gwen tenía razón, era un hombre con estilo. Llegó en un lujoso coche británico, no todo el mundo podía

hacerlo. Y qué acertada fue la elección de la marca. Al fin y al cabo, ella había especificado al hacer la reserva que él tenía que actuar como directivo de la industria automovilística. Como si le hubiera leído el pensamiento, había elegido un coche costoso, seguramente prestado, pero no importaba. Este Christopher sabía exactamente lo que tenía que hacer.

Sorprendentemente, Rebecca se sintió mucho más tranquila después de este primer contacto, a pesar de que odiaba los retrasos. Pero aquel hombre era un profesional, lo percibía en cada señal que le daba.

Ella respondió rápidamente al mensaje.

[¡Perfecto! Te espero en el vestíbulo, estatura media, vestido negro, pelo castaño claro, peinado a lo Grace Kelly.]

Entonces, tomó su pequeño bolso y bajó a la calle 15 para llamar un taxi y llegar al Central Park. En cuanto se sentó en el asiento trasero, su teléfono móvil recibió un nuevo mensaje.

[No te preocupes, seguro que te reconozco, incluso sin una descripción.]

Rebecca sonrió. Su corazón empezó a latir más deprisa cuando leyó los mensajes de Christopher. Hacía mucho tiempo que no estaba tan emocionada, y no era sólo por la importante cena de negocios. Se sorprendió al descubrir que tenía muchas ganas de conocer a su encantador compañero. Hacía siglos que no salía a cenar con un hombre, y la idea de no sentarse sola o con amigas en un restaurante por una vez le atraía cada vez más.

Cuando pagó y bajó tras llegar frente al Time Warner Center, apenas podía esperar para conocer por fin a Christopher.

Una vez en el vestíbulo, junto a los ascensores, caminó de un lado a otro durante unos minutos, pero luego decidió esperar frente a una valla publicitaria y fingir que leía los carteles. Por el raballo del ojo, por supuesto, no dejaba de mirar hacia la puerta. En algún lugar del centro, un combo de jazz tocaba “Fly me to the moon” y el olor especiado de los granos de café recién tostados llegaba desde una cafetería hasta los ascensores.

Entonces, lo vio.

Le reconoció de inmediato. Entre toda la gente que entraba por la puerta de cristal, él destacaba como un diamante entre un puñado de guijarros.

Su acompañante de esta noche se acercó a ella con pasos ágiles, despreocupados y seguros. Sus zapatos negros brillaban bajo los rayos de la puesta de sol. Quienquiera que le hubiera confeccionado el traje sabía lo que hacía, porque la tela resaltaba el cuerpo de Christopher a la perfección. Rebecca casi se olvidó de respirar mientras el hombre seguía acercándose. Su cabello oscuro había sido moldeado con un toque de gel y resaltaba sus llamativos rasgos. El mentón prominente y la nariz recta hacían juego con su carisma masculino, al igual que los ojos castaño oscuro que brillaban bajo las gruesas cejas como castañas pulidas y brillantes. Rebecca olió una loción ácida que le recordó al cuero viejo, a la madera de caoba y un poco al olor de la gasolina. Sólo un hombre de verdad podía llevar un perfume así.

Había esperado un hombre rubio, por alguna razón desconocida, después de la conversación con Gwen, pero éste tenía la misteriosa aura oscura de un Latin lover. Su sonrisa empezaba en los ojos y era pura promesa, de su mirada parecían salir chispas.

Rebecca tuvo que tragar saliva. Por lo que parecía, Gwen no había exagerado. Este Christopher era elegante, con estilo e increíblemente atractivo. Irradiaba la seguridad en sí mismo de un hombre que sabía lo que era importante. Un hombre de negocios frío como el hielo en el trabajo, un educado conversador en privado. Y por la noche, un seductor tenaz. Ella estaba completamente cautivada por su carisma.

Cuando le tendió la mano, aún sin decir palabra, el aire pareció crujir como si estuvieran bajo una línea de alta tensión. Cuando Rebecca rozó los dedos de Christopher, un cosquilleo le recorrió el cuerpo. Eran ásperos y firmes, no las manos de un galán, sino las de un hombre de verdad. Maravillosamente masculinas.

Sus ojos se encontraron con los de él y notó cómo le temblaban ligeramente las rodillas.

Entonces escuchó su voz por primera vez, ese timbre ronco le golpeó de inmediato en medio del estómago. Al menos hasta que sus palabras llegaron a su cerebro.

—Hola, cariño. Soy Logan. Bueno, vamos a poner patas arriba a esos abogados tuyos —dijo. Completamente perpleja, Rebecca se quedó mirándole. Estaba tan desconcertada que sólo consiguió pronunciar una palabra al segundo intento.

—¿Logan? —repitió entre dientes.

—Exactamente. Christopher ha sido víctima de un estúpido virus, así que le quité el trabajo.

Ella retiró su mano, que él aún sostenía. ¿Había escuchado realmente “patas arriba”? ¿Y “esos abogados tuyos”?

El resplandor que había emanado de él hacía unos instantes, como si fuera un ser sobrenatural, parecía haber desaparecido de repente. Rebecca observó que tenía una oscura sombra de barba en la barbilla y que el botón superior de la camisa estaba abierto bajo la corbata.

—Tenemos que repasar algunas cosas. —Se apresuró a sacar la lista de su bolso—. Sabes que debes actuar como un gerente, ¿verdad? ¿Conoces el negocio de los coches?

—No hay problema, cariño, cuando se trata de coches, nadie puede contra mí. —Sonrió con una confianza preocupante.

Bueno, da igual.

—¡No vuelvas a llamarme cariño! —replicó ella y continuó rápidamente—. Viajas mucho, nos gusta ir al teatro, aún vives en tu propio apartamento, pero queremos irnos a vivir juntos en cuanto las cosas estén más estables en tu trabajo.

—Entendido, jefa. —Su sonrisa era tan amplia que Rebecca se preguntó si era amistosa o impertinente. Pero no tenía tiempo para pensar en ello, porque todavía había mucho que resolver.

—Tengo mucho en juego esta noche. Necesito causar una buena impresión a Quentin Armadon, que es el jefe de la empresa —explicó.

— Puedo manejarlo. Tengo buena reputación con la gente. La mayoría de las veces no hay que fingir demasiado ante ellos, lo mejor es ser uno mismo . —Se quitó una pelusa de la manga del traje.

Lentamente, Rebecca entró en pánico. La despreocupación era algo hermoso, ¡pero no cuando se trataba del siempre perfecto Quentin!

— Déjame hablar a mí —sugirió ella—. Así nada saldrá mal. Primero hablaré sobre algunas cosas sobre nosotros . —Revisó brevemente la lista—. ¡Y por el amor de Dios, abróchate bien el cuello de la camisa! —dijo antes de aclarar rápidamente con él otros detalles.

Logan se aflojó la corbata y miró tranquilamente el botón superior. Rebecca puso los ojos en blanco, molesta. ¿Qué había hecho? Aquel tipo se creía sin duda el mejor hombre bajo el sol, ¡pero ya tenía problemas con el cuello de su camisa! Ahora incluso recordaba por qué le sonaba su nombre. ¿No era "Logan" uno de los X-Men? A este tipo le convenía fingir ser un superhéroe. Pero ella necesitaba desesperadamente un acompañante modesto, serio e inmaculado para causar una impresión perfecta en la cena.

Deslizó la lista, que a estas alturas ya se sabía de memoria, en su bolso y le quitó las manos del cuello.

— Déjame a mí —decidió y puso su propia mano sobre el botón rebelde. Aún quedaba un poco de tiempo, así que le contaría a Logan todo lo que había ideado sobre cómo se conocieron. Había sucedido en una inauguración de arte. El arte moderno seguro que caía bien. Todo lo que tenía que hacer era inculcárselo.

Una voz la dejó helada.

—Los demás se nos unirán en unos minutos —oyó decir a Quentin Armadon—. Pero está bien que sean tan puntuales. Eso me gusta.

Rebecca se dio la vuelta.

— ¡Señor Armadon! —casi gritó sorprendida, sintiendo que toda la sangre iba a su cabeza. Todavía no estaba preparada.

Sin embargo, no había vuelta atrás. El jefe, como siempre con un traje impecable y una camisa sin arrugas, primero le estrechó la mano y luego se la tendió a su acompañante.

— Así que tú eres el prometido de Rebecca. Encantado de conocerte. Los cuellos apretados son una pesadilla, ¿no?

— Logan Rodríguez, el placer es todo mío. Oh, sí, en eso tienes razón. Pero me temo que no nos dejarán entrar en el *Per Se* con camisetas.

Le dedicó a Quentin una especie de sonrisa simpática que, evidentemente, no dejó de cumplir su propósito.

— Venga, tomemos un aperitivo antes de que lleguen los demás —decidió el jefe de Rebecca y pulsó el botón del ascensor. Detrás de él estaba su esposa Edna, una cincuentona delgada y arrogante, de mirada aburrida, comisuras de la boca caídas y las joyas más caras que Rebecca

había visto nunca. Incluso su apretón de manos era débil. Poco a poco, Rebecca comprendió por qué su jefe sonreía de forma tan inusual.

Fue el primero en entrar en el ascensor y eligió la cuarta planta. Luego sacó una pequeña toallita húmeda del maletín que había traído consigo y se desinfectó la mano con ella. Logan le observó con las cejas un poco levantadas, pero afortunadamente dejó todo el asunto sin comentar.

Al llegar a *Per Se*, Quentin fue recibido personalmente por el chef y le confirmaron su pedido de ostras. Se sentaron en una mesa junto a la gran ventana, que ofrecía las mejores vistas de *Columbus Circle*. Una camarera muy joven, que parecía un poco nerviosa, trajo cuatro martinis con hielo.

Tras una pequeña charla, Randolph y Darren llegaron también con sus esposas. Los colegas miraron con curiosidad al acompañante de Rebecca. Quentin había insistido en que Rebecca se sentara a su lado, lo que la incomodó un poco. Se sentía como en una importante entrevista de trabajo, en la que además había que dominar un menú de varios platos, y mostrarse felizmente enamorada. Era evidente que su jefe quería saber más de ella y no estaba segura de que su vida privada, tan poco interesante, fuera a satisfacer sus exigencias.

— ¿A qué se dedican realmente tus padres, Rebecca? —Se escuchó en cuanto sirvieron el primer entrante: una ensalada de corazones de alcachofa morada, kumquats y rábanos.

A Rebecca se le aceleró el pulso. Ahora tenía que mentir por primera vez.

— Mi padre está en la industria alimentaria. Dirige un pequeño imperio alimentario, si puedo llamarlo así. —No era del todo mentira, porque en *Fred's Burger Heaven* aún tenía a sus órdenes a un empleado de cocina coreano que cortaba cebollas.

— Y mamá se asegura de que todo esté perfecto en casa . —Cuando no estaba sentada en la caja registradora del Walmart—. Después de todo, de vez en cuando hay compromisos sociales bastante elaborados. —Por ejemplo, la barbacoa con los vecinos, donde la única contribución de su madre era calentar en el microondas cinco mazorcas de maíz saladas.

— Muy bien . —Asintió Quentin. Al parecer, su respuesta lo había hecho sentir satisfecho. Comió unos bocados de ensalada y luego se dirigió a la esposa de Randolph para que Rebecca pudiera relajarse.

— ¿Cómo van las cosas con mi violinista favorita? —preguntó a la menuda morena. Su nombre era Victoria y al parecer tocaba en una de las famosas orquestas de Nueva York. Eso encajaba con su aspecto elegante y sus manos delicadas. Rebecca se alegró mucho de tener un buen representante a su lado. Cualquier otra cosa la habría descalificado en esta ronda.

Trajeron una enorme bandeja de ostras y el camarero principal observó con recelo cómo su joven colega servía el vino blanco a juego en las copas.

Sólo ahora se dio cuenta Rebecca de que Quentin había colocado una pequeña bolsa plana junto al plato, de la que sacó sus propios cubiertos. El tenedor de la ensalada, que ahora

descansaba sobre una servilleta, tenía sus iniciales grabadas en el mango. Bueno, se estaba pasando un poco con su manía higiénica, pensó Rebecca, pero trató de no prestar más atención a la espléndida cuchara que ahora estaba sacando.

Logan paladeó valientemente las ostras en su plato, mientras Rebecca luchaba contra su asco. ¿Tenía que comerse esta porquería ahora? De mala gana, cogió las pinzas y puso dos de las conchas en su plato. Justo cuando se estaba metiendo una en la boca y sólo podía tragar la ostra con mucho esfuerzo, Quentin se volvió hacia Logan.

— ¿Estás en la industria del automóvil, si no recuerdo mal?

Logan sorbió su ostra y asintió.

—Exactamente. Reparo Chevys y Fords viejos y otros tipos de coches.

La fuerte tos de Rebecca hizo que todos en la mesa tuvieran que estremecerse. ¿Se había vuelto loco Logan?

Fingió haberse atragantado con una de aquellas asquerosas ostras, lo que sólo consiguió que Logan le diera una palmada compasiva en la espalda. Por desgracia, el ataque de tos no había distraído a los compañeros de su declaración como ella esperaba.

— ¿Eres mecánico de coches? —repitió Randolph, y el horror en su voz era evidente.

— Creíamos que el prometido de Rebecca era gerente —intervino ahora Darren, mirándola con tanto reproche que ella habría preferido hundirse en el suelo en el acto.

— ¿Viejos Chevys? —exclamó Quentin al otro lado de la mesa.

Instintivamente, Rebecca bajó la cabeza. Empezó a sudar frío, porque ahora sí que le iba a tocar. Al jefe no le haría ninguna gracia que le contara cuentos de hadas sobre su prometido. Sí, sin duda le preguntaría por el trabajo de sus padres y, al final, su currículum, cuidadosamente preparado, se derrumbaría como un castillo de naipes. Y su carrera también, porque el bufete *Armaddon, Hall & Piddlefield* no empleaba a mentirosos.

¡Maldita sea!

¡Todo porque el idiota de Logan no escucho con atención!

— Sí —dijo impasible—. Soy mecánico en *Eddie's Classic Cars*. Nos especializamos en coches clásicos. Hoy mismo he tenido problemas con un Bentley del 52, la caja de cambios no funcionaba.

¿Logan estaba loco? En lugar de al menos venderse como el jefe del taller o algo así para salvarle la cabeza, ¡ahora estaba balbuceando completamente fuera de lugar sobre piezas de chatarra sin interés! Le hubiera gustado darle una patada en la rodilla.

— ¿R-Type o Mark IV? —preguntó Quentin, con los ojos repentinamente iluminados como si alguien hubiera encendido el árbol de Navidad del Rockefeller Center.

— Mark IV. Uno de los últimos que se construyeron. ¿Sabes de coches clásicos?

De repente, a Rebecca le pareció que los demás abogados habían sido descartados. Quentin sólo tenía ojos para Logan. Incluso movió un poco la silla para poder hablar mejor con él.

— Tengo un Chevrolet del 41, entre otros —Quentin sonaba tan orgulloso como si hablara de un hijo que se había graduado con los máximos honores en Derecho.

— ¿El coupé?

— Exactamente.

—¡ Vaya! Qué buen coche —exclamó Logan, sonriendo con aprecio y sorbiendo la última ostra.

Randolph no pudo contenerse más.

—Ha sido una jugada muy fuerte por parte de Rebecca mentirnos a todos —gritó al otro lado de la mesa.

¡Ese cerdo envidioso! Rebecca tuvo que controlar su respiración. Sólo porque no era el centro de atención de Quentin, tenía que chillar como una niña en la escuela primaria.

Pero el Gran jefe hizo un gesto con la mano limpiándose.

—Oh, vamos, no pasa nada. Seguro que pensó que todos éramos unos esnobs y que tendría que subir un poco la profesión del señor Rodríguez para encajar. No es una ofensa capital, es sentido común.

Le dedicó una de sus escasas sonrisas, que la confundió bastante. Luego se volvió hacia Logan y habló de un problema con la correa del ventilador.

La mesera recogió la mesa y poco después sirvió el siguiente plato, pechuga de pichón con paté y salsa de arándanos al borgoña.

— ¿Dónde se conocieron realmente? —preguntó amablemente la violinista Victoria.

Estúpidamente, Rebecca, que estaba preparada para esto, y Logan, que al parecer podía seguir dos conversaciones en paralelo, contestaron al mismo tiempo.

— En una inauguración —dijo recordando su guion cuidadosamente planeado.

— En un partido de fútbol . —salió espontáneamente de sus entrañas.

Desconcertada, la llamativa Victoria los miró a ambos y la esposa de Darren, una rubia, también levantó la vista de su plato.

— Así es —explicó Logan con ingenio—. Me arrastró a una galería para nuestra primera cita real. Pero nos conocimos en el partido de los Giants. Estaba sentada a mi lado en la grada y estaba muy guapa con su camiseta de aficionada. Fue amor a primera vista. O a la primera anotación. —Le sonrió como si estuviera recordando el día en que se conocieron en el *MetLife Stadium* con un flechazo contundente.

¡Fútbol, de todas las cosas! Rebecca jadeó. ¿Quería avergonzarla?

— ¿Con qué equipo jugaron los Giants? —preguntó Darren, aficionado declarado a este accidentado deporte.

Rebecca tenía que reaccionar, de lo contrario sería aún más embarazoso. Si es que eso era posible. Se cubrió el ojo izquierdo y empezó a parpadear frenéticamente.

—Creo que he perdido la lentilla —dijo, buscando en su vestido—. Se me habrá caído debajo

de la mesa. ¿Me ayudas a mirar, cariño?

Le miró con el otro ojo.

— Claro que sí, Becky —contestó Logan y se metió con ella debajo de la mesa.

— Me llamo Rebecca, no Becky —le siseó lo más bajo que pudo cuando llegaron al piso—. ¿Y de dónde sacas que no te riges por los acuerdos? ¡Deberías hacer de mánager!

— No es la primera vez que hago esto . Y tengo una idea de lo que la gente como ese abogado quiere escuchar. Se ve que le gusta mucho mi trabajo — susurró.

— Coincidencia —siseó medio en voz alta—. Además, como nos conocimos es una completa idiotez, ¡odio el fútbol!

— Oh vamos, deja de quejarte ya. Todo va bien.

— ¿Bien? —jadeó ella, esquivando un pie de Randolph, que estaba estirando las piernas—. ¡Me estás convirtiendo en el hazmerreír de mis colegas!

— Pero tu jefe me adora . —Logan sonrió con tanta suficiencia que a Rebecca le hubiera gustado enredarle la corbata al cuello y apretarla.

— No tengo ni idea de fútbol —explicó.

— Nos las arreglaremos, cariño. No te preocupes. ¿Fue una lentilla? —dijo mientras buscaba por todo el suelo.

— Era sólo una excusa para detenerte. No uso lentillas.

— ¡Inteligente! —Logan se acercó, lo que no fue tan fácil debido a la base de la mesa que se interponía, y la miró de cerca—. Tienes unos ojos muy bonitos, ¿lo sabías?

— Es el cumplido más elaborado que he recibido bajo una mesa. ¡Déjate de tonterías y asume tu papel!

— ¿Qué haces ahí abajo tanto tiempo, buscando diamantes en bruto? —se divirtió Randolph desde arriba.

Ambos se sentaron en sus sillas. Rebecca se alisó el vestido.

— ¿Encontraron las lentillas? —preguntó la esposa de Quentin.

— Sí, fue una falsa alarma, la lentilla se había resbalado. Pero, por supuesto, fue muy amable por parte de Logan ayudarme a mirar primero. Es todo un caballero.

Le miró con urgencia para demostrarle que esperaba exactamente eso de él. Logan puso su mano sobre la de ella.

—Eso no hace falta decirlo, cariño.

Él le sonrió y ella no tuvo más remedio que devolverle la sonrisa, hirviendo por dentro. Nunca se había hablado de que él la tocara. Acababa de insistir en que fuera un caballero. Y ahora él ni siquiera pensaba en volver a apartar sus dedos rasposos de la mano de ella. Ganas no le faltaban para apartarle el brazo, pero claro, no era posible.

— ¿Qué partido era? —preguntó el impertinente de Randolph. El fútbol era más el tema de Darren. Pero Randolph parecía sospechar que Rebecca no tenía una respuesta para esto y, por

supuesto, lo explotó sin piedad.

— Oh, ya no lo recuerdo, fue hace un año. Me regalaron las entradas.

Randolph no parecía muy convencido.

— Oye, Randy —empezó Logan—, ¿de verdad crees que Rebecca todavía tenía ojos para el partido? Desde luego, después de que empezáramos a hablar, no miró al campo ni un segundo, sólo a mí. Apenas se dio cuenta de que el partido había terminado, y mucho menos estaba prestando atención al resultado.

Su sonrisa confiada merecía un Oscar.

— Así fue, cariño, ¿verdad? —le preguntó, acariciándole la espalda.

A Rebecca se le erizó el vello de la nuca. Odiaba que un desconocido la tocara. Y el hecho de que tuviera que poner buena cara lo empeoraba todo.

— Exacto —insistió.

La esposa de Randolph acudió al rescate.

—Seguramente tú tampoco recuerdas qué compositor toqué cuando nos conocimos, ¿verdad? —le preguntó Victoria. Agradecida, Rebecca sonrió a la violinista.

— Eh... —tartamudeó Randolph—. ¿Alguno de los románticos?

Riendo, Victoria negó con la cabeza mientras su acompañante se ruborizaba. Se lo tenía merecido.

Rebecca se alegró mucho cuando el siguiente plato también terminó y pronto llegarían al postre. Tenía que superar esta velada de algún modo, después de lo cual esperaría dos semanas y anunciaría su ruptura con Logan. De ese modo, no tendría que volver a ver a ese hombre egocéntrico.

Mientras la joven mesera recogía los platos de Rebecca, se le cayó un cuchillo haciendo un ruido metálico. Inmediatamente, el mesero principal se acercó corriendo y le espetó a la insegura chica que algo así no debía volver a ocurrir o perdería su trabajo. Logan, con una arruga en la frente, levantó el brazo para intervenir.

— Disculpe, ha habido un malentendido. Empujé mi silla hacia atrás cuando su colega estaba detrás de mí y la hice tropezar. Es culpa mía que se le haya caído algo —dijo.

Rebecca le miró sorprendida. Su silla no se había movido ni un milímetro, de eso estaba segura.

— Entonces le ruego que me disculpe. —El rígido mesero hizo una reverencia en dirección a Logan y esbozó una sonrisa para la joven. Luego ambos desaparecieron.

— Odio las injusticias —comentó Logan, al notar la mirada interrogante de Rebecca—. Ya tengo bastante con estar sentado aquí con un montón de picapleitos, no necesito que el mesero actúe también como un semidiós.

Menos mal que Quentin estaba hablando animadamente con Darren sobre los precios de la bolsa y, con suerte, no se había enterado de nada. ¿Qué se creía que estaba haciendo este tal

Logan? Al fin y al cabo, ella le pagaba un buen dinero por sentarse aquí, en la cena más exclusiva de Nueva York, y él criticaba constantemente su profesión.

Al menos se ganó una sonrisa agradecida de la mesera cuando le sirvió los diferentes tipos de postres. Y, por supuesto, enseguida coqueteo con la joven. Rebecca se estremeció en su interior. Los mujeriegos, como él, nunca le habían gustado. Ya se había encontrado muchas veces con tipos así. Sólo dichos babosos, pero nada detrás de ellos. Claro, se les daban bien los piropos y seguro que las mujeres caían rendidas a sus pies. Pero si mirabas más de cerca, eran terriblemente superficiales.

Probó el delicioso mousse de chocolate y apartó la cuchara. Era muy reservada cuando se trataba de dulces, porque en su mente seguía viendo a su hermana Rhonda tumbada en el sofá, viendo una telenovela y metiéndose helado de chocolate por la garganta de un cubo de dos litros, aunque hasta sus pantalones de chándal más gastados se estiraban por todas partes. Rebecca nunca quiso estar así. Sabía que, sobre todo como mujer de negocios en Manhattan, la ropa de diseño era obligatoria, y sólo cabías en un traje de Armani si eras lo bastante delgada. Por eso se había entrenado de forma consciente para no comer dulces.

— ¿No comerás más? —preguntó Logan, que había dejado su plato de postre tan vacío que Rebecca sospechó por un segundo que había lamido la cerámica. Afortunadamente, ni siquiera él llegaría tan lejos.

— Toma un poco . —Ella empujó su postre hacia él y él no dudó en aceptarlo.

Cuando terminó, se volvió hacia Quentin.

—La comida de aquí es realmente única. Le agradezco de antemano que me haya invitado, señor Armadon.

— Llámame Quentin.

Rebecca no daba crédito a lo que escuchaba. Todos en la oficina sabían que se tardaba mucho tiempo en poder tutear al jefe. Era una distinción, por así decirlo, de la que Rebecca aún estaba muy lejos, a pesar de haber trabajado muy duro desde que la contrataron. ¿Y ahora Quentin se lo ofrecía a un mecánico de coches?

— ¿Crees que el Chevy podría volver a funcionar? —Quentin volvió a su tema favorito.

— Valdría la pena intentarlo.

Logan le explicó a Quentin algo que para Rebecca sonaba a jerga, así que pasó el resto de la tarde hablando con la prometida de Randolph y la mujer de Darren. Edna Armadon se mantuvo callada y no parecía interesada en hablar, con o sin el apasionante tema de los amortiguadores.

Eran más de las once cuando Quentin dio por terminada la velada. Rebecca se levantó aliviada. Finalmente, había sobrevivido a la velada y se había librado de su gigoló egocéntrico. Estaba encantada de poder dejar atrás la cena con su "prometido" y, sobre todo, de no tener que volver a verle nunca más. Si lo que quería era recibir apodos cariñosos o tomar de la mano a otra persona necesitada, este latin lover no sería para nada su primera opción.

— No dejes a tu prometida sola por tanto tiempo —le aconsejó Quentin con buen humor mientras atravesaban el restaurante hacia la salida—. No dejes que nadie se interponga. Después de todo, es una mujer atractiva.

A Rebecca le pareció grosero que hablaran de ella como si ni siquiera estuviera presente. Pero apretó los labios y siguió caminando por el pasillo entre las mesas, medio paso por delante de los dos hombres.

— No te preocupes, es toda mía —respondió Logan y como confirmación de su afirmación de propiedad, este asqueroso tipo le dio una palmadita en el trasero. Rebecca sólo pudo reprimir el reflejo de darse la vuelta y abofetearle con el mayor de los esfuerzos. Le rechinaban las muelas. Se aferró a la perspectiva de tener que aguantar a Logan sólo otros dos minutos como máximo, porque bajar las escaleras y tomar un taxi no le llevaría más tiempo.

Al salir del edificio, Quentin se despidió primero de Randolph y Darren y de sus acompañantes. Edna permaneció impasible y limpió su teléfono móvil dorado con cover de Dolce and Gabbana.

— Adelante, tome el primer taxi, señor Armadon —dijo Rebecca, señalando el taxi amarillo que había delante de los que esperaban. Una vez que los Armadon se hubieran marchado, Logan y ella tomarían taxis distintos y seguirían caminos separados.

— Sí, lo haremos. Pero hay una cosa más que aclarar...

Se detuvo cuando la demacrada Edna ya estaba subiendo al coche y volvió a desplegar su débil sonrisa.

—... ¿Sabes qué, Rebecca? El viernes que viene me voy con Randolph a mi casa de campo en Vermont. A pescar un poco, tal vez cazar algunos conejos. Una pequeña escapada íntima del bufete, por así decirlo. Y me gustaría que tú y Logan nos acompañarán.

— Yo... Bueno... Ni siquiera sé qué decir. —Rebecca no sólo estaba sorprendida, sino completamente horrorizada. Tenía que inventar una excusa, ¡rápido! Pero su mente estaba tan vacía como un juzgado después de un desahucio.

— ¿O tienes algo mejor en mente? —Los ojos de Quentin se entrecerraron peligrosamente.

— Por supuesto que no —respondió inmediatamente Rebecca—. ¡Es un gran honor!

— No me digas. Hablaremos de tu futura carrera en el bufete. Me parece que eres un asociado capaz. Y Logan podrá pasar un tiempo con mi adorada este fin de semana.

Por una fracción de segundo, Rebecca pensó que su jefe se había dado cuenta del verdadero destino de Logan como gigoló y le iba a tender una trampa a su desinteresada esposa, pero entonces, por suerte, lo recordó: ¡estaba hablando de su coche clásico!

— Bueno, por supuesto que le echaré un vistazo a tu coche. —Logan obviamente encontró la situación inmensamente divertida—. Tengo mucha curiosidad por ver el interior del motor.

— ¡Perfecto!

Quentin sonrió como un niño al que le habían prometido una visita a Disneylandia, se dio otra

descarga de su spray bucal y subió al taxi que le esperaba.

Cuando se marchó, Rebecca se volvió lentamente hacia Logan. Tenía un nudo en la garganta y había cerrado las manos en puños apretados.

— Parece que volveremos a tener el placer, Becky —dijo, dedicándole una gran sonrisa de cartel publicitario y desabrochándose el cuello de la camisa con un suspiro de alivio.

EL HOMBRE

El blog de los hombres de verdad

Hola hombres,

Aquí estoy de nuevo. Me alegra mucho leer que algunos de ustedes ya han puesto a prueba mis consejos para la primera cita y han tenido éxito. ¡Van por buen camino, chicos!

[@Jasper: No, tu novia no puede insistir en que sólo orines sentado. Y menos si van a dar un paseo por el bosque.]

Hoy voy a dedicarme al tema de las conversaciones.

Acabas de tener un problema con tu jefe y, como la señora también se ha pasado media hora hablándote de los problemas entre colegas, ¿quieres contarle tus propias dificultades?

Olvídalo. Ella no quiere a un hombre que se queja. Si estás preocupado, vete al bar con tus amigos y emborráchate con whisky, pero no le hables a la chica. Dile que le has echado la bronca a tu jefe. O le has preguntado a ese colega pesado si no prefiere seguir la discusión contigo después de la puerta. Entonces te adorará y querrá saberlo todo de ti en lugar de aburrirte con cotilleos de oficina.

Importante: no hace falta que seas un matón ni que sepas kárate, y desde luego no hace falta que le hayas dado nunca un puñetazo en la cara a tu colega. Ella sólo tiene que creer que estás dispuesto a hacerlo. Eso es todo.

Ninguna mujer en el mundo quiere a un hombre problemático. Así que, dale la ilusión de que tienes garra de tipo duro, entonces ella también verá eso en ti. E incluso te dejará comerte tu maldito filete.

Créeme: las mujeres a menudo fingen que les gusta tener al hombre de traje a su lado, pero en su cajón de ropa interior seguro que hay una foto de un obrero de la construcción semidesnudo. Y tres adivinanzas sobre con quién están soñando mientras tienen sexo floral con su aburrido oficinista...

¡Cuídense!

Hasta entonces,

EL HOMBRE

3. La familia y otras fantasías

Rebecca se había pasado el domingo refunfuñando ante Logan, ordenando sus calcetines y devanándose los sesos para encontrar una forma de salir de toda esta “casa de campo en el bosque de Vermont”. Por la noche, se dio cuenta de que, a pesar de haber ordenado su armario con esmero, le faltaban cinco calcetines y no había forma de escapar del asunto de Vermont. Para bien o para mal, iba a tener que vérselas con su "prometido" de ojos marrones una vez más.

Como se había enterado por casualidad de lo costosa que había sido la cena, quiso comprarle algo a Quentin, un pequeño agradecimiento, por así decirlo. Por eso el lunes se levantó un poco antes y se dirigió a la calle 16.

Una de las secretarias de la oficina compraba pastelitos todos los días para desayunar y le había dado a Rebecca el dato de *Pastry Passion*. Al parecer, a Quentin le encantaban los bomboloni de chocolate (rosquillas italianas rellenas) que tenían allí. Cuando Rebecca se enteró de que esta pastelería estaba precisamente en su barrio, se le ocurrió pasar por allí de camino al trabajo.

Una adelfa roja en una maceta de terracota decoraba la entrada de la tienda, que probablemente era más una pastelería que una "panadería" convencional. Rebecca empujó la puerta y el sonido de un timbre anticuado anunció su llegada. Inmediatamente le llegó a su nariz el aroma de la vainilla, las finas especias y la masa de levadura recién horneada. Se le hizo agua la boca.

Una mujer joven, con rizos oscuros ondeando alegremente y una sonrisa amistosa, se apresuró a entrar desde la parte de atrás y gritó: "¡Buenos días!".

Rebecca la miró sorprendida. Era la novia de Richard Stone, el director general del Grupo Stone. Se habían conocido en una reunión hace unas semanas y fue precisamente ella quien puso las cosas en marcha.

— Nos conocemos de algo —afirmó Emilia y pareció reflexionar.

— Estuve allí como abogada en una reunión en el Grupo Stone —le recordó Rebecca.

Su rostro se iluminó inmediatamente.

— ¡Sí, claro! ¿No ibas a redactar un nuevo contrato para la empresa de Richard?

— Así es. Pero el periodo de prueba sigue en marcha. Los aspirantes deben demostrar su valor y sólo después de unos meses se elegirá al adecuado.

Emilia asintió.

— Así es. Eso me dijo Richard. ¿Qué puedo hacer por usted, señorita ...?

— Miller. Pero ¿por qué no me llamas Rebecca? Necesito doce Bomboloni, a mi jefe en el bufete le encantan. Y quiero que mis colegas también tengan un bocado.

— No hay problema. Acabo de terminar de hacerlos. —La guapa italiana entró en la habitación contigua y regresó un momento después con una bandeja en la que estaban apilados

los pastelitos. A Rebecca le habría gustado probar uno y morderlo inmediatamente, parecían tan tentadores. Estaban rellenos de chocolate, espolvoreados con azúcar glas y olían a gloria. Y no sólo estos pastelitos, todos los postres de la tienda estaban riquísimos, pero seguramente tenían diez veces más calorías que su desayuno habitual, que consistía en un poco de muesli con yogur natural y mucha fruta.

— Ofrezco brownies veganos, bajos en grasa, y también barritas de fruta sin azúcar.

Obviamente, Emilia había interpretado correctamente la mirada anhelante de Rebecca. Era la vendedora perfecta, de eso no había duda. Sin embargo, Rebecca reaccionó rápidamente. Quizá Quentin la obligara a comer uno de los que ya llevaba, no podía negarse por cortesía, pero desde luego no quería pecar de más.

— No, gracias, hoy no. Pero vivo en el barrio, así que seguro que nos veremos más a menudo.

— Eso me haría muy feliz —dijo Emilia, entregándole los bomboloni en una caja morada.

Rebecca se despidió de la amable pastelera y se dirigió con prisa al metro. Era hora de ir a la oficina.

Cuando llegó y puso la caja de pasteles junto a la máquina de café del salón, Randolph se unió a ella. Primero levantó la tapa y luego la ceja.

—¿No pierdes el tiempo, verdad? —Su mirada era fría.

— ¿Qué quieres decir?

Señaló la caja con la cabeza.

— Has traído el desayuno favorito de San Quentin y te has buscado un amigo que casualmente repara coches clásicos. Cuando todo el mundo sabe que esos viejos cacharros son la mayor afición del jefe . —Una arruga pronunciada se formó en su frente mientras hablaba.

— ¡No tenía ni idea de que Quentin tuviera un coche así! —se defendió Rebecca.

— No mientas. Yo tampoco me creo nada de lo que dices de que conoces a ese chatarrero desde hace tiempo. Todo fue un montaje. Pero no creas que eso te va a ayudar. Te estoy vigilando.

Rebecca tuvo que respirar profundamente. ¿Qué se creía que estaba haciendo este baboso? Desde luego, no iba a dejarse vencer por él. Se acercó a él y aguantó su mirada con ironía.

— ¿Qué quieres exactamente de mí? —siseó—. Si hay algo malo con mi trabajo, eres bienvenido a decirlo. Pero mi vida privada no es asunto tuyo. Y si eres demasiado tacaño como para gastar un poco en tus colegas de vez en cuando, también es tu problema, no el mío.

— ¿Hay algún problema? —Una voz familiar retumbó en la habitación.

Rebecca y Randolph se alejaron el uno del otro.

— No pasa nada, Quentin —se apresuró a decir Randolph, esbozando una sonrisa.

— Está bien entonces . Un poco de competencia entre mis abogados no hace daño, así todos se esfuerzan mucho más —dijo el jefe.

Se dirigió a la mesa donde Rebecca había colocado la caja de *Pastry Passion*.

— ¡Bomboloni! Vaya, esto sí que es una sorpresa. ¿Lo has traído tú, Rebecca?

Sacó uno, utilizando una servilleta, y lo colocó en un plato. Probablemente lo diseccionaría limpiamente con sus cubiertos grabados, sin tocar siquiera el donut con la yema de un dedo mientras comía.

— La panadería está justo al final de la calle de mi apartamento y como nos agasajaste tan dignamente el sábado, pensé en devolverte un poco el favor —le explicó.

—Que buen detalle de tu parte —contestó Quentin y, llevando el plato consigo, entró en su despacho.

Randolph no dijo ni una palabra, pero su mirada lo decía todo. Si hubiera sido una tetera, seguramente ahora habría empezado a silbar estridentemente.

Por precaución, Rebecca se retiró a su despacho, donde pasó el resto del día trabajando en varios casos. Le gustaba su trabajo porque muchos clientes acudían al bufete con problemas graves y se sentían visiblemente aliviados cuando alguien se ocupaba de ellos. Sólo la semana pasada, Rebecca había conseguido evitar un despido totalmente injusto y había salvado a un trabajador mayor de una cadena de montaje de un desastre financiero. La gente común, en particular, solía sentirse abrumada por los asuntos legales y Rebecca siempre se alegraba cuando podía ayudar. Incluso en el colegio era conocida por su gran sentido de la justicia. Se había peleado varias veces con los profesores, aunque por lo demás había sido una estudiante diligente y tranquila. Pero no soportaba que se tratara injustamente a alguien.

En la facultad de Derecho la habían ridiculizado por su idealismo, ya que la mayoría de sus compañeros estaban más interesados en la cuenta de honorarios que en la justicia. Pero a Rebecca no le importaba. Siempre había sido una marginada, así que la universidad no cambiaría sus valores.

Una de las secretarias llamó a la puerta y entró en el despacho de Rebecca.

— El señor Armadon quiere hablar con usted —dijo y salió rápidamente.

Cuando ella entró en el enorme despacho ejecutivo, cuyas vistas de la ciudad siempre la dejaban sin aliento, él le tendió un grueso expediente.

— ¿Te apetece un caso de asesinato? —dijo, dándose un soplo de aliento fresco con su spray bucal.

Rebecca dudó.

—El derecho penal no es de mi competencia —respondió.

— Sólo yo decido quién es capaz y quien no —le aclaró el jefe, anulando así sin miramientos su currículum—. El juicio es pasado mañana, yo me encargo. Revisa el expediente y preséntame sugerencias antes del viernes sobre cómo plantearías la defensa. Entonces veremos si no podemos convertirte en un abogado defensor penal después de todo.

Tras la última palabra, se volvió hacia el teléfono en su escritorio y marcó un número. Señal inequívoca de que su preciado tiempo con Rebecca había terminado. Ella tomó la gruesa carpeta y salió del despacho de Quentin.

De vuelta a su escritorio, comenzó a mirar el expediente. La lectura de esas montañas de protocolos de interrogatorio, informes y correspondencia, así como la búsqueda de textos jurídicos, la mantendrían ocupada. Al fin y al cabo, aún tenía sus propios casos y algunas reuniones con clientes.

Los músculos de su cuello se tensaron dolorosamente ante la idea de defender a un criminal ya condenado llamado Benito Álvarez, que había matado a su propia esposa de siete tiros. Este era exactamente el ámbito de la jurisprudencia en el que no quería trabajar. Pero la oportunidad de llevar un caso tan importante junto con Quentin Armadon era algo que quizás no volvería a tener.

Durante el resto de la semana, Rebecca se dedicó en cuerpo y alma al caso de asesinato. Cuando presentó sus elaboradas estrategias de defensa a su jefe a última hora de la tarde del viernes, su euforia fue, no obstante, limitada. Además, su colega Randolph sólo llevaba días hablando con ella y, de todos modos, apenas tenía contacto con los demás abogados. Sintiendo que había hecho más enemigos que amigos esta semana, Rebecca tomó el metro para ir a su apartamento.

Al día siguiente, sábado, tenía que visitar a su familia. Antes, quería aprenderse de memoria los pasajes pertinentes del Código Penal. Al menos, el regalo para su hermana ya debería haber llegado.

Entró en el apartamento y pudo escuchar a los dos chicos hablando en la habitación de Jamie. Rebecca buscó en vano el paquete postal en el pasillo, así que llamó a la puerta y entró. Mo y Jamie estaban sentados juntos delante del computador, leyendo algún tipo de blog. El logotipo parecía muy machista.

— ¿Qué están mirando qué es tan importante? ¿Están buscando desesperadamente sus nominaciones a los Grammy? —preguntó Rebecca.

— No tienes por qué burlarte de nosotros en absoluto —replicó Mo, ocultando hoy sus rastas bajo un gorro parecido a un turbante—. ¡Porque nos vamos a una fiesta!

— Así es . Tenemos entradas para el 'Come together' de la fiesta de verano de *SoHo* —anunció también Jamie con orgullo.

Rebecca nunca había oído hablar de tal cosa, pero se alegró de hablar con sus compañeros.

— ¿Ha llegado algo por correo? Estoy esperando algo importante —preguntó.

En lugar de responder, Jamie sacó un paquete del montón de ropa que tenía sobre la cama con sus largos brazos y se lo lanzó. Aliviada, Rebecca abrió de un tirón el regalo que había encargado para Rhonda.

— ¿Qué le toca a tu hermana? —quiso saber Jamie.

— Una caja de DVD con episodios clásicos de MacGyver.

Mo la miró como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Esa serie antigua con el rubio que pega bombas nucleares con latas viejas de atún y esas cosas?

— El mismo . —Rebecca sonrió—. A mi hermana le gustan los cacharros. Ha estado soldando todo lo que ha podido en el taller de papá desde que era una niña. También le gustan mucho los chicos rubios.

— ¿Tiene una o tenemos una oportunidad? —Ambos la miraron expectantes.

Rebecca se echó a reír. A veces se comportaban como niños pequeños y precisamente por eso los quería. Era suficiente cuando su propia vida era notoriamente más seria.

— Rhonda es soltera. Lo cual no es sorprendente, porque apenas sale de casa. Ha perdido su trabajo y desgraciadamente pasa demasiado tiempo delante de la tele. Pero al menos no lee dudosos blogs de consejos para hombres desesperados en Internet como ustedes.

— Nos estamos enterando de la mejor manera de conseguir mujeres —explica Mo con seriedad.

Rebecca suspiró audiblemente.

—Bueno, entonces estoy deseando ver si mañana me traes el desayuno a la cama y me llenas de cumplidos —sonriendo, desapareció de la habitación de Jamie.

— ¡Bah! Los hombres de verdad no necesitan hacer eso —cacareó Jamie tras ella.

Ella sacudió la cabeza y se echó a reír. A veces se preguntaba cuántos años tenían.

*

Cuando Rebecca se despertó el sábado por la mañana, la cabeza le latía con fuerza. Había estado leyendo libros de consulta hasta tarde por la noche y había sacado algunos viejos documentos de estudio también. Aún no había dado con la estrategia de defensa definitiva para el tal Benito Álvarez, porque todas las pruebas circunstanciales y las declaraciones de los testigos hablaban en su contra. Después de levantarse de la cama con dificultad, tiró los papeles sobre su escritorio y decidió regalarse hoy un día libre de leyes. Le vendría bien ver a su familia y no pensar en el bufete, Quentin Armadon y los rastros de ADN en una sábana de satén salpicada de sangre durante unas horas. Incluso para ella estaba permitido tomarse un día libre de su estresante trabajo. Y una visita a sus padres era lo más indicado.

Rebecca envolvió la caja del DVD en un bonito papel de regalo con pequeños tubos de ensayo porque pensó que era apropiado para Rhonda. Como su hermana tenía debilidad por los dulces y no podía permitirse nada especial debido a su falta de trabajo, Rebecca se dirigió a *Pastry Passion*. Si los postres de allí sabían la mitad de bien de lo que olían, a Rhonda sin duda le gustarían.

Cuando entró en la tienda, no era Emilia la que esperaba detrás del mostrador, sino una señora completamente fuera de lugar con un vestido que uno esperaría ver en un viejo teatro de vodevil y no en una panadería.

— Entra —le dijo a Rebecca con un elegante gesto de la mano—. ¡Tenemos bombones que abren corazones y mentes!

Rebecca se echó a reír. Señaló la tentadora selección de bombones que brillaba en el mostrador.

— ¿Cuáles son para el corazón y cuáles para la mente? —preguntó.

La mujer del vestido elegante abrió sus brazos con ganas.

—No puedes separarlos con tanta precisión, querida. Toma uno de cada uno y vuelve el lunes para decirme cuáles te ayudaron a pensar mejor y cuáles te pusieron de buen humor.

Esta anciana era buena en los negocios, había que reconocerlo.

— Una mezcla sería, en efecto, genial. Pero probablemente no pueda cumplir la misión, porque es un regalo.

—¡Non fa niente! No importa. ¿Quieres probar una trufa? Te sentará bien. Parece que tienes un trabajo agotador. Emilia dice que los bombones de turrón de frambuesa hacen maravillas contra el estrés.

— No, gracias —declinó Rebecca su oferta—. Tienes razón en lo del trabajo, pero estoy invitada a casa de mis padres más tarde y seguro que me tienen un gran festín. ¿Dónde está Emilia hoy?

Como si no hubiera escuchado su objeción, la dependienta, perfectamente peinada, le tendió un perfilado praliné de trufa con una diminuta flor de chocolate blanco y sonrió amablemente.

— A veces cubro a mi sobrina. Ella también debe tener un poco de tiempo libre. Por cierto, me llamo Violetta.

Ante este ataque de encanto, Rebecca no tuvo más remedio que aceptar el chocolate y llevárselo a la boca. Por un momento, cerró los ojos. Esta trufa, con su fino aroma a nuez y su relleno de frambuesa ácida, ¡era una delicia! Rebecca olvidó incluso sus estrictos principios.

— También me llevaré seis para mi hermana —decidió espontáneamente.

Violetta sonrió satisfecha y llenó hábilmente una caja morada con toda una armada de trufas diferentes.

— ¿Dónde trabajas? —preguntó casualmente.

— Soy abogada.

El rostro de la anciana se iluminó de inmediato.

— ¡Oh, qué emocionante! A veces voy a los tribunales y escucho los veredictos. ¡Es tremendamente interesante! Además, tienes la oportunidad de llevar grandes sombreros. Después de todo, es un lugar para vestirse elegante siempre, ¿no crees?

Rebecca tuvo que reír.

— Rara vez llevo sombreros y menos en el juzgado —respondió.

— Deberías, ese tipo de accesorios siempre causan una buena impresión.

Violetta cerró la tapa de la caja púrpura y se la entregó a su cliente, después se dirigió a la anticuada caja registradora y tecleó algo con sus dedos largos.

Rebecca podía imaginarse a la extravagante dama en la sala del tribunal. Desde luego, no pasaría desapercibida, con o sin un monstruoso sombrero en su cabeza.

Cuando por fin escuchó el precio, tuvo que tragar saliva. Podría haber comprado media tienda de bricolaje por eso y abastecer a su reina de las manualidades con sierras de calar. Pero no importaba, Rhonda sólo cumplía una vez al año y Rebecca tenía un buen sueldo.

— Recuerda: ¡corazón y mente! —le recordó Violetta al despedirse.

Rebecca se despidió de la caprichosa señora y se dirigió al lado, a la pequeña floristería, donde compró a un hombre barbudo con una camisa grisácea un pequeño ramo de flores veraniegas para su madre.

Dos horas más tarde, estaba en el metro con sus regalos y en camino hacia Queens. Tuvo que caminar dos manzanas para llegar al edificio de apartamentos donde vivían sus padres en la planta baja. El yeso se estaba resquebrajando en algunos sitios y el tejado necesitaba reparaciones con urgencia. Pero el pequeño jardín delantero, que pertenecía al piso de su familia, estaba en buen estado, como siempre. El viejo cacharro oxidado de su padre estaba en la entrada y Rebecca se preguntaba cómo seguía funcionando. El lado derecho del coche parecía haber sufrido un accidente. No sería la primera vez que su madre, a la que no le gustaba conducir, había puesto el coche contra una valla. Rebecca seguramente lo averiguaría en un momento.

Se sentía bien estar de vuelta. Aunque ahora vivía en Manhattan, Queens era su hogar. Aquí había dibujado con tiza casillas para los juegos de rayuela en la calle y había corrido a casa casi reventando de orgullo cuando recibió sus primeros boletines con las mejores notas.

Rebecca se había puesto ropa informal y estaba disfrutando de las cómodas zapatillas. Hoy no sólo ella podía relajarse, sino también sus pies. Por fin podía apoyar la cabeza en una silla reclinable y dejar que su cerebro se tomara unas vacaciones de párrafos y colegas celosos. Lo estaba deseando. Incluso soportaría los inevitables programas de la televisión, que estaba encendida a todas horas. Siempre era mejor eso que estudiar expedientes y preocuparse por las estrategias de defensa. A cada paso que daba hacia la puerta blanqueada por el sol, se sentía más libre.

La vecina, la señora Morton, la saludaba amablemente desde la ventana tras la que se sentaba la mayor parte del día. Ella, como otros vecinos, estaba orgullosa de que Rebecca hubiera llegado a Manhattan, a un bufete de abogados tan reconocido. Eso no ocurría a menudo por allí. Eso también contribuía a la emoción de Rebecca por volver a casa, porque se la consideraba una mujer de éxito en esta sórdida calle lateral de Queens. Aunque era la más nueva de la oficina, la

gente la admiraba.

— ¡Por fin estás aquí! —exclamó alegremente su madre tras abrir la puerta y abrazar a Rebecca contra su amplio pecho. Como de costumbre, llevaba unos vaqueros viejos y una camiseta que ya debería haber pasado a mejor vida. Su pelo pedía a gritos una visita a la peluquería y aún no se había arreglado el diente salido de lugar. Pero la calidez de su madre era insuperable. Incluso en los tiempos en que la familia andaba escasa de dinero, a su madre siempre le sobraban algunos dólares para un rastrillo benéfico o la colecta de la iglesia. Tal vez su buen corazón era incluso la razón por la que nunca recibía un aumento y seguía trabajando en la caja registradora por una miseria.

— ¿Por qué no te unes a Rhonda en el salón y yo descongelo la tarta mientras tanto?

Rebecca miró primero a su alrededor.

—¿Dónde está papá?

— Debería llegar en cualquier momento. Todavía está hablando con el tipo del seguro.

Le dio el ramo a su dulce madre y luego se dirigió a la habitación contigua donde, como era de esperar, su hermana descansaba en el sofá como Nerón en un festín romano. Sólo que en lugar de jugosas uvas y pechugas de codorniz esperando en la mesa frente a ella, estaba el paquete familiar de patatas fritas con pimentón y helado de vainilla con trocitos de galleta. En lugar de una jarra de vino tinto, Rhonda se servía de una gigantesca botella de Coca-Cola.

— Hola Becky , ¿cómo estás? —dijo.

— En primer lugar, ¡feliz cumpleaños, hermanita! —Rebecca se acercó al sofá para darle un abrazo a Rhonda—. Parece mentira que ya tengas veintitrés años.

— A mí también me parece mentira —dijo Rhonda con una sonrisa. Llevaba un peto holgado y un top rojo desteñido que acentuaba de forma poco favorecedora la palidez de sus brazos. Rebecca suspiró para sus adentros. Su hermana podría haberse convertido en una joven bonita. Tenía los mismos ojos ámbar que Rebecca, pero no utilizaba ni una pizca de rímel para acentuarlos. También el pelo, cuyo castaño claro habían heredado ambas hijas de su madre, le colgaba sin amor en lugar de darle forma con un corte elegante. Hacía tiempo que Rebecca había renunciado a dar consejos a su hermana en este sentido.

— Te he traído algo . —Colocó los dos regalos delante de Rhonda. Ella se quedó mirando el envoltorio en el que estaba la caja del DVD.

— Son pequeños tubos de ensayo —dijo felizmente—. ¡Caramba, entonces ya me imagino lo que hay dentro! —inmediatamente empezó a arrancar el papel.

Cuando su madre entró en el salón, Rhonda levantó la cabeza.

— Mamá, creo que Becky me ha regalado el kit de química que llevaba tanto tiempo deseando. ¿Le diste la idea?

Su madre se encogió de hombros.

—Puede que lo haya mencionado alguna vez por teléfono, la verdad es que no puedo recordar. Es muy amable por parte de tu hermana.

Rebecca tragó saliva y miró embelesada las manos de Rhonda, que ahora arrancaban por completo el papel de colores de la caja. Algo no iba bien aquí.

— Oh, una caja de MacGyver —dijo Rhonda, la decepción evidente en su voz—. Gracias.

¡ Mierda! Rebecca maldijo para sus adentros. Al parecer, no había escuchado bien cuando había hablado con su madre sobre el próximo cumpleaños de su hermanita. Durante las primeras semanas en la oficina, había estado tan concentrada en el nuevo trabajo que todos sus pensamientos habían girado en torno al mismo. No había prestado la atención necesaria a la llamada telefónica con su madre y ahora estaba pagando por ello.

— También tengo algo dulce para ti. —Intentó salvar el día Rebecca—. Son bombones muy especiales de una pequeña y exquisita panadería.

Con poco entusiasmo en su rostro, Rhonda abrió la caja y se metió en la boca una de las trufas sin reparar siquiera en la encantadora flor de chocolate blanco en ella.

— Oye, están muy bien —señaló después de tragarlos inmediatamente—. Pero en realidad me gustan más los Peppermint Ponds de Sweet Temptations.

Sacó un paquete plano de debajo de una revista de farándula. Entonces, Rebecca pudo ver inmediatamente mercancía fabricada en serie por montones. Y una de ellas era de una empresa de Stone, lo que le recordó de inmediato que aún tenía que cambiar tres cláusulas del contrato de reestructuración.

Por el momento había muy poco del efecto sobre el corazón y la mente anunciado por Violetta.

— ¿Cómo van las cosas en el trabajo? —le preguntó su madre, tratando de mejorar la situación—. ¿Tienes compañeros simpáticos que te ayudan?

— Bueno, uno tiende a trabajar solo —admitió—. Hay muchísimo que hacer en este momento, el bufete está en auge. Apenas podemos seguir el ritmo de los clientes.

— Bueno, en mi empresa formábamos un gran equipo . Nos divertíamos mucho e íbamos de fiesta casi todas las semanas —intervino Rhonda.

Rebecca intentó imaginarse al patético de Randolph y a su novia violinista de manos delicadas en un club y le parecía un estrepitoso fracaso. Su hermana había encontrado trabajo en un laboratorio químico tras graduarse de la secundaria, donde casi había suspendido, lo que la había hecho florecer visiblemente. Sin embargo, al cabo de tres años, una gran empresa había comprado la pequeña empresa, la había reconstruido por completo y ahora producía allí una costosa línea de productos para el cuidado del cabello. Como la mayor parte del trabajo estaba totalmente automatizado, sólo habían contratado a unos pocos trabajadores, entre ellos dos colegas de Rhonda. A ella la despidieron, cosa que Rebecca lamentaba mucho. Su hermana había sido una empleada entregada en cuerpo y alma a su trabajo. Pero era difícil encontrar algo adecuado, a pesar de la constante búsqueda de Rhonda en los anuncios. Así que se las apañaba

con trabajos esporádicos o se tumbaba en el sofá con táleros de menta en lugar de trufas de turrón que le dilataban el corazón.

— ¿Entonces eres un lobo solitario? —Se hizo eco su madre, que tenía el don de poner el dedo en la llaga.

— Lo prefiero así . Así no tengo que seguir las órdenes de nadie —respondió rápidamente Rebecca.

Con solo decirlo, se dio cuenta de que no era cierto. En secreto, anhelaba no tener que tomar ella misma todas las malditas decisiones de su vida. Sí, era fuerte y podía arreglárselas. En el trabajo y en su vida privada. Pero en aquel momento recordó las tardes en que sus padres se sentaban juntos en aquel viejo sofá, absortos en sus conversaciones. Lo habían decidido todo juntos: Cómo iba el trabajo de papá, si podían permitirse un tutor para Rhonda o si comerían pastel de carne con pan de maíz el fin de semana. Rebecca sintió una punzada en el corazón cuando pensó en ello. ¿Encontraría alguna vez a una persona que estuviera a su lado en las cosas grandes y pequeñas?

Rápidamente apartó ese pensamiento de su cabeza y sirvió la limonada para todos, la cual su madre había traído junto con una tarta de queso que había sacado del congelador. La tarta estaba fría por dentro y caliente en los bordes, gracias al querido microondas de mamá, pero la deliciosa limonada casera lo compensaba con creces.

— Es el que lleva arándanos . —Se alegró Rebecca. Su madre no era ninguna diosa en la cocina, pero Rebecca echaba mucho de menos sus creativas bebidas en Manhattan. Bebió un buen trago de la limonada morada e inmediatamente se sintió transportada a su infancia.

Rhonda se metió en la boca un buen trozo de tarta.

— ¿Sabes a quién me encontré el otro día? —preguntó un poco distante.

— ¿Quién?

— Bryan Gibson. Ahora es papá. Me lo encontré en Ace Hardware el otro día comprando fusibles para enchufes.

Rebecca intentaba parecer lo menos afectada posible. Salió por casi dos años con Bryan.

— No sabía que estaba casado —dijo llevándose la pajita a la boca.

— Sí, sí. Hace un año. Fue amor a primera vista, me dijo una vez. Vio a su Annie y habló con ella toda la noche, hasta el amanecer. Al día siguiente, avisó que estaba enfermo en el trabajo y la llevó a Coney Island, donde se comprometieron después de su primer beso. Una locura total, ¿no crees? —Rhonda miró a su hermana.

Rebecca asintió pensativa.

— Totalmente loco —admitió—. Siempre se portó muy bien conmigo. Así que quizá fue muy sensato para él entonces —se le escapó.

— Bueno, quizá fue por ti . —El siguiente trozo de pastel desapareció en la boca de Rhonda. Rebecca había perdido el apetito. ¿Tenía razón su hermana?

A menudo se hacía esta pregunta cuando leía una novela o veía una historia de amor en la televisión. Porque en las relaciones que había tenido hasta entonces, nunca había visto sentimientos como en las superproducciones de Hollywood. Rebecca solía culpar de ello al hecho de que le gustaba elegir hombres sensatos, intelectualmente iguales a ella. Y no eran tan efervescentes emocionalmente como una botella de champán que hubiera pasado por un camino de grava. Pero el hecho de que Bryan, de todas las personas, que era tan controlado, se enamorara perdidamente de una desconocida la hizo dudar de su teoría. Jamás en su vida se le habría ocurrido llamar para decir que estaba enfermo sin motivo alguno. Ni siquiera lo había hecho cuando ella estaba mortalmente enferma en cama con neumonía. Y ahora se tomaba el día libre para ir a un parque de atracciones.

De alguna manera, la tarde totalmente relajada no resultó en absoluto como ella había imaginado. Rebecca tenía más bien la sensación de estar enfrentándose a cosas desagradables durante toda la velada. Antes de que pudiera seguir reflexionando sobre el comportamiento difícil de entender de su exnovio, se escuchó el sonido de unas llaves en la puerta principal.

— Hola, papá ¡Tenemos tarta! —saludó Rhonda al pasillo.

Cuando Rebecca vio a su padre, se sobresaltó. Un hematoma le cruzaba el lado izquierdo de la cara desde la sien hasta la barbilla y se le veían heridas ya cicatrizando. Su brazo también estaba adornado con varias tiritas anchas.

— ¿Qué te ha pasado?

Horrorizada, miró a todos en el salón. Ni su madre ni su hermana se esforzaron en explicarle nada. Tampoco parecían sorprendidas por la aparición de papá.

— Tuve problemas con el cortacésped —dijo, y su profunda voz gruñona creó de inmediato una sensación familiar y también un poco de melancolía en el pecho de Rebecca.

— ¿Problemas? —preguntó—. ¿Qué ha pasado? No parece que la cosa se haya quedado atascada en una piedra del jardín delantero.

Su padre se sentó en el sillón manchado y acercó un plato hacia él.

— El maldito cortacésped explotó . Me tocó parte de la cobertura, pero estúpidamente al coche también le tocó algo. Por eso he ido a ver a nuestro asegurador —explicó.

— ¿Cuándo fue eso exactamente?

— El domingo pasado . —Tomó un trozo de tarta.

Confundida, Rebecca miró a su madre.

— ¿Y no me llamaste?

— Oh, niña, sabemos lo ocupada que estás en la oficina. No queríamos agobiarte. No habrías podido hacer nada de todos modos.

— Aun así —miró a su padre de cerca. Sus canas se estaban esparciendo aún más por su cabeza y vio algunas arrugas nuevas alrededor de sus ojos cansados. Sin embargo, él le guiñó un ojo alegremente al notar su mirada.

— ¿Qué hay de nuevo con la reparación del coche? —preguntó Rhonda.

Su padre levantó los hombros y los volvió a bajar.

—Dicen que tenemos que cobrarle al fabricante del cortacésped. El tipo de la compañía de seguros lo buscó en Internet e incluso averiguó que esto ya ha ocurrido varias veces con este modelo. Yo no hice nada malo, la caja estalló a mitad del jardín, sin más.

— Entonces nuestra abogada tan culta podría escribir una carta —sugirió Rhonda, con voz fría. Siempre le había molestado que Rebecca tuviera tanto éxito. Quizá se sentía inferior. O quizás era una rivalidad entre hermanas.

Lentamente, Rebecca levantó su vaso y bebió otro sorbo de la limonada de arándanos.

— Como miembro de la familia, no se me permite representarte —explicó con la lengua pesada.

Rhonda se incorporó en su asiento.

—Seguro que tienes un buen colega con el que te lleves bien y que pueda encargarse de esto como un servicio extralaboral. Como mi colega Charlie, que nos ayudó a alicatar el baño después de los daños causados por el agua. ¿O es que tampoco te diste cuenta de que había algo roto?

— ¡Rhonda! —El padre fulminó con la mirada a su hija menor—. Deja en paz a Becky. Trabaja mucho.

— ¡Sí, claro, la santa Becky! —siseó Rhonda y llevó otro trozo de tarta de queso a su plato, que inmediatamente empezó a meterse en la boca.

Rebecca no estaba segura de que hacer ahora. Por un lado, quería ayudar a sus padres. Por otro, sabía que a Quentin no le gustaba nada que la gente trabajara en casos personales. Si ella realmente quería, él podría estar dispuesto a hablar con ella. Pero entonces podría invitar a sus padres a la oficina. Eso era totalmente imposible, porque en ese caso, su currículum, cuidadosamente manipulado, se vendría abajo por completo. Todos en la empresa despreciarían sus orígenes simples y el estatus alto inexistente de su familia. No, no podía. Además, este caso era tan sencillo que cualquier estudiante de primer curso podría redactar una carta.

— Me gustaría ayudar , pero en mi oficina no les gusta que trabajen con casos personales. Sabes, papá, ¡está tan claro que nada puede salir mal! ¿Por qué no haces que Bernie escriba una carta al fabricante del peligroso cortacésped? Apuesto a que, si ya tienen unos cuantos casos, pagarán en un santiamén. Y si, en contra de lo esperado, hay problemas, estaré encantada de hablar con mi jefe —dijo.

Bernie Mason era un modesto abogado de barrio que se ocupaba de cosas sin importancia.

— Déjalo . Estoy seguro de que Bernie puede manejarlo. Ya tienes mucho en tus manos. — decidió su padre.

Rebecca tuvo que tragar saliva. No se sentía cómoda haciéndole un desplante a su padre.

—Sí, incluso un juicio por asesinato, ¡imagínate! —dijo rápidamente.

Habló un poco del caso que se avecinaba sin mencionar nombres, pero el ambiente no era ameno. Ni siquiera cuando su madre contó algunas anécdotas de la caja registradora del Walmart. Rhonda deslizó los bombones que había traído de *Pastry Passion* en un compartimento bajo la mesita de café, habitualmente utilizado para las revistas a medio leer. La caja del DVD yacía inadvertida a su lado en el sofá, casi desapareciendo tras un cojín descolorido. Al cabo de otra hora, Rebecca decidió que era momento de irse.

Se levantó y tendió la mano a su hermana.

—Siento mucho lo del regalo, no quería decepcionarte. Creo que estoy tan estresada que no estoy prestando suficiente atención —dijo.

Rhonda tuvo que forzar una sonrisa.

— Oh, está bien. Ya no soy una niña. Fue sólo porque vi este papel de regalo con los tubos de ensayo. Así que pensé... pero, qué importa.

Abrazó a Rebecca y sus padres también se despidieron de su hija mayor. De camino a la estación de metro, Rebecca ya no se sentía tan ligera como de camino a casa de su familia. No había rastro de la relajación prevista, sino todo lo contrario. Todo tipo de cosas rondaban por su mente mientras caminaba por la siguiente manzana.

Esto se debía, por supuesto, al hecho de no poder defender a su familia. Se sintió como una pésima traidora por no haber sido capaz de apoyar a su propio padre en su lucha contra el cortacésped. Aunque él no lo hubiera demostrado, en el fondo debía de estar decepcionado con su hija. Igual que Rhonda estaba decepcionada con su hermana. Rebecca seguía devanándose los sesos para saber si su madre le había dicho realmente por teléfono en algún momento que Rhonda quería un kit de química. No lo recordaba. Pero desde luego no podía descartar la idea, porque realmente había tenido los nuevos casos en la cabeza mucho más que a su familia. ¡Qué hija tan despreciable!

Ni siquiera le había llevado a su madre un gran ramo de flores, y también había pospuesto llamar a casa hasta que su madre lo hiciera primero.

Rebecca se sentía fuera de lugar. Entró en la estación de tren, que era tan gris y sucia como ella se sentía. En el tren, que volvía a traquetear hacia el oeste, hacia la adinerada península de Manhattan, aún podía oír la voz de su hermana.

— ... Mis colegas... super equipo... caso extralaboral... —había dicho Rhonda.

Sí, era cierto. Rebecca no tenía amigos de verdad ni colegas que la apreciaran. Esta tarde no se había sentido ni por un segundo como una gran abogada, sino más bien como un fracaso total. Ella, que siempre se sintió tan condenadamente superior con sus exitosos estudios y su trabajo, era básicamente una criatura patética. Ahora era realmente consciente de ello.

Y había una cosa más. Bryan. No es que Rebecca siguiera interesada en él, desde luego que no.

Pero el hecho de que el hombre que ella había considerado tan frío de repente demostrara tendencias tan románticas la hizo reflexionar.

Así que, fue por ella. No había otra explicación. Rhonda había tenido toda la razón. Recordó a Juan, uno de los muchos novios de su hermana. ¡Qué enamorados se habían mirado siempre! E incluso había escrito poemas para Rhonda, con tinta azul y en papel de Snoopy. Por supuesto, Rebecca se había burlado inmediatamente de su ortografía y de la métrica no del todo correcta de sus versos. Pero ahora se daba cuenta de que ningún hombre había hecho algo así por ella.

El metro se detuvo y Rebecca miró por la ventanilla. Un cartel publicitario de "Sweet Temptation" le llamó la atención y recordó la actuación de Emilia en la reunión del Grupo Stone. Richard era un hombre de negocios, era frío, totalmente capaz de hacer un buen negocio. Pero aquella tierna expresión con la que había mirado a Emilia... Rebecca no conocía nada parecido. Ni siquiera podía decir que ella misma hubiera mirado así alguna vez a alguno de sus cinco o seis amantes.

¿Había algo mal con ella?

Llevaba mucho tiempo con este pensamiento. En sus relaciones, siempre había disfrutado del intercambio intelectual. Con Joshua, había admirado sus conocimientos jurídicos y le encantaba estudiar o discutir con él sobre interpretación legal. El punto fuerte de Frederic había sido su educación cultural, ella había absorbido como una esponja todo lo que él le enseñaba sobre arte y música. Y Eli había sido un maestro del debate, además de ser el único con el que ella había encontrado el sexo medianamente deseable. Con los demás, había sido más bien un pequeño proyecto. Pero en algún lugar de su interior, Rebecca siempre había sentido que existía otra conexión mucho más intensa entre dos personas que la que había experimentado hasta el momento. Sin embargo, nunca había experimentado nada similar.

Porque era emocionalmente frígida.

Había llegado a esta profunda conclusión hacía unos años. Obviamente, ella no era una de esas mujeres como Emilia. Mujeres que traían la pasión y el fuego consigo, que se enamoraban de un hombre por completo, a las que se les ponía la piel de gallina al menor roce o dulces palabras. Ella carecía de todo eso. Probablemente era de las mujeres frías en cuanto a sentimientos. Así que no era de extrañar que los hombres mantuvieran sus emociones hacia ella en un segundo plano. Un cojín de cereza en lugar de una llama ardiente. Completamente comprensible. Por eso era mejor no involucrarse en una nueva relación. Rebecca sólo volvería a fracasar.

También se sentía un cero como mujer, no sólo como hija o hermana.

Pero había algo que se le daba realmente bien: ser una abogada ambiciosa. En lo que a eso se refiere, era auténtica y pasional.

Aunque hubiera algo mal en el plano emocional, se podía confiar plenamente en su intelecto. Y si simplemente se concentraba en su carrera, como hacían la mayoría de los trabajadores neoyorquinos, sería feliz. De eso no había duda.

Rebecca levantó la mirada. Sabía lo que tenía que hacer. El bufete de *Armadon, Hall & Piddlefield* le ofrecía las mejores oportunidades para progresar en su carrera y tener una vida plena. Aprovecharía al máximo estas oportunidades, incluso si eso significaba sobrevivir un fin de semana en la casa de campo de su jefe. El siguiente paso que tenía que dar estaba tan claro ante ella como un lago de montaña en Vermont: tenía que buscar a ese Logan insufrible y darle una lección como el profesor Higgins le dio a su Eliza Doolittle. El fin de semana con Quentin y el sospechoso Randolph tenía que transcurrir sin contratiempos, eso era seguro. Y ella se aseguraría de ello. Si instruía a Logan con precisión, le haría memorizar algunas notas si era necesario y le recordaría las cosas importantes, incluso él debería arreglárselas para actuar como su prometido. Temía que esto requiriera varias lecciones, pero no importaba. Lo principal era que al final, como en "Mi Bella Dama", el mujeriego se convirtiera en un prometido presentable. Entonces, absolutamente nada se interpondría en su carrera jurídica, que la convertiría en una abogada de primera categoría en Nueva York.

EL HOMBRE

El blog de los hombres de verdad

Hola hombres,

Santo cielo, ¡cada vez más suscriptores! Me parece que hay muchos de ustedes ahí fuera a los que les gustaría recuperar su masculinidad. ¡Así es!

[@Jasper: ¿Insiste en que te depiles las piernas? Dile que si quiere una chica, que se busque una.]

Bien, hablemos de estilo y ropa. El otro día estuve de compras y observé a una pareja. Primero él tuvo que esperar durante horas delante de los vestidores hasta que ella se probó todas y cada una de las veinte blusas blancas diferentes, ninguna de las cuales acabó comprando de todos modos. Luego le tocó el turno a él y ella le fue pasando trajes cual muñeca de disfraces. Incluso le pasó una camisa rosa, ¡¡hasta un enterizo!! Y luego un traje que brillaba como una mujer.

¿Para qué?

¿Recuerdas cómo se hizo famoso Brad Pitt? Como un polvoriento autoestopista en "Thelma y Louise". ¿Y qué llevaba puesto? Unos Levi's deslavados, una camiseta blanca y una sonrisa confiada en la cara. (Deberías omitir el Stetson blanco, sobre todo si vives fuera de Texas).

Si te gusta anudarte incómodas corbatas al cuello o llevar zapatos de charol, bueno, está bien. Pero si te arreglas sólo para impresionar a una dama, algo va mal. Tienes que sentirte cómodo con tu ropa, luego el desenfado llegará solo. Y eso es por lo que las mujeres te adorarán, por tu aspecto con la ropa, no por el precio del conjunto.

Y créeme: las señoras no recordarán ni por un segundo el tejido de un traje de diseño que llevas para impresionarla. Pero cuando tengan ganas de arrancarle a un tipo sus Levi's, recordarán cada botón para siempre.

Y una vez que tu barba esté rozando su piel caliente y volviéndola loca de lujuria, nunca pensará en darte una cuchilla. ¡Te lo garantizo!

Hasta entonces,

EL HOMBRE

4. En el Rover salvaje

— Barnie, lánzame el seis llaves. —Se oyó una voz desde algún lugar, y un motor rugió. Rebecca, que acababa de entrar en el taller de *Eddie's Classic Cars*, en las afueras de Brooklyn, se sentía completamente fuera de lugar. Había salido tarde de la oficina y conducido directamente hasta allí. Entonces, con sus relucientes zapatos de tacón y su traje de negocios, tenía que evitar tropezar en un patio repleto de charcos de aceite y hombres con ropa de trabajo sucia.

Un tipo medio calvo y con gafas se le acercó.

— ¿Puedo ayudarla, señora? —preguntó amablemente. Seguramente pensó que era una clienta, aunque no parecía que en esta zona entrarán neoyorquinos deseosos de solicitar servicios, para eso estaba la recepción de la entrada.

— Busco a Logan . Dijo que a esta hora ya habría terminado —respondió ella.

El hombre, obviamente el dueño del taller, la miró con curiosidad.

—Estoy seguro de que Logan estará listo en un minuto. Puedes ir a verlo, está por allí, bajo el Rover.

Señaló con un movimiento de su cabeza un vestíbulo donde estaban aparcados varios coches clásicos y se dirigió a la sala del taller.

Rebecca miraba impotente los cuatro coches. No tenía ni idea de coches clásicos y ni siquiera sabía cómo era el logotipo de Rover, por no hablar de los modelos de coches históricos de esta empresa. Insegura, dio unos pasos hacia el vestíbulo.

— ¿Logan? —llamó con cautela.

— Está debajo de la caja negra —le informó un colega rubio claro que estaba recogiendo sus cosas, y luego levantó la voz—. ¡Eh, Log, aquí hay una señorita guapa buscándote!

Luego, le guiñó un ojo y salió del taller.

Rebecca vio dos piernas en vaqueros que salían de debajo del lujoso coche oscuro. Se escuchó un ruido metálico y luego el hombre salió rodando de debajo del coche en un movimiento rápido. Contuvo la respiración involuntariamente cuando vio a Logan. Ágil como un depredador, se levantó de la tabla rodante y se limpió las manos en los vaqueros manchados. Su camiseta azul oscuro estaba ceñida al cuerpo, mostrando unos músculos bien definidos, llevaba el pelo despeinado y su antebrazo derecho estaba adornado con una mancha de grasa. Parecía un tipo salido de uno de esos calendarios "para señoras" en los que aparecían vaqueros sexys y limpiacristales fornidos en todo su esplendor.

— Teníamos un acuerdo —dijo Rebecca, dándose cuenta sólo después de haber pronunciado las palabras de lo mucho que sonaba a vocabulario de abogado. Cuando había quedado con

Logan para verse, en realidad había supuesto que él la estaría esperando, todo pulcro y preparado, para acompañarla a un bar. Pero tal y como estaba ahora, no se podía entrar en un bar.

— Lo siento, no miré mi reloj. Mi bebé salvaje tuvo problemas con el cárter de aceite, así que me quedé sin tiempo.

El "bebé salvaje" la hizo incorporarse y prestar atención, pero enseguida se dio cuenta de que no se refería a un aditivo de aceite de oliva para el baño de su novia, sino que hablaba del coche. Rebecca no tenía coche, porque no era necesario en Manhattan y sólo representaba más gastos. Y aunque hubiera tenido un coche, no le habría importado en absoluto el cárter de aceite, fuera lo que fuera.

Miró a Logan con gesto de reproche, intentando no fijarse demasiado en sus crujientes bíceps.

—Tenemos algunas cosas que discutir. Mi colega ha empezado a sospechar, así que nuestra aparición en Vermont como pareja debe ser absolutamente perfecta.

— Entonces supongo que deberíamos ir a un lugar tranquilo para hablar —sugirió.

Un poco nerviosa, Rebecca miró a su alrededor. ¿Había aquí un bar destartado donde se reunían mecánicos sudorosos después del trabajo? Logan llevaba una sombra de barba oscura que le daba una expresión pícara y parecía muy masculino.

— ¿Y dónde? —preguntó.

— Ven conmigo —respondió él, sin prestar atención a la expresión de sorpresa de ella, y salió del taller por una estrecha puerta lateral—. ¿A qué esperas? —le preguntó.

— ¿Quieres que vaya a tu apartamento?

Logan dejó escapar una risa.

—No tienes que conducir. Camina. Vivo aquí arriba.

— ¿Sobre el taller?

— Así es. Eddie me dejó arreglar una guarida aquí arriba. Justo encima del Rover está mi dormitorio . —Subió por una desvencijada escalera externa.

De mala gana, Rebecca le siguió y se preguntó si lo del dormitorio era un comentario impertinente o sólo una inofensiva indicación geográfica. Cuando abrió la puerta metálica del piso de arriba, se pudo ver un dormitorio no tan pequeño. Sorprendida, Rebecca entró al lugar. Las paredes eran de ladrillo y todo estaba amueblado de forma muy pragmática, pero tenía cierto encanto austero. Era diez veces más grande que su propia casa.

— Es sólo un lugar para hombres —explicó, y sonó casi a disculpa—. Sólo lo esencial y sin adornos. Pero deberías haberlo visto antes. Era un almacén para los trastos que se caían junto a los coches. Suelo de hormigón con manchas de aceite, sin tabiques y también tuve que levantar las tuberías de agua.

— ¿Lo has hecho tú solo? —impresionada, Rebecca miró a su alrededor con más detenimiento. El suelo de madera de color claro brillaba y la distribución parecía como si allí siempre hubiera

habido varias habitaciones.

— Bueno, dos compañeros me ayudaron de vez en cuando, pero yo hice la mayor parte del trabajo. Los dos tienen familia y no quería retenerlos después del trabajo por mi culpa, eso sería muy injusto. No es gran cosa, tuve tiempo. Puse el piso, instalé el baño, preparé una pequeña cocina. Sabes, me gusta trabajar con mis manos. Me gusta construir cosas. Es como los coches: tienes una caja en el taller que apenas funciona o sólo chisporrotea. Luego me pongo a ello, unos días o dos semanas, y al final la criatura vuelve a ronronear como un gato delante de la estufa de cerámica. Es una sensación agradable.

Se pasó las manos por el pelo como si le avergonzara haber revelado tanto sobre sí mismo.

— Te creo. —Rebecca asintió—. A mi padre también le gustaba hacer cosas. Y siempre pude ver lo orgulloso que estaba de su trabajo al final. Es un poco diferente con mi trabajo, las pilas de archivos siguen creciendo.

Podía imaginarse a Logan trabajando allí, en la obra. El polvo en su pelo oscuro, las manos con guantes de trabajo ásperos, pero una sonrisa en su rostro cuando la habitación se tornaba un poco más acogedora. Casi deseaba verle hacer esas cosas.

— Has hecho un buen trabajo —le elogió y se sorprendió al ver que este comentario le obsequiaba una pequeña sonrisa.

— Gracias. Me llevó meses malditamente largos y litros de sudor también.

Valió la pena hasta la última gota, pensó Rebecca, tratando de ahuyentar de su mente las imágenes de un Logan sudoroso sin camiseta.

— ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

— Terminé hace un año. Estoy muy agradecido a Eddie por dejarme utilizar el espacio. Incluso el precio es justo. Eso no se ve muy a menudo. Basta con mirar lo que estos tiburones de bienes raíces a veces cobran por algunos vertederos. ¿Cómo puede una familia normal permitirse eso? Es bastante asqueroso en Nueva York, ¿no crees? Algunos necesitan dos trabajos para poder permitirse lo estrictamente necesario, otros se quedan en Park Avenue y viven a base de caviar.

Sacudió la cabeza como si quisiera deshacerse del tema.

— Sí, tienes toda la razón —respondió Rebecca, sintiéndose incómoda por haberle arrastrado al restaurante *Per Se* a comer ostras. Por otro lado, él se ofrecía voluntariamente como acompañante. Nadie le obligaba a complementar su sueldo trabajando en la agencia.

Abrió la boca para decirle que tampoco procedía de una familia rica y que sólo podía permitirse una pequeña habitación compartida, pero se detuvo a tiempo. Si sabía demasiado sobre su pasado, corría el riesgo de que se lo contara a Quentin. Definitivamente no quería arriesgarse a eso. Prefería que pensara que era una de esas ricachonas arrogantes, entonces no era simpática, pero estaría más segura así. Era hora de ir al grano de todos modos.

— ¿Podemos repasar ahora los detalles para el fin de semana? —sugirió.

— ¿Por qué no te sientas en el sofá primero, yo me meteré en la ducha rápidamente, luego

estaré más presentable ¿Quieres tomar algo mientras tanto? —Sonrió.

— Sí, con mucho gusto . —Se dio cuenta de que tenía la boca seca—. ¿Qué tienes?

— Bud o Corona.

— Son cervezas —señaló.

— Correcto.

— No bebo cerveza.

Logan suspiró.

—No es fácil contigo, princesa. Pero espera, tengo una bebida de mujer. También es refrescante. Está en algún lugar al fondo de la nevera.

Se acercó a la encimera de la cocina, abrió la puerta del refrigerador y metió la cabeza dentro. Tras un triunfal "Aquí está", volvió a cerrar la puerta, abrió una lata y llenó un vaso con el líquido. Sonriendo de oreja a oreja, Logan lo colocó en la mesita de café frente a ella, justo al lado de un cuenco de apetitosas magdalenas de arándanos.

— Aquí tienes —dijo y desapareció en su baño.

Rebecca miró con desconfianza el líquido marrón, que espumaba ligeramente. Primero sacó del bolsillo los billetes que había traído consigo y los colocó junto al vaso, pero luego le ganó la sed. En cuanto olió la bebida, adivinó lo que era, y el primer sorbo le confirmó sus sospechas: ¡cerveza de raíz! Esa cosa dulce como el cartón que ya había odiado de niña porque le recordaba el sabor del jarabe para la tos. Ahora le hacía sentir la boca pegajosa y dulce en lugar de seca. Le fastidió no haberse tomado la Corona, que sin duda habría sido una alternativa más agradable.

Mientras se oía el ruido de la ducha, Rebecca miró a su alrededor. Apenas había objetos personales en el dormitorio, que parecía muy etéreo con sus paredes estériles y sus muebles oscuros. En un pequeño mueble vio dos fotos de coches antiguos y una pila de revistas de coches, pero no encontró ni fotos de familia ni nada que indicara la presencia de una mujer en su vida. Una camiseta de hombre colgaba sobre una silla, había zapatillas de deporte desordenadas junto a la puerta de entrada y la planta verde del alféizar de la ventana, algo polvorienta, había perdido algunas hojas.

Rebecca se levantó para echar un vistazo más de cerca a la estantería de CDs. Al parecer, a Logan le gustaba escuchar rock, porque encontró un montón de discos de ZZ Top, Springsteen y los Foo Fighters. Justo al lado, sin embargo, había algunos otros CD. Enseguida se dio cuenta de que probablemente era su música de ligue. Tenía Marvin Gaye, Simon and Garfunkel y Logan ni siquiera rehuía a James Blunt. Rebecca levantó las cejas. ¡James Blunt! Podía imaginarse literalmente a Logan haciendo esto: seguro que traería vino, algo para picar y, por supuesto, la habitación estaría bañada por la suave luz de las velas. Luego se desabrocharía la camisa para que su bien entrenado pecho se mostrara en todo su esplendor y, entonces, cautivaría a la desafortunada víctima con sus aterciopelados ojos marrones mientras el adorable tenor de James Blunt goteaba del equipo de música de fondo.

— ¿Quieres un poco de helado de vainilla con eso?

Sorprendida, Rebecca dio un salto. Ni siquiera se había dado cuenta de que la ducha había dejado de correr por culpa de sus fantasías a la luz de las velas.

— ¿Perdón?

— Bueno, con la cerveza de raíz. Es un clásico: poner helado de vainilla en el vaso y completar con cerveza de raíz.

— ¡Dios me libre! —gritó horrorizada y Logan se echó a reír.

Tenía un aspecto escandalosamente bueno. Tenía el pelo mojado y brillaba como el ébano; una gota de agua le caía lentamente por la sien. Rebecca se encontró limpiando la gota con su dedo índice, recorriendo el cuello de Logan hasta su hombro. *Me pregunto cómo será su piel.* Sintió un hormigueo en las manos y los latidos de su corazón se aceleraron ante la idea. Los pies descalzos de Logan asomaban por unos vaqueros claros sin cremallera, pero abrochados con botones. Su mirada se clavó en ellos y luchó por apartarla. Logan llevaba una camisa blanca informal abierta por delante. De este modo, su pecho bien entrenado se mostraba hermosamente y él la miraba tan intensamente con sus dulces ojos marrones que ella se sintió hechizada... *¡Basta!*, se ordenó Rebecca. Casi empezó a tararear una melodía de James Blunt. Tenía que controlarse y recordar por qué estaba aquí, en lugar de fantasear con besar hasta la última gota de su ardiente cuerpo. Además, Logan tenía muchas mujeres entre las que elegir.

Rápidamente se dirigió a la mesita, tomó asiento en el sofá y sacó sus notas preparadas con manos ligeramente temblorosas.

— Vale, ¿qué quieres meterme en la cabeza?

Se sentó a su lado para poder mirar sus apuntes con ella. El penetrante aroma de su gel de ducha le llegó a la nariz y amenazaba con afectar su lucidez. ¿Era sólo su champú o aún había su propio aroma masculino debajo? Incluso su cuerpo reaccionó a su cercanía, sintió calor, como si alguien hubiera subido la calefacción en pleno verano, y en su abdomen empezó a sentirse un tirón delator.

Rebecca se enfadó muchísimo. Desde luego, ella no era una de sus pequeñas conquistas a las que pudiera impresionar con Blunt y vino tinto barato. Decidida a no dejarse embaucar por aquel mujeriego profesional, carraspeó y trató de mantener un tono serio.

— Como ya he mencionado, mi colega, que también estará presente este fin de semana en Vermont, ha empezado a sospechar. Tenemos que darles una actuación absolutamente convincente.

— Podemos hacerlo, Becky —partió una de las jugosas magdalenas y se metió un trozo en la boca.

— ¡No me llames así! —le espetó. Ese nombre pertenecía a Queens, no a su exitosa vida en Manhattan.

Levantó las manos con aire apaciguador. Hermosas manos, se dio cuenta estúpidamente, con dedos delgados que no encajaban en absoluto con un tipo que se dedicaba a lidiar con coches viejos. Manos que sin duda podían mimar a una mujer.

— De acuerdo, perfecto, lo tendré en cuenta. ¿Qué más necesito saber? —Su voz era suave y grave. Su pulso se aceleró sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo. Levantó rápidamente la lista y repasó con él todos los puntos importantes, intentando aspirar lo menos posible su inmensamente masculino aroma. No fue fácil.

Logan devoró dos de las magdalenas de arándanos durante ese corto tiempo y alabó la crujiente corteza de canela en ellas. Varias veces le ofreció una, pero ella, naturalmente, la rechazó. Un poco de disciplina formaba parte de una carrera bien planificada.

Al cabo de un rato, Rebecca marcó los primeros puntos de su lista.

— Bien, ya hemos aclarado educación, aficiones, preferencias alimentarias y alergias. Asintió satisfecha.

— ¿Aún necesitas la talla de mi zapato y la marca de mi pasta de dientes? —Los ojos oscuros de Logan brillaban burlonamente. Una vez más, Rebecca tuvo que esforzarse mucho para concentrarse. Maldita sea, ¡este tipo tenía realmente un fuerte carisma!

— Y ahora, tu infancia. ¿Dónde creciste?

Una arruga pronunciada apareció sobre la nariz de Logan.

— No importa, ciertamente no nos conocimos en la guardería.

— No es eso, pero los amantes también hablan de su familia. No eres de Nueva York, ¿verdad?

— Sí, lo sé . —Su respuesta llegó demasiado rápido, para ser honesto.

— Pero hablas más como alguien de la Costa Oeste o algo así. Puedo oír algún tipo de acento .

—Ella estaba absolutamente segura de que él no era de la ciudad como ella.

— Así hablan en el Bronx, tú no lo sabrías. Tienen un acento diferente en tus círculos de élite, princesa. No hay nada que contar de mi familia . —Se movió un poco hacia un lado y se cruzó de brazos.

— Espera un momento, como tu prometida, se supone que debo saber si tienes hermanos, si creciste en un pueblo pequeño o si limpiaste el granero de una granja de cerdos.

La expresión de su cara dejó claro que no tenía intención de insistir en el tema.

— Hijo único, Nueva York, nada de cerdos —le espetó como un granjero lanza cáscaras de patata delante de dichas colas rizadas—. Y déjame decirte algo: Los hombres no hablan sin parar de su infancia como hacen ustedes, las cotorras.

— Quentin Armadon no debe tener la menor duda de que tú y yo nos conocemos desde hace dos años . Eso es sumamente importante —explicó ella.

Le miró profundamente a los ojos. No seductoramente, por supuesto, sino insistentemente.

Exclusivamente para reforzar su petición.

— Veneras a ese pomposo legislador como a un mesías.

Rebecca rompió el contacto visual y se sentó erguida.

— Es el abogado más reconocido de la ciudad . Y muy brillante. Nadie tiene tan buenas estadísticas de casos ganados como él —defendió a su jefe.

Logan se cruzó de brazos, mostrando aún más sus bíceps.

—Vaya, parece que es tu gurú.

— ¿Y qué? Tiene mucho a su favor y puedo aprender mucho de él —respondió ella.

— El tipo no es honesto y lo único que le importa es el dinero, no la justicia —declaró Logan.

Ella sintió que la sangre se le subía a la cabeza. ¿Qué se creía que estaba diciendo este?

— ¿Estás loco? ¡Quentin tiene integridad absoluta! Si no, no trabajaría para él.

— No lo creo —continuó, levantándose para caminar hacia la nevera—. Tengo buen sentido de la gente y él no me parece totalmente honesto.

— Maravilloso, es obvio que conoces la ley. ¿O cómo llega a hacer semejante afirmación?

— Sólo es un presentimiento . —Abrió una lata de cerveza y bebió directamente de ella.

Rebecca estaba furiosa. Una vez más, Logan hacía gala de sus sentimientos incorruptibles. Como si eso tuviera algún significado. Las emociones no eran realmente fiables y una estupidez en general. Odiaba cuando algo así se utilizaba como argumento.

— ¡No necesito oír eso de un tipo que se mete en la cama con mujeres por dinero!

— Ah, ¿no? Si eres una mujer tan perfecta y siempre estás por delante de las cosas, ¿por qué tienes que alquilar un acompañante? ¿Es que nadie te quiere?

Se clavó las uñas en las palmas de las manos y respiró con dificultad.

— No tengo tiempo para andar con cualquiera porque tengo una carrera y gano mucho dinero así —siseó.

— No lo creo. Con lo frígida que eres, cualquier hombre sensato huiría inmediatamente de ti. No me extraña que estés soltera.

Se quedó sin aliento. ¿Cómo ha podido decir algo así?

— Prefiero estar soltera a que me paguen por sexo como a ti . Probablemente te sientes tan bien que lo harías incluso sin el dinero de por medio. Te pones a James Blunt, ronroneas en los oídos de las chicas y te demuestras a ti mismo lo irresistible que eres. Pero no eres más que un patético gigoló —espetó.

Fue suficiente.

Logan se puso pálido y ella vio cómo temblaba su manzana de Adán. Dio un paso hacia ella y Rebecca, instintivamente, se deslizó contra el respaldo del sofá. ¿Le haría algo? No le extrañaría. Sus ojos brillaban peligrosamente.

— ¿Quieres saber algo de mí, Becky? —Su voz era tan baja y controlada que a Rebecca se le

puso la piel de gallina por la tensión—. Nunca me voy a la cama con clientes. Y sólo acompaño a tías estiradas y pretenciosas como tú porque realmente necesito el dinero, y no para pretender una vida que no necesito. Para qué, eso no es asunto tuyo, así que ahórratelo. Algunas personas tienen otros problemas aparte de la cuestión de si hoy deben ponerse el traje de Gucci o el de Prada. Pero una mujer ricachona como tú no puede imaginar eso. Ahora, lárgate.

Temblando, Rebecca se levantó y se dirigió a la puerta. ¿Había arruinado el fin de semana con Quentin? Apenas se atrevía a pensar en ello.

— ¿Y Vermont? —preguntó con voz ronca.

Logan dio otro sorbo a su cerveza y la miró con frialdad.

— Llegaré a tiempo para la salida y actuaré como tu prometido. Sin embargo, el precio del fin de semana se ha duplicado desde hoy. Si no te conviene, puedes buscarte otro acompañante.

Sabía perfectamente que eso no sería posible. Así que asintió dócilmente y salió de su dormitorio, encima del taller, donde el Rover seguía brillando para sí mismo como si quisiera burlarse de ella.

*

Incluso unos días después, cuando Rebecca hacía tiempo que había regresado a su despacho de abogados, el encuentro con Logan seguía reapareciendo en su cabeza. Se esforzó por verlo como un mujeriego arrogante y egocéntrico e hizo una lista mental de todas las pruebas. Había muchas. Su trabajo en la agencia, la música para suavizar el ambiente y todo su comportamiento. También le fastidiaba que la hubiera presentado como una adicta a las compras. Sólo porque no se metía en la cama con un tipo distinto cada día, sino porque prefería dedicarse con sensatez a planificar su carrera a largo plazo. Pero un simple mecánico de coches no tenía ni idea de eso.

Le fastidiaba que hubiera descubierto su punto débil. Pero le molestaba más que aún pudiera imaginar su imagen saliendo de la ducha tan claramente. Casi creía que aún podía oler su penetrante aroma y tocar la gota de agua en su sien. Temía este fin de semana en Vermont más que al profesor Mitchell, que la había pillado desprevenida y la había interrogado durante un examen.

De alguna manera, todo iba mal en ese momento. Primero la desastrosa visita a su familia, que le había mostrado todas sus insuficiencias, y ahora Logan, que la había domado por cuestiones similares. Iba a ser realmente agotador pasar tiempo con él.

Enfadada, abrió una carpeta para volver a concentrarse por fin en su trabajo, cuando sonó su teléfono. Contestó y escuchó atentamente.

— Jason Donalds, aquí, Richard Stone, antesala. Hola Srta. Miller, ¿me recuerda?

Rebecca sonrió. Claro que sí. La reunión en el Grupo Stone había sido una de las más

importantes de su carrera hasta el momento.

— Por supuesto ¿Qué puedo hacer por usted, señor Donalds? —respondió rápidamente.

— El señor Stone quiere hablar con usted y me ha pedido que concierte una cita.

Inmediatamente, Rebecca se sentó atenta como un perro sabueso al oír el sonido de la escopeta. ¿Richard Stone quería hablar con ella? ¡Eso era maravilloso! Pospondría a todos los demás clientes si era necesario, porque meter un pie en el grupo Stone era una prioridad absoluta.

— Siempre puedo organizarme para ir a verlo—explicó.

Donalds sonaba encantado.

—Perfecto ¿Qué tal esta misma tarde a las tres? Ahí tengo un pequeño espacio en su agenda —respondió.

— Allí estaré.

El asistente se despidió amistosamente y dejó atrás a una Rebecca muy satisfecha. ¡Aquello fue como un reloj! Debía de tratarse del contrato relativo a las áreas de responsabilidad recién distribuidas en el grupo. Sacó el grueso documento y volvió a repasarlo, asegurándose de tener a mano todos los detalles. La buena preparación era uno de sus puntos fuertes.

Diez minutos antes de las tres, Rebecca entró en el edificio Stone y tomó el ascensor hasta la última planta, donde fue recibida amablemente por Donalds. El jefe no tardó en abrir la puerta de su despacho e invitarla a pasar. Rebecca quedó impresionada por Richard Stone, como le había ocurrido la primera vez que se vieron. Se notaba que era un hombre de negocios exitoso, pero aún conservaba cierta soltura. Esto también se reflejaba en el acogedor mobiliario de su despacho, donde colgaban de la pared fotos de lugares de interés europeos y grandes maceteros con plantas de interior creaban un ambiente cómodo.

— Me alegro de que hayas podido venir con tan poca antelación —empezó, ofreciéndole una silla en su mesa de reuniones.

— No hay ningún problema —dijo Rebecca, apenas capaz de creer que estuviera sentada frente a uno de los hombres de negocios más ricos de Nueva York—. ¿Se trata del contrato de reestructuración?

Acercó su silla a la mesa.

—En realidad, no. Aún estamos en fase de pruebas sobre ese punto. Pero tengo otra petición.

Rebecca le miró curiosa. No tenía la menor idea de qué se trataba.

— Señorita Miller , seré franco con usted. Acabamos de despedir a uno de nuestros ejecutivos más relevantes. No puedo descartar la posibilidad de que emprenda acciones legales —continuó.

Ella asintió con interés porque lo había escuchado con atención.

Richard pasó su mano por el pelo oscuro y siguió hablando.

— Por supuesto que tenemos abogados que trabajan para nuestra empresa desde hace mucho tiempo. Pero no sé hasta qué punto el empleado en cuestión tiene conexiones con ellos.

— ¿Así que sospecha que estos abogados no son leales?

— En cualquier caso, no puedo descartar la posibilidad de que aceptaran sobornos o algo similar. No puedo confiar en este empleado despedido. Usted, en cambio, me parece honesta. Por eso me gustaría poner este asunto en sus manos.

A Rebecca se le aceleró el pulso. El gran Richard Stone le había dado un nuevo mandato. Y más que eso: le estaba expresando su confianza. Ella apenas sabía qué responder.

— Me siento muy honrada, por supuesto . Le prometo que el bufete de abogados *Armaddon, Hall & Piddlefield* es absolutamente incorruptible, tiene integridad y el derecho laboral es uno de nuestros puntos fuertes —dijo finalmente.

El señor Stoneladeó la cabeza y se quedó pensativo.

— No conozco bien su empresa. Pero me gusta confiar en mi instinto. Y mi instinto me dice que usted, señorita Miller, no juega en falso con los clientes.

— Desde luego que no —Rebecca le miró directamente a los ojos y sintió un poco de calor en sus orejas. Aquel azul intenso era extraordinario. Su mirada parecía penetrarla escrutadoramente, pero ella lo resistió, pues no tenía nada que ocultar. Como abogada, era irreprochable.

— Bien . Un poco de aire fresco en nuestra representación legal no puede hacer daño. En mi opinión, es urgente romper un poco las enquistadas rutinas y conexiones dentro de la empresa. Haré que te traigan el expediente de Recursos Humanos. Formule una dimisión cerrada. Si tienes alguna duda, siempre puedes contactar con el señor Donalds —dijo.

Se levantó y acompañó a Rebecca al exterior del despacho. Seguramente ya le esperaba su siguiente cita. Hizo que Donalds le entregará el expediente y algunas notas y luego, con el maletín bajo el brazo, volvió a su trabajo con una expresión de extrema satisfacción en su rostro.

En cuanto entró en el pasillo de su despacho, Randolph se acercó a ella y sonrió con arrogancia.

— Oh, Rebecca, ¿saliendo por ahí con chismes? Bueno, alguien tiene que hacer eso también. Por cierto, el domingo jugué una partida de golf con Quentin. Por supuesto, dejé ganar al jefe y estaba de muy buen humor . —Randolph se sacudió una pelusa de la manga de su costosa chaqueta. Por una vez, Rebecca le hizo el favor y puso cara de interés.

— Entonces, ahora sí que te has ganado su favor —dijo ella, con tono falsamente impresionado.

Estaba totalmente concentrada en su nuevo caso.

— ¡Claro que sí! Piensa, querida, que incluso iremos juntos a una casa de campo el próximo fin de semana —continuó.

— ¡Felicidades! —dijo ella. Al parecer, Quentin aún no le había revelado que ella también estaría allí.

Al parecer, su enfado con Rebecca se había desvanecido debido a esta clara ventaja competitiva, porque se volvió hacia ella con una sonrisa de oreja a oreja.

— ¿Tuviste una cita fuera? ¿Te fue bien?

— Sí, me ha ido bien. —Se guardó el expediente bajo el brazo y abrió la puerta de su despacho—. Fui a ver a Richard Stone —dijo mientras se paraba en el umbral de la puerta—, me asignó personalmente un importante caso y seguirá haciéndome trabajar para su empresa. Bueno, como tú has dicho: pequeñeces.

Con eso, cerró la puerta y se alegró por lo que había conseguido. Era una lástima que no hubiera visto la cara de Randolph después de este anuncio. Sin duda, su humor no mejoraría ante el anuncio de que ella y Logan también estarían en la casa de campo del tío Tom. Pero así eran las cosas y, desde luego, ella no iba a echarse atrás.

EL HOMBRE

El blog de los hombres de verdad

Hola hombres,

Estoy realmente asombrado de que dejen tantos comentarios. Es asombroso.

[@Jasper: Lo siento, no puedo responder a todas tus preguntas. Pero si tu suegra hace pizza de chucrut todos los domingos, eso no significa que siempre tengas que comerte dos raciones.]

Como muchos de ustedes querían consejos sobre el tema de las "frases para ligar", éste será nuestro tema de hoy.

Lawrence preguntó lo siguiente: [Viajo mucho por trabajo y me siento en los bares de los hoteles. Cuando veo a una mujer guapa, normalmente no me atrevo a acercarme a ella. Y cuando me atrevo, la cuestión de si nos conocemos de algo no parece tirar.]

¡Bueno, Lawrence, no va a funcionar así!

Empezaré por el principio. Cuando entres en un bar, no lo hagas con la cabeza gacha como un adolescente que ha estado aspirando pegamento. Imagina que eres Clint Eastwood. Abres la puerta con fuerza, te quedas de pie allí un momento y observas tu alrededor con una mirada fría en los ojos. Luego, te diriges a la barra como si fueras el dueño de todo el lugar. Allí pides una copa en voz alta. Y, por favor, nada de bazofia con cola o agua con gas. Al fin y al cabo, quieres ser un hombre. Asiente al camarero como si fueran viejos conocidos y bébete el bourbon como lo haría Clint en una taberna polvorienta.

Si pones esto en práctica, no tendrás que preocuparte por las frases para ligar, ¡porque las chicas te hablarán a TI!

Si quieres decir algo, no repitas lo mismo de siempre. Sean lo más breves posible. Asiente a la dama y lánzale un áspero "¿Trabajas por aquí?" sin parecer demasiado interesado. Cuanto más atractiva sea la dama, más tienes que dar la impresión de que realmente no quieres hablar con ella. Esto despertará su ambición.

Alternativamente, puedes preguntarle sin entusiasmo: "¿Otra copa?", sin apenas mirarla.

Ya lo verán, hombres, verán como las mujeres están comiendo de su mano.

¡¡¡Sean más Harry el Sucio que agente de seguros!!!

Con eso en mente...

Hasta entonces,

EL HOMBRE

5. Hacer rodar la piedra

Había algo que Rebecca esperaba con más impaciencia que la pequeña victoria contra Randolph: el momento en que pudiera anunciar con orgullo a Quentin que había conseguido otro contrato del Grupo Stone. Sabía que la empresa llevaba mucho tiempo intentando abrirse camino con ellos. Pero hasta el momento, ninguno de los abogados con más antigüedad había sido capaz de conseguirlo, y ni siquiera Vince Piddelfield, uno de los tres socios, había conseguido un caso con ellos. Y ahora llegaba ella como novata, ¡y hasta tenía la posibilidad de cobrar más honorarios!

Sin duda, Quentin estaría más que satisfecho con ella. Esta certeza produjo en Rebecca un subidón de euforia, porque la opinión de su jefe significaba mucho para ella. No sólo porque pensaba hacer su carrera con él. También porque era su ídolo y quería que la valorara como abogada.

Por desgracia, Quentin apenas estuvo disponible los dos días siguientes. Iba con prisas de una reunión a otra o tenía un montón de clientes en su despacho. A Rebecca le inquietaba la idea de tener que esperar más tiempo. Por supuesto, podría haber aprovechado la reunión semanal para informar de su nuevo caso, pero prefirió contarle las buenas noticias a Quentin en privado.

No llegó el momento sino hasta pasado mañana. A última hora de la tarde, cuando los primeros compañeros ya se preparaban para irse a casa a disfrutar de un merecido descanso, la llamó Quentin.

— Aún tenemos cosas que repasar en el caso del asesinato de Benito Álvarez —le dejó saber a Rebecca en cuanto entró en su despacho. Ella se sentó en la silla de su escritorio, justo enfrente de él, y abrió el expediente con gran concentración.

— ¿Qué necesita? —preguntó tensa.

— Quiero saber todo sobre ese amigo con el que estaba en la cama la mujer de Benito cuando le dispararon. Es el testigo principal y tenemos que ver cómo podemos atraparlo —Quentin le echó un vistazo a los expedientes.

— Bien. Veré qué puedo averiguar sobre él.

Hasta ahora, sólo Quentin había hablado con Benito Álvarez. El tal Benito había llegado pronto a casa del trabajo y se había encontrado a su mujer en la cama con Mickey Bloomington. Mickey había reaccionado rápidamente ante la situación y saltó por la ventana, pero la esposa no tuvo tanta suerte. Fue abatida con siete disparos. Se encontraron las huellas dactilares de Benito en el arma del crimen y la policía, que había sido llamada por los vecinos, lo detuvo cerca del apartamento. Encontraron restos de pólvora en sus manos. Pero él lo negó. Desgraciadamente, durante el interrogatorio se contradijo y no dio una buena explicación de su participación en el crimen.

Juntos, Quentin y Rebecca discutieron las pruebas y los distintos enfoques de una defensa. Fuera, al cabo de un rato, sonaron unas puertas y luego todo quedó en silencio. Estaban solos en el despacho.

— ¿Cree que Benito es inocente? —le preguntó Rebecca a su jefe.

El arqueó las cejas.

— ¡Lo que yo crea carece por completo de importancia! Vamos a ganar el caso, de eso se trata. Y sé sincera, Rebecca, es precisamente en un caso tan desesperado cuando sientes más cosquillas, ¿no? No hay mejor emoción que lograr lo imposible. Es más excitante que el sexo. ¿No lo crees?

Sus ojos grises claros parecían atravesarla y algo en aquella mirada le producía un escalofrío helado.

Rebecca se aclaró la garganta.

—Lo puedo imaginar pero, aún no tengo tanta experiencia —respondió.

— Bueno, supongo que realmente eres virgen en lo que se refiere al derecho penal —la voz de Quentin había adquirido un extraño matiz, algo entre Lou Reed y el susurro de la página de un libro de derecho, y sus ojos ya se habían deslizado por el cuerpo de Rebecca.

No sabía si sentirse halagada o incómoda. La palabra "virgen" le parecía un poco ambigua.

— Hace calor, ¿verdad? —Quentin deshizo el nudo de su corbata de seda y se la aflojó, luego se desabrochó los dos botones superiores—. Después de todo, no quedan clientes en la casa. Si vamos a trabajar tanto, será mejor que nos pongamos cómodos.

Su sonrisa parecía insinuante.

El ulular de una sirena de alarma sonaba cada vez más fuerte en la cabeza de Rebecca. Tenía que tirar del freno de emergencia y sabía exactamente cómo hacerlo. Lo mejor era que Quentin volviera a centrar su atención en el trabajo y no en su escote. Era hora de sacar el tema de Stone.

— Tengo algo más que decirle, señor Armadon —empezó y se apartó un poco de su escritorio.

— Soy todo oídos —murmuró, inclinándose hacia ella.

Rebecca sacó de debajo del otro archivador una carpeta negra con los documentos de su nuevo cliente y la colocó de forma demostrativa sobre el escritorio, entre ella y su jefe.

— Richard Stone me llamó —dijo, dejando esta frase en el aire durante unos segundos.

Funcionó. De repente, Quentin adoptó una postura erguida y volvió a poner su cara de abogado de negocios. ¡Uf! Qué alivio.

— ¿Qué quería de ti? —Incluso su voz había vuelto a su tono normal. Rebecca se relajó considerablemente.

— Me ha encargado que me ocupe de la formalidad de un despido. Se trata de un empleado de alto rango. Pero eso no es todo.

— ¡Continúa!

Se alegró de ver que Quentin había vuelto a ser el ambicioso jefe de la oficina. Menos mal.

Se alisó la falda hasta la rodilla.

—Según su declaración, no confía plenamente en sus abogados de toda la vida. Pero ha expresado su confianza en mí. Y lo que es mejor, ha ofrecido la posibilidad de que nuestro bufete se involucre más en el Grupo Stone en el futuro. Creo que tenemos un pez muy gordo en la línea.

Miró tensa la cara de Quentin. La sonrisa de satisfacción que se le dibujó era demasiado amplia para ella.

— Rebecca, Rebecca. Te he subestimado de verdad —espetó, levantándose para servir whisky en un vaso de cristal del aparador—. Eres un verdadero activo para nuestra empresa. Y en todos los sentidos.

Llenó el vaso y se lo acercó.

Apenas pudo reprimir el reflejo de levantarse, recoger sus cosas y huir a su despacho. Quentin Armadon era un abogado fantástico y ella admiraba su intelecto. Pero, aunque lo adoraba un poco, no tenía ningún interés en un número rápido en su prometedor y reluciente escritorio de caoba.

Ahora estaba tan cerca de ella que podía oler su loción dulce mezclada con el aroma del distinguido whisky. No le gustaba su olor. Los ojos de Quentin recorrieron su cuerpo. Sus dedos tocaron su hombro y lo acariciaron, haciendo que Rebecca contuviera la respiración.

— Sr. Armadon, quizás sería mejor...

— Llámame Quentin —la interrumpió él, pasándole la mano por la parte superior del brazo.

Sentía un cosquilleo y, a la vez, estaba muy incómoda.

Los pensamientos se arremolinaban en la cabeza de Rebecca como trozos de papel en un abanico. Quentin era su jefe y debería estar orgullosa de que la encontrara tan atractiva. Al fin y al cabo, esas cosas eran habituales en las oficinas de Manhattan. Y otras mil mujeres no tenían reparos en tener una aventura para ascender en su carrera.

Y, sin embargo, la idea le repugnaba.

— Está muy bien no tener sólo hombres aquí. Me gusta hablar con una mujer. Sabes, Rebecca, hoy he tenido un día muy largo. Un asunto incómodo con una demanda colectiva. Hay problemas en GT Green con la calidad de sus productos. Van a juicio pasado mañana. Odio las demandas colectivas como a la peste y los directores generales de GT Green son un dolor de cabeza —suspiró con fuerza—. Un poco de distracción viene muy bien para eso.

Ya era hora de que pensara cómo reaccionar. Hubiera preferido evitar su mano, que seguía acariciándole suavemente el brazo, pero Quentin se lo podría tomar mal. Pero tampoco quería verse envuelta en una ronda de sexo en la oficina. Y aún tenía menos esperanzas de que su jefe tuviera intenciones serias, dejara a su esposa y caminara hacia el altar con Rebecca como en un cuento de hadas de Disney. Así que tenía que salir de allí de alguna manera sin disgustarle del

todo. Sólo había una manera de hacerlo.

— Pero Quentin, sabes que soy muy ambiciosa. Y quiero triunfar en la empresa sólo por mi rendimiento. No porque soy mujer.

Le sonrió y esperó que él no percibiera su incertidumbre.

Con el ceño fruncido, Quentin la miró profundamente y retiró su mano.

— ¿Estás insinuando que favorezco a algunos miembros del personal?

— ¡En absoluto! Pero siempre me preguntaría en el caso de una carrera aquí si se produjo por mi buen trabajo o porque te di un masaje en el cuello. Porque, por supuesto, eres extremadamente atractivo, como abogado de éxito, ¡pero también como hombre! Así que ahí tengo que mantenerme a raya.

Un poco de miel en la boca no hace daño.

En el rostro de Quentin se dibujó una sonrisa de satisfacción.

— Puedo entenderlo . Me gusta el personal con principios estrictos. Pero lo del masaje de cuello no suena mal, lo tendré en cuenta. Es que me gusta jugar —dijo.

Rebecca se levantó lentamente e intentó dirigirle una mirada pícaro.

— Todos lo hacemos, ¿no?

Él soltó una risa.

— Me caes bien, Rebecca. Vas a ser una gran abogada, estoy seguro. Hasta mañana, entonces. De vuelta al trabajo a tope.

Aliviada, asintió, recogió sus carpetas y salió del despacho. Le hubiera gustado correr, pero se obligó a dar pasos controlados. Luego, cogió su bolso del gancho del armario de su despacho y se apresuró a salir.

Sólo cuando salió a la calle pudo respirar.

¡Qué fastidio!

Sacudió la cabeza. ¿Se había vuelto a descalificar a sí misma como zorra? Quizá Quentin sólo estaba jugando, coqueteando un poco. Era demasiado serio como para ponerla sobre una regla y un taladro y practicar con ella sexo salvaje en la oficina. No, no podía imaginárselo.

Sin embargo, la idea la atormentaba. ¿Habría exagerado con su huida, después de todo elegantemente diseñada? ¿Era realmente frígida entonces, como había dicho Logan?

*

— ¿Cuánto tengo que cortar? —preguntó Sandy, levantando un mechón de pelo de Rebecca para indicar la longitud—. ¿Así más o menos?

— ¿No es demasiado? —Rebecca confiaba bastante en su peluquera, pero se preguntaba por qué todos los estilistas se empeñaban siempre en producir la mayor cantidad de pelo cortado en el suelo.

— Quieres verte muy elegante para este fin de semana asesino, ¿no? Eso es lo que has dicho. Te haré un corte escalonado que dejará boquiabierto a tu jefe y a todos los demás hombres del mundo.

— De acuerdo —admitió Rebecca, derrotada, y se reclinó en la silla.

Mientras Sandy, que no sólo llevaba ropa de un color escandaloso, sino que se había teñido las puntas del pelo de todos los colores del arco iris, lavaba su cabeza con champú, Rebecca pensaba en Quentin. ¿Quizá debería hacerse un peinado lo más feo posible para ser realmente poco atractiva? Así estaría a salvo en Vermont.

Entonces recordó que tendría un prometido junto a ella y que, por tanto, no corría peligro. Lo había evitado con éxito durante los últimos días. Suspiró. Bueno, al menos era bueno en eso.

— Adivina qué —le anunció Sandy alegremente—. Ahora me estoy formando para ser maquilladora. Escuela nocturna. Es realmente interesante. Sólo treinta chicas en una clase — puso los ojos en blanco.

— ¿No se llevan bien?

— Oh, ya sabes cómo es. Demasiadas mujeres a la vez, nunca funciona. Siempre hay mala leche. Me da tanta envidia que sólo tengas hombres con trajes elegantes correteando por tu oficina.

Como para subrayar acústicamente su afirmación, Sandy hizo tintinear sus brazaletes de colores.

Rebecca se echó a reír.

—¿Cómo no! Están todos tiesos como una tabla. Ni de coña están buenos.

— Tieso como una tabla a veces no está mal . —Sandy sonrió ambiguamente.

A la defensiva, Rebecca levantó la mano.

— Déjame en paz con eso. Mi jefe intentó ligar conmigo.

— ¿El abogado jefe? Vaya. Ten cuidado. Tengo una política muy estricta al respecto.

Aunque Rebecca tenía el pelo mojado porque el enjuague acababa de hacer efecto, se lo alisó. La peluquera parecía no dejar piedra sobre piedra, a juzgar por lo que contaba.

— ¿Y cuál es? —preguntó Rebecca, sintiendo que el agua le corría por debajo del cuello.

— Bueno, eso es obvio . “Nunca folles en la empresa. Nunca empieces nada con colegas o con un jefe ” —respondió Sandy.

— No es difícil. A tu colega Maurice le gustan los hombres. —Rebecca señaló al chico muy atractivo que estaba junto a la puerta secándose el pelo.

Sandy soltó una risita divertida.

—En eso tienes razón. Pero he trabajado en otros salones. No, no, me quedo con eso. Tienes que mantener tu vida privada y profesional estrictamente separadas.

Le enjuagó nuevamente el pelo mientras hablaba y luego, lo secó. Cuando empezó a cortárselo, Rebecca asintió pensativa.

— ¿Así que hice bien en rechazarlo?

— ¡Claro, cariño!

Las tijeras volaron y le garantizaron a Rebecca que no sólo le cortarían las puntas del pelo, pero no importaba. Se recostó en la silla de la peluquería, completamente relajada. Nada la perturbaría hoy. Al fin y al cabo, si hasta Sandy decía que se había comportado correctamente, tenía que ser verdad. Por suerte, Quentin también había reaccionado tras el incidente como si nada.

Una aventura con el jefe sería un completo disparate. A fin de cuentas, incluso podría dar lugar a sentimientos, y eso lo complicaba todo en la vida. No, Dios sabe que no le apetecía subirse a ninguna montaña rusa emocional, algo así sólo consumía energía innecesariamente y no conseguía nada de ello. Era mucho más sensato y provechoso alegrarse por la adquisición del caso Stone en lugar de lanzarse a cualquier sentimiento, sin importar por quién. Rebecca estaba absolutamente segura de ello.

Media hora más tarde, su reflejo en el espejo tenía un aspecto extraordinariamente elegante. Sandy estaba rociándola con una gran cantidad de laca cuando sonó el teléfono móvil de Rebecca. Contestó y pudo escuchar la voz inusualmente excitada de su madre:

—Todo salió mal. Esa horrible persona lo ha destrozado. Ahora está hecho un desastre. Y tampoco vamos a recibir dinero.

Sobresaltada, Rebecca saltó de la silla y se dirigió hacia la puerta de salida porque había mucho ruido en el salón.

— ¿De qué estás hablando, mamá?

— Bueno, del juicio. Tu padre ha estado hoy en el juzgado por lo del cortacésped. Y ahora parece estar perdiendo la cabeza. Estoy preocupada por él —empezó a llorar suavemente.

Rebecca apretó el teléfono entre el hombro y la oreja, puso rápidamente una nota de su bolso en la mano de Sandy y salió furiosa a la calle.

— Ya estoy de camino al metro, mamá. Llegaré en veinte minutos.

A la carrera, se dirigió a la estación más cercana. Desgraciadamente, el remordimiento, por rápido que fuera, no podía quitárselo de encima y la carcomía con todo su vigor. ¿Por qué demonios no se había ocupado ella misma? Evidentemente, el idiota de Bernie había metido la pata hasta el fondo y había estrellado el coche contra el muro. Y, sin embargo, el cortacésped que había explotado era un caso legal clarísimo.

Cuando por fin llegó a casa, el ambiente estaba tan apagado que a Rebecca se le hizo un nudo en la garganta. El televisor no estaba encendido y su padre estaba sentado en su sillón, igual de callado. Miraba fijamente hacia delante, con el mismo aspecto andrajoso que el viejo mueble.

Su madre entró y le puso delante una taza humeante en la pequeña mesa, pero él no prestó atención al café. No había ni un rastro de Rhonda.

— Cuéntamelo todo . —se volvió Rebecca hacia su madre. No le gustaba nada la expresión en

la cara de su padre.

— Bernie había investigado sobre el cortacésped —informó con voz quebradiza—. Y descubrió que ya estaba pasando algo. Había habido otros accidentes, pero como nuestro coche también había sido golpeado, los daños habían sido los peores. Así fue como nos involucramos en el proceso.

— ¿Como testigos? ¿Te interrogaron?

Su madre asintió y miró a su padre de reojo, probablemente esperando que continuara. Pero él permaneció en silencio.

Entonces, ella inspiró con fuerza y continuó:

— Tuvo que sentarse delante, delante de toda la sala, y luego vino el abogado de la empresa de cortacéspedes . —Otra mirada desesperada hacia un lado. Sin éxito—. Y le interrogó muy mezquinamente. Uno se confunde cuando es un ciudadano inofensivo que de repente está delante de un juez. ¿Cómo se lo imaginan? Ya nadie sabe lo que ha hecho.

La voz de su madre se volvió aguda. Rebecca se inclinó hacia delante y puso la mano en el brazo de su madre para tranquilizarla:

—Lo sé , es una situación muy estresante. Todo el mundo se siente nervioso —le dijo.

— No estaba nervioso —dijo su padre bruscamente. Miró a Rebecca y sus ojos estaban tan apagados que a ella se le apretó el estómago.

— ¿Qué ha pasado, papá? —se volvió hacia él.

— Sin duda tenía razón . La verdad es que no recuerdo exactamente cómo fue. Sí, supongo que es cierto que perdimos y tenemos que pagar también los costes judiciales —respondió.

— ¿De qué estás hablando? —Rebecca no podía entender. Pero más que eso, le horrorizó el tono resignado de su voz.

— Soy un hombre mayor. Y quizá ya no tenga las ideas muy claras. Hoy me he dado cuenta. Probablemente sea mejor que lo acepte de una vez.

— ¡Papá!

La sonrisa de dolor que le dedicó su padre hizo que Rebecca se estremeciera.

— Está bien, Becky. Tienes que afrontar la verdad. A veces confundo las cosas. Y lo que balbuceé allí, hice el ridículo. Creo que me quedaré en la casa por un tiempo. Gracias a Bernie, las cosas así pasan rápido.

Al tomar la taza de café, le tembló la mano. Preocupada, Rebecca miró a sus padres. Se volvió de nuevo hacia su madre:

—¡Por favor, dime exactamente lo que dijo!

— Ese abogado sórdido no paraba de insistir en si tu padre alguna vez confundía las cosas. O si alguna vez había olvidado su llave. Luego preguntó por nuestro garaje, qué había allí, qué

botellas y demás. Bueno —se encogió de hombros—, de alguna manera ya no estaba muy seguro de si realmente puso gasolina en el cortacésped o algo más.

Ella se quedó mirando el dibujo de la alfombra, sin atreverse a mirar a su marido.

—No puedo recordar —admitió en voz baja—. Y quizá tenga razón, realmente bebo mucha cerveza —tragó con fuerza.

— ¡Pero tú no eres un alcoholico como él te ha hecho creer! —bramó la señora.

Rebecca sabía que su padre nunca tomaba más de una o dos latas de Bud, ni siquiera en los días calurosos. No era de los que se emborrachaban y prefería aprovechar la limonada de su madre en verano. Además, nunca lo había visto confundido en ninguna situación. Incluso era el único de la casa que nunca olvidaba la llave ni extraviaba nada; a menudo se burlaba de Rhonda por ello, que era muy descuidada.

¿Qué había pasado en el juicio? Su padre nunca había sido una persona nerviosa, incluso había hablado en reuniones de vecinos en el pasado. Odiaba tener la sensación de que ahora era un hombre viejo y confundido.

— ¿Qué pasó después? —preguntó Rebecca.

— Había algunos testigos más, pero tu padre era el más importante. El caso fue desestimado, supuestamente fue autoinfligido en todos los casos. Y GT Green no tiene que pagar ni un céntimo —las comisuras de los labios de su madre temblaban precariamente, pero no sólo por el dinero, Rebecca lo sabía.

— ¿GT Green? —repitió.

— Sí, esa es la empresa.

¿No era de la que había estado hablando Quentin el otro día? Rebecca no estaba muy segura, porque se había horrorizado tanto de su comportamiento sugestivo que no lo había escuchado realmente.

— Papá, ¿cómo era el abogado?

Se encogió de hombros.

—Sólo un tipo con un traje fino. Pelo gris demasiado largo. Ese tipo de cosas me parecen tontas. Ojos fríos como el hielo. Y luego no paraba de soplar con su spray bucal, esa cosa huele asquerosa. —hizo una mueca de asco.

¡No puede ser!

A Rebecca se le hizo un nudo en el estómago. Precisamente su jefe había hecho tanto daño a su propio padre. Poco a poco comprendió por qué el juicio había ido tan mal para sus padres. Con su aura autoritaria, Quentin era un maestro en incomodar a los testigos. Ella lo había experimentado varias veces. Cuando tenía a un oponente delante y entraba en contacto con él, al final no sabía ni su propio nombre.

— Fue mi jefe, ¿no es así? Quentin Armadon te hizo pasar un mal rato —le preguntó.

Se limitó a asentir en silencio.

¡Qué terrible tuvo que ser para él!

Su supuestamente exitosa hija estaba trabajando para la misma persona que le había robado todo el respeto por sí mismo. Se sentía como una podrida traidora.

— Papá, ¿por qué no me dijiste que mi bufete representaba a la otra parte? Tenías que haber visto el nombre en la correspondencia de antemano.

La miró con ojos cansados.

—No podías hacer nada. Y no quería que te metieras en problemas. Podrías haber acabado interfiriendo y perder tu trabajo. No podía arriesgarme a eso.

Un escalofrío recorrió la espalda de Rebecca. Le habría gustado saltar y darle un largo abrazo a su padre, pero él no era de esos. Eso le habría hecho sentirse aún más débil.

— Al menos podría haberte dicho de antemano lo que podía pasar —dijo ella, pensando que sonaba poco convincente.

Él había querido protegerla, no incomodarla, aunque básicamente era su deber como hija ocuparse de todo de antemano. Seguramente estaba decepcionado con ella. Tuvo que tragar saliva.

— ¿Siempre es así en el juzgado? ¿Te interrogan hasta que ya no eres capaz de responder? —preguntó su madre.

Rebecca se mordió el labio. Su profesión, de la que siempre había estado tan orgullosa, de repente le parecía terriblemente sucia.

— Bueno, los abogados penalistas naturalmente se proponen inquietar a los adversarios —explicó con voz entrecortada.

— ¿Te parece justo? —preguntó su madre.

Rebecca no sabía qué contestar.

—... Bueno, no sé de qué otra forma averiguar la verdad. A veces hay que presionar a los testigos.

— Bueno, no sentí que ese le sacara la verdad a tu padre.

— Suficiente. Se acabó y no hay nada que pueda hacer al respecto. Voy a acostarme un rato —decidió su padre.

Se levantó y salió del salón. Nunca había caminado tan encorvado. Ella lo observó hasta que desapareció de su vista.

Cuando se quedaron solas, la madre de Rebecca tuvo que mirarla.

— ¿Eso es lo que haces? ¿Abogada penal? —Su mirada era una mezcla de amarga decepción y débil esperanza de que su hija mayor fuera una persona decente después de todo.

— No es mi especialidad. Ahora mismo estoy ayudando a un colega con un caso, pero normalmente me dedico más al derecho empresarial y laboral y cosas de ese tipo. Anteayer mismo conseguí que un trabajador de una cadena de montaje recuperara su trabajo.

— Bueno, entonces está bien . —La expresión de su madre se iluminó—. Por un momento temí que tú también fueras uno de ellos. Discúlpame, debo saber que el corazón de mi hija está en el lugar correcto.

Estaba visiblemente contenta de no haber sido decepcionada. Las dos fueron a la cocina y su madre no perdió la oportunidad de pasarle a Rebecca un refresco helado. Rebecca le contó, para distraerla, su gran trato con el Grupo Stone.

— Esto es realmente una cosa increíblemente importante, mamá. Puede ser la piedra que realmente haga rodar mi carrera.

— Me alegro por ti, Becky . —Su madre ya parecía mucho más feliz que cuando había llegado.

— ¿Sabes qué? Yo también pagaré parte de las costas judiciales. De momento aún me queda un poco a pesar de la cuota del préstamo —sugirió.

— Oh, la generosa donante. —Rhonda llegó en ese momento, sin que Rebecca se diera cuenta, y había colocado una bolsa de la compra del supermercado sobre la mesa de la cocina —. Y también tienes un nuevo corte de pelo, hermanita. ¿Cuánto pagan por eso en Manhattan?

Antes de que Rebecca pudiera contestar, intervino su madre.

— Rhonda recibió otro rechazo de trabajo hoy —explicó apaciguadoramente—. Por eso está de mal humor.

Por una vez, Rebecca incluso se alegró de que las cosas volvieran a girar en torno a su hermana y no en torno al tema de los abogados. Charló un poco más con su madre y Rhonda, que volvieron a ser medianamente compatibles a medida que pasaba el tiempo. Al final, Rhonda incluso sacó la caja de *Pastry Passion* y las tres se abalanzaron sobre las trufas. Esta vez incluso parecieron funcionar, porque tanto el humor de Rhonda como el de mamá mejoraron notablemente.

Sólo Rebecca se resistía aparentemente por completo a los bombones para el corazón. Pero quizá también se debía a que sólo había comido uno. Algunos remedios sólo funcionan en grandes cantidades. Mientras se dirigía a casa, su corazón no estaba nada feliz, sino todo lo contrario. Decidió ahorrar a partir de ahora y destinar cada céntimo a ayudar a sus padres con los gastos legales. Se los debía.

Cuando entró en su apartamento, sus dos compañeros ya estaban merodeando por la habitación de Jamie, a juzgar por el volumen. Sus voces emocionadas incluso ahogaban la música reggae que salía de la bocina.

Abrió la puerta y metió la cabeza dentro.

— ¿Todo bien en el centro de Jamaica? —gritó.

— ¡Cariño! Todavía vamos a la fiesta hoy —sonrió Mo.

— Iré con ustedes. Invítame a una copa y te diré por qué no puedo permitírmelo ahora mismo. Realmente necesito alguien con quien hablar hoy —decidió espontáneamente Rebecca.

Se alegró de que los chicos no estuvieran en un ensayo. Una tarde relajada con sus amigos era exactamente lo que necesitaba ahora.

Jamie miró con los ojos entrecerrados a su compañero de banda.

—Bueno, hoy es un día estúpido. Mal momento —explicó.

—Sabes, tenemos una apuesta en marcha. Porque queremos probar algo. Algunos trucos de internet —Mo hizo girar una de sus rastas alrededor de su dedo, pareciendo una niña pequeña. ¡Ridículo! Rebecca empezaba a fastidiarse.

—¿Y no puedes llevarme allí o qué? Creía que era tu amiga.

—¡Sí, pero también eres una mujer!

Rebecca empezaba a dudarlo. Si sus dos compañeras de apartamento ni siquiera podían aguantarla una noche, ¿cómo iba a aguantarla un hombre?

—Oh, hagan lo que quieran —siseó y entró en el cuarto de baño. Desde allí oyó cómo se preparaban y salían del lugar poco después. Mientras lo hacían, murmuraban para sí en voz artificialmente baja frases que sonaban como: "¿Otra copa?" o algo sobre "¿Negocios aquí?". Quizá querían seducir a un empleado de una discográfica para que el grupo pudiera por fin producir un CD, o algo así. No importaba.

Aunque tenía todo el apartamento para ella sola, Rebecca se retiró a su habitación. Ahora que los chicos se habían ido, reinaba un silencio incómodo. Tan silencioso que el tictac del reloj de pared golpeaba dolorosamente sus tímpanos. Le hubiera gustado hablar con alguien.

Era la primera vez en días que estaba medianamente tranquila, y esa misma tranquilidad pareció aplastarla de repente. Cada sonido del exterior, el ruido de la calle 16 y el repiqueteo de los tacones subiendo y bajando las escaleras le parecían risas burlonas. Todo Nueva York había conspirado contra ella, todas las demás personas estaban hoy fuera en algún sitio, acurrucadas en el sofá viendo una superproducción antigua, o al menos viviendo en familia bajo un mismo techo.

Ella ahora estaba sentada sola en su habitación meticulosamente ordenada en una tarde de verano.

Rebecca pensó en los últimos días. En las insinuaciones de Quentin, que tanto había deseado comentar en detalle con Sandy. Se le ocurrió que Sandy ni siquiera era su amiga, sólo su maldita peluquera. Que probablemente sólo hablaba con ella para que la propina fuera mejor al final.

Pensó en su padre, que se había desplomado en su sillón como una sombra de sí mismo. Porque un abogado había herido profundamente su autoestima, alguien como ella. Un picapleitos y un despreciador de personas. Pero ¿qué otra opción le quedaba que concentrarse en su carrera? Quentin Armadon era lo mejor de lo mejor y una cosa siempre había tenido clara Rebecca: Hiciera lo que hiciera, quería jugar en la mejor liga.

También pensó en Logan. Desde luego, no estaba sentado solo en casa, sino revolcándose entre las sábanas con uno de sus éxitos de James Blunt. No creía ni una palabra de lo que decía sobre

no acostarse con las mujeres que le contrataban. Y probablemente sólo necesitaba el dinero para alguna tontería como un coche clásico, bajo el que luego podría revolcarse con aquellas ropas ceñidas al cuerpo y apoyarse despreocupadamente.

Rebecca dio una palmada en la almohada de su cama, con mucha más fuerza de la necesaria, y se tumbó decidida en el colchón. Estaba decidida a dormir temprano, porque el fin de semana que se avecinaba en el campo sería sin duda muy agotador. Quizá tuviera alguna que otra conversación con Victoria, pues la violinista le había parecido muy simpática. Y eso a pesar de que estaba con Randolph. De algún modo, Rebecca tuvo de pronto la sensación de que le vendría bien tener una amiga. Un alma que estuviera cerca de ella. Con la que no tuviera que fingir nada y a la que también pudiera mostrar a veces su lado ansioso.

Pero eso era una tontería, por supuesto. Una completa tontería. Rebecca Miller se las arreglaba bien sola. Siempre había sido así y seguiría siéndolo mientras el río Hudson fluyera hacia el Atlántico.

EL HOMBRE

El blog de los hombres de verdad

Hola hombres,

¡Bienvenido de nuevo a mi blog!

[@Jasper: No, no tengo lima de uñas. Me las corto con un cortaúñas. Sí, entonces se queda un poco áspera y eso está bien para un hombre.

Sigamos con el tema de hoy. Ella se te ha acercado en el bar y tú le invitas a una copa. Ahora tienes que mantener la conversación de alguna manera. No es tan fácil, porque tienes que encontrar el equilibrio adecuado. En ningún caso debes hablarle mal de ella.

Hazle algunas preguntas. Pero si habla más de cuatro minutos sobre un tema aburrido, miras al televisor de la esquina y dices: "Se suponía que yo también iba a ser un buen mariscal, pero entonces esta maldita lesión se interpuso en el camino."

Hay una pequeña Florence Nightingale en cada mujer y le encantará pasar su dedito por tu sexy cicatriz más tarde. (Aunque solo sea de una apendicectomía) En el fondo de su corazón, quiere un héroe, aunque solo sea un jugador de fútbol discapacitado.

Muestre interés, pero no demasiado. Y sé breve. Cuanto menos le cuentes sobre ti, más misterioso le parecerás. Y créeme, a las mujeres les encantan los secretos. Les resulta irresistible sonsacarte detalles que tú eres reacio a divulgar. No hay nada mejor para ellas que un hombre al que tienen que descifrar primero.

Di pocas palabras, hazte el difícil y luego, cuando menos se lo espere, mírala tan profundamente a los ojos que se le corte la respiración. Se derretirá si le dejas echar un pequeño vistazo detrás de tu áspera fachada.

Si eso no es suficiente, pide a un amigo que aborde a la dama. Hazte inmediatamente el valiente caballero y ahuyenta al alborotador. Entonces, serás su héroe y ella te llevará con gusto a su cama. Pronto les contaré más.

Hasta entonces,

EL HOMBRE

6. Llama enamorada

— ¿Todo bien, Becky? —le preguntó Logan el sábado por la mañana, con una sonrisa caótica. Rebecca se tragó el comentario de rigor y tiró de su maleta hacia el taxi en el que había llegado para recogerla.

—Todo está perfecto —dijo y dio al chófer la dirección del bufete. Quentin les había indicado que se encontrarían allí, luego irían juntos en limusina a Vermont.

Esperaba fervientemente que Logan se comportara decentemente. Tenía mucho en juego en aquel encuentro y si él se lo estropeaba, le retorcería el pescuezo. En cualquier caso, saludarla con un "Becky" no sugería que él quisiera hacer su estancia juntos particularmente fácil.

Era evidente que Randolph se había enterado de antemano de que no tendría su San Quentin para él solo este fin de semana, porque parecía bastante sereno cuando Rebecca y Logan bajaron del taxi. Victoria estaba de pie delante de su maleta negra, sonriendo amablemente y agarrando con fuerza el estuche de su violín. Si Rebecca se hubiera salido con la suya, bien podría haber prescindido del instrumento. No había nada malo en rasguear un poco la guitarra alrededor de la hoguera nocturna, pero Victoria no parecía una de esas violinistas irlandesas que hacían aplaudir a todo un tumulto en el club. Por otra parte, quién sabía si no se relajaría después de tomarse unas cuantas Guinness.

— ¿Tocarás para que bailemos por la noche? —preguntó Logan, que parecía tener pensamientos muy parecidos.

Victoria levantó las cejas cuidadosamente depiladas.

— Mi orquesta va a hacer pronto una gran gira. Por supuesto, tengo que practicar en cada oportunidad —explicó.

— ¿Incluso los fines de semana? —Logan puso cara de incredulidad.

La mujer asintió con la cabeza.

— Hay un viejo dicho de los músicos: si no practico durante dos días, noto la diferencia, pero si no practico durante una semana, el público la nota.

— Uf, me alegro de que sólo me dedique a las cajas viejas. Conmigo no importa nada si alguna vez me voy de vacaciones, los coches no se escapan.

Entonces, una limusina plateada se acerca rugiendo. El chófer se aparcó y empezó a cargar el equipaje, pero Victoria insistió en llevar dentro su preciado violín.

Quentin Armadon ya estaba sentado en el coche, pero sin su mujer, lo que en realidad no molestó a Rebecca. Como los largos bancos de cuero estaban pegados a los laterales, todos podían sentarse cómodamente en ellos.

Logan, que hasta el momento apenas le había dedicado una mirada a Rebecca, inició una animada conversación con Quentin sobre el coche en el que estaban sentados. Victoria se puso los auriculares de su reproductor MP3 en la oreja y escuchó una obra orquestal muy exigente. Eso dejaba sólo a Randolph para conversar, pero Rebecca realmente no estaba de humor para él. Sin embargo, no se atrevió a sacar una de las carpetas que había traído consigo, porque Quentin le había recalcado de antemano que se suponía que iba a ser un fin de semana exclusivamente para relajarse y conocerse mejor.

Sin embargo, la resolución del jefe del bufete sólo duró hasta la interestatal, porque para entonces ya se había iniciado una animada discusión sobre el caso del asesinato de Benito Álvarez. Logan fingía mirar por la ventanilla y disfrutar del paisaje durante esas conversaciones internas, pero Rebecca sospechaba que escuchaba con atención. Se había dado cuenta, echándole miradas furtivas de reojo, de que, en primer lugar, tenía el perfil perfecto de un semidiós griego y, en segundo lugar, sus mandíbulas hacían movimientos delatores cuando se trataba de estrategias de defensa en el caso de asesinato.

— Qué grosero por mi parte —dijo Quentin en un momento, volviéndose hacia Victoria y Logan—. Aquí estoy yo invitándolos a una excursión tranquila a mi casa y aburriéndolos con charlas de abogados. Soy un pésimo anfitrión.

Rebecca escuchó sorprendida. ¿Había dicho "mi casa"? No tenía ni idea de cómo imaginarse ese refugio de pesca. Podía ser cualquier cosa, desde una cabaña de madera de "El hombre en las montañas" hasta un complejo turístico de lujo. Por precaución, había metido en la maleta ropa y calzado para cualquier eventualidad. No había nada como una buena planificación. Esperaba que la habitación que desgraciadamente tenía que compartir con Logan tuviera dos camas individuales. O al menos que se pudieran separar. Un sofá también serviría. Por el precio desorbitado que le cobraba su compañero, Dios sabía que podría dormir en un sofá.

— ¿Tiene algún plan de vacaciones para este año? —preguntó Randolph mirándola directamente.

Rebecca se tensó involuntariamente. Sin duda, su colega estaba tramando algo desagradable.

— No , Logan tiene una cantidad insana de responsabilidades en este momento y no puede escaparse fácilmente. Y también quiero concentrarme plenamente en el trabajo. Ya sabes cómo es cuando eres novato. Todavía tienes mucho que aprender —respondió Rebecca.

— Pero pasar un poco de tiempo juntos, quizá junto al mar, también es bueno para ti, ¿no? — Observó atentamente su reacción.

Rebecca maldijo al tipo que seguramente planeaba avergonzarla delante de Quentin, pero esbozó una sonrisa soñadora.

— El año pasado nos fuimos juntos a Florida.

— Oh, sí, todo el camino hasta Key West —añadió Logan.

— Fue simplemente maravilloso. Grandes playas...

— ... Un tiempo estupendo y, en los Everglades, Becky incluso pudo sostener un cocodrilo bebé. Eso fue muy lindo, ¿no?

Logan la miró con ojos cálidos y le puso la mano posesivamente en el muslo.

Ella tuvo que inhalar pacientemente pero le dirigió una mirada de amor.

— Sí, totalmente. Incluso podía sentir el corazón del pequeño.

No había sido fácil encontrar con antelación un lugar al que ambos hubieran viajado. Ninguno de los dos había viajado mucho, o al menos Logan no quería admitirlo. Rebecca sospechaba que una u otra mujer a veces le reservaba un viaje corto, pero él nunca decía una palabra sobre esos viajes. Por eso se habían puesto de acuerdo en Florida; Rebecca había volado allí con algunas amigas después de graduarse y Logan también había hecho un viaje al Estado del Sol hacía muchos años. El hecho de que funcionaran como un equipo bien engrasado en el juego de preguntas de Randolph daba un pequeño aire de esperanza. Así que, según todas las apariencias, Logan había recordado las cosas que ella había escrito en la lista. Aquello era puro milagro.

— ¿Así que este año están ahorrando para irse a vivir juntos finalmente? —Otra vez esa mirada de buitres rondando el borde del campo en busca de una presa inocente.

— Podría ser —respondió Logan con una sonrisa significativa.

— Oh, Rebecca, ¿dónde vive Logan? —Su colega la miró.

Sólo pudo sonreír cansada. ¿De verdad Randolph creía que podía condenarla con preguntas tan simples? Este hombre estaba muy por detrás de ella.

— En Brooklyn. Tiene un apartamento muy bien diseñado, bastante lujoso, justo sobre su trabajo.

— Exactamente. Becky siempre lo llama una “auténtica cueva de hombre”, pero ya la hago sentir cómoda cuando se queda en mi casa.

Le guiñó un ojo de forma ostensible. Por dentro estaba hirviendo, pero por supuesto no podía demostrarlo.

— Es estupendo que tu jefe lo ponga a tu disposición. ¡Sí, buen Eddie! Pero claro, tú eres su mejor caballo en el establo. Dime, ¿has terminado ya el Rover negro o el cárter sigue goteando?

Como Rebecca esperaba, Quentin no tardó en preguntar. Inmediatamente comenzó una animada conversación entre ambos. Esto significaba que Randolph tenía que posponer su Inquisición Española por el momento. Completamente relajada, se recostó en el cómodo asiento y disfrutó del tacto del exquisito cuero contra su espalda.

La limusina tomó una salida y ahora se deslizaba por una carretera más pequeña a través de hermosos bosques. Los rayos de sol danzaban por los pequeños claros y Rebecca vio una liebre saltando alegremente en la pradera. Aquello era realmente idílico y estaba deseando poder relajarse de verdad.

— ¿Qué tal te llevas con tu futura familia política? —La voz de Randolph la sacó de su oasis

—. De dónde es Logan exactamente, por el acento estoy seguro de que no es de Nueva York.
¡Maldita sea!

Logan y Quentin estaban discutiendo tan intensamente sobre los coches británicos que Randolph había encontrado su oportunidad. De todas las cosas que quería saber, ¡quería conocer a los padres de Logan! No importaba lo que dijera ahora, al momento siguiente le preguntaría a su prometido y seguramente obtendría una respuesta completamente distinta.

— ¿Por qué te interesa tanto todo esto? —Le devolvió la pelota, sabiendo perfectamente que su desagradable colega le seguiría el juego.

— Bueno, porque me gustaría saber si te llevas bien con tu suegra. ¿Se parece a tu novio? ¿Es la latina de la familia o su padre es de Sudamérica?

— La mía se parece a la abuela de Miss Piggy —intervino Quentin riendo—. Sólo viste de rosa y es redonda como una pelota. No sé por qué mi mujer es tan delgada. Quizá sea porque su madre nunca le dejó comida.

Su jefe reía a carcajadas, disfrutando claramente de la perspectiva de un fin de semana sin su mujer. Al menos en Vermont estaba mucho menos estresado que en la oficina.

Antes de que Randolph pudiera reanudar su interrogatorio, el conductor se detuvo y aparcó la limusina en medio de una gran casa de estilo rústico.

— Vaya —exclamó Logan, saliendo del coche—. ¡Esto es colosalmente más que una 'cabaña'!".

— Bueno, me alegra que les guste. —Quentin salió también del coche y se plantó frente a la entrada con los brazos extendidos —. ¡Bienvenidos a mi humilde reino! Vayan a refrescarse un poco. Tendremos un almuerzo ligero en una hora, luego tengo una sorpresa para ustedes.

Una señora de servicio de pelo gris les saludó al entrar y les entregó las llaves. El interior de la casa estaba exclusivamente amueblado. Nobles alfombras amortiguaban los pasos, un brillante candelabro colgaba del vestíbulo y la escalera de madera que conducía al piso superior estaba adornada con una barandilla elegantemente torneada. Expectante, Rebecca abrió la puerta de la habitación. Entró y miró con entusiasmo a su alrededor. La ventana del suelo al techo bañaba la habitación con una iluminación agradable y hacía brillar un cuadro de un paisaje montado sobre una pequeña mesa. Un armario de madera reluciente esperaba a ser llenado. El frente de la habitación estaba dominado por una cama matrimonial.

Logan, que le había parecido muy relajado en el coche, había cambiado su expresión facial desde que llegó a la habitación. Parecía de muy mal humor, lo que molestó a Rebecca.

— ¿Qué te pasa? Tienes cara de haber mordido un limón. ¿Estás acostumbrado a alojarte en lugares mejores? Las otras señoras parecen llevarte a sitios extremadamente elegantes —inquirió.

— Esto es un trabajo, nada más . Me pagas para que haga de tu prometido delante de los demás héroes de traje, y eso haré. Pero no puedes pedirme que haga de payaso también en

privado. Ya es suficiente con que tenga que lidiar con abogados sin escrúpulos durante dos días. ¡Sólo esta conversación sobre el caso de asesinato! Seguro que será otra de esas cosas en las que los culpables salen libres y las víctimas se llevan la peor parte. Eres insoportable —respondió.

Qué bastardo arrogante. Ni siquiera sabía lo que había en el expediente y se tomó la libertad de hacer de juez moral.

Levantó ambas manos en señal de disculpa.

— Siento mucho, señor Rodríguez, haber pensado que podíamos tratarnos como personas normales. Quizá ahora me puedas ayudar a separar las camas. Porque si he visto bien, son dos. ¡No quiero estar respirando en tu dirección por la noche y que tú tengas que respirar mi insoportable aliento de abogada!

— Excelente idea —gruñó, se acercó a la cama matrimonial y empezó a tirar de la izquierda hasta apoyarla contra la pared. A través de la camiseta rojo oscuro que llevaba, sus músculos resaltaban claramente con este esfuerzo. Rebecca se odió por no poder apartar los ojos de él. Realmente era agradable de mirar.

Llamaron a la puerta.

Sobresaltada, Rebecca miró en esa dirección. ¿El ruido había llamado la atención? En realidad, había sido bastante silencioso. Logan reaccionó más rápido que ella. Abrió la puerta y Rebecca se horrorizó al ver a Quentin de pie frente a ella.

El jefe, sin embargo, no les prestó atención, sino que habló con Logan.

— Tengo un bebé aquí en el garaje. Un Corvette del 53 que tiene algunos problemas. ¿Crees que podrías echarle un vistazo sin ningún compromiso?

Mientras tanto, Rebecca intentaba empujar la cama hacia su sitio lo más silenciosamente posible con las rodillas. Si su jefe veía que ambos querían dormir en camas separadas, se vería en la tremenda necesidad de dar explicaciones.

Apenas había movido el mueble a su sitio con dificultad, Quentin dio un paso hacia la habitación y la miró.

— ¿Están cómodos aquí? —Quiso saber.

Ella asintió rápidamente.

—Todo es maravilloso. La casa es un sueño.

— Me alegra oírlo. ¿Te parece bien que te robe a Logan durante una hora, Rebecca? —preguntó su jefe.

— ¡Sí, por supuesto! Seguro que está deseando ver el coche.

Y ella misma también se alegró de tener a ese tipo horrible fuera de la habitación por un rato.

— Sí, tengo mucha curiosidad —explicó Logan. Luego se acercó a ella—. Descansa un poco, cariño —canturreó y le estampó sin pudor un beso de despedida en la mejilla.

Rebecca intentó que no se le notara el disgusto.

—Que te diviertas con el Corvette.

Los dos hombres salieron y ella se dejó caer en la cama. El punto de su mejilla que Logan había tocado con los labios le hormigueaba ardientemente. Rebecca se frotó la mano con energía. Sólo lo había hecho para fastidiarla. Y ni siquiera podía reprochárselo, porque él diría con seguridad que sólo se había plegado a sus deseos y había jugado a ser el novio cariñoso frente a Quentin.

Respiró profundamente y volvió a exhalar. Este iba a ser un fin de semana agotador, eso estaba garantizado. Randolph, que la observaba y esperaba el más mínimo error. Quentin, que quería hablar de negocios con ella. Y, por último, pero no por ello menos importante, el cascarrabias de Logan, que tenía que preocuparse de que se le echara encima. O, lo que sería aún peor, quejándose de su ira contra los abogados, los ricos y el mundo injusto en algún momento. De hecho, estaba básicamente de acuerdo con él en esto. De niña, había visto a menudo cómo los ricos se llenaban de dinero mientras sus padres volvían a casa con las manos vacías. Y nadie conocía mejor que ella la asquerosa situación de los alquileres en Nueva York. Pero nada de eso podía ser un problema este fin de semana, y ella se lo dejaría claro.

Suspirando, Rebecca volvió a sentarse y empezó a vaciar su equipaje. Pensó en la sorpresa que le había anunciado Quentin. Había metido en la maleta su vestidito negro por si se trataba de algo elegante. Lo alisó y lo colgó con cuidado en el armario. Debajo colocó los brillantes zapatos de tacón. Pero, como siempre, estaba preparada para todas las posibilidades. La ropa deportiva tampoco faltaba en su equipaje e incluso había traído ropa de exterior, por supuesto con el calzado adecuado. Por eso su pequeña maleta estaba llena hasta los topes.

Sacó una revista del bolsillo lateral y marcó los pasajes importantes de un artículo de varias páginas. El sol que tan amablemente lo había iluminado todo cuando llegó a la habitación dio paso a nubes grises y, poco después, incluso las primeras gotas de lluvia resbalaron contra la ventana. Para cuando Rebecca había llegado al penúltimo párrafo de su artículo, sonó un gong en el piso de abajo.

Tuvo que sonreír. Era casi como en las películas antiguas, en las que también se llamaba así a cenar a los habitantes en las casas lujosas.

Ansiosa por ver el comedor, bajó las escaleras y siguió el olor a sopa de champiñones. Entró en un comedor enorme con una mesa en el centro extremadamente elegante. Quentin realmente no escatimaba. Él y Randolph, junto con Victoria, estaban de pie frente a la ventana, sosteniendo un Kir Royal en la mano y mirando hacia el sombrío páramo.

— ¿Le sirvo las bebidas solicitadas con la comida, señor Armadon? —preguntó la señora de servicio que también se encargaba del catering.

Quentin asintió y la mujer de uniforme tomó los pedidos después de ofrecer también un cóctel a Rebecca. Sorprendida, Rebecca miró a su alrededor en busca de Logan, que no estaba en la

habitación.

— ¿Ha ido todo bien con el coche? —preguntó a su jefe, dando un sorbo a su Kir Royal.

Se acercó a ella.

—Sí, Logan realmente es un ángel. Revisó a mi bebe, ajustó algunas cosas y ahora funciona como toda una bestia.

A Rebecca le resultaba un poco extraño que unos hombres que desde luego nunca llamaban a sus propias esposas con apelativos cariñosos hablaran de "bebé" y "cariño" al referirse a sus coches. Pero bueno, allí donde caía el amor.

— ¿Dónde está?

— Todavía se está lavando las manos en el garaje, seguro que aparece en cualquier momento —explicó Quentin y pidió a todos que tomaran asiento ya en la mesa. Un momento después, se abrió la puerta y entró Logan.

— ¡Oh, hay comida! Qué bien, tengo mucha hambre —dijo y se sentó junto a Rebecca.

— ¡Te lo has ganado, amigo mío! —Quentin explicó a todos en la mesa con épica amplitud las hercúleas hazañas que Logan había realizado en el garaje. Rebecca estuvo casi tentada de decir que ella tampoco se había andado con chiquitas, sino que había profundizado en un peliagudo tema legal, pero prefirió mantener la boca cerrada. Además, le producía cierta satisfacción que Randolph pusiera una cara muy agria al ver como elogiaban a Logan.

— De todas formas, mañana echaré un vistazo más de cerca al carburador —entonó Logan y luego se abalanzó sobre la sopa que le estaban sirviendo.

— Sería estupendo, por supuesto —Quentin estaba visiblemente complacido—. Y haremos otra llamada para concertar una cita para mi otra querida.

— ¿Otro coche? —Rebecca levantó la vista de su plato con asombro.

Logan la miró con reproche.

— Cariño, Quentin ya te lo dijo en *Per Se*. ¿No te acuerdas? Tiene un Chevy del 41, ¡el coupé!

— Así es, hablaste de ello.

Ahora, la atención volvía a ella. Desgraciadamente, se apresuraba a apagar el fuego en temas con los que no tenía relación.

— ¿Y ahora Quentin te trae el Chevrolet al garaje?

Logan negó con la cabeza.

—No, acordamos otra cosa. Iré a su casa, donde está la belleza, y allí trabajaré en ella poco a poco. Los domingos tengo tiempo para esas cosas de vez en cuando. Así que si estás trabajando o algo, de todos modos, puedo pasar por allí.

Le dedicó una sonrisa radiante que ella se esforzó por corresponder. ¿Así que Logan rondaría la casa de Quentin en el futuro? Eso la inquietaba mucho. Pero no era la única, pues Randolph

parecía que iba a estallar de ira en cualquier momento.

Fue una suerte que sirvieran el siguiente plato, filete de ternera con patatas gratinadas, porque esta suntuosa guarnición era la favorita de Quentin. Los dos aficionados a los coches se habían enzarzado en una animada discusión sobre si había sido acertada la decisión de Chevrolet en los años treinta de seguir con los motores de seis cilindros y no seguir a Ford con sus V8. Randolph intentó participar en la discusión técnica lo mejor que pudo, pero fracasó en la mayoría de los puntos, lo que no hizo sino irritarle aún más.

Rebecca miró a Victoria en busca de compañía, porque desde luego no tenía ni idea de lo que estaban hablando los hombres. La artista le sonrió, pero no pareció inmutarse por la conversación. A Rebecca le pareció que la violinista tarareaba una suave canción para sí misma.

— ¡Oh, aquí viene nuestro postre! —exclamó Quentin encantado.

Con un poco menos de entusiasmo, Rebecca miró el enorme bol de flan de caramelo con nata y virutas de chocolate que la señora le puso delante.

— En realidad no como postres —dijo medio en voz alta, preguntándose si sería descortés devolver la bomba de calorías.

— Oh, vamos . —Logan le dio un empujón con el codo—. ¡Ni siquiera lo has probado todavía!

Hundió la cuchara profundamente en el rico pudín de caramelo, arrastrándola aún por la crema, y la empujó hacia la boca de ella. Rebecca no tuvo más remedio que tragárselo todo.

— Un sueño, ¿verdad? —Logan la miró a los ojos con tanta insistencia que ella no pudo evitar responder afirmativamente, tirando de su plato de postre hacia ella y engulléndolo por completo. Le odió sólo por eso. Si el lunes no cabía en su traje de Armani, totalmente caro, ¡era culpa suya!

— Antes de partir hacia nuestra sorpresa, tenemos un tema más en el programa —explica Quentin—. Victoria tiene la amabilidad de darnos una pequeña muestra de su talento único. Por favor, síganme a la habitación de al lado.

Entraron en un salón completamente cubierto de madera oscura. La zona de asientos estaba formada por muebles que seguramente habían estado en una tienda de antigüedades, y en la pared colgaban grandes cuadros de paisajes, colocados en amplios marcos dorados. Rebecca se preguntó una vez más cuánto ganaba realmente su jefe con su bufete. La costosa casa, los dos coches de época, el alojamiento en Vermont... todo sumaba una fortuna.

Cuando estuvieron sentados, Victoria sacó con cuidado el violín del estuche, se lo puso en la barbilla y colocó el arco en posición. Todo en esta llamativa mujer de pelo oscuro parecía elegante: el vestido aterciopelado que llevaba, el discreto maquillaje y, sobre todo, el movimiento con el que ahora dejaba que el arco se deslizara sobre las cuerdas. Tocó una pieza rápida, pero tan desconcertante que a Rebecca se le erizaron los pelos de la nuca. Las notas saltaban en todas direcciones, como si huyeran de los frenéticos golpes de arco, e incluso el ritmo seguía preguntándose si se dejaría presionar en los compases o preferiría seguir siendo

anárquico.

Rebecca había ido a algunos conciertos modernos con Frederic, su novio con tics culturales, y ni siquiera entonces había sido capaz de hacer nada con aquella música de tortura. Le gustaban los grandes maestros de la música clásica, también le gustaba Gershwin y le encantaba "West Side Story" de Bernstein, que, sin embargo, había estado muy por debajo del nivel de Frederic. Pero nunca se había dado cuenta de por qué unían deliberadamente sonidos que se repelían como los polos de un imán.

Rebecca trató de adoptar una expresión embelesada, porque una mirada a Quentin le había demostrado que la representación le parecía realmente fascinante. Y, por supuesto, Randolph casi estallaba de orgullo por su dotada prometida. Por fin tenía algo por lo que brillar.

La mirada de Logan, en cambio, era más que confusa. Rebecca sonrió en secreto. Le estaba bien empleado que ahora también tuviera que torturarse con este momento estelar acústico de música de violín.

Afortunadamente, la pieza no duró demasiado. Victoria rascó la última nota con energía y luego dejó el violín en el suelo. El ilustre público esperó un momento, como también es costumbre en la sala de conciertos, antes de escuchar los aplausos.

— ¿Seguimos? —preguntó Logan en medio del silencio, antes de que nadie pudiera levantar la mano para aplaudir.

—¿Qué quieres decir? —Victoria le miró sin comprender.

Se frotó su prominente barbilla.

— Bueno, eso era sólo un calentamiento, ¿no? Como cuando los atletas hacen estiramientos antes de un partido y lanzan unos cuantos balones en dirección a la canasta como calentamiento.

— ¡Era el Allegro Furioso de la sonata para violín número 134 de Dimitri Shostakovich! —le aclaró Victoria con voz extremadamente aguda. Su mirada hizo que Logan no tuviera nada que envidiar a la de los cuchillos de sushi japoneses.

Rebecca casi se echa a reír. Estaba claro que Logan tenía algunas lagunas cuando se trataba de música clásica. O buen oído. Rebecca estaba convencida de que la violinista había tocado la pieza a la perfección. Pero no era del gusto de todo el mundo.

— Me pareces una completa filisteia —Randolph salió ahora al rescate de su ahora ofendida prometida—. Semejante pregunta es una impertinencia —Había crecido al menos diez centímetros desde que Logan se había destapado como amante del arte.

Los ojos brillantes de Quentin también se entrecerraron con desaprobación. Rebecca sabía que era un ferviente admirador de John Cage o de otras obras a las que costaba acostumbrarse, por lo que le gustaban los compositores un poco fuera de lo común. Logan había bajado unos cuantos puntos en la escala de popularidad.

— Oh, lo siento . Realmente no sabía que era una pieza. Suelo escuchar música corriente en casa. Pero dime, Victoria, seguro que podrías tocar algo más para nosotros —dijo Logan.

Medio apaciguada, volvió a afinar una cuerda y le miró.

— ¿Qué tenías en mente?

Se encogió de hombros.

— Bueno, algo pegadizo. Por los Stones, tal vez. Vale, podría ser difícil. ¿Quizás James Blunt?

La miró expectante.

— ¿Quién, por favor? No conozco al compositor. ¿A qué época pertenece?

Rebecca decidió intervenir antes de que Logan hiciera el ridículo. Al fin y al cabo, le saldría el tiro por la culata, era su prometido.

— Sabes, Logan siempre se hace el duro, pero en el fondo es un romántico sin remedio. Le gusta lo realmente dulce. Schumann es mucho más lo suyo que Shostakovich. Y entre tú y yo, tiene que secarse en secreto algunas lágrimas en algunas películas románticas. ¿Verdad, cariño?

Ella le sonrió radiante.

— Sí, así es —le dijo, pero sus ojos parecían lanzarle rayos. Lo que la complació enormemente.

Victoria suspiró profundamente.

— Muy bien. Algo del Romanticismo, entonces. Prefiero el Barroco, pero estaré encantada de complacerte, por supuesto.

Volvió a acercarse el costoso instrumento al cuello y empezó a tocar, esta vez una melodía muy pegadiza.

— ¡Calentamiento! Increíble —siseó Randolph medio en voz alta, pero Rebecca fingió escuchar totalmente concentrada la sonata de Schumann. Logan había conseguido ganarse unos cuantos enemigos aquí. No sabía si alegrarse o enfadarse por ello. Pero en realidad no importaba, porque de todos modos no podía cambiarlo. Cuando Victoria hizo una reverencia formal al final de la pieza entre aplausos, Quentin se levantó.

— Muchas gracias, querida. Fue, como siempre, un deleite para los oídos. Ahora, poco a poco, es hora de partir. —Lanzó una mirada escéptica por la ventana—. No creo que sea una tarde soleada, pero al menos ha dejado de llover. Por favor, póngase un atuendo adecuado para el bosque, iremos a dar un pequeño paseo.

Victoria no parecía muy entusiasmada, pero aceptó la sugerencia de Quentin. A los hombres les gustó la idea. O al menos lo fingieron. A la propia Rebecca no le apetecía un paseo bajo las húmedas coníferas, pero lo prefería a seguir sentada aquí en el salón, donde el ambiente no era precisamente relajado.

Subió a la habitación con Logan. En cuanto cerraron la puerta, él sacó un jersey ligero de su equipaje y, como si estuviera solo en la habitación, se puso la camiseta por encima de la cabeza.

— Bueno, escucha ¡Al menos podrías ir al baño! —protestó Rebecca.

Sus oscuras cejas se levantaron con sorpresa.

— ¿Por qué? ¿Qué pasa? —Se miró a sí mismo como si se viera por primera vez.

Para su disgusto, esto llevó a Rebecca a mirar también la parte superior de su cuerpo. Estaba entrenado, pero no inflado. *La cantidad justa de músculo* pensó, y ni un gramo de grasa. Hombros fuertes que seguramente habían arrastrado muchas vigas tendrían esos pectorales perfectos. La respiración de Rebecca se aceleró. Se preguntó qué sentiría al pasar los dedos por el pelo oscuro que empezaba allí y se engrosaba hasta convertirse en un camino de promesas. Sintió un deseo irresistible de tocar a Logan. Le hormigueaban tanto los dedos que tuvo que juntar las manos para poder soportarlo. ¿Cómo sería tumbarse a su lado en aquella cama y apoyar la cabeza en su pecho? Su mano en su pelo mientras lo hacía, con ternura, de vez en cuando su risa melodiosa que ella escucharía en primer plano. Luego sus propios dedos, trazando el camino de sus pelos negros, primero sobre su vientre plano y luego...

Se echó el jersey de rayas por encima de la cabeza con un movimiento brusco.

— ¿Estás bien, Becky? —La sacó de sus pensamientos.

Sorprendida, hizo una mueca por la molestia.

—Yo... Eh... estaba pensando en qué ponerme.

Se echó a reír.

—Típico —respondió, y luego sacó de una bolsa unos zapatos de cordones resistentes a la intemperie.

¡Oh, hombre, ella realmente tenía que recomponerse!

Rebecca sacó rápidamente su ropa de exterior del armario y desapareció en el cuarto de baño para echarse un chorro de agua helada en la cara y luego cambiarse.

Cuando volvió a salir, con vaqueros y una blusa a cuadros, Logan le sonrió.

—¿Te he asustado?

— Tonterías. No es diferente de cuando voy a la piscina al aire libre —se apresuró a decir.

— Sí, por eso no pensé nada. Pero entonces pusiste una cara tan extraña. Casi tuve miedo de abrumarte.

Ella rio burlonamente.

—¿Con sólo verte? Una tontería total. Estaba pensando en un caso. Un caso importante. Derechos de autor y muy complicado.

— Bueno, está bien entonces . —Su sonrisa le pareció pretenciosa. Era hora de bajarle los humos.

— Me sorprendió mucho que supieras tan poco de música clásica ¿no te contratan a veces como acompañante para un concierto? Creía que unos conocimientos básicos formaban parte del equipo básico cuando se trabajaba para una agencia de acompañantes —dijo.

Se ató tranquilamente los cordones de los zapatos.

— Tengo tiempo para prepararme. Miraré el programa detenidamente y luego buscaré en internet algún roadster sobre el tema.

— ¿Roadster? Son pequeños coches deportivos o algo así. ¿Qué tienen que ver con Beethoven? Él conducía un coche de caballos.

— Con eso me refiero a pequeñas joyas. Casi perlas del conocimiento con las que puedo ganar puntos. Por ejemplo, que Beethoven sumergía la cabeza en agua helada antes de componer, lo que sus seguidores aprovechaban para vendérsela a sus groupies como agua bendita. Una afirmación así suele dar pie a una discusión sobre el culto a los fans y, puf, me sacan del delicado tema de la música clásica.

Sonrió con suficiencia mientras terminaba con los cordones de su zapato.

— ¿Es suficiente? —preguntó Rebecca, asombrada.

— Todo es cuestión de práctica. En las exposiciones de arte, es estupendo hablar maravillas del Museo Picasso de Málaga, porque se puede ver la evolución de la pintura representativa a la abstracta.

— ¿Has estado alguna vez en España?

— Por supuesto que no.

Los ojos de Rebecca se abrieron de golpe.

— ¡Deben darse cuenta en algún momento!

Terminó de tirar del segundo arco y se enderezó.

— Becky, la gente ve lo que quiere ver. Llevo un traje a medida, soy atractivo, tengo una esposa con diamantes de verdad en el brazo y hablo de Picasso. A nadie en el mundo se le ocurre preguntar si el sol español ha brillado alguna vez en mi brillante cabellera.

— Así que, haces tu papel y ya está.

— Sí, porque lo interpreto bien. —La mantuvo cautiva con la mirada—. Soy una mera pantalla de proyección para la mayoría de la gente. Tu jefe quiere ver en mí al mecánico de coches realista porque eso le gusta, así que lo consigue. La heredera de Park Avenue quiere un playboy educado, también tengo eso a mí favor. Y también ve ciertas cosas en mí. Así son las cosas. Mi trabajo es servir a esas expectativas, ni más ni menos.

— ¿Y qué demonios crees que quiero ver en ti?

Suspiró. Se pasó los dedos por el pelo.

— Oh, no importa. Vámonos.

Logan se levantó y quiso ir hacia la puerta, pero Rebecca saltó para impedirle el paso. ¡Odia a los arrogantes que creen saberlo todo!

— No te escaparás de mí tan fácilmente, Sr. Maestro Psicólogo. ¿Crees que puedes leerme como un manual abierto para una de tus cajas?

— Déjalo, Becky. Tu querido Quentin nos está esperando.

¡Oh no, ella no le dejaría ganar!

— Habla —ordenó, sin moverse un paso de su lugar.

— De acuerdo. —La miró a los ojos con beligerancia—. Crees que me tiro a diez mujeres a la semana, así que voy a dejar que pienses eso. Porque en secreto, eso te excita muchísimo. Te gusta mirarme por encima del hombro y al mismo tiempo quieres arrancarme la ropa.

— ¡Has perdido la cabeza!

Se acercó. Tanto que ella podía sentir su olor y aliento sobre su piel.

— Si me apeteciera, querida Becky , aún estarías rogándome que me revolcara hoy entre las sábanas contigo. Pero soy una buena persona y no quiero que luego te avergüences del “sexo gigoló”, como probablemente lo llamarías —le murmuró.

— Nunca me acostaría contigo ¡Nunca, nunca, nunca! Puedes engatusar y cantar a lo James Blunt todo lo que quieras. Te lo garantizo —siseó.

Se rio como si ella hubiera contado un chiste.

— Deberíamos bajar de una vez . Estoy seguro de que tu gran jefe ya está esperando. ¿Estás lista? —preguntó.

Sin responder, Rebecca giró sobre sus talones, se dirigió a la puerta y la abrió de un tirón. Temblando de rabia, bajó las escaleras. ¡Qué gallo tan engreído! Se creía irresistible, un Adonis del Bronx, un superhéroe erótico. Magic Logan, el sueño de toda mujer: experto en Picasso de día y monstruo sexual insaciable de noche.

Oyó sus pasos detrás de ella, pero no se volvió porque podía imaginarse exactamente su sonrisa burlona. ¡Ese desagradable Casanova!

Cuando volvieran de esa estúpida excursión, lo primero que haría sería separar las camas. Lo más lejos posible. Y preferiblemente construir un tabique entre ellas. Resopló.

— ¿Problemas en el paraíso? —la voz de Randolph la dejó helada.

— ¿Por qué? —Rebecca trató de controlar sus rasgos faciales lo más rápido posible, lo cual no fue tan fácil: Quentin acababa de aparecer junto a su colega.

— Tenías el ceño fruncido como si acabaras de pelearte —siguió Randolph.

— No me digas —Logan se puso a su lado y le rodeó los hombros con el brazo. —Becky acaba de descubrir en internet que un bolso que realmente quería está agotado. Ahí es cuando te enfadas.

Maravilloso, ¡ahora la retrataba como una reina de las compras superficiales! Siempre había odiado los bolsos y preferido guardar sus pocas cosas en los bolsillos del pantalón.

Quentin la miró con escepticismo.

—¿Está todo bien entre tú y tu prometido, Rebecca? Pareces muy molesta.

¡Maldita sea, ahora estaba perdiendo la buena opinión que el jefe tenía de ella por culpa de este bastardo!

— No, no, en realidad fue... —empezó ella, pero Logan la interrumpió.

— Vamos, cariño, vamos a demostrar que todo va bien —le dijo, acercándose a ella. Antes de que pudiera reaccionar, sus labios ya estaban sobre los suyos. Un escalofrío la recorrió, rápido como una descarga eléctrica y caliente como la lava al rojo vivo. Logan la abrazó por la espalda, la estrechó contra sí, le metió la mano en el pelo y apretó su enorme cuerpo contra el de ella. Rebecca comprendió de inmediato que no podía escapar de él o destruiría todo lo que había construido con tanto esfuerzo. Pero, lo peor era que no quería escapar de él. Automáticamente, sus labios se abrieron, casi como si hubieran estado esperando los de él. No sólo olía bien, sino que sabía tan bien que no quería dejar de besarle. El fuerte agarre de sus brazos, su cuerpo firme, más aquellos labios maravillosamente suaves... Cerró los ojos y se olvidó de todo lo que la rodeaba. Sus dedos encontraron su cuello, sintieron su fino cabello, involuntariamente comenzaron a recorrerlo. Aspiró su aroma y dejó que la punta de su lengua emprendiera un cuidadoso viaje de descubrimiento hacia su boca. El corazón le latía con fuerza y sentía las piernas entre algodones, pero el abrazo de él la estrechaba y su beso, ahora un poco más exigente, le nublaba por completo la mente.

— No pasa nada, lo entendemos . —Le llegó desde lejos la voz sombría de Randolph. Sólo cuando Logan apartó suavemente a Rebecca de él, ésta recobró poco a poco el sentido. Confundida, miró a su alrededor.

Quentin sonrió brevemente.

—Parece que todo te va bien. Entonces, podemos ponernos en marcha —Quentin se adelantó, seguido de cerca por Randolph y Logan.

Victoria se acercó a Rebecca.

—Eres una chica con suerte. Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que Randolph me besó así —dijo y soltó una risita. Luego se acercó ella también.

Rebecca caminaba detrás de los demás como si estuviera hechizada. Poco a poco, el torbellino de su cabeza se fue calmando y sus pensamientos volvieron a ordenarse en los lugares apropiados.

¡Simplemente la había besado!

Miró a Logan que caminaba delante de ella, que hablaba con Quentin como si nada hubiera pasado.

¡La había besado!

Rebecca seguía sin creérselo. Estaba a punto de ponerse furiosa por esta impertinencia cuando recordó que este mismo beso le había salvado el culo.

¿Todavía debería estar agradecida con Logan al final? El pensamiento era tan desagradable que se lo quitó de la cabeza. Desgraciadamente, algunos otros salieron de su mente. Por ejemplo, uno que decía que se había sentido increíblemente bien al sentir los labios de Logan sobre los suyos.

Rebecca aceleró el paso. Debía alcanzar a los demás, ¡quizá así se escape de estas fantasías!

Intentó con todas sus fuerzas concentrarse en el camino que la alejaba de la casa y la acercaba cada vez más a la naturaleza de Vermont.

— Sólo hay unos pasos hasta el rancho —explicó Quentin diez minutos después, mientras marchaban por un resbaladizo sendero forestal.

— ¿Un rancho? —La voz de Victoria sonaba horrorizada—. Pero se supone que no podemos montar a caballo, ¿no? Está prohibido en mi contrato con la orquesta. Mis dedos son demasiado valiosos.

Quentin le dio una palmada paternal en la espalda.

— No te preocupes. Nunca arriesgaría los huesos de mi músico favorito. No, no, estamos haciendo algo completamente inofensivo.

Todos le miraron.

Pero Quentin Armadon estaba acostumbrado. Soportaba fácilmente las miradas. Una pequeña brisa agitó las hojas y en algún lugar más atrás, al otro lado de la maleza, un animal parecía llamar.

Randolph finalmente se abrió paso hasta la pregunta que flotaba en el aire.

— ¿Qué vamos a hacer exactamente, jefe?

— Caminaremos con llamas.

— ¿Llamas? —Rebecca repitió la palabra con incredulidad.

— Exactamente.

— Pero viven en los Andes, no en Vermont —señaló Logan, el granuja de la educación.

— Este tipo de llama sí vive aquí. Y se pueden alquilar.

— Con todo respeto, Quentin —siguió Logan—. ¿Qué sentido tiene hacer eso? Aquí no hay ningún pico de cuatro mil metros que escalar.

— Al fin y al cabo, sólo queremos ir de excursión con ellos.

Todos se habían quedado en silencio.

Rebecca finalmente tomó la palabra.

— ¿Y queremos eso por qué...? —preguntó.

— Porque son los animales de terapia perfectos —terminó Quentin su frase con emoción—. Sabes, es la última moda: excursiones con llamas para directivos u otras personas con trabajos estresantes. Los animales marcan el ritmo, al final tienes que bajar tú el ritmo y sentir el poder de la naturaleza con cada fibra de tu cuerpo.

Apretó los puños. Su sermón estaba tan lleno de fervor que Rebecca se preguntó por primera vez si Quentin ya no estaba del todo bien de la cabeza.

— Vamos, vamos, ya vamos.

Acompañó al grupo hasta la siguiente curva y, efectivamente, apareció una puerta que conducía a un pequeño rancho. "Pierde todo el estrés con las llamas" estaba escrito en un cartel de madera

que colgaba alegremente de una viga.

Los pasos de Quentin se aceleraron mientras caminaba hacia el establecimiento. Justo antes de llegar, giró a la derecha y se dirigió directamente al establo. Al parecer, ya esperaban al grupo, porque una joven con botas de goma se acercó a ellos.

— ¡Bienvenidos! —exclamó con una alegría efervescente que a Rebecca le pareció falsa—. Me alegro de que hayan decidido embarcarse en este inspirador viaje. Les suavizará el corazón y refrescará la cabeza.

Rebecca recordó los bombones de Violetta y pensó que había que dejar el corazón y la mente en paz durante unos días. Sobre todo, con besos. Pero ya era demasiado tarde: la señorita Wellington abrió la puerta de un establo e invitó a todos a unirse a ella.

— La mujer debe de ser una de esas esotéricas iluminadas —refunfuñó Logan.

— Sólo sin colchoneta de yoga y mate —respondió Rebecca, olvidando por un segundo que estaba molesta con él.

En el establo, tardó un momento en acostumbrarse a la tenue luz. Inmediatamente delante de ella, algo se movió y, cuando Rebecca levantó la vista, se encontró con dos enormes ojos oscuros, de gruesas pestañas y una montaña de pelaje esponjoso alrededor.

— Ese es Gismo . —El animal respiraba tranquilamente—. Parece que te ha elegido a ti. Él será tu guía hoy.

La llama levantó las orejas, directamente en dirección a Rebecca, levantó un poco la cabeza y ella le sonrió amablemente. Se enamoró inmediatamente de Gismo. ¡Aquellos ojos! ¡Esa mirada amistosa!

Cuando vio a los demás animales, se dio cuenta de que todos sonreían. Era simplemente por la forma de sus labios, no podían evitarlo.

A Logan le asignaron una llama blanca como la nieve, llamada Copo de Nieve. Bueno, si es que a estos animales se les podía llamar por su nombre. A Rebecca le costaba imaginarlos reaccionando como pastores alemanes. El Gerónimo de Quentin, por supuesto el mayor de la manada, con pelaje desgredado en todos los tonos de marrón de la corteza terrestre, no parecía recibir órdenes de nadie. Caminó majestuosamente hacia la salida del establo y allí se detuvo. Del bolsillo de su chaqueta, Quentin sacó unos guantes finos, que se puso antes de tocar a Gerónimo. A Rebecca no le habría sorprendido que también hubiera rociado a la llama de arriba abajo con spray desinfectante, pero al parecer los guantes le bastaban en esta ocasión.

La dueña del establo enganchó una cuerda en el ronzal de cada animal y luego dio algunas instrucciones al grupo.

— Su llama no es una mascota . Ellos decidirán por sí mismos si quieren que los toquen. El ritmo lo marcan los animales solos y ustedes tienen que adaptarse, si no la llama no dará un paso más. Pueden ser tan testarudos como los burros. Pero ése es precisamente el atractivo: te obligan a volver a un ritmo muy lento y constante. Algo que seguramente echan de menos en su ajetreada

vida profesional. Déjense llevar —explicó.

Randolph hizo una mueca. Como su llama estaba girando lejos de él, Rebecca no sabía si su colega se sentía incómodo ante la perspectiva de un paseo tranquilo o si su "bobalicón" le había resoplado. En cualquier caso, le gustaba imaginar la segunda variante.

— ¿Y qué pasa si escupen? —preguntó Victoria.

— Eso es puro cliché. Sólo escupen a sus congéneres si se acercan demasiado, pero no a los humanos. No te preocupes.

— Nos vendrá bien descansar de verdad . —Se oyó decir a Quentin. Su llama asintió con la cabeza, como si hubiera entendido todas las palabras.

— Gerónimo es un tipo listo. —Su cuidadora acarició el cuello del animal—. Aprenderás mucho de él. Es una criatura fabulosa.

La mítica criatura mordisqueó un poste de madera y luego el cuello de la chaqueta de quinientos dólares de Quentin, lo que al jefe le pareció de todo menos fabuloso, a juzgar por la expresión de su rostro.

—Salgan —dijo la cuidadora y abrió la puerta—. Diez minutos antes he enviado a otro grupo, quizá incluso se encuentren en el camino. Recuerden siempre: la llama conoce el camino, ¡sólo tienen que seguirlos! Ah, sí, no se sorprendan si todos empiezan a hablar entre ellos. Esto es habitual en los grupos grandes.

Rebecca se alegró mucho de que al menos este asunto no tuviera nada que ver con el bufete de abogados *Armaddon, Hall & Piddelfield*.

La llama la miró profundamente desde sus ojos insondables, y luego emprendió la marcha, por un camino distinto al que habían pasado para llegar allí.

Los animales tenían un aura muy especial. Se movían como si nada ni nadie pudiera sacudirlos. A Rebecca le pareció impresionante y se sintió sorprendentemente cómoda al lado de su compañero.

Gerónimo encabezaba la manada, por supuesto, seguido de Logan, cuya yegua llama se había encaprichado de él. No dejaba de empujarle suavemente con el hocico y, cuando el grupo se detuvo porque Gerónimo tenía que comerse un joven arce, la llama se insinuó aún más y al final incluso apoyó la cabeza en el hombro de Logan. *Pero a las llamas no les gusta nada el contacto físico*, había afirmado la señora de las botas de goma. Rebecca lanzó unas cuantas miradas de odio al arrogante tipo que, al parecer, podía posarse sobre cualquiera del sexo femenino de dos o cuatro patas, pero el aura mística de las llamas pareció neutralizarlas.

— También parece irresistible para las llamas —Victoria se había acercado a Rebecca, con su llama negra, llamada Scheherazade, en la rienda, mientras sonreía.

— No puedo explicarlo en absoluto . Apuesto a que está cegada por su aspecto. Pero si ella supiera que él avergüenza a artistas con talento, ¡se acabaría rápidamente su Llama-Love! —respondió Rebecca.

— Oh, vamos . —Victoria se encogió de hombros—. No ha estado mal. Es que al principio me sorprendió mucho. Nunca nadie me había comparado con un jugador de baloncesto.

Las llamas decidieron reanudar su marcha extremadamente pausada y las seguimos obedientemente.

A Rebecca no le importaba que Gismo y Scheherazade se llevaran bien. Le daba la oportunidad de hablar con Victoria. La violinista le caía bien. Aunque parecía un poco elitista, tenía buen sentido del humor y el corazón en el lugar correcto.

— Es un buen tipo —dijo Victoria, mirando en dirección a Logan—. ¿Ya estás planeando la boda?

A diferencia de las preguntas de Randolph, aquella sonaba a interés sincero y no a indiscreción. Sin embargo, Rebecca se mostró cautelosa.

— De momento no. Mis prioridades están en el bufete. ¿Y cómo te va a ti? Llevan mucho tiempo comprometidos, ¿no?

Hasta el día de hoy no podía entender qué veía Victoria en ese payaso de Randolph.

— Sí, así es. Ni siquiera recuerdo cómo era con los hombres antes de Randolph.

Victoria se echó a reír. Por un segundo Rebecca pensó en recomendarle la agencia Angel Escort, sólo para salir con otro chico y divertirse. Pero, quizá al final Victoria contrataría a Logan por error y todo estallaría.

— La boda es una de esas cosas en las que... —continuó Victoria—... No estamos de acuerdo en eso. Prefiero una ceremonia muy pequeña. Sólo mi familia, mi director de orquesta y unos pocos amigos. Pero él quiere que sea una fiesta enorme, con limosinas, un gran baile y cientos de personas. Pero no puedo encajarlo en mi agenda, la gira norteamericana empieza pronto.

Parecía tan infeliz que a Rebecca le habría gustado aconsejarle que dejara al tipo. Pero, por supuesto, ése no era su lugar.

Randolph intentó instar a su animal a caminar más deprisa, lo que hizo que la llama se detuviera y le mirara con los ojos muy abiertos. Entonces abrió ligeramente las patas traseras y dejó caer un montón de granos de regaliz al suelo del bosque. Rebecca estaba segura de que la llama se estaba riendo por dentro. Al interponerse, sus compañeros se sintieron incitados a hacer lo mismo. Cuando finalmente se puso de nuevo en marcha, el grupo tuvo primero que zigzaguar por estos parajes.

El camino ascendía un poco. Un poco más adelante, se veían chaquetas de colores que destellaban en el bosque; obviamente, se trataba del otro grupo de la excursión. El camino se había vuelto resbaladizo a causa de la lluvia y Rebecca miraba al suelo para no tropezar con una raíz. Sin cambiar el ritmo de sus pausados pasos, las llamas siguieron andando, guiando al grupo. Con el tiempo, Rebecca comprendió a qué se refería la mujer de las botas de goma. En efecto, se respiraba un aire de paz que llegaba hasta el interior una vez que uno se involucraba en esta relajada forma de caminar. Sin embargo, en el caso de Rebecca esto solo duró un momento.

Todavía tenía demasiadas cosas en el estómago sobre lo que el señor repara-coches glorioso había hecho antes. Lo que más le molestaba era que le resultaba atractivo. ¡No podía permitirse algo así!

— ¿Crees que las mujeres aún conservamos ciertos patrones de la Edad de Piedra? —preguntó entonces a Victoria, que paseaba a su lado.

— ¿Quieres decir que nos gusta atender el fuego y ser arrastrados por los pelos a una cueva? Pues espero que no . —La violinista tuvo que reír.

— Pensaba más en la atracción entre un hombre y una mujer. Aún hay mucha química detrás que no puedes controlar, ¿no?

Tenía que ser exactamente así, porque en realidad no había otra forma de explicar por qué no podía apartar los ojos de Logan. Incluso ahora, cuando él caminaba a bastante distancia delante de ella, no dejaba de mirar en su dirección y de observar atentamente cómo acariciaba tiernamente el cuello de su coqueta llama.

— Hay muchas investigaciones al respecto —continuó Victoria—. El fenómeno del “amor” no se puede comprender del todo, pero algunas cosas son ciertas. Por ejemplo, tu cuerpo puede decir por sí solo si un hombre es adecuado para ti. Tus sensores perciben en una fracción de segundo si es el padre adecuado para tus hijos y viceversa. Tu nariz puede incluso oler y analizar sus hormonas. Hay estudios que demuestran que los hombres perciben inconscientemente si una mujer está en sus días fértiles. La química humana es fascinante.

Rebecca la miró sorprendida.

— ¿Estudiaste biología además de música? —preguntó.

Victoria negó con la cabeza.

—Eso se debe a las giras. Cuando estamos de gira con la orquesta, pasamos horas y horas sentados en los autobuses. Hay que mantenerse ocupado de alguna manera. A los metales les gusta jugar al póquer, incluso por dinero, y los maderos se han peleado con los violistas porque se burlan constantemente de ellos con bromas groseras. Yo me mantengo totalmente al margen y prefiero leer novelas históricas o revistas de conocimientos.

— ¿Bromas groseras? —preguntó Rebecca sin comprender.

— Las violas son violines un poco más grandes —explica Victoria con paciencia—. Les gusta que se burlen de ellas como músicos de cuerda de segunda que no saben dar una nota y nunca practican. Los clarinetes y sus compañeros de oboe, por ejemplo, afirman que los violistas nunca van a los cementerios porque les dan pánico las cruces, que son los signos de aumento en música. Como ves, ¡no hay nada de química entre los músicos de viento y los violistas! —sonrió al terminar.

Rebecca tuvo que reír, sin embargo, se quedó pensativa después.

— Lo que dijiste antes, así que esto de la atracción entre dos personas... es realmente interesante.

— Yo también lo creo —Victoria asintió—. Imagínatelo: Conoces a un hombre al que tu cabeza no soporta en absoluto, quizá porque chocó con tu coche o porque perdiste un juicio contra él, y aun así, tus sensores te gritan al unísono: “¡Tómalo, es bueno para ti, te completa, es tu alma gemela!” Eso sí que sería excitante.

— ¡O inmensamente agotador! —Ambos rieron.

Afortunadamente, Rebecca estaba segura de que Logan ni la completaba ni era su alma gemela. Su cuerpo sólo apelaba a algunos instintos más carnales en ella, eso era todo. Eso también se había demostrado seguramente cientos de veces y se había comentado en una de las revistas de conocimiento de Victoria. A los hombres les subía la tensión cuando veían pechos femeninos voluptuosos, lo que seguramente podía explicarse por alguna teoría freudiana, y a las mujeres simplemente les gustaba mirar la parte superior del cuerpo de un hombre musculoso. Esto era completamente natural y no tenía nada, pero nada, que ver con el hecho de que dos personas pudieran encajar. Básicamente, era comparable a las fotos de modelos atractivas utilizadas en publicidad. Era como las fotos de ensaladas apetitosas que daban ganas de morder un pepino. Totalmente inofensivo.

Quentin detuvo a Gerónimo con cierta dificultad y se volvió hacia el grupo.

—El camino se está estrechando mucho ahora —anunció—. Pasaremos una parte muy empinada de la orilla del río. Pueden ver por ustedes mismos que está resbaladizo, así que, tengan cuidado. Las llamas son ágiles, no me preocupan. Pero no me gustaría volver a Manhattan con un abogado menos.

Gismo, la llama de Rebecca seguía caminando cómodamente a su lado, ni siquiera el murmullo del río por el que discurría el estrecho sendero del bosque le molestaba.

A diferencia de Nueva York, aquí parecía haber llovido mucho en los últimos días, porque el nivel del agua era alto. Quentin les dejó saber que incluso había rápidos peligrosos un poco más adelante.

— No son exactamente las cataratas del Niágara, pero siguen siendo unas aguas malditamente salvajes, Nadie puede salir de allí en una pieza con este nivel de agua —explicó.

Temerosa, Rebecca miró por encima del empinado terraplén en el punto más estrecho. Deslizarse por aquí no sería especialmente divertido. Se agarró firmemente a la correa de su fiel compañero y se alegró de dejarse guiar.

Aunque las hojas estaban cargadas de gotas de lluvia y las nubes oscuras casi llegaban a las copas de los árboles, la naturaleza era hermosa allí. Rebecca casi había olvidado lo maravillosamente especiado que olía un bosque y lo excitante que era sólo mirar entre los árboles. Había una raíz que parecía una tortuga y allí, en el hormiguero, el suelo del bosque bullía como el Rockefeller Center en vísperas de Navidad. Incluso había visto a un conejo alejarse saltando hacía unos minutos. De vez en cuando se oía un susurro entre las hojas, pero por lo demás sólo se oían los pasos amortiguados del grupo de excursionistas y el murmullo del

río. Sólo a veces una risa penetraba entre los árboles desde más adelante. Sólo cuando el camino se curvó, Rebecca vio a varias personas caminando junto a más llamas en la distancia.

— Parece que hay un hueco en el mercado cuando un grupo tras otro se lanza a una caminata meditativa... —dijo Victoria.

— Eso parece. Sin embargo, esos de ahí delante son espíritus bastante inquietos. Tal vez adolescentes. Solo mira como saltan —Rebecca sonrió al ver una chaqueta roja brillante y otra azul que aparentemente jugaban a la queda.

De repente, un grito agudo rompió el silencio del bosque.

Asustada, Rebecca vio cómo la persona vestida de rojo daba un paso descuidado hacia un lado, desprendiéndose de un trozo del terraplén y precipitándose con ella al embravecido río. La corriente la atrapó inmediatamente y tiró de ella, empujándola más cerca. Era una mujer de pelo largo y rubio. Agitó los brazos, pero fue arrastrada una y otra vez por la chaqueta roja empapada y los remolinos asesinos. Cada vez salía a la superficie por poco tiempo, tratando desesperadamente de respirar.

— ¿Qué haces ahí parado? —gritó Logan y, sin dudarlo un segundo, se arrojó también por el empinado terraplén. Se deslizó hacia el río embravecido en el que se precipitaba la mujer que intentaba mantenerse a flote. Justo antes de llegar a la altura del grupo de excursionistas de Rebecca, quedó atrapada en un largo palo encajado entre dos rocas. Pero la mísera rama no resistiría mucho tiempo su peso y la fuerte corriente se la llevaría.

Sin palabras, Rebecca miró hacia abajo, donde Logan corrió hacia delante para acercarse a la mujer.

Se dio la vuelta y miró a sus dos colegas.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no le ayudan? —gritó.

Quentin había sacado su teléfono móvil.

—Voy a llamar al rescate ahora mismo —explicó—. Y dile a Logan que salga de allí, es una locura lo que está haciendo —le espetó a Rebecca como si ella tuviera alguna influencia sobre su prometido.

La mujer luchaba por mantener la cabeza fuera del agua y parecía al límite de sus fuerzas. Rebecca miró a los demás con desesperación.

—Estamos tardando demasiado. Si bajamos juntos, quizá podamos salvarla —gritó. Pero nadie se movía.

Volvió a girar sobre sí misma y contempló la terrible escena en el río. ¿Cuánto duraría la rama? Logan había llegado a la orilla cerca de la chica. Se arrancó la chaqueta de los hombros, la arrojó tras de sí y se lanzó al río helado con un salto decidido.

— ¡Logan! —gritó desesperadamente.

No podía hacerlo. La corriente lo agarró inmediatamente a él también y lo arrastró hacia el centro. Con poderosos movimientos de natación luchó contra ella para alcanzar a la mujer, pero

la corriente era fuerte.

— Hagan algo —gritó Rebecca a los hombres que quedaban a su lado, pero se quedaron congelados.

— ¡Esto es una completa locura! —gritó Randolph—. Está arriesgando su vida por un extraño. Para eso está la policía.

— ¡Pero no está aquí! —Sin pensarlo, Rebecca se acercó por el terraplén y se deslizó hacia abajo, igual que Logan había hecho antes, directamente hacia el río. Se raspó las manos intentando sujetarse a las raíces y a la maleza, pero no importaba. Tenía que ayudar a Logan. Más adelante estaban los rápidos, había dicho Quentin, ¡y no había escapatoria!

Con un esfuerzo inmenso, Logan había conseguido nadar por el medio del río y llegar hasta la mujer. Ambos estaban aferrados a la rama, que se inclinaba amenazadoramente.

— ¡Logan! —volvió a gritar su nombre. Se sacudió el agua de la cabeza y miró hacia allí. Con una rápida mirada trató de evaluar la situación. Rebecca también se había dado cuenta de que sólo había una salida: el árbol a su lado, unos pasos río abajo, cuya rama más baja llegaba casi hasta la mitad del río.

— Ve allí —la llamó Logan—. Túmbate en esa rama. Tírame la chaqueta.

Inmediatamente tuvo claro que aquello sólo funcionaría si Logan se lanzaba al centro de la peligrosa corriente con la mujer.

— Podemos pedir ayuda y tú te quedas allí —le insistió. Pero ella misma sabía que no había tiempo suficiente.

Presa del pánico, agarró la chaqueta de Logan y se arrastró por la resbaladiza orilla hasta llegar al árbol. Su pulso estaba acelerado y su respiración era entrecortada. El tronco estaba húmedo y resbaladizo, así que resbaló varias veces al intentar alcanzar la gruesa rama. Pero, finalmente, lo consiguió. Se tumbó sobre la áspera madera. Rebecca sentía un peso en su garganta por el miedo. Antes de que pudiera esperar una orden, la delgada rama que había sujetado a Logan y a la mujer se rompió. La rubia lanzó un grito ahogado, pero él la sujetó por los brazos. Con poderosos empujones, Logan trató de nadar hacia el centro del río, tirando de ella detrás de él.

Se dirigieron directamente hacia Rebecca.

Aunque hacía frío, le sudaba la frente. ¿Dejaría caer parte de la chaqueta al río en el momento justo y la atraparía él también? Miró a la joven con los ojos muy abiertos mientras se acercaba a ella con Logan. Ahora tenía que hacer algo. Enrolló una de las mangas de la chaqueta alrededor de la rama y lanzó la otra hacia el brazo de Logan. En el último segundo, él agarró la tela y se aferró a ella. Una sacudida le recorrió a él y a la mujer que se aferraba a él, luego mantuvieron la posición y no se vieron impulsados más hacia los rápidos.

— Ayúdame —gritó Logan y sacó la mano libre del agua hacia ella. Rebecca la alcanzó y tiró de él por el tronco del árbol hacia la orilla hasta que tuvo tierra bajo los pies de la cual apoyarse. Juntos consiguieron llevar a tierra a la mujer, totalmente agotada y sacudida por los ataques de

llanto.

Logan estaba completamente sin aliento cuando por fin se colocó junto a Rebecca y dejó a la mujer con cuidado sobre el suelo seguro.

— Yo lo hice —dijo con una voz extrañamente apagada—. Hubo un rescate —Rebecca no sabía si le hablaba a ella o a sí mismo.

Ella se dio la vuelta y miró hacia arriba.

—¿Puede echarnos alguien una mano? —gritó al resto del grupo, que permanecía ocioso un poco más adelante. Era inconcebible que nadie hubiera movido un solo dedo para ayudar a rescatarlos.

En el lugar donde Logan y la mujer habían salido del río, la orilla aún no caía tan abruptamente. Rebecca hizo señas a los hombres para que se acercaran. Con su ayuda, Logan y ella subieron por el sendero, con la mujer que presentaba síntomas de hipotermia a cuestas. Victoria la envolvió en su propia chaqueta, hablando tranquilamente a la llorosa mujer.

— ¿Perdiste completamente la cabeza? —le gritó Quentin a Logan, que estaba a su lado, empapado—. ¡Pudiste haber muerto! En casos así, ¡hay que llamar a profesionales! ¡Es una absoluta locura tirarse al río para que dos personas acaben muertas! —el hombre estaba fuera de sí. A lo lejos se escuchó una sirena.

A Rebecca le habría gustado echarle en cara que no habría sido necesario si todos hubieran ayudado juntos. Pero quiso dejarle la palabra a Logan.

Sin embargo, él permaneció en silencio.

— Eso podría haber acabado muy mal —intervino también Randolph—. ¿No pensaste en los rápidos?

— Estaba ocupado pensando que necesitaba mi ayuda —dijo Logan sin más, dejando allí plantados a los desconcertados hombres y marchando por donde habían venido a paso ligero. La muy enamorada Copito de Nieve corrió tras él. Alguien le gritó que debía esperar a la ambulancia, pero él siguió caminando. Rebecca no se lo pensó dos veces y siguió a la figura empapada. De todos modos, no habría soportado ni un segundo más los estúpidos comentarios de Randolph y los demás.

*

Una hora más tarde, la mujer había sido atendida por los paramédicos y el grupo había regresado a la casa. Quentin, que ahora parecía tener remordimientos de conciencia, había insistido en que le sirvieran a Logan sopa de pollo casi hirviendo, y también le había encargado té con coñac añejo de una botella de aspecto carísimo.

Ahora Logan estaba tumbado en la bañera, intentando sacarse de los huesos el frío del agua y el gélido paseo. Rebecca estaba sentada en la cama matrimonial y aún no podía creer lo que

había ocurrido allí junto al río. Logan no le había dado importancia, ¡simplemente había acudido al rescate de la mujer que se ahogaba! Mientras todos los demás no habían movido un dedo para salvarla. Sí, ¡probablemente incluso habrían dejado que Logan se ahogara con tal de no ensuciarse sus caros zapatos!

Estaba tan enfadada que tuvo que coger una almohada y golpear el colchón.

— ¿Qué te hizo la almohada? —preguntó una voz sombría y ella se dio la vuelta. Logan había salido del cuarto de baño, envuelto en una gruesa bata.

— No puedo entenderlo ¡Todos se quedaron parados y no hicieron el menor intento de ayudarte! —explicó.

Él se encogió de hombros.

— Así es la gente —dijo, y sonaba resignado.

Rebecca le miró sorprendida.

— ¿En serio crees que eso está bien?

— No. Pero puedo entenderlo. Era sólo un extraño para ellos y no tenía sentido. Probablemente incluso tengan razón. Tal vez fue estúpido por mi parte saltar al río. Podría haber muerto. Pero a veces tienes que hacer cosas así. No tuve elección. Por favor, no preguntes por qué.

Se sentó en la cama.

A Rebecca le costó resistir el impulso de pasar las manos por el aterciopelado cabello de su héroe. Para distraerse, se limitó a balbucear.

— Cuando era pequeña, teníamos una gata que nos habían regalado. Mi madre estaba en contra de tenerla, por supuesto, porque la comida habría costado demasiado. Pero yo la alimentaba a escondidas.

Sólo cuando Logan se volvió hacia ella y vio brillar sus ojos oscuros se dio cuenta de que acababa de revelar detalles sobre su familia. Pero, de algún modo, le pareció bien.

Se puso su pijama rápidamente por debajo de la bata, y se echó el edredón por encima.

— Continúa —pidió en voz baja.

Rebecca tragó saliva.

—Mi padre lo sabía, pero no me lo dijo. Un día, Kitty se subió al parapeto de un balcón del primer piso de la casa. Se aventuró bastante lejos, pero no podía bajar. Se sentó allí maullando lastimosamente y nadie pudo ayudarla. Excepto mi padre.

Aún podía ver la escena como si hubiera ocurrido ayer. Incluso el sonido desesperado del gato se hacía eco en sus oídos.

— ¿La salvó? —preguntó Logan, sonando como un viejo amigo.

— Mamá casi lo mata por eso. Y los vecinos pensaban que estaba loco. Pero para mí, era un héroe. Y aún lo es, en cierto modo.

Logan guardó silencio. Pero no era un silencio opresivo, sino uno que normalmente sólo se produce entre dos personas que se conocen bien.

Los débiles rayos del atardecer casi terminaban su trabajo por hoy y se arrastraban tras las colinas boscosas de Vermont. El crepúsculo bañaba la habitación con una luz pastel que suavizaba los rasgos de Logan.

— ¿Así que no eres de una de esas familias del Upper West Side? —preguntó.

— No, soy de Queens. —De repente no tenía ganas de contar sus cuentos chinos habituales—. Mi padre no es un pez gordo en la industria alimentaria en absoluto. ¿Sabes lo que hace? Trabaja en un restaurante. En *Fred's Burger Heaven*. Fríe carne y pica cebollas allí todo el día.

Logan la miró.

—Me encantan las hamburguesas —dijo finalmente, con una sonrisa cálida—. ¿Y tu madre, esa señora de sociedad practicante?

Rebecca suspiró.

—Es cajera en Walmart, lleva el pelo recogido siempre y un diente roto que no nos deja arreglar. Pero siempre ha estado ahí para nuestra familia y tiene un oído comprensivo para cualquiera que tenga una preocupación.

— Pero no quieres que Quentin los conozca.

La frase sonaba tan neutra que Rebecca no podía saber si contenía una acusación o no.

— Ahora piensas que soy una hija lamentable... Y quizás tengas razón. Debería estar al lado de mi familia, pero la escondo y miento a mi jefe. No siempre me va bien con eso.

Permaneció en silencio durante largo rato. Por fin se quitó el albornoz húmedo, lo tiró descuidadamente junto a la cama y se subió el edredón hasta cubrirse los hombros.

— Quizás sea mejor así. Tu Quentin y los otros payasos de corbata probablemente despreciarían a tu familia. Y tus padres ciertamente no se merecen eso.

— Probablemente tengas razón. Aun así, me siento mal —suspiró profundamente—. A veces me siento como una traidora.

Él apretó la cabeza contra la almohada y empezó a reírse burlonamente.

— ¡Eres realmente otra cosa, Becky! Fantaseando con tener una familia asquerosamente rica sólo para impresionar a ese magnate de los abogados. ¡Incluso tu prometido tenía que ser un directivo bien pagado! ¿No habría bastado con un empleado normal?

— No —explicó y de repente también tuvo que soltar una risita—. ¡Si voy a mentir, voy a mentir bien! Me gusta jugar en primera división.

Logan volvió a ponerse serio. Las sombras bailaban en su rostro, pues entretanto el sol se había puesto por completo y sólo un tenue resplandor de luz iluminaba la habitación. Los demás invitados estaban sentados abajo en una cena de varios platos, pero Logan había preferido la bañera caliente y Rebecca tampoco se sentía ni hambrienta ni de humor para la compañía de Randolph.

— Tu carrera es muy importante para ti, ¿verdad? —La miró como si quisiera realmente saber la respuesta.

Ella asintió.

— Quería salir de Queens. Mi hermana Rhonda aún vive con mis padres. No tiene una carrera ni muchas posibilidades en el mercado laboral, igual que nuestra madre. De alguna manera, la vida pasa de largo para ella y, por supuesto, eso la frustra. Su reino es el sofá frente a la tele y lo mejor de su día es un pote familiar de helado de vainilla recién hecho. No tiene trabajo y de algún modo, cómo decirlo, ninguna meta. Me da mucha pena.

Rebecca entrecerró los ojos.

— Y eso te da mucho miedo . Tuviste que irte y ahora lo haces todo por tu trabajo porque no quieres acabar nunca como ellos —señaló.

— ¿Es algo malo? —Ella le miró interrogante. Logan le sostuvo la mirada unos segundos y, de pronto, se volvió hacia su derecha, levantó su equipaje y rebuscó en él.

Sonriendo, le tendió a Rebecca uno de los chocolates que había sacado.

— Necesitas algo para relajarte —le dijo abriendo el paquete.

Rebecca extendió la mano espontáneamente.

— He escuchado eso varias veces, ¡pero normalmente el hombre en cuestión me servía luego un Burdeos caro! —Aceptó la barra, aunque normalmente le daba mucha importancia a las calorías vacías.

— Totalmente anticuado . Muerde y disfruta. A veces hay que hacer algo irracional, se siente muy bien. Y hazlo sin miedo a las consecuencias —dijo Logan.

— ¿Algo como saltar al río tras una mujer? —Mordió un trozo de chocolate con caramelo. Logan tenía razón, sabía celestial si realmente lo probabas sin culpa.

— Me refería más bien a que no te conviertas en una adicta sólo por darte un capricho dulce.

Probablemente sea verdad. Cerró los ojos y lamió el relleno de la barra de chocolate. Normalmente se prohibía comer en la cama, pero hoy le pareció apropiado. Cuando Rebecca terminó de comerse la tableta, se metió en la cama y se cubrió con el edredón. De repente, no tenía ningún deseo de separar las dos camas.

— ¿Y tus padres? ¿Te visitan de vez en cuando? ¿Trae tu madre tarta de manzana para Eddie y prueba tu padre un tubo de escape? —preguntó.

Logan permaneció en silencio.

La única luz de la habitación procedía de una débil lámpara que daba algo de claridad sobre la entrada de la casa, por lo demás estaba oscuro. Rebecca sólo podía distinguir vagamente su rostro. Algo le susurró que debía dejar el tema.

— Lo siento —dijo finalmente—. Si no quieres hablar sobre el tema, está bien. No es asunto mío —se cubrió un poco más con la manta.

— Tenías razón, por supuesto —dijo de repente.

Confundida, Rebecca se incorporó un poco.

— ¿Con qué?

— Con que no soy de Nueva York. Crecí en un pequeño pueblo de Montana. Pero no en una granja de cerdos.

Su sonrisa parecía esforzada.

— Y tampoco como cuáquero —dijo Rebecca, porque tenía la sensación de que le resultaría más fácil contarle con un poco de humor. Y ella quería escucharlo. No sabía por qué. Sólo vio los ojos de Logan, que habían perdido todo rastro de arrogancia, y de repente quiso saberlo todo sobre él, cada detalle, cada recuerdo de su infancia, cada pensamiento.

— No, ni un cuáquero por kilómetros. Mi padre trabajaba en un aserradero y mi madre en una cafetería donde pasaba la mayor parte del día soñando con el mundo que había más allá de nuestro pueblo.

— ¿Nunca salió de Montana?

— Una vez condujo hasta Salt Lake City. A una audición. Pero por supuesto no la aceptaron, no pudo hacer nada.

Sonaba tan amargo que le lastimaba el corazón.

— ¿Tu madre era actriz?

Logan tenía la mirada fija en el techo.

— Sólo cuando se trataba de ocultar sus numerosos amoríos. Pero ella se creía una. Se subía a una silla en la cafetería cuando un tipo le invitaba a unas copas y recitaba alguna escena de película. Era simplemente vergonzoso.

— ¿Cómo se lo tomó tu padre?

Se encogió de hombros.

— ¿Qué podía hacer? Por supuesto, le prohibió que coqueteara con cualquier vendedor que se le pusiera por delante, pero a ella le daba igual. Era guapa, al menos cuando era medio joven, y le gustaba jugar con los hombres. Más tarde, el alcohol se apoderó de ella y ya no era tan guapa.

Rebecca pudo escuchar el dolor en su voz e involuntariamente se acercó un poco más a él.

— Debió de ser un infierno para tu padre . Y tampoco debe haber sido fácil para t i —dijo en voz baja.

— En el colegio se reían a menudo de mí por su culpa, pero no me importaba. De todos modos, yo era solitario, no tenía amigos. Corría mucho por el bosque, iba a la montaña, hacía mis cosas. Pero mi padre me daba pena.

— ¿Tus padres aún viven en Montana?

Logan levantó las cejas.

—Papá sigue viviendo en una casa destartalada. Lo traería aquí, pero no quiere irse.

Se dio cuenta de que se refería a su padre como "papá", pero ni una sola vez llamó a su madre "mamá".

— ¿Y ella? —preguntó con cautela.

— Se escapó con un camionero hace unos años. Él estaba tan enganchado al alcohol como ella. Pero no duró mucho. Después de eso ella vagó por Wyoming durante un tiempo y terminó mal. No me enteré de que la habían enterrado hasta un mes después.

A Rebecca se le apretó el pecho.

— Lo siento mucho, Logan —dijo ella y le puso la mano en la parte superior del brazo. Él no se apartó de ella.

Una sonrisa amarga se dibujó en sus labios.

— ¿Sabes cuál es la verdadera tragedia? Mi padre está enfermo del hígado. ¿No es cínico? El hombre que no ha tocado un vaso de whisky en su vida tiene que medicarse porque su hígado no aguanta más. Mientras que ella tiró su vida y su salud por la borda sólo porque quería tontear con otros hombres.

Odiaba a su madre. Quizá no a todas las mujeres, pero a su madre, en cualquier caso, eso lo tenía claro Rebecca. Porque ella le había hecho mucho daño a su padre. Y ahora el viejo también estaba enfermo.

— ¿Puede permitirse las pastillas? —preguntó.

— Sólo con dificultad, porque de todos modos está endeudado. —Era evidente que Logan se estaba hartando del interrogatorio, porque se volvió hacia un lado para que ella le mirara la espalda. ¿O era porque no quería que ella viera su tristeza?

— Pero, ¿cómo...? —empezó ella, y entonces lo supo. ¡Claro que sí! Recordó lo que Logan le había dicho en su apartamento — . Por eso trabajas en el servicio de acompañantes. Necesitas ganar algo de dinero extra porque mantienes a tu padre.

Se liaba con mujeres, leía detalles irrelevantes sobre Beethoven y se torturaba con aburridas visitas a restaurantes porque tenía que ayudar económicamente a su padre. Y ella le había llamado "patético gigoló". Una oleada de ternura por Logan se apoderó de ella.

— Deja de hacerme pasar por un santo . Cualquiera lo haría. No es nada especial —refunfuñó.

Sin que pudiera controlarlo, la mano de Rebecca se dirigió a su hombro y lo tocó ligeramente. Logan no dijo nada, pero ella sintió que su respiración se calmaba con el tiempo. Durante largos minutos permanecieron así, sin decir palabra y sin mirarse a los ojos, pero con más cercanía de la que ella había experimentado nunca con otro hombre.

— ¿Cuándo te fuiste de Montana? —susurró, acercándose tanto a él que creyó sentir el calor de su piel.

— No podía quedarme más tiempo —insistió—. No después de... —No dijo más.

Rebecca notaba cómo se le tensaban los músculos de la espalda. Bajó un poco la mano y la apoyó sobre su omóplato.

— No tienes que decirme nada más —dijo suavemente—. No pasa nada . —Sólo quería estar a su lado, aliviar un poco su dolor, suavizar sus recuerdos. Oler el aroma de su piel y mantener la mano sobre él para darle un poco de apoyo.

Él respiró profundamente y, muy despacio, dejó escapar el aire.

— Hacía mucho tiempo que no me acostaba con una mujer. —Su voz era aún más grave de lo habitual y un poco áspera, lo que atravesó a Rebecca.

— ¿No suelen pedirlo tus clientes? —preguntó Rebecca—. Por lo que sé, a tu colega Christopher también se le puede reservar por la noche. Al menos eso me dijo un conocido. Pero quizá mintió para sonar más interesante.

Ella no quería presionarlo para que contara nada. No sólo porque él había declarado durante la conversación en su apartamento que no era un gigoló. También porque no quería saber con tanto detalle si ya se había revolcado en la cama con media Park Avenue.

— Oh sí, a algunas les gustaría. Pero a mí no. Por una cuestión de principios, no. No me pagan por sexo, no sería capaz de mirarme al espejo mientras me afeito.

A Rebecca le hormigueaban los dedos. Le habría gustado acariciarle la espalda, pasarle la mano por el pelo o acercarse aún más a él. Se sentía tan natural tumbarse a su lado y hablar. Como si se conocieran de toda la vida y lo supieran todo el uno del otro.

— Aun así, por supuesto que no vivo como un monje . Las mujeres se me acercan a menudo, así que, ¿por qué no me tomaría una noche o dos? Ven a un tipo duro, eso las excita, así que me acuesto con ellas —continuó.

El corazón de Rebecca latía tan fuerte que temía que él lo oyera.

— ¿Y no hay ninguna que quieras más tiempo? —preguntó.

— No creo mucho en las relaciones. Ya vi con mis padres adónde conduce eso.

Ella podía entenderlo. Cualquiera que de niño haya visto cómo una pareja se destrozaba mutuamente, seguro que no anhela tener un anillo en el dedo.

— ¿Así que estas mujeres que conoces en una noche son sólo un juego para ti?

Dejó escapar una suave carcajada.

—Me gusta el sexo. Lo admito. Pero a veces, es... cómo decirlo... —Parecía pensar en sus palabras.

— ¿Te deja un vacío? —ayudó cautelosamente Rebecca.

Asintió con la cabeza.

—Sabes, hay momentos en que todo esto me pone enfermo. La lencería sexy, los perfumes caros, las miradas sugestivas. Sólo quiero un abrazo en vez de un programa de Kama Sutra. Seguro que ahora te parece ridículo.

Sonaba como si lamentara haberle revelado esto.

Pero Rebecca lo entiende muy bien.

—No es así, al contrario. Es como dijiste el otro día: Todo el mundo ve algo en ti. Las mujeres quieren al tipo duro, así que es lo que les muestras. Pero todo el mundo tiene momentos en los que es frágil. Incluso los hombres que sacan a desconocidos de corrientes embravecidas —responde ella.

Guardó silencio durante mucho tiempo.

— Puede que tengas razón —admitió finalmente, en voz baja y con desgana.

A Rebecca se le oprimió el pecho. Sentía una conexión casi irresistible con Logan y tenía la sensación de que él la estaba dejando mirar en lo más profundo de sí mismo en ese momento. Y lo que vio allí la complació enormemente.

— Intenta dormir un poco —le susurró. Se lo había ganado. Y ella se quedaría allí, a su espalda. Como si este fuera su lugar.

Logan se deslizó un poco en su dirección. Rebecca no sabía si lo hacía conscientemente o medio dormido, pero su proximidad la dejaba sin aliento. Ansiaba tocarle, pero temía destruir su frágil confianza hacia ella.

— Creo que me equivoqué contigo —murmuró somnoliento—. Puede que no seas una princesa tan terrible después de todo.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Rebecca. Supuso que era un gran cumplido.

No hacían falta más palabras. La respiración de Logan se hizo más regular y lenta. Ciertamente no se daba cuenta, pero la parte superior de su cuerpo se inclinaba hacia la de Rebecca. Tal vez sintió su calor mientras se quedaba dormido, o quizá buscó inconscientemente un poco de apoyo. En cualquier caso, le resultaba delicioso sentir su piel.

Cuando estuvo segura de que dormía, pasó el brazo por debajo del codo de Logan y se acercó aún más a él por detrás. Si nadie más lo hacía, al menos ella lo abrazaría. Aunque él no se diera cuenta. Le apetecía abrazar un poco a aquel hombre tan fuerte y vulnerable a la vez. La mano de Rebecca estaba sobre su pecho desnudo y podía sentir los latidos regulares de su corazón. Cerró los ojos. Era increíble lo bien que encajaban sus cuerpos. Como si estuvieran hechos el uno para el otro.

Sentir a Logan tan intensamente era abrumador. Su pelo le hacía cosquillas en la frente, su olor le nublaba la mente y quería tocar su piel. Sin embargo, se quedó quieta, sintiendo su respiración, acompasando la suya a su ritmo. El momento se convirtió en minutos.

Cuando el brazo de Logan se movió, Rebecca contuvo la respiración. ¿Seguro que no se despertaría y la apartaría? Se quedó inmóvil y esperó. Logan levantó la mano y la puso directamente sobre la de Rebecca. Entrelazo sus dedos con los de ella y los sujetó con fuerza, como si temiera que ella volviera a escaparse.

— Qué bien sienta —murmuró, se quedó muy callado y finalmente volvió a dormirse. Su mano

grande y cálida permaneció sobre la de Rebecca.

Se acurrucó contra él sin pensarlo. Lo único que importaba era sentir. Y eso le dijo que Logan no estaba jugando con ella esta vez. Era real. Y se sintió de maravilla al dormirse acurrucada contra su espalda.

EL HOMBRE

El blog de los hombres de verdad

Hola hombres,

Me alegro mucho de que estés teniendo tan buenas experiencias con mis consejos. Y, por supuesto, los consejos continúan ahora. Les voy a enseñar cómo conseguir que se enganche a ti para siempre. Lo que significa, por supuesto, que ella quiera irse a la cama contigo.

[@Jasper: Oh, sí, mi querido Jasper, efectivamente hay mujeres que toman la iniciativa. Y que disfrutan del sexo. Y no, ¡no todo el mundo piensa que es algo sucio! De verdad que no.

En mi última entrada del blog les conté cómo conquistar a las chicas en el bar. Ahora vamos a dar el siguiente paso: ella está contigo en una habitación de hotel / tu apartamento / dormitorio.

Ahora tienes que prestar un poco de atención. A grandes rasgos, hay dos tipos de mujeres.

En primer lugar, las vaqueras, así las llamo yo. ¡Son mujeres que quieren al tipo duro y lo quieren en todos los sentidos! (¡Y cuando digo "todos", quiero decir "todos"!) Una vaquera no espera entretenimiento o sexo tierno en este punto. Quiere que la tomes. Puedes ser un poco duro. Demuéstrale quién es el amo de la casa. Cuando la beses, empújala contra la pared y luego tírala sobre la cama. Todo lo que tienes que decir es: "¡Te deseo!". Se derretirá si te haces el gran hombre. Puede que te lleves unos cuantos arañazos en la espalda, pero créeme, ¡valdrá la pena!

En segundo lugar, el "hada buena". Ella también te desea, por supuesto, pero tienes que ser un poco más suave con ella. Sólo sueña en secreto con sexo duro, pero eso la asustaría. Quiere tu cuerpo, pero es exigente. También quiere ver detrás de tu fachada. Le gusta la teoría de la "cáscara áspera con un núcleo blando". Si encuentra esto, serás absolutamente irresistible para ella y se entregará a ti completamente. Puedes conquistarla fácilmente dándole lo que quiere. Una historia sobre ti que, según tú, nunca le habías contado a nadie. "Ese collar que llevas me recuerda a mi abuela Augusta. Ella era una persona totalmente importante para mí. Hacía mucho tiempo que no pensaba en ella". Después, guarda silencio y pon cara de angustia (recordar el último partido perdido de tu equipo favorito te ayudará a desarrollar la expresión facial adecuada). Ella, por supuesto, intentará interrogarte. A regañadientes, le contarás la historia más triste posible y te sorprenderás de que se la estés contando a ella. Ella se sentirá muy especial y le encantará abrirse de piernas para ti.

Bueno, chicos, ahora sólo tienen que reconocer si están ante una vaquera o un hada.

Pero créeme, con el tiempo lo sabrás distinguir tan fácilmente como si tuvieras que distinguir el bourbon de la Bud light. ¿No crees que sea tan fácil? Pruébalo. Y escíbeme sobre ello.

Hasta entonces...

Nos vemos,

EL HOMBRE

7. Fuera del horario de trabajo

Al despertarse, Rebecca no recordaba donde estaba. La cama en la que estaba acostada no era la misma que la de su casa y había un ligero olor a café muy bueno en el ambiente. Abrió los ojos y lo primero que vio fue a Logan de pie cerca de la cama, completamente vestido, mirándola fijamente. Por supuesto, él miró rápidamente a otra parte al darse cuenta de que ella estaba despierta. Pero Rebecca estaba segura: la había estado mirando.

Poco a poco, volvió el recuerdo de la noche anterior. De las cosas que le había contado y también de quedarse dormidos juntos, acurrucados muy cerca el uno del otro.

Pero ahora él estaba allí, con la máxima distancia y una expresión impenetrable, mientras ella yacía allí entre las almohadas.

Ella intentó un amistoso saludo.

—Buenos días. ¿Dormiste bien?

—Deberíamos bajar . Tu Quentin dijo ayer que el desayuno es a las ocho —respondió a secas.

Logan se dio la vuelta y se dirigió a la puerta, donde tenía preparados los zapatos.

Pensativa, Rebecca buscó a tientas su reloj de mano, que había colocado sobre la mesilla de noche. Faltaban diez minutos para las ocho. Odiaba llegar tarde a cualquier cosa.

Saltó de la cama y estableció un récord de velocidad en el cuarto de baño. Al cabo de nueve minutos y medio, reapareció en la habitación, recién duchada, discretamente maquillada y con ropa nueva. Incluso se había lavado los dientes mientras se peinaba. Alguien debería intentar imitarla.

Cuando entró en el comedor con Logan a su lado y una sonrisa reglamentaria en la cara, el histórico reloj de pared acababa de dar la hora.

— Oh, Rebecca —la saludó Quentin—. Puntual como siempre, eso me gusta. Y nuestro héroe también está aquí. Buenos días, amigo mío.

Randolph y Victoria también estaban ya presentes. Mientras todos se servían el pequeño bufé dispuesto en una mesa contigua, el jefe se volvió de nuevo hacia Logan.

— Hoy hace buen tiempo. ¿Qué te parece si sacamos el Corvette fuera? Así podrás jugar con ella un poco más. Estoy seguro de que Randolph nos ayudará.

Miró al colega de Rebecca, que se obligó a poner cara de entusiasmo. No funcionó muy bien.

— Por supuesto que ayudaré —se apresuró a decir—. ¿Pero qué pasa con las liebres y las perdices? ¿No íbamos a cazar, Quentin?

— Sí, sí —reformuló el jefe—. Quizá aún encontremos tiempo para ello. Pero cuando tengo aquí a un mecánico veterano como Logan, tengo que aprovecharlo. Seguro que lo entiendes,

Randolph.

— Por supuesto —espetó, mientras destrozaba un huevo duro. Rebecca podía imaginarse a quién habría preferido destrozarse.

Mientras se tomaba su segunda taza de café, Quentin se puso de repente a su lado.

—Yo también debo pedirte disculpas por no cumplir mis planes, Rebecca. Íbamos a hablar de tu carrera en la empresa. Pero me muero de ganas de volver a consentir a mi bebé.

Parecía un niño pequeño que hubiera puesto baterías a un coche con control remoto y estuviera deseando probarlo.

— No importa. Una conversación así no se escapa —dijo Rebecca.

— Así es. Lo compensaremos en los próximos días. Concierta una cita conmigo.

Ella lo haría, garantizado. El disgusto inicial de Quentin por la heroica hazaña de Logan obviamente había remitido. Aún parecía muy entusiasmado con su "prometido", lo que la hacía muy feliz. En ese sentido, el fin de semana había sido todo un éxito.

Sin embargo, en lo que a Logan y a ella se refería, estaba totalmente confundida. La noche anterior se había sentido realmente cerca de él. Hablar de su familia había creado una conexión que nunca había sentido con un hombre con tanta intensidad. Por supuesto, también se había sentido atraída por sus novios de entonces, pero de una forma diferente que parecía mucho más superficial. Había admirado su intelecto o su educación. Disfrutaba cuando la llevaban a cenar y la ayudaban a ponerse el abrigo. Pero nunca había sentido el deseo de estar cerca de un hombre, de explorar cada fibra de su cuerpo, de penetrar en cada uno de sus pensamientos.

La franqueza de Logan había sido maravillosa y la había hecho sentirse especial, cosa que ella disfrutaba indescriptiblemente. Él, en cambio, apenas le prestaba atención hoy.

¿Por qué se había parado frente a la cama y la había mirado entonces? Rebecca no podía entender su comportamiento.

No le gustaban esas cosas. Prefería circunstancias ordenadas y quería saber a qué atenerse. Tal vez tuviera la oportunidad de preguntarle más tarde. Por el momento, los hombres salieron hacia el garaje. Rebecca los siguió porque quería tomar el sol de la mañana. Victoria había anunciado que de todos modos tenía que practicar con el violín, así que Rebecca quiso dar unos pasos alrededor de la casa. Al pasar por detrás de la amplia dependencia donde estaba el garaje, escuchó hablar a Quentin.

— Hay una cosa importante que aún tienes que aprender, amigo mío.

— ¿Y qué es eso? —La voz de Logan sonaba amistosa, pero a Rebecca le pareció notar que se estaba forzando.

— ¡Tienes que cuidarte más! Es el primer mandamiento si quieres triunfar en la vida.

— Estoy satisfecho con lo que he conseguido.

— ¡Te falta el instinto asesino, Logan! Simplemente arriesgas tu preciosa vida para sacar del agua a una desconocida que seguramente se habría salvado en algún momento. No se supone que

sea así. Se necesita ser egoísta para llegar a la cima.

Sonó una herramienta metálica. Rebecca se acercó un paso a la pared y escuchó mejor.

— Quizá no quiera subir tanto —respondió Logan, empezando a sonar molesto.

— Tonterías, todo el mundo quiere conseguir algo. No es nada difícil. Te contaré uno de mis secretos: Hagas lo que hagas, pregúntate siempre primero qué te aportará. Entonces no te ocurrirá algo como lo de ayer.

— ¿Puro egoísmo, entonces? ¿Incluso si alguien se ahoga a mi lado? —La voz de Logan parecía sonar más alta.

— ¿Ahogarse? —Quentin se rio—. No me digas. Más abajo, la chica ya habría llegado a la orilla. Además, se cayó por su propia culpa. Hazme caso, Logan. No tengo tanto éxito por nada.

— Y tenía mis razones para saltar al agua . —La puerta de un coche se cerró de golpe—. ¿Vamos a arrancar al bebé o no? —preguntó Logan.

Rebecca siguió atentamente la conversación entre los dos hombres. Logan había plantado cara a su jefe como era debido, eso le gustaba. Muy poca gente se atrevía a contradecir al gran Quentin Armadon. O incluso a reprocharle que fuera un egoísta.

Mientras caminaba, Rebecca se preguntaba si eso era cierto. Claro que tenía el instinto asesino necesario para dirigir con éxito un bufete de abogados. No había otra manera, sobre todo en los tribunales. Aun así, estaba convencida de que su jefe era simplemente un abogado brillante. No se ganaban tantos casos por estar simplemente ensimismado. Tenía algo a su favor y eso era exactamente lo que ella quería aprender. Al fin y al cabo, ser bueno en Derecho no significaba jugar sucio. El bufete *Armadon, Hall & Piddlefield* nunca se había visto envuelto en un escándalo de soborno ni nada parecido, lo que hablaba en favor de su absoluta integridad. Y Quentin, como su dirigente, también representaba esos valores.

Pronto, Rebecca se encontró con Victoria fuera de la casa y habló con ella un rato. La mañana pasó deprisa y terminó con un coche clásico reluciente traqueteando por la carretera con un buen rugido. Quentin iba al volante, radiante bajo el sol del mediodía.

— Qué fin de semana tan fabuloso, ¿verdad? —exclamó cuando por fin salió.

Rebecca miró a su alrededor y estudió las expresiones del grupo. No estaba segura de que todos se sintieran así. Logan, al menos, parecía haber inhalado una enorme nube de polvo de mal humor con los gases de escape del Corvette. Cuando estaban en la habitación preparando sus cosas para el viaje de vuelta, se dirigió a él.

—¿Cuál es tu problema? En realidad, pensé que te alegraría que Quentin te contratara como su mecánico privado. Seguro que no paga mal.

— Si no necesitara el dinero, no movería un solo dedo por este tipo —siseó.

Ella dobló pulcramente un par de pantalones y los metió en su pequeña maleta, mientras él tiraba su ropa desordenadamente en una bolsa de viaje.

— ¿Por qué es un trajeado rico? —preguntó ella.

— ¡Porque es un bastardo despiadado! —Logan arrugó un suéter—. Hoy ha estado hablando con su colega Randy, ese inútil. Era sobre su caso de asesinato. ¡Es un misterio para mí cómo alguien puede trabajar en una profesión como esta!

Ajá, el Sr. Destornillador se sentía moralmente superior. Esto enfureció poco a poco a Rebecca.

— ¿Qué haces? —le espetó—. Seguro que las personas a las que reparas coches tampoco son todas enfermeras de ancianos. También trabajas para los ricos. Y el tipo al que defendemos no es multimillonario, después de todo. Incluso es latino, y seguro que ha tenido desventajas en la vida hasta ahora.

Vale, eso no ha sido muy inteligente. Rebecca esperaba que Logan sintiera una conexión con Benito porque él también tenía raíces sudamericanas, pero nunca debió decirlo.

— Oh, ¿y ahora se supone que debo estar sorprendido? ¿Sólo porque tiene un color de piel parecido? Eso es ridículo. ¿De verdad crees que es inocente?

Su mirada la mantuvo alerta.

— Yo... no lo sé —balbuceó Rebecca. Rápidamente se recompuso y pensó en las palabras de Quentin—. Nos pagan por defenderlo, así que lo hacemos lo mejor que podemos. Es un trabajo como otro cualquiera.

Todavía la estaba intentando arreglar.

— ¿Y la familia de la víctima? ¿Los mirará a los ojos cuando se anuncie el veredicto y su Quentin haya dejado libre al asesino? ¿Puedes dormir con eso en tu conciencia? Si es que la tienes.

¡Era suficiente! Puso sus manos en las caderas.

— ¿Y entonces sabes que es culpable, o qué? ¿Estuviste allí en el asesinato? ¿O conoces al hombre?

— Por supuesto que no.

— Entonces, ¿qué te hace estar tan seguro de que él es el culpable?

Solo pudo parpadear. Ella lo había atrapado.

— Yo no —admitió—. No tengo ni idea del caso . —Logan se pasó una mano por el pelo y tomó el suéter en sus manos. Suspiró profundamente—. Tienes razón, me estoy metiendo en algo de lo que no sé nada. Es sólo una sensación. Es que no me gusta que en un juicio gane el que puede pagar al mejor abogado.

Ahora le tocaba a Rebecca mirarlo sin decir nada. Aunque Logan acababa de insultarla, a ella le gustaba que se tomara esas cosas a pecho. Era alguien con altos valores morales y eso le gustaba. Esas cosas no eran muy comunes entre sus amigos abogados de la universidad.

— Eso no es cierto en absoluto —le contradijo ella—. Ni siquiera un buen abogado puede hacer magia. Se trata sobre todo de hechos, de declaraciones de testigos, de una confesión. No

podemos influir tanto. Sólo intentamos defender la verdad.

Nada más decir esto, incluso con tono de convicción, le vino a la mente su padre. Allí las cosas habían ido completamente mal. Sin embargo, se trataba de un caso aislado. Rebecca estaba firmemente convencida de que los abogados trabajaban para la ley y no contra ella.

— ¿Por qué no vienes conmigo a la sala del tribunal? —sugirió—. ¡En serio! Así podrás ver con tus propios ojos lo justo que es allí.

— ¡Nunca! —una arruga pronunciada apareció sobre su nariz—. Ni diez caballos me llevarían allí.

Eso fue interesante.

— ¿Has tenido una mala experiencia? —preguntó lo más despreocupadamente posible, mientras guardaba una fina bufanda.

— He pasado por ese circo una vez y definitivamente no lo haré una segunda vez.

— ¿Qué has estado haciendo? Déjame adivinar: Molestias públicas. ¿O tal vez insultando a un funcionario público?

No respondió a su broma.

—A mí tampoco me acusaron.

Inmediatamente, Rebecca volvió a ponerse seria. Recordó lo que le había dicho anoche.

—¿Un asunto familiar? ¿Algo sobre el divorcio? —preguntó con cautela.

— No. Y no es asunto tuyo. En cualquier caso, no volveré a entrar en un juzgado en mi vida. ¿Podemos irnos?

Se echó la maleta al hombro.

Rebecca no tuvo más remedio que cerrar su maleta y bajar las escaleras detrás de Logan. De la cercanía de la noche anterior no quedaba más que una cama desarreglada. Y eso también lo dejaron atrás ahora, porque la limusina ya estaba esperando y los llevaría de vuelta. Ella a Manhattan y él a Brooklyn. En ese momento le pareció que esas dos partes de la ciudad estaban separadas por mucho más que el East River.

*

Al día siguiente, Rebecca estaba dándole vueltas a un complicado texto sobre el contrato en su despacho cuando sonó su teléfono. Cuando vio el número, tuvo que sonreír.

— Menos mal que no eres entrometida, Gwen —dijo feliz.

Su compañera de yoga al otro lado de la línea se echó a reír.

— ¡Por supuesto que estoy interesada en cómo fue tu fin de semana con el dulce Christopher!

Rebecca sólo había visto a Gwendolyn una vez en las dos últimas semanas en sus clases juntas, pero en realidad no había podido hablar con ella. Sólo había tenido tiempo de susurrarle brevemente que la cena con el chico de compañía había ido razonablemente bien y que su jefe

incluso los había invitado al fin de semana en Vermont. Pero, naturalmente, Gwendolyn seguía suponiendo que se trataba de Christopher, a quien tanto había elogiado.

— ¿Te veré en *Body Kiss* esta noche? —preguntó Rebecca—. Entonces te lo contaré todo.

— ¡Por supuesto! —respondió Gwendolyn inmediatamente—. Quiero un informe completo.

De camino a casa, Rebecca hizo una pequeña parada para comprar unos macarons para Gwendolyn. Sabía que la buena de Gwen era fanática de los delicados pastelitos y había visto que tenían algunos en su surtido durante su última visita a la pastelería. Estaba muy agradecida a la amiga por el consejo sobre "Angel Escort", ya que había sido su último recurso. Una bolsa de macarons era lo menos que podía hacer por Gwendolyn.

Cuando abrió la puerta de *Pastry Passion*, el espacio detrás del mostrador de ventas estaba vacío, pero Rebecca oyó ruidos extraños en la parte de atrás de la tienda.

— Jalalii dadadaa da deida —cantó alguien a todo pulmón y enseguida se dio cuenta de que no era Emilia. Un momento después, Violetta salió casi flotando de la habitación contigua, sosteniendo una bandeja con pastelitos de hojaldre.

— ¿Qué es eso? —preguntó Rebecca tras saludar con la cabeza a la cantante.

— Pulce d' acqua —gritó Violetta de inmediato, y luego pareció rebuscar en su cabeza la traducción—. Pulga de agua —recordó finalmente y sonrió satisfecha al cliente—. ¿Quiere un poco?

Confundida, Rebecca se quedó mirando la bandeja. Pensó que más bien parecían galletas de queso.

— Pero lo de las pulgas es sólo una forma de hablar, ¿no? ¿O lo que yo creo que son agujas de romero es en realidad un insecto?

Violetta echó la cabeza hacia atrás y rio con fuerza.

— ¡Preciosa, me refería a la canción! La cantaba Angelo Branduardi, es un número muy conocido en Italia.

— ¡Oh! —Rebecca tuvo que seguir riendo. Para no arriesgarse, siguió sin comprar galletas de queso, pero se limitó a una bolsa llena de macarons para su amiga.

— ¿Le gustaría probar algo mientras envuelvo esto? —Violetta señaló un plato con muestras.

— No, gracias. Me pasé con los dulces el fin de semana. Primero un postre enorme y después otro chocolate. En la cama.

No pudo evitar que una sonrisa se dibujara en sus labios.

— Sí, el cioccolato puede ser muy erótico . —Los ojos de Violetta adoptaron una expresión soñadora—. Toma algunas de estas barritas finísimas —dijo, metiendo algunas en una bolsita aparte sin que nadie se lo pidiera—. Se derriten en la piel con el calor corporal y desprenden un aroma irresistible.

— ¿En la piel? —se preguntó Rebecca. Seguramente la señora se había expresado mal y quería decir "en la lengua". Quizá fuera una palabra parecida en italiano.

— Así es —insistió Violetta, haciendo señas a Rebecca para que se acercara a ella. A punto de contar un secreto, se inclinó sobre el mostrador—. Y luego lámele el chocolate muy despacio y copiosamente. Eso le pondrá ardiente. Depende de la parte que elijas para ello, claro —soltó una risita ilusionada.

Rebecca apenas podía creerlo. Ahora recibía consejos sexuales de una octogenaria. ¿Parecía que no era capaz de hacer nada por sí misma? Por otra parte, Violetta parecía dar ese tipo de consejos a todo tipo de clientes. Quizá por eso la pastelería llevaba la palabra "Pasión" en el título.

— ¿Quieres que añada un gran bastón de caramelo? — preguntó Violetta, guiñándole un ojo — . A algunos de mis clientes les gusta practicar con él. Al menos, eso es lo que yo creo.

— Por favor, no — dijo Rebecca rápidamente —. ¡Ya me va bien, no te preocupes!

Luego de pagar, salió de la tienda donde Violetta seguía cantando "Jadadei" para sí misma, y sacudió la cabeza riendo. Esta italiana excéntrica era realmente una edición muy especial.

*

Dos horas más tarde, Rebecca se encontraba exhausta en la barra del gimnasio, aferrándose a su batido de frutas con las últimas fuerzas que le quedaban. Oscar había vuelto a forzar a toda la clase y ella ya temía las agujetas que la acompañarían todo el día de mañana. Con dificultad, se agachó hacia su bolsa de deporte y sacó los macarons de un compartimento lateral.

— ¡Qué dulce eres! — chilló Gwendolyn — . Estoy loca por esas cosas. Pero no puedo dejar que Oscar me descubra con ellas. — Entonces, guardó rápidamente los tesoros en su espacioso bolso —. Así que, dime. ¿Reservaste a Christopher para toda la noche? ¿Cómo estuvo en la cama?

Al parecer, todos sus interlocutores estaban deseando hablar de sexo hoy. Rebecca sonrió.

— Mi acompañante tiene unos hombros estupendos, el pelo sedoso y besa muy bien.

— Ay — suspiró Gwendolyn ilusionada — . Me lo imagino deslizándose la camisa por el torso.

— Y su nombre es Logan.

— ¿Qué? — Gwen casi se cae de su asiento —. ¡Debo haber escuchado mal!

— No lo hiciste. Tu Christopher estaba enfermo, así que un colega lo sustituyó con poca antelación. Tipo latin lover, super atractivo, pero machista a más no poder.

— Sin embargo, se mostró como un perfecto caballero en esa importante cena, supongo.

— Pues, ¿cómo decirlo? — Rebecca tiró de su pajita — . Primero le dijo a Quentin que era mecánico de coches.

— ¿Qué? — Por segunda vez aquella noche, la silla de Gwendolyn se tambaleó peligrosamente —. ¡Pero se suponía que iba a interpretar a un gerente! Siempre ha funcionado

de maravilla con Christopher. Es salvavidas en la vida real, pero nunca se presentaría así — Gwendolyn parecía realmente sorprendida.

— Bueno, Logan tuvo suerte. Quentin es un amante de los coches y ahora le deja revisar sus dos coches clásicos. Por eso nos invitó a Vermont.

Gwen sonrió.

— ¿Tuvo que dormir en una habitación contigo? Por favor, no me digas que lo relegaste al sofá.

— En realidad íbamos a separar las camas, pero se interpuso lo de las llamas y la rubia en el río.

Gwendolyn la miró como si hubiera hablado en chino.

— ¿Tendrás vodka en la botella de agua? — se inclinó hacia un lado y observó críticamente el kit deportivo de Rebecca.

Riendo, Rebecca le contó a su amiga lo que había sucedido en la excursión y luego, con expresión más seria, le explicó cómo había ido el resto de la velada.

— Sigo sin entenderlo — concluyó —. Sentí que nos estábamos llevando mejor. Me contó tantas cosas personales de su familia y me dejó mirar muy dentro. Y al día siguiente se alejó como si yo tuviera ajo entre los dientes.

Todavía le dolía pensar en ello. Rebecca odiaba admitirlo, pero no podía quitarse a Logan de la cabeza. El sonido de su voz, el calor de su piel, el olor de su pelo... Todo estaba tan presente, como si estuviera tumbado junto a ella.

Pensativa, Gwen dio un sorbo a su bebida.

— Creo que sé lo que le pasa — dijo finalmente.

— ¿Qué?

— Se enamoró de ti.

Ahora le tocó a Rebecca casi caerse del taburete.

— ¡Tonterías! — dijo inmediatamente —. Es un gigoló, tiene muchas mujeres y, además, no soporta a los abogados, sean del género que sean.

— Ese puede ser exactamente su problema.

— ¿Qué quieres decir? — Rebecca miró a su amiga sin comprender.

— Por lo que dices, es el tipo duro con el que a las mujeres les gusta salir. Están a sus pies en cuanto entra por la puerta.

Rebecca asintió con entusiasmo.

— ¡Eso es cierto!

— Tú, en cambio, primero lo rechazaste. Algo así despierta naturalmente el instinto de caza en los hombres. Al mismo tiempo, lo asustaste porque eres una abogada dedicada. Y, sobre todo, porque de algún modo has conseguido que te cuente cosas secretas sobre sí mismo. Así que va a lo seguro y se retira. Porque no hay nada que asuste más a un hombre que cuando desarrolla

sentimientos por una mujer.

Rebecca miró a su amiga con los ojos muy abiertos.

— ¡Eres muy buena, Gwen! Nunca entenderé por qué estás soltera — dijo.

— Sencillo, porque soy demasiado inteligente para los hombres.

Rebecca sonrió. La modestia no era una de las virtudes distintivas de Gwendolyn Morehouse.

— Entonces, ¿lo quieres? — preguntó Gwen sin rodeos.

Sorprendida, Rebecca volcó su vaso y el resto de su batido de frutas se derramó por el mostrador.

— ¡No, claro que no! — respondió ella inmediatamente. Pero no estaba tan segura. Logan había despertado en ella sentimientos nuevos para ella. Sentimientos intensos. Sentía calor cuando él la miraba a los ojos, y todas las noches soñaba con él tumbado a su lado otra vez, piel con piel. Pero eso no era amor ni mucho menos. ¿Cierto?

— No lo creo — replicó ella con voz insegura.

Gwen sonrió ampliamente.

— Definitivamente estás un poco enamorada de él.

— ¡Sólo una parte de él! — intervino Rebecca — . De la parte que me habló de su infancia, o la que se arriesgó para salvar a esa mujer sin dudarlo. Pero el arrogante mujeriego puede mantenerse alejado de mí.

— Bueno, entonces sólo hay dos posibilidades. Puedes hacer como el rey Salomón y cortarlo por la mitad con una espada. Pero dudo que eso te haga feliz.

A Rebecca no le convencían las citas bíblicas y derroches educativos.

— ¿Y cuál es la alternativa? — insistió.

Para añadir más dramatismo al asunto, Gwen dio primero un sorbo a su vaso casi vacío.

— La más obvia — explicó finalmente — . Te reúnes con él y averiguas si tal vez no puedes hacerte amiga de la segunda mitad. Personalmente, no creo que sean tan diferentes. Después de todo, tú también prestas mucha atención a la imagen que das. Siempre fuerte, siempre en control. Sin embargo, en el fondo también anhelas tener a una persona a tu lado. Como todos nosotros.

Durante unos segundos, Rebecca se limitó a mirar sin decir palabra a su sabia amiga. Mil pensamientos pasaron por su cabeza. ¿Tendría razón Gwendolyn?

— Quieres averiguarlo, ¿verdad? — Se hizo eco Gwen.

— Creo que sí — Rebecca había respondido sin pensar. Quiso rectificar, pero ya era demasiado tarde. Gwen ya estaba levantando la mano, radiante, y llamando a la mesera.

— Suzie, dos Daiquiries de Fresa por favor. Tenemos algo que celebrar.

— ¿Qué exactamente? — preguntó Rebecca, que ya era incapaz de pensar con claridad incluso antes del alcohol.

— Que estás viendo a un hombre — explicó Gwen.

Cuando poco después tuvieron delante las bebidas de color rojo brillante, puso una de ellas en

la mano de Rebecca y brindó con su amiga.

— Por ti y por mí. Y porque los hombres de Nueva York se den cuenta de lo inteligentes, amables y atractivas que somos — dijo Gwen .

Normalmente, Rebecca no bebía cócteles después de hacer deporte, pero hoy tenía demasiadas cosas en la cabeza como para resistirse. Además, Gwen era muy terca como para hacer estas cosas. Rebecca se sintió sorprendida por ella.

— Aún no le he dicho que quiero verle — intervino — . No fue muy amable cuando nos despedimos y no tengo la menor sensación de que tenga ganas de volver a verme.

— La única forma de averiguarlo, querida, es pedirle una cita.

— ¡Oh, no! — Rebecca cruzó los brazos delante del pecho —. Definitivamente no voy a invitarle a una cena a la luz de las velas ni nada por el estilo.

Ella nunca caería tan bajo. Sin mencionar que Logan no aceptaría de todos modos. Al fin y al cabo, era una abogada insufrible. Y si realmente hubiera estado interesado en ella, habría estado encima de ella el fin de semana, resplandeciente de pasión; después de todo, había estado en la cama a su lado. Por otro lado, estaba su mano. Aquellos dedos cálidos que se habían posado sobre los suyos, tan familiares y tiernos a la vez...

Rebecca dejó escapar un largo suspiro.

— Terreno neutral — dijo finalmente —. Estoy pensando en la fiesta de verano en 'Come together', que es un club en el SoHo. Han contratado a la banda de los amigos con los que vivo para un concierto.

— ¿Y ahí planeas invitarlo?

— Eso es exactamente lo que pienso hacer — Rebecca sonrió. Sin importar lo que pase, ese era su plan. Porque si había algo que odiaba aún más que el desorden y los cambios de planes, eran las situaciones inconclusas.

*

— Ahora por fin tenemos tiempo el uno para el otro — dijo Quentin unos días después y cerró la puerta de su despacho tras Rebecca. Le había pedido una cita a su secretaria y la única que quedaba libre era a última hora de la tarde. Aunque había tenido una mala experiencia la última vez que se había quedado a solas en el despacho con su jefe, Rebecca se mantuvo relajada. Quentin ya conocía bien a Logan y había visto a la pareja de novios juntos. Aquel beso fuera de la casa de campo había sido, sin duda, lo bastante convincente. Aún sentía vértigo sólo de pensarlo.

— ¿Por qué no te sientas, Rebecca? — señaló una silla junto a la mesa redonda de reuniones. Muy concentrada, Rebecca tomó asiento. Estaba ansiosa por escuchar lo que el jefe tenía que decirle.

— Llevas unos meses con nosotros — empezó —. ¿Qué te parece hasta ahora?

Por supuesto, Rebecca estaba preparada para esta pregunta. Le aseguró a Quentin que había aprendido muchísimo, que se sentía muy cómoda, aunque desafiada, y que apreciaba mucho a sus compañeros. La elogió por algunos de los casos en los que había trabajado en las últimas semanas y anunció que participaría en dos de los próximos proyectos.

— Tengo grandes planes para ti, Rebecca — dijo, sacando del bolsillo de la chaqueta su spray bucal —. Todavía no te has comprometido con ningún área de especialización, pero estoy seguro de que el bufete no te hostigará con cosas insignificantes.

Se dio un chorro de su habitual esencia de menta, que olía agradablemente fresca.

Rebecca pensó que había llegado el momento de volver a hablar del caso Stone.

— En cuanto a Richard Stone, tengo mucha curiosidad por ver qué otros casos tienen para mí. Sonaba a que el bufete podía esperar bastante más trabajo de su casa — dijo .

Quentin la felicitó con un gesto de aprobación.

— Lo has hecho muy bien — sirvió dos vasos de agua de una jarra —. ¿O prefieres un trago de whisky? — el hombre sonrió con satisfacción —. Por supuesto que no. De todas formas, hoy hace un día muy bochornoso. Ya tengo bastante calor.

Se sentía como si el aire acondicionado se hubiera estropeado. Pero quizá era la presencia de su carismático jefe lo que le provocaba sofocos. Sentarse tan cerca de Quentin podía hacer que sintiera calor. Hoy se dio cuenta por primera vez de lo excitantes que eran sus ojos. Ese gris claro tenía un encanto muy especial. Rebecca no entendía por qué sus ojos le habían parecido fríos y duros antes. Todo lo contrario, parecían ardientes y la atraían casi magnéticamente.

El aroma de Quentin, que le llegaba a la nariz, también la hizo respirar más rápido.

— ¿Tienes una nueva loción? — se le escapó.

En cuanto lo dijo, se sintió más que avergonzada. ¡Qué poco profesional! Debía de pensar que era una tonta superficial que intentaba congraciarse con él con cumplidos gastados. Sin embargo, ella sólo quería impresionarle con sus habilidades y de forma profesional.

— ¿Te gusta? — preguntó, más divertido que ofendido.

— Sí, mucho.

Una vez más, ¡no había sido capaz de controlarse! Rebecca se apartó de Quentin para intentar recomponerse.

Él se reclinó en la silla con increíble despreocupación y dejó que sus rodillas se separaran un poco. Involuntariamente, la mirada de Rebecca se detuvo en su entrepierna. Se preguntó cómo sería el cuerpo Quentin debajo de sus trajes elegantes. Por un momento, sintió un fuerte impulso de acercarse a él y ponerle la mano en el muslo. Muy despacio, la movió hacia arriba, sintió su bulto y le bajó la cremallera. Casi podía oír el zumbido metálico mientras lo abría diente a diente.

Con dificultad, apartó la mirada de sus pantalones y cogió el vaso de agua, del que bebió un gran sorbo.

— Hace mucho calor hoy, ¿verdad? — dijo Quentin, aflojándose el cuello de la camisa.

— Sí, yo también lo creo — contestó Rebecca y estaba a punto de desabrocharse la blusa de seda. Se recompuso justo a tiempo.

— Hoy he tenido un día inmensamente ajetreado — Quentin se quitó la corbata del cuello y se frotó la nuca con la mano. Su melena blanca platinada se enroscó en el dorso de su mano y Rebecca se preguntó qué sentiría al meter la mano en su pelo. Cómo se sentiría si él se tumbaba encima de ella, gimiendo su nombre lujuriosamente. O cómo sus dedos se clavaban en su espalda y lo apretaba contra ella hasta que él estaba muy dentro de ella...

Tenía la boca tan seca que bebió otro sorbo de agua. Quentin también bebió un poco, pero a diferencia de ella, permaneció completamente tranquilo.

— Cuando estoy tanto tiempo sentado en mi escritorio, inclinado sobre los expedientes, se me tensan los hombros. Es algo muy doloroso — gimió suavemente mientras seguía frotándose el cuello.

El abdomen de Rebecca empezó a tirar violentamente. Tenía que tocar a Quentin y ahora era la mejor oportunidad.

— ¿Te masajeo un poco los hombros? — preguntó, sin poder reconocerse. ¿Desde cuándo había sido tan descarada?

Pero la mirada agradecida del hombro borró inmediatamente cualquier duda.

— Eso sería una verdadera liberación — Su voz profunda le produjo un escalofrío.

Ella se levantó y se colocó detrás de su silla mientras él se desabrochaba la camisa y se la bajaba un poco para que su cuello quedara desnudo delante de ella.

A Rebecca se le aceleró el pulso. Ver la piel desnuda de Quentin la excitaba locamente. Le puso las manos en los hombros y empezó a masajearlos muy suavemente. ¡Qué maravilloso se sentía! Y, además, su gemido placentero se disparó directamente a su vientre. O más bien un nivel más abajo. Se pregunta si sonaba así cuando hacía el amor con una mujer. Rebecca no podía quitarse la idea de la cabeza.

— ¿Está bien así, Quentin? — respiró ella, describiendo pequeños círculos con los dedos en el nacimiento de su pelo.

— De maravilla — le murmuró.

Sin pensarlo, Rebecca dejó que sus manos se deslizaran hacia delante y acarició el amplio pecho de Quentin. Él se apoyó en ella, apretó la cabeza contra sus pechos y gimió excitado.

— Ven aquí — gimió, agarrándola del brazo y tirando de ella con un movimiento brusco por el costado de su torso y directamente sobre su regazo. Un instante después, sus labios ya estaban pegados a los de ella, besándola exigente.

Sus manos le subieron la blusa.

— Señor Armadon, no puede hacer esto — protestó ella tímidamente mientras recuperaba el aliento, pero al mismo tiempo paso sus manos por la brillante melena plateada. Le gustaba como

nunca le había gustado un hombre.

— Quítate la ropa — le ordenó la voz que parecía arañar sus tímpanos, seguida de sus uñas en la espalda.

Finalmente, Rebecca se pasó la blusa por encima de la cabeza. Su piel parecía arder y respiraba entrecortadamente. Abrió la camisa de Quentin para quitársela del torso, se inclinó hacia él y empezó a lamerle los pezones y a jugar con ellos con los dientes. Lo deseaba.

— Eres una auténtica fiera — gruñó y le agarró las nalgas con ambas manos. Rebecca gimió de placer. Sus bragas estaban húmedas. Desde abajo, la dura virilidad de Quentin presionaba su entrepierna, casi volviéndola loca. Debía tenerlo, ¡ahora! Tenía que sentirlo dentro de ella, oír sus roncós gemidos, sentir su peso sobre ella.

— Te deseo — le murmuró.

No necesitaba que se lo dijeran dos veces. La levantó de un tirón, barrió todos los papeles de la mesa redonda con un solo movimiento del brazo y la dejó caer sobre él. Mientras le levantaba la falda con una mano, con la otra se bajaba hábilmente la cremallera de los pantalones. Se bajó los pantalones y los calzoncillos.

Rebecca dejó escapar un grito cuando él le agarró las bragas y se las arrancó. Ahora yacía completamente expuesta ante él y apenas podía esperar a que la penetrara por fin con su pene sobresaliendo abruptamente hacia delante. Se retorció de deseo sobre la mesa y ya no podía tener un solo pensamiento claro. Por fin debía tomarla, penetrarla, liberarla.

Pero la hizo esperar. Con una sonrisa pícara en el rostro, primero le pasó el dedo índice por el vientre, lo que casi la volvió loca.

— Es una bonita marca de nacimiento. Parece un pequeño corazón — dijo .

A Rebecca no le importaban los patrones que descubriera en su cuerpo ardiente de lujuria, quería sentirlo entre sus piernas.

— Tómame ya — le suplicó a su jefe.

Finalmente, pareció apiadarse de ella. Sus ojos brillaban prometedores mientras separaba sus rodillas y se colocaba entre ellas.

Rebecca contuvo la respiración. Ya casi era hora. La sangre le corría por los oídos y temblaba de tensión. Sólo unos segundos más y por fin sería liberada y sentiría su abultada y gruesa erección dentro de ella. Su abdomen palpitaba casi dolorosamente y apretó las manos alrededor del borde de la mesa.

Apenas se fijó en el hombre, sólo quería que la llenara, profunda y duramente.

— Supongo que no puedes esperar más — gimió él y ella pudo escuchar claramente que él también estaba realmente excitado.

Sus manos la agarraron por las caderas y tiraron bruscamente de ella un poco hacia delante, hacia él. Rebecca se mordió el labio. ¡Ya!

El estridente sonido de un teléfono la hizo estremecerse.

— Deja que suene — suplicó, tratando de agarrar a Quentin por la espalda para poder por fin tirar de él contra ella. Estaba locamente caliente por él.

Pero la expresión de su jefe cambió de repente. En lugar de la pura lujuria que ella acababa de ver, ahora volvía su expresión de hombre de negocios.

— Sólo dos personas tienen mi extensión directa. Y mi mujer no se atreve a molestarme.

Decepcionada, Rebecca vio cómo se subía los pantalones y tomaba el teléfono.

— No ¡Ahora no! — se quejó .

Pero ya era demasiado tarde.

Quentin se limitó a apartarla como si fuera un incómodo cojín de sofá y se llevó el teléfono a la oreja.

— Mi querido Banks — dijo de una manera inusualmente amistosa —. ¿Qué puedo hacer por ti?

Concentrado, escuchó la llamada y, de paso, recogió su camisa del suelo para sacudírsela y ponérsela con el brazo libre.

Rebecca seguía tumbada sobre el escritorio, con las bragas desgarradas y el abdomen palpitándole violentamente. Jadeaba.

— ¿Protección de marca? Por supuesto, eso no es problema. — Escuchó decir a su jefe y sólo muy poco a poco recobró el conocimiento.

¿Qué le había pasado?

Aturdida, se sentó, se bajó la falda y se sintió como una zorra.

¡Cielos, había estado tumbada medio desnuda sobre el escritorio de Quentin!

Para cuando recogió su blusa, su jefe ya se estaba abrochando los últimos botones de la camisa y tenía casi el mismo aspecto de siempre. Incluso sus ojos habían perdido su fuego ardiente y volvían a parecer hielo glacial.

Rebecca sintió que el rubor de la vergüenza le subía a la cabeza. ¿Qué demonios le había pasado? Prácticamente se había ofrecido en bandeja al jefe de la oficina. Precisamente ella, que solía ser tan controlada y nunca tomaba la iniciativa en las relaciones sexuales.

Quentin interrumpió brevemente su animada conversación telefónica mientras ella, aun completamente alterada, se metía la blusa en la falda.

— Espera un minuto, Roger. — Puso la mano en el puerto de habla del teléfono.

— Lo siento, Rebecca. Parece que hoy el calor nos ha afectado a los dos. Es mejor que lo olvidemos y mañana sigamos trabajando como antes, ¿de acuerdo? — dijo.

Le sonrió alentadoramente.

Con manos temblorosas, Rebecca se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja.

— No sé qué me ha pasado — balbuceó. Oh, Dios, ¡estaba avergonzada por su comportamiento de hace un momento!

— Como he dicho, ambos perdimos el control. Eso pasa a veces cuando se trabaja en estrecha

colaboración. No te preocupes. ¡Que pases una buena noche y saluda a Logan de mi parte!

Con el teléfono inalámbrico en la mano, se dirigió a la puerta y la abrió. Era un mensaje claro. Rebecca salió rápidamente. En lugar de ir a su despacho, fue al lavabo y primero se echó unos chorros de agua fría en la cara.

¿Cómo se había dejado llevar así?

Completamente horrorizada de sí misma, sacudió la cabeza. Quentin debía de pensar que era una zorra de oficina. Se había lanzado literalmente sobre él.

Se mira en el espejo con asco. Su peinado desaliñado, el maquillaje corrido, las manchas rojas en las mejillas. Se sentía fea y barata.

¿Sería capaz de volver a mirarlo a los ojos? Nunca le había pasado nada tan vergonzoso. En el fondo, hasta podía estar agradecida con ese Roger Banks, quienquiera que fuese, por haberla salvado en el último segundo. De lo contrario, hubiera tenido un momento de pasión con Quentin Armadon en medio del escritorio de caoba. Y ni siquiera lo encontraba atractivo como hombre.

Esa no había sido ella. Se sintió como si hubiera sido controlada por un poder extraño del que nunca había tenido idea. ¿Y si ahora algo así ocurría a menudo? A Rebecca se le hizo un nudo en la garganta. ¿Se estaba volviendo loca? Tuvo que apoyarse al borde del lavabo. Al menos había perdido los estribos por completo y eso ya era imperdonable. La idea de que algo tan descontrolado pudiera volver a suceder la dejó sin aliento. Cómo había sucedido seguía siendo un misterio para ella. Y Rebecca odiaba no tenerlo todo bajo control.

Se secó con un paño, se dirigió a toda prisa a su despacho, tomó su bolso y salió furiosa. Ya era bastante malo volver a ver a Quentin al día siguiente, pero hoy definitivamente no quería volver a encontrarse con él.

Una vez en casa, cogió una botella de té helado sin azúcar de la nevera y sólo quería descansar. La cabeza le latía con fuerza y le dolía el cuello. Sin embargo, Jamie apareció en la puerta de la cocina y le cerró el paso.

— Dime, Rebecca — inclinó la cabeza hacia un lado y la miró fijamente —, ¿te consideras vaquera o hada madrina?

Ella lo miró sin comprender.

— ¿Ya estás preparando tu disfraz de Halloween? — preguntó.

Él sacudió la cabeza.

— No, se trata de qué tipo de mujer eres. Mo cree que eres una vaquera, pero yo supongo que un hada.

— Deberían dejar de fumar sus plantas de marihuana o lo que sea que se estén metiendo. ¡Ustedes dos han estado hablando locuras últimamente!

Rebecca intentó pasar a su lado, porque no le apetecían en absoluto los dichos tontos ni los juegos de pubertad tardía, pero Jamie la sujetó por el brazo.

— ¿Te excitaría más si te empujara contra la pared o si te contara una historia sobre mi tía

Augusta?

— ¡Abuela, idiota! — intervino Mo desde el pasillo —. ¡Tía no!

Rebecca había tenido suficiente de los hombres por hoy.

— Si no me dejas pasar ahora mismo, no sólo te empujaré contra la pared de la cocina, sino que te daré una patada donde más te duele. Y entonces no podrás tener más descendencia a la que engendres con cuentos de abuelas o hadas — siseó.

Sorprendido, Jamie la soltó y Rebecca se fue furiosa a su habitación.

— No es ninguna de esas cosas, ¡yo la llamaría más bien una fiera! — Escuchó a Mo decir.

Dio un portazo tan fuerte que todo el marco de la puerta tembló. Quentin también la había llamado así. Cuando lo recordó, de repente se sintió tan mal que ni siquiera pudo beberse el té helado. De repente, quiso ser el hada de la que hablaba Jamie, porque podría agitar su varita mágica y conjurar las últimas horas. Y también a todos los hombres del universo entero. Entonces, Rebecca se sentaría en la barra del *Body Kiss* todos los días y, sin haber hecho un sudoroso entrenamiento previo, disfrutaría de una piña colada tras otra junto a Gwendolyn. Con nata extra.

EL HOMBRE

El blog de los hombres de verdad

Hola hombres,

¿Ya vieron que nuestro pequeño e íntimo blog ya tiene más de mil suscriptores? Es una locura. Pero al principio era sólo una apuesta. Mi colega Tony tiene un blog de coches y presumía de que lo leían 200 personas. Estábamos discutiendo y le dije: "¡Apuesto a que, si empiezo un blog hablando de echar un polvo, pronto tendré más seguidores que tu blog sobre coches!". Bueno, como va la vida, parece que he dado en el clavo. Y como las deudas de apuestas son deudas de honor, empecé el blog EL HOMBRE. ¡Pero nunca pensé que sería tan popular!

Hoy quiero responder a algunos comentarios.

Algunos de ustedes me han preguntado qué tipo de mujeres me contratan a través de la agencia y si me gustaría contar algunas anécdotas divertidas.

Bueno, es una mezcla de cosas. El otro día, una dentista regordeta quiso presumir de su marido en la reunión de sus excompañeros de clase y me arrastró con ella. Es realmente estúpido estar soltero allí entre todas las supuestamente felices parejas. Pero ¿saben qué? Justo antes de subir al escenario, me maltrató seriamente con hilo dental para que tuviera unos dientes absolutamente perfectos. ¡Chicos, chicos!

A menudo me contratan como acompañante a conciertos o exposiciones, pero también he tenido un compromiso para un salto en paracaídas en tándem. Era un regalo de la familia para la graduación de la hija menor, pero el novio se había fugado. La chica no se atrevía a saltar sola, y no había forma de que cancelara, así que tuve que echarle una mano.

Mi misión más estrafalaria recientemente fue una escapada con un bufete de abogados que incluía una excursión con llamas, en la que interpreté al prometido de una abogada. Después de sorber ostras una semana ante, probablemente se consideró un evento relajante. Las llamas eran unas coetáneas realmente agradables, que era más de lo que podía decir de los abogados. Por cierto, nadie fue escupido en el proceso.

[@Jasper: ¡Tú y yo tenemos que tomar una copa pronto! Entonces podré responder a todas tus preguntas. Incluso la de cómo suena normalmente una mujer durante el sexo. Hacen sonidos. Te contaré algunos de mis trucos mientras tomamos unas cervezas. Y entonces un día serás el gran tipo y preguntarás casualmente a tus compañeros: "¿Qué dice una mujer después del quinto orgasmo?". Cuando te miren con los ojos muy abiertos, sonreirás con complicidad y les dirás la respuesta: "¡Gracias, Jasper!"]

Muy bien, ha sido un poco exagerado, pero quería ponerlos en situación para el tema tan esperado del próximo blog: ¡El sexo!

Nos vemos,
EL HOMBRE

8. La noche de Reggae de Rebecca

Al día siguiente, Rebecca fue a trabajar con el estómago revuelto. No podía adivinar cómo reaccionaría Quentin. Era el día de la reunión semanal, de todas las cosas, donde todos los demás compañeros acabarían enterándose de que había algo en el aire entre ella y el jefe.

Estaba terriblemente tensa mientras se dirigía a la sala de reuniones con sus carpetas en la mano. Pero Quentin no se comportó de forma diferente a como lo había hecho las semanas anteriores. La saludó con la misma frialdad que todos los demás, la miró con las mismas miradas que su colega Randolph, escuchó sus sugerencias con la atención normal.

Estaba tan aliviada que, después de la reunión, le habría encantado cruzar el vestíbulo dando saltitos como un conejo en primavera. Así que Quentin no se tomó en serio el incidente. Sólo por eso, subió unos cuantos peldaños en su escala de popularidad. Realmente era un gran jefe. La forma en que había planteado una estrategia en una disputa extremadamente difícil entre dos empresas en la reunión de hoy había sido un tour. No podía imaginarse un abogado más brillante. Probablemente por eso no le resultaba nada especial que las mujeres se le ofrecieran. Con su carisma, probablemente le ocurría tan a menudo y Rebecca solo fue una más. Se limitaría a olvidar el incidente, tal y como le había sugerido Quentin. No hablar con nadie de ello, entonces no había sucedido en absoluto. Y esperaría fervientemente que esa fuerza alienígena a la que había sucumbido en su despacho no volviera a aparecer en su vida.

Como estaba de tan buen humor, le envió un mensaje a Logan. No era fácil redactar algo que pareciera espontáneo y que no había pensado en ello. Rebecca necesitó doce borradores antes de que el texto sonara creíblemente natural. Pero al final estaba satisfecha con su trabajo:

[¿Te apetece una noche loca? Dos amigos míos tocan en un grupo de reggae y se presentarán en Come together, *SoHo*. El sábado hay una fiesta casual de verano. ¿Quizás sea algo para ti? Nos vemos, Rebecca.]

En la penúltima versión, en realidad había escrito "Becky" como remitente, pero rápidamente volvió a corregir el nombre. No hacía falta caer tan bajo.

Justo antes de la hora de cierre, su teléfono móvil vibró por fin. Logan había contestado.

— Una noche loca, suena bien. Especialmente viniendo de ti. Por supuesto que no me puedo perder un Becky casual junto con tus amigos. Allí estaré.

Leyó el mensaje tres veces y analizó cada palabra. ¿Había un claro toque de sarcasmo en sus palabras o se lo estaba imaginando? ¿Acaso no confiaba en que ella fuera desenfadada y tuviera amigos, o de verdad le apetecía pasar una velada informal con ella?

No consiguió descifrar el mensaje de texto de aspecto críptico. Pero, básicamente, no importaba. Logan aparecería en la fiesta de verano del "Come together" y ella estaba tan contenta que no podía quitarse la sonrisa de la cara. Además, se propuso seriamente trabajar en su soltura.

Curiosamente, este desliz con Quentin había revelado algo nuevo sobre ella. No era frígida en absoluto, ¡al menos no físicamente! Fue un gran alivio. Además, era evidente que el jefe la consideraba una mujer deseable, de lo contrario no la habría puesto sobre su mesa. Así que incluso tenía potencial erótico. Era un hecho que nunca había creído posible. Sin embargo, fue y siguió siendo un incidente terriblemente embarazoso que no debía volver a repetirse. Pero le dio la sensación de que no todo estaba perdido con ella como mujer después de todo.

Quizá no debería tomarse tan en serio algunas cosas de su vida y orientarse más hacia la personalidad libre de Logan. Era un hombre de placer, al menos eso pensaba Rebecca. Cuando pensó en su mirada mientras él le había servido el postre durante aquella cena, de repente se le despertó el apetito por los bombones. Decidió hacer un viaje espontáneo a *Pastry Passion* y dar a las trufas de frambuesa otra oportunidad de demostrar su valía.

Esta vez no era Violetta quien estaba en la tienda, sino la animada Emilia. Estaba atendiendo a un cliente, y lo hacía sin cantar a todo pulmón ni presentarle al hombre el Kama Sutra de chocolate. Rebecca no pudo evitar sonreír al pensar en la excéntrica Violetta. Como había otros clientes esperando en la fila, se desplazó a la derecha, donde una mesa la invitaba a tomar café. Desde allí, una persona conocida le sonrió.

— ¡Sandy! — exclamó sorprendida Rebecca, uniéndose a la peluquera que removía en una taza con olor celestial —. Qué coincidencia.

— La verdad es que no. Conozco a Emilia desde hace años y quería charlar con ella, pero hoy la tienda está a tope. Así que me permito un Chai Latte helado con trozos de canela y chocolate líquido como salsa. Recomendación de Emilia.

La bebida no sólo lo parecía, sino que además olía como si tuviera potencial adictivo.

— Hoy quería darme un capricho dulce — explicó Rebecca —. De vez en cuando, está bien.

Sandy le guiñó un ojo.

— Hay un hombre detrás de esto, ¡admítelo! ¿Te has enamorado de tu sexy jefe después de todo?

— Bueno, en realidad no es tan sexy.

— ¡Pero te atrapó! — Sandy obviamente tenía un sexto sentido para tales eventos.

— No... en realidad no... ¿cómo decirlo? — balbuceó Rebecca. Se había propuesto firmemente no hablar de ello con nadie.

— Oh, no te preocupes. Los tipos trajeados simplemente tienen un don muy especial. Cuando irradian esa aura de poder, nadie puede resistirse. Una vez tuve un tipo que siempre venía a mí con un traje a medida. Yo estaba completamente derretida. Al final resultó que era carnicero, ¡imagínate!

Sandy sacudió la cabeza y quitó la espuma de su bebida con una cuchara.

— Es una profesión honorable — dice Rebecca.

— Sí, pero un hombre de negocios siempre parece tan increíblemente poderoso. Cuando

alguien está ahí de pie con un traje de doble botonadura, con zapatos brillantes, y puedes sentir todo el dinero que está manejando... ¡hach! — suspiró extasiada.

Rebecca tuvo que reír. Ella misma no encontraba especialmente erótico un traje. Prefería diez veces más a un hombre en vaqueros y camiseta. O en albornoz, que luego se quitaba y dejaba deslizar junto a la cama....

— Tú sentiste lo mismo, Em, ¿verdad? — preguntó Sandy a su amiga, que se despedía del último cliente —. Cuando tu Richard se plantó delante de ti en toda su gloria multimillonaria, te quedaste boquiabierta.

— Arrogancia, arrogancia de la buena. Yo creía que era arrogante. Primero me envolvió en su dedo cuando bajaba por Madison Avenue en segunda y después le dio de comer a una ardilla.

Sorprendida, Rebecca miró a la pastelera.

— ¿Ardillas? — repitió.

— Sí. Nuestra primera cita, si se puede llamar así, fue en Central Park. Con un picnic.

— ¡Mira eso! No habría creído que el gerente de una empresa fuera capaz de eso — replicó Rebecca. Se sentía cómoda entre las dos mujeres. Le hablaban como si fuera una amiga de toda la vida y a Rebecca le resultó fácil adaptarse al tono relajado.

— Seguro que tu Richard será un padre estupendo — señaló Sandy —. Te dará de comer todo su dinero en cacahuets y te llevará en jets privados con la familia. ¡Realmente espero ser madrina! Después de todo, alguien tiene que asegurarse de que el pobre niño no esté completamente mimado.

— ¿Van a tener un bebé? — preguntó sorprendida Rebecca.

Emilia asintió, radiante.

— Vio está encantada. Todo nuestro apartamento está lleno de revistas de bebés y pone informes de pruebas de cochecitos y chupetes en mi almohada.

— En primer lugar, ¡felicidades! Si el bebé quiere emprender acciones legales contra demasiados besos de madrina, puede ponerse en contacto conmigo con toda confianza — sacó una de sus tarjetas profesionales del bolsillo, garabateó en ella su número privado de teléfono móvil con una sonrisa y se la entregó a Emilia.

— ¡Espera, la próxima vez te teñiré el pelo de turquesa! — amenazó Sandy.

— No me atrevería a hacerle eso a un abogado. Gracias. — Emilia agitó la tarjeta y luego se la guardó en el bolsillo.

Rebecca no quiso molestar más a las dos amigas y se dirigió al mostrador de ventas, donde examinó los bombones.

— ¿Qué puedo ofrecerte? — preguntó Emilia en tono confidencial —. ¿Otra vez los bomboloni? ¿Le gustaron a tu jefe?

— No sólo él, sino todos en la empresa — Rebecca admiró a Emilia por recordar su primer pedido. Entonces recordó que ella misma también almacenaba en su cabeza todos los detalles de

sus clientes.

— Pero hoy quiero algo para mí. Violetta me dejó probar estos turrone de frambuesa el otro día. Porque serían buenos para la mente. — Tuvo que sonreír.

Emilia no le devolvió la sonrisa, se limitó a mirarla un largo rato. Finalmente cogió las pinzas pequeñas, pero no sacó los bombones con la flor de chocolate blanco, sino trufas redondas y las metió en una caja.

— Trufas de moras Creamfudge, son para el corazón. Créeme, ¡hacen maravillas! Creo que te sientan mejor en este momento — explicó .

Emilia sonaba tan segura que Rebecca no se atrevió a preguntarle por qué se le había ocurrido aquella idea. A veces había que confiar en una profesional. Pagó, se despidió de las dos mujeres y se dirigió a casa de buen humor. Disfrutaría de los bombones uno a uno esta noche, deseando que llegara el sábado y pensando en qué vestido le quedaría irresistiblemente casual.

*

Tras muchas deliberaciones y un maratón de pruebas de diferentes estilos que había durado media tarde del sábado, Rebecca estaba ahora frente al espejo con un vestido de verano relajado y colorido. En los pies llevaba unas bailarinas de aspecto juvenil y de las orejas le colgaban cerezas plateadas con piedras de cristal. Sus diamantes de imitación o su collar de perlas no eran apropiados para una fiesta de verano, así que había optado por la bisutería que Jamie le había regalado por su cumpleaños hacía unos meses. Se había dejado mechones sueltos del peinado con un peine puntiagudo, que le caían increíblemente despreocupados sobre la frente.

Jamie y Mo ya estaban en el *SoHo* para montar el equipo junto con sus compañeros de la banda “Reggae Hatcher”. Alistair, el batería, fue el responsable del nombre de la banda. No sólo era británico de nacimiento, sino también un ferviente partidario de los conservadores y se alegraba cada vez que alguien pronunciaba el nombre como el famoso primer ministro de Jamaica.

Rebecca nunca había asistido al “Come together”. Curiosa, empujó la puerta de entrada y acabó en una sala bastante oscura llena de gente vestida con ropa neón, de pie y en grupos. En el escenario se estaba realizando la prueba de sonido.

— Uno, dos, ¿me escuchan? Sí, ¡el reggae es ley! — gritó Mo por el micrófono. Esperaba que el concierto no fuera a ese volumen, porque si no, el lunes no entendería a ningún cliente.

Después de saludar a los chicos de la banda, miró a su alrededor, pero no veía a Logan por ninguna parte. ¿Realmente vendría? Claro, podía pasar una tarde divertida sin él. Ya había visto algunas caras conocidas y probablemente la novia de Alistair estaría cerca del escenario, Rebecca ya había tenido una agradable charla con ella en el último concierto. Sin embargo, esperaba ver a Logan, pero al mismo tiempo se sentía inmensamente ingenua. ¿Qué esperaba? Él le había dejado claro desde el principio que sólo salía con ella por dinero. Además, no era ningún

secreto que no soportaba a los abogados y, después de todo, ella era una de ellos.

Cuanto más le esperaba, más insegura se sentía. Quizá sería mejor que se fuera a casa. Era un gigoló que probablemente hoy se estaba divirtiendo con una señora rica y satisfaciendo todos sus deseos. Era fácil olvidarse de rechazar a una abogada aburrida que estaba dando vueltas en un concierto irrelevante.

La conversación con Gwendolyn, durante la cual Rebecca había tomado la decisión de pedir una aclaración, le parecía completamente estúpida en retrospectiva. ¿Por qué necesitaba aclaraciones? Era evidente: Logan no estaba interesado en ella. Cómo había podido pensar en ello por un momento era ahora un misterio para ella. Una mujer como ella, sin el más mínimo carisma femenino, no tenía ninguna oportunidad con ningún hombre del mundo. Y mucho menos con un mujeriego caliente.

— ¿Vamos a salir? — Oyó decir a una voz desconocida a su lado y vio a una pareja que se dirigía hacia una puerta situada en el lado opuesto de la entrada. Sólo ahora se dio cuenta de que sobre esta salida habían colocado un cartel con la palabra “Bar”. Siguió a la pareja y miró sorprendida a su alrededor al cruzar la puerta. Había un gran patio, iluminado con faroles, con paredes cubiertas de hiedra y una larga barra en el centro. Logan estaba sentado y le sonrió.

— Por fin estás aquí — la saludó cuando se acercó y le ofreció el taburete del bar que tenía a su lado —. ¿Qué quieres tomar? Aquí hacen un buen tequila sunrise.

— Prefiero tomar algo sin alcohol primero — respondió Rebecca como de costumbre. Sólo después recordó que se había propuesto a ser más relajada. Pero después de todo, podía hacerlo sin alcohol. Al menos, eso esperaba.

Mientras esperaban al bartender, miró a su acompañante de reojo. Logan tenía muy buen aspecto incluso en vaqueros y una simple camiseta negra. Incluso le gustaba más con ese atuendo que con el traje oscuro, porque le sentaba bien y estaba claro que se sentía muy cómodo con él. Incluso su pelo, que no había arreglado como en el *Per Se*, sino que parecía ligeramente despeinado, le resultaba atractivo a Rebecca, así como la sombra oscura de su barba. Logan parecía haberse afeitado por última vez anteayer, y este toque de chico natural le sentaba de maravilla. Le daba un toque salvaje y primitivo que le aceleró el pulso.

Estuvo a punto de decírselo, pero se recompuso justo a tiempo. Él, en cambio, la miró descaradamente de arriba abajo y sonrió.

— Te queda bien. Parece que tienes un trabajo decente por una vez — dijo .

— ¿Te refieres a una mesera o a una masajista de reflexología podal? — respondió ella.

Logan asintió.

— Exactamente lo que quería decir — hizo un gesto al bartender para que Rebecca pudiera hacer su pedido. Ya había una botella de Corona delante de él.

De repente, un riff de guitarra eléctrica retumbó en la sala y la voz de Mo empezó a sonar al mismo tiempo que la batería, afirmando que había empezado el espectáculo. Rebecca tardó un

momento en reconocer la canción de Bob Marley.

— ¿No vas a hacer que lo arresten? — Logan le sonrió.

— ¿Por el asesinato o por el canto raro? — dijo y luego se volvió hacia el bartender que ahora por fin estaba de pie frente a ellos.

— Un tequila sunrise — pidió desafiando toda posibilidad, porque sabía que tendría que aguantar la música un rato más y que podría ir mejor con algo de alta graduación.

— ¿Llevan mucho tiempo tocando juntos? — preguntó Logan, que parecía muy satisfecho con la bebida que había elegido.

— El teclista es nuevo, pero el resto llevan mucho tiempo haciendo música juntos. Últimamente, en lugar de ensayar las viejas canciones, se dedican a retocar las nuevas en los ensayos y a escribir canciones como locos. "Legalizar la hierba, es todo lo que necesitamos" o "Dar más energía a la anarquía" son algunos de los temas más destacados de su trabajo creativo. Mi favorita es "Rastas y nalgas". Han planeado para el concierto de hoy que Mo no sólo agite su melena mientras canta, sino que también exponga sus nalgas. Claro que es posible que la policía ya les eché del escenario durante la canción de la hierba.

Logan tuvo que reírse.

— ¿Siempre estás ahí cuando la banda practica?

— No tengo elección, vivo en un apartamento compartido con Mo y Jamie. Las paredes no pueden ser tan gruesas como para que no me dé cuenta. A menudo me escapo al gimnasio.

— A mí me pasa lo mismo. Cuando Eddie se acuerda el fin de semana de que tiene que trabajar en algún coche, siempre escucha a Céline Dion.

— ¿En serio? ¿Tu jefe en el taller?

Logan asintió.

— Sí, es un gran fan. Pero cuando aulla "My heart will go on" como un hombre lobo frustrado, recojo mi equipo para correr y me largo de allí.

Ella ya sospechaba que le gustaban los deportes. Desde luego, no se conseguía un cuerpo tan perfecto sólo sellando aceiteras, sobre todo teniendo en cuenta que a Logan le encantaba comer dulces.

— ¿Corres por el parque? — preguntó Rebecca, considerando por un breve instante si podría acecharle en algún lugar y vigilarlo. Por supuesto, descartó rápidamente la idea.

— Primero por el río y luego por el puente de Brooklyn. ¿Has estado alguna vez allí cuando se pone el sol?

— No lo creo. — Lo escuchaba fascinada.

— Es como en una película. Las torres del centro con sus ventanas arqueadas parecen una catedral gótica. Las cuerdas brillan al sol del atardecer como si fueran telarañas en el rocío de la mañana. Y sobre la superficie del agua se extiende un velo dorado. Cuando miro los rascacielos, siempre me imagino que no son más que el decorado de una película y que detrás de ellos

comienza la polvorienta pradera en lugar de la gran ciudad. Porque parecen totalmente irreales a esa hora del día.

Rebecca lo miró asombrada.

— Hay un verdadero poeta en ti.

— Te sorprenderías de las cosas que aún quedan en mí. — Levantó su botella de cerveza porque su cóctel también había llegado mientras tanto.

— Salud, Becky — dijo él, y la mirada de sus ojos oscuros hizo que a ella se le acelerara la respiración.

— Salud, Log — citó a su colega y se alegró de ver a Logan riendo tan relajado. Hoy era muy fácil hablar con él. Incluso cuando Mo estaba luchando en el fondo con una composición propia.

— Seguro que escribías redacciones fabulosas en el colegio — continuó.

— Sólo por temporadas. Antes me gustaba escribir. Pero sobre todo el deporte era mi única buena asignatura. ¿Y tú?

— Ese fue siempre mi pesadilla. Nunca entenderé por qué, incluso hoy en día, dejan elegir a equipos de dos personas. Es realmente discriminatorio si no tienes una reconocible coordinación.

— Ah, ya veo. — Se frotó la barbilla —. Y como esta acción en educación física te pareció enormemente injusta, decidiste estudiar derecho.

— No del todo. — Tomó un profundo respiro —. Fue más Bethany Wilson y su canario.

Rebecca bebió otro sorbo mientras recordaba la escena. La situación seguía tan presente, como si pudiera oír el gorjeo del piolín amarillo.

— El pájaro lo era todo para ella. Una vez se enfermó y se fue del trabajo antes de tiempo porque quería llevarlo al veterinario. Cuando su jefe se enteró, la echó, a pesar de que era una gran vendedora. Pero no le caía bien y sólo buscaba una razón para deshacerse de ella. No había ningún problema en que se fuera a casa antes, porque hacía muchas horas extra y él nunca quería pagárselas completas. — Rebecca aún se enfadaba ahora cuando pensaba en ello —. En aquel momento me pareció injusto y le aconsejé que se defendiera. Entonces estaba a punto de terminar el instituto. Pero no se atrevió. Luego se pasó años buscando otro trabajo con una buena paga. Todo porque un jefe idiota no cumplió la ley.

Logan la miró pensativo.

— Creía que todos los abogados sólo lo hacían por dinero — dijo él.

— Pensé algo parecido de los acompañantes.

Ambos se rieron y luego tomaron de sus bebidas. Después, Logan habló de sus colegas del taller y contó algunos chistes de mecánicos de coches. Rebecca contraatacó con casos estrambóticos de la oficina y una historia sobre la última conquista de Mo, que quería cortarle el pelo, tras lo cual él terminó moviendo la cabeza y no terminó bien. Notó cómo el alcohol se le subía poco a poco a la cabeza, pero no era una mala sensación.

— Bueno, vamos adentro a ver qué hacen tus hermanos reggae — Logan se levantó.

Sonaba una versión idiosincrásica de "Could you be loved", pero el ritmo se le metió en las piernas.

— ¿Quieres bailar? — le preguntó nerviosa. Logan no parecía un Fred Astaire, pero por otro lado cabía esperar que un gigoló tuviera conocimientos básicos de vals y chachachá. Aquí, en el "Come together", sin embargo, Rebecca sospechaba más que sería bueno un estilo libre que baile de salón, al menos en lo que se refería a algunos de los oyentes.

— Yo nunca bailo — afirmó Logan, y sonó muy irrefutable. Sin embargo, se levantó.

Rebecca terminó el resto de su tequila y se dejó caer también del taburete de la barra.

— Claro. Tú y John Wayne son demasiado increíbles como para hacer el ridículo — dijo y le siguió a la sala.

Un olor dulce flotaba en el aire. La gente reía y algunos aplaudían. Con el clima húmedo y las numerosas rastas bajo gorros negro-amarillo-verde, casi se podían sentir como en Kingston Town, sólo faltaba la kilométrica playa de arena.

Logan encontró un lugar en el borde que no estaba demasiado lleno. Señaló a los músicos.

— ¿Cuál de esos tipos vive contigo?

— El cantante de las rastas es Mo y el bajista es Jamie. Sabe cocinar de forma bastante decente, por cierto — explicó.

— Me reconforta saber que mi abogada favorita no tiene que vivir de pan crujiente.

— O como tú, con ostras y mousse de chocolate — replicó ella, guiñándole un ojo feliz.

Se sentía más despreocupada de lo que se había sentido en mucho tiempo. El ambiente relajado, la charla jocosa con Logan, la música... todo contribuía a que Rebecca no tuviera ni un solo pensamiento incriminatorio.

Como siguiente canción, "Reggae Hatcher" interpretó una de sus extravagantes composiciones originales. Hasta ahora, Rebecca sólo había escuchado "Dreadlocks and Buttocks" en acústico, porque durante los ensayos en casa el grupo, naturalmente, no podía jugar con los amplificadores. Alistair se sentó en su cajón y tamborileó con ambas manos, el guitarrista trajo su vieja acústica y Mo continuó cantando. Pero tuvo que admitir que, en la versión de concierto y con los ritmos más rápidos, la canción era muy buena. Toda la gente a su alrededor bailaba y Rebecca tampoco podía contenerse. Hacía siglos que no se movía al ritmo de la música y al principio se sentía rígida como una tabla, pero con cada compás le resultaba más fácil participar.

Logan, en cambio, dio un paso atrás y se mezcló con los otros chicos estirados que estaban de pie con los brazos cruzados al borde de la pista de baile. Aquello era mucho más informal, por supuesto. Rebecca tuvo que reírse cuando vio que él estaba dando golpecitos inconscientemente con el pie derecho. Ni siquiera él podía evitarlo del todo.

Mo bailó por el escenario con el micro en la mano y pidió a todo el público que siguiera acercándose. A Rebecca no le solía gustar acercarse a cuerpos sudorosos, pero gracias al tequila y al aire impregnado de hierba, se dejó llevar por el groove. Junto con Logan, se acercó al

escenario. Allí arriba, Mo se dio la vuelta, meneó el culo burlescamente y luego, como le había anunciado a Rebecca con antelación, se bajó los pantalones.

— ¡Rastas y nalgas! — gritó por el micrófono, sacudiendo las primeras y presentando las segundas al público, que las abucheaba ruidosamente, antes de volver a subirse los pantalones. Con una gran sonrisa en la cara, se dio la vuelta y se dejó festejar.

— ¡Lo ha hecho de verdad! — rugió Logan al oído de Rebecca para ahogar los gritos de los espectadores.

— Y ahora seguro que se cree el nuevo Mick Jagger — le gritó Rebecca. Tuvo que ponerse de puntillas y sujetarse del hombro de Logan para poder hablar con él —. Seguro que esta noche Jamie y él consiguen algunas admiradoras — añadió.

Rebecca quería decir algo, pero no tuvo oportunidad porque la banda empezó una rápida versión de "Israelites". El público alucinó literalmente durante este éxito callejero de reggae, sobre todo cuando Mo y el guitarrista empezaron a saltar como locos en el escenario. Hoy sí que tenían ganas de hacer temblar la sala.

La gente avanzaba a empujones, saltando de forma descoordinada. De repente, Rebecca dejó de sentirse cómoda. Todo estaba demasiado abarrotado y salvaje.

— ¡Sí! ¡Qué hombre! — gritó un grupo de borrachos y uno de ellos empujó bruscamente a Rebecca. Ella recibió un codazo en las costillas y jadeó en busca de aire. Antes de que pudiera reaccionar, Logan ya estaba a su lado y la protegió de los rufianes con la parte superior de su cuerpo.

— ¡Cuidado, idiotas! — les gritó.

— ¿Intentas insultarnos o algo así? — uno de los tipos se acercó amenazador frente a Logan. Tenía la cruz de un transportista y la expresión de un desagradable cobrador.

— No. Sólo te digo que tengas cuidado con quién chocas con tus delicados codos.

— Podemos arreglar esto fuera — sugirió el señor Brutalidad, remangándose las mangas para mostrar sus temibles bíceps.

Presa del pánico, Rebecca tiró del brazo de Logan.

— ¡Volvamos al bar, por favor!

Temía que el borracho le hiciera daño a Logan, esa gente era impredecible.

— No, gracias — le gritó Logan a través de la música —. Sólo pelea con gente sobria.

Luego se volvió hacia Rebecca, la rodeó con el brazo y tiró de ella hacia sí para poder sacarla de entre la multitud tan segura como fuera posible. Hubo un pequeño tumulto justo antes de la salida y tuvieron que detenerse, apretados el uno contra el otro. Rebecca podía oler el aroma de Logan a través del aire pesado. Vio una gota de sudor en su sien y sus espesas y oscuras pestañas. Su cuerpo reaccionó al instante ante la cercanía de Logan. Su corazón se aceleró, se acaloró y deseó estar mucho más cerca de él. Su brazo contra su espalda le dio seguridad y se sintió tranquila a su lado, como pocas veces en su vida. Nunca un hombre se había preocupado

por ella. Sus novios estaban orgullosos de que fuera independiente y fuerte. Nadie había pensado nunca en protegerla de nada.

Logan consiguió que ambos atravesaran la puerta. Respiró aliviada cuando llegaron al patio, más tranquilo. El bar ya estaba lleno, pero encontraron una pequeña mesa contra la pared del fondo. Un farol con forma de luna sonriente colgaba de la hiedra que se aferraba a las piedras, y sobre la mesa ardía una vela que habían metido en una botella vacía.

— Realmente no te habrías peleado con él, ¿verdad? — preguntó.

Logan sonrió.

— Supongo que no. Pero si todo el mundo siempre deja pasar cosas así, estos chicos nunca aprenderán.

— Habría sido una pena por tu bonita nariz, de todos modos.

— Sí, exactamente — respondió con una sonrisa —. Después de todo, mi incomparable belleza es mi capital. — Hizo señas a una mesera para que se acercara y pidió dos botellas de Corona.

— No estará intentando emborracharme, ¿verdad, señor Rodríguez?

En lugar de responder, le sonrió.

— Seguro que alguna vez sería interesante. ¿Cómo eres entonces? ¿Bailas sobre el mostrador o citas párrafos con voz perversa?

— Exactamente. Exclusivamente los del código penal. Soy conocida por ello.

Su mirada encontró los ojos de ella y la mantuvo cautiva. La banda tocó los primeros compases de “I wanna wake up with you” y la lenta balada encajaba perfectamente con el estado de ánimo de Rebecca.

— Estoy seguro de que te ves increíblemente sexy cuando das lecciones sobre prescripción, balanceándote ligeramente — le murmuró.

— Absolutamente irresistible — respondió ella.

Rebecca no recordaba haber hablado nunca con un hombre de forma tan informal y relajada. Siempre había sido mucho más seria. En el colegio la habían llamado a menudo “aguafiestas” y recordaba que la habían acusado de carecer de sentido del humor. Pero con Logan, todo era tan fácil y completamente natural.

Cuando llegó la cerveza, él brindó por ella, pero no la liberó de su mirada, lo que le dificultó pensar. Para distraerse, bebió un buen trago, pero por supuesto, el alcohol no la ayudaba a aclarar su cabeza.

— Es curioso lo que haces — empezó.

— ¿Qué? — Logan se acercó más.

— Bueno, en realidad soy bastante seria. Siempre bien preparada, concentrada, tengo todo bajo control, incluso a mí misma. Pero tú... tú irradian tanta soltura. Y alegría de vivir. Incluso me compré bombones sólo porque recordé con qué entusiasmo te servías el postre.

Los dedos de Logan acariciaron ligeramente el dorso de su mano.

— Controlar todo siempre es terrible, ¿verdad? Y en cuanto al chocolate... ¿estaba bueno?

Ella empezó a reír.

— ¡Te traeré algún día! Hay una pastelería muy pequeña en la calle 16, a mi jefe le gustan los bomboloni, así que fui allí hace poco.

— ¿Te mandan a comprar el desayuno?

— ¡No! Fue en agradecimiento por invitarme a cenar a *Per Se*. Nada más.

Él se pasó los dedos por el pelo y Rebecca deseó poder meterlos ella misma, dejar que sus dedos se deslizaran lentamente por él y luego acercarle suavemente la cabeza y posar sus labios sobre los de ella...

— ¿Qué te gusta tanto de Quentin? — Logan interrumpió su fantasía.

Ella tuvo que sostener la respiración.

— Es un gran abogado. Su bufete tiene una excelente reputación y me alegro de haber acabado allí. No podría haber empezado mejor mi carrera de abogada.

— ¿Tienes algo con el señor buscapleitos? — preguntó.

— ¿Perdón? — Ella se sentó erguida —. ¡Claro que no! Nuestra relación es puramente profesional. ¿Por qué te pones tan odioso cada vez que se trata de Quentin?

Él levantó las cejas.

— Para mí, la cuestión es más bien por qué mutas en un clip seco como el polvo cada vez que se menciona a tu jefe. Hace un momento hablabas de la mejor manera de estar relajado. Pero entonces empiezas a hablar de carrera y carácter profesional y, por supuesto, de su excelente reputación. Es entonces cuando te conviertes en una mujer completamente diferente.

Rebecca lo miró fijamente. ¿Por qué insistía tanto con Quentin? En cualquier caso, se alegró de haber negado inmediatamente cualquier contacto más estrecho con su jefe. Logan nunca podría enterarse de aquel episodio en el escritorio, de lo contrario cualquier cosa que hubiera entre ellos se terminaría para siempre.

— Mi trabajo forma parte de mí — aclara.

Logan hurgó en la cera de la vela que corría por la botella y se quedó pensativo.

— No lo sé — dijo finalmente —. De alguna manera tengo la impresión de que tienes que fingir allí. Y que la verdadera Rebecca es en realidad la de Queens, no la que se pasea disfrazada por Manhattan.

— ¿No crees que pueda llegar a ser parte de ellos?

Su mano volvió a la de ella.

— ¡Claro que sí! La única pregunta es si es bueno para ti trabajar allí. O si te cambiará al final.

— Quería salir de Queens — dijo en voz baja —. Y no acabar como tantos allí, tan resignados y pasivos. Quiero hacer algo más con mi vida. ¿Está mal?

Este tema consiguió inquietarla. O tal vez era la cerveza. Apartó la botella medio llena.

— No, no lo es. — Su sonrisa era tan cálida como una mañana de julio —. A veces sólo tienes que cambiar algo para cambiar tu vida, eso es cierto.

— Tú también estás lejos de Montana — dijo Rebecca.

Su expresión se cerró de nuevo.

— Eso tenía otras razones.

A Rebecca le hizo sentir mal que hubiera destruido el ambiente relajado recordándole su infancia. Era evidente que no quería seguir hablando del tema.

— Voy a buscar el baño — decidió y se levantó. Un poco de distancia de Logan también le vino bien a su cabeza aturdida. Aquel hombre la confundía de una forma que desconocía. Era elegante y a veces desagradable, familiar y a la vez completamente extraño, divertido y profundo. No acababa de entenderlo, pero quería saberlo todo sobre él. Esa contradicción la atraía indescriptiblemente, al igual que sus ojos, su olor, su risa. Simplemente todo de él.

Rebecca se abrió paso hasta los abarrotados aseos. A la vuelta, se encontró con Mo, porque la banda se estaba tomando un descanso.

— Cariño, ¿sonamos bien? — le llamó desde la distancia.

— Por supuesto . El fantasma de Bob Marley está flotando por aquí en alguna parte y quiere versionar tus nuevas canciones — respondió ella.

El chico sonrió tan ampliamente que las comisuras de sus labios casi desaparecieron en las rastas.

— ¡Una actuación mega buena! — señaló, acercándose —. Jamie y yo encontramos a dos chicas. Unas chicas guapas. Viven juntas y vamos a su casa después del concierto. ¿Te parece bien ir sola hasta casa?

— Claro. Tomaré un taxi. ¡Que tengan una buena noche con las groupies, estrellas!

Mo le dio un beso en la mejilla y se dirigió hacia el escenario, donde la fiesta no tardó en reanudarse.

Mientras se frotaba la mejilla, Rebecca volvió a cruzar la puerta que daba al patio. Junto a la mesa de Logan había dos mujeres jóvenes. Una llevaba una sexy melena rubia hasta el trasero apretado, la otra llevaba un top pequeño con su ya bastante pequeña minifalda. Se preguntó si serían conocidas suyas. Rebecca se acercó sigilosamente por detrás e intentó espiar la conversación.

— ¿Y de verdad no se nos permite sentarnos contigo? — preguntó una de las chicas —. ¿Al menos muy brevemente?

— No, chicas. No estoy aquí solo. — Sonaba muy decidido.

— Bueno, al menos te dejaremos nuestros números de teléfono. Quizá te aburras en las próximas semanas. — La rubia sacó una tarjeta profesional del bolsillo.

— Lo siento, no me interesa — dijo Logan.

— Qué pena, eres un bombón — le espetó la chica de la minifalda.

Logan miró más allá de las dos y vio a Rebecca.

— ¿Ves? Este asiento está ocupado, se los dije.

Se levantó para acomodar la silla para Rebecca. Las dos mujeres la miraron sarcásticamente de arriba abajo, luego la morena le dirigió a Rebecca una mirada afilada como una daga y la rubia la miró por encima del hombro antes de marcharse.

— ¿Por qué no tomaste su número? ¿Esos dos no entran en tu patrón de presa? — le preguntó. Sacudió la cabeza.

— Conozco a ese tipo de mujeres. Cuando están borrachas, se desnudan fácilmente o bailan en un poste. Aburridas. Ni un billete sexy a la vista.

Rebecca tuvo que reírse de nuevo. Pero se le pasó rápidamente la risa cuando los matones de antes entraron en el patio y se apoderaron de la mesa que acababa de quedar libre. La banda empezó a tocar de nuevo, pero algunos de los músicos sonaban como si ya no estuvieran del todo sobrios.

— Se está poniendo un poco incómodo este lugar — dijo Rebecca.

— ¿Has venido aquí con la banda?

— No, vine en metro. No hay problema, la estación no está lejos de aquí. O quizás puedo permitirme un taxi para el viaje de vuelta.

— Mi coche está cerca. — Sonrió de nuevo y se levantó.

Camaron por el pasillo hasta la puerta principal. La mano de Logan se posó en la espalda de Rebecca y ella sintió el calor a través de la fina tela de su vestido. Se preguntó cómo sería sentir sus dedos sobre su piel desnuda.

El aire nocturno fuera, en la calle, era notablemente más fresco que dentro. Rebecca tiritó un poco, lo que la molestó. Le habría gustado caminar junto a Logan un rato más, así, sin rumbo fijo, de la mano por las calles nocturnas de Nueva York.

— ¿Tienes algún caso que estudiar mañana o cualquier otra cosa que hagas un domingo como abogada empedernida? — preguntó, con ese aire burlón en la boca que seguro que derretía a cualquier mujer.

— Adivina qué, mañana no — dijo. Lo cual era mentira, porque en realidad había preparado un dossier para repasar los detalles. Pero eso sólo le llevaría una o dos horas —. ¿Qué hay de ti? ¿Estás reservado para una matiné en el Waldorf Astoria o tienes que visitar al bebé de Quentin?

— No hay trabajo de acompañante y no estaré en casa de tu jefe hasta última hora de la tarde.

Habían llegado a su coche, un discreto coche pequeño de color azul claro que seguramente tenía muchos años a sus espaldas.

— Entonces podremos dormir hasta tarde mañana — dijo mientras le abría la puerta del acompañante a Rebecca —. ¿Qué te parece si nos tomamos otro vaso de cerveza de raíz en mi casa? Incluso te pondré a James Blunt si insistes.

— Una pareja hecha en el cielo — dijo rápidamente, esperando que él no escuchara su

emoción. ¿De verdad debía ir con él a su apartamento? Antes de que pudiera objetar, él ya se estaba marchando.

— Por supuesto, puedes cambiar la cerveza de raíz por vino tinto — dijo.

— Mejor el Blunt contra Springsteen. Y agua en vez de vino, necesito la cabeza despejada en tu presencia.

— Bueno, ese es el efecto Logan, hay poco que puedas hacer al respecto. — Se desvió en dirección a Brooklyn.

— Me gusta mucho tu modestia — respondió ella, reclinándose en su asiento, apenas capaz de asimilar lo que acababa de ocurrir. Estaba acompañando a Logan a su apartamento. Y se sentía jodidamente bien. No había nada más que pensar.

Cuando poco después Rebecca subió las escaleras exteriores detrás de él, aún estaba un poco insegura. Después de todo, era plena noche, había estado bebiendo y no tenía ni idea de lo que iba a pasar.

Logan tuvo que apartar algunas prendas antes de que ella pudiera sentarse en el sofá. Volvió de la cocina con dos vasos de agua, que colocó sobre la mesita. Al parecer, no se había propuesto emborracharla y llevarla a la cama. Rebecca no sabía si debía alegrarse o enfadarse.

Después de rebuscar un poco entre los CD, puso uno que había grabado él mismo en el equipo de música. Rebecca escuchó atentamente. Un tambor anunció un claro compás de cuatro por cuatro, luego entró una guitarra y poco después la inconfundible voz de Bruce Springsteen con "Brilliant Disguise".

— Ahora sí que estoy tranquila — dijo mientras él se sentaba a su lado —. Después de todo, el “jefe” tiene más probabilidades de ganar puntos con los compañeros que de seducir a las mujeres.

— Tú eras la que quería escucharlo.

— ¿Desde cuándo haces lo que yo digo? — respondió ella.

— Oh, Becky. — Levantó el brazo y le apartó un mechón de pelo de la frente —. No soy tan malo como supones. Pero me tienes miedo.

— ¡Tonterías! — objetó inmediatamente.

Entonces, él asintió.

— Tienes miedo de que no encaje en este mundo serio que te has creado. Que represento demasiado tu antigua vida. Y quieres distanciarte de eso por todos los medios.

— No, eso no es verdad. — Tuvo que pensar antes de continuar —. Es más, cómo decirlo, me confundes. Y me haces sentir nerviosa. Sabes, no soy una de esas chicas guapas que sueles ligar en un bar. Tienes mucha más experiencia que yo en todas estas cosas. Y no soy la señora rica que suele salir contigo. Básicamente soy la aburrida Becky de Queens con un padre en una hamburguesería y una madre que ni siquiera sabe cocinar.

Rebecca se sobresaltó. ¿Qué acababa de decir? No quería revelar tanto sobre sí misma, y

menos que él la viera así.

— Háblame de él. — Su dedo seguía jugando con su mechón de pelo y su voz era tan suave que a Rebecca se le apretó el pecho.

— ¿De mi padre? — preguntó.

Logan asintió.

— Es un hombre sencillo. Un hombre trabajador. Trabajaba como transportista, pero pronto su espalda no aguantó más. Desde entonces se queda en el restaurante y fríe carne. Sé que siempre puedo confiar en mi padre, pase lo que pase.

De repente, se le hizo un nudo en la garganta. Recordó el juicio. Su padre la había necesitado aquella vez, pero ella lo había defraudado. Él siempre la había apoyado, ¡no importaba con qué problema hubiera acudido a él!

— ¿Qué te entristece? — preguntó Logan en voz baja.

— Lo defraudé. — Le contó lo del cortacésped, la demanda colectiva e incluso lo de Quentin destrozando a su padre —. Papá ni siquiera me dijo que mi bufete representaba a la otra parte — dijo Rebecca con voz entrecortada —. Porque no quería meterme en problemas. Eso es lo peor de todo. Siempre ha estado ahí para mí y cuando pude devolverle el favor, no lo hice.

Sintió que las lágrimas comenzaban a caer y se secó rápidamente los ojos.

— Ciertamente le has devuelto mucho, Becky. Sé que lo has hecho. Y él siente lo mucho que lo quieres.

— Aún desearía no haberme comportado tan mal. — Se sintió mal y se preguntó qué pensaría Logan de ella ahora. Seguramente pensaría que era una reina de hielo egoísta y obsesionada con su carrera que ni siquiera apoyaba a su propia familia.

Levantó el brazo como si fuera a rodearle los hombros. Vaciló. Volvió a bajarlo un poco. Parecía respirar con dificultad, como si tuviera que tomar una decisión difícil. Finalmente, puso la mano en el hombro de Rebecca.

— Ven aquí — le murmuró al oído, deslizando aún más su brazo alrededor de ella —. Todos cometemos errores, pero no hay nada que aleje a tu padre de ti.

Se había deslizado hasta la esquina del sofá y atrajo suavemente a Rebecca hacia él. Sin oponer resistencia, se apoyó en él, se acurrucó contra su cuerpo fuerte y apoyó la cabeza en su pecho. Oía los latidos de su corazón, tranquilos y firmes, y no podía imaginar un lugar más hermoso en este mundo en ese momento. Había notado muy bien su vacilación. Algo le había impedido acercarse a ella. Pero él había borrado esa duda y la había atraído hacia él, así que todo estaba bien. No quiso preocuparse por ello. Por una vez, no para sopesarlo todo, sino sólo para sentir. No era tan difícil, al menos no aquí, contra su pecho, con su brazo alrededor de su hombro.

— ¿Y tu padre? ¿Cómo es? — susurró.

Logan le acarició el pelo y se tomó su tiempo antes de empezar a hablar.

— Es muy parecido al tuyo, creo. Un hombre de familia. Cuando conoció a mi madre, era un

joven apuesto que tenía el mundo a sus pies. Excepto que su mundo terminaba en la frontera del estado de Montana. Hizo todo lo que pudo para hacerla feliz. Le cavó una piscina detrás de la casa porque ella quería una, le compró ropa cara, se gastó lo último de su dinero en un viaje a Salt Lake City porque ella siempre quiso ir allí.

— Pero ella no se sentía agradecida.

— Su madre, es decir, mi abuela Augusta, siempre le había advertido sobre esa mujer y se lo reprochaba constantemente, incluso después de casarse.

Rebecca levantó la cabeza para mirar a Logan. Su rostro estaba serio.

— ¿Cómo fue tu relación con tu abuela?

— Augusta hacía las tortitas más increíbles que te puedas imaginar. De ella saqué mi pasión por los dulces, creo. Se preocupaba por mi padre, pero lo presionaba, claro. Siempre fue muy buena conmigo. Por desgracia, murió demasiado pronto. Éramos muy cercanos.

— Lo siento mucho por ti, Logan. — Ella deslizó su brazo bajo su costado y se acurrucó aún más cerca.

Bruce cantaba "I'm on fire" y la canción nunca se le había metido en la piel como en ese momento. Se sintió conectada a Logan a un nivel muy profundo porque él le reveló mucho de sí mismo. Era como si ya no hubiera límites entre ellos, como si todos los muros hubieran desaparecido, toda la distancia se hubiera disuelto.

— Nunca le había contado esto a una mujer. Todas estas cosas, no suelo hablar mucho de mí mismo. No sé por qué es diferente contigo — dijo .

— ¿Quizá porque me interesas como persona y no sólo por tu bella apariencia?

Aunque no lo podía ver, ella sintió que asentía.

— Eres la primera mujer que probablemente le daría igual que tuviera la nariz torcida y los dientes amarillos.

Él tenía razón. Lo encontraría igual de atractivo si no fuera tan perfecto. No le importaba que tuviera el aspecto de un modelo, aunque le parecía atractivo, por supuesto. Pero lo que lo hacía tan especial para ella eran cosas completamente diferentes.

— Eres mucho más que una hermosa fachada. Si una mujer no se da cuenta de eso, debe estar ciega — dijo .

Suspiró.

— No dejo que las otras mujeres vean tanto detrás de eso. Quieren un gigoló guapo, eso es lo que obtienen. Por mí está bien.

La melancolía de la canción de Springsteen caló hondo en el interior de Rebecca. Todo en su interior era suave y parecía fundirse con Logan. Le encantaría tumbarse aquí contra su pecho para toda la eternidad, acurrucarse en su abrazo y hablar con él.

— ¿Es una gran deuda la que tiene tu padre? — preguntó.

— Todavía más de treinta mil. Una constructora nos jodió cuando la casa necesitaba

reparaciones. Construyeron basura y se suponía que teníamos que pagar porque no teníamos pruebas de la chatarra que esos cabrones improvisaron y casi se nos derrumba encima.

— ¿Por qué no fuiste al abogado?

Dejó de pasarle la mano por el pelo. Rebecca sintió que los músculos de Logan se tensaban. Al parecer, acababa de tocar un punto sensible.

— Estábamos en el juzgado. — Su voz se volvió repentinamente fría y cortante como una hoja de acero —. Nos hicieron desfilar allí como si fuéramos deficientes mentales. Todo giraba en torno a notas de conversaciones que no tuvimos, a testigos que faltaban para cosas que eran bastante obvias. No teníamos fotos, ni actas, ni un contrato detallado. Cualquiera en su sano juicio podía ver que los constructores habían destruido muchas cosas, pero nada de eso importaba en aquel tribunal de mierda. Mi madre tuvo un ataque de nervios en la sala y mi padre estuvo a punto de llorar. Sin embargo, este hombre no ha llorado en su vida.

A Rebecca se le apretó el pecho. ¡Había tanto dolor en su voz! Y podía entender tan bien a Logan, sobre todo porque su padre había experimentado algo parecido gracias a Quentin.

— No me extraña que odies todo lo que tenga que ver con abogados.

— El juez era el mismo hijo de puta. ¡Todo esto de la ley es una mierda! Juré no volver a entrar en un juzgado. Fue uno de los peores días de mi vida.

Su mano se cerró en un puño. Rebecca puso los dedos sobre ella. La respiración de Logan empezaba a entrecortarse.

— No sé qué decir. Ahora mismo desearía ser camarera y no abogada — insistió .

— No es culpa tuya. — Volvió a sonar más cálido, pero su cuerpo seguía tenso — . Estoy seguro de que eres honesta en lo que haces.

— Me pareció terrible lo que le pasó a mi padre con lo del cortacésped. Pero comparado con lo tuyo, fue poca cosa. El mundo es injusto.

— Oh Becky. — Sintió su sonrisa e inmediatamente se sintió mucho mejor —. A veces pienso que eres demasiado buena para tu trabajo. Y eso me gusta mucho.

Su mano volvió al pelo de ella, se deslizó hasta la nuca y lo dirigió suavemente hacia arriba. Rebecca se deslizó un poco más cerca de Logan y lo miró. Le brillaban los ojos y tenía los labios ligeramente entreabiertos. Oyó cómo la sangre le corría por los oídos mientras él la estrechaba aún más.

— Ven — respiró y se inclinó hacia ella.

Su boca encontró la suya y Rebecca tuvo que cerrar los ojos, estaba tan adicta a este hombre. La besó suavemente, la estrechó contra sí, era completamente uno con ella. El beso se hizo más íntimo, las manos de Logan recorrieron la espalda de Rebecca, su respiración se hizo pesada.

Sentía un hormigueo en el cuerpo, ansiaba que la tocara, quería más. Rebecca se apartó un poco de él para deslizar las manos bajo su camiseta. Gimió suavemente cuando ella tocó la piel desnuda de su estómago. Los besos de Logan alcanzaron su cuello, su clavícula, volviéndola

loca. Le quitó los tirantes del vestido de los hombros, deslizó las yemas de los dedos por sus brazos desde los codos hasta la base del cuello y luego siguió el camino con los labios. Rebecca se retorció suavemente bajo sus caricias. Una y otra vez su boca volvía a la suya, besándola con creciente pasión.

Le subió aún más la camiseta, acariciándole el pecho, que subía y bajaba con un ritmo rápido.

Logan se deslizó más hacia abajo hasta quedar casi tumbado en el amplio sofá y tiró de Rebecca para que se pusiera encima de él. Su muslo encontró apoyo entre las piernas de él y pudo sentir la dura virilidad de Logan. Su vientre también palpitaba de deseo por él. Sus manos recorrieron la fina tela de su vestido desde las rodillas, acariciando sus muslos, casi robando la cordura de Rebecca. Muy despacio, movió los dedos más arriba, donde Rebecca ya ansiaba su tacto. Ella palpó hacia abajo, sobre su vientre, encontró la hebilla del cinturón y empezó a desabrochárselo. El aliento caliente de Logan le rozó el hombro y se le puso la piel de gallina cuando él gimió roncamente.

— Te necesito — le murmuró al oído, provocándole un escalofrío.

— Y yo a ti — susurró.

Cuando por fin desabrochó los pantalones y deslizó la mano en su interior, Logan unió su pesado gemido a un beso hambriento. El cuerpo de Rebecca ardía y no veía la hora de sentir a Logan dentro de ella.

De repente, cambió.

Sus labios se retiraron de los de ella. Sus manos, tan tiernas hace un momento, permanecieron inmóviles.

Parecía estar escuchando.

Sorprendida, Rebecca levantó la cabeza. Pero no oyó ningún ruido sospechoso, sólo una nueva canción que acababa de empezar.

Logan respiraba con dificultad, sus ojos parpadeaban.

— Lo siento mucho, Rebecca — dijo rápidamente, enderezándose para que ella tuviera que apartar la mano.

Todo a su alrededor daba vueltas. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué se retiraba tan repentinamente?

— ¿Es por la canción? — preguntó ella, siguiendo un impulso repentino.

Él no contestó, pero se quedó inmóvil a su lado. Tenía una expresión en los ojos que le hizo un nudo en la garganta. ¿Qué le pasaba?

— Esa canción tiene mucho significado para ti, ¿verdad? ¿La escuchaste en una noche muy especial?

— El río... — empezó, sin embargo, le falló la voz.

Sólo ahora se dio cuenta Rebecca de que era "The River" lo que Springsteen estaba cantando. La imagen de Logan cuando había visto a la mujer en el agua en Vermont reapareció en su mente. La mirada de pánico en sus ojos, el intento de rescate sin cabeza. Había sido poseído.

— Habías experimentado algo así antes de la caminata, ¿no?

Se mantuvo en silencio. Durante mucho tiempo. Tanto que ella ya no creía que hablaría otra vez.

— Yo era un mal estudiante — empezó de repente —. No tenía metas, incluso perdía la materia, prefería pasar el rato en el bosque o en el campo de deportes que en la escuela. Pero cuando tenía diecisiete años, Shelley se mudó a nuestra pequeña ciudad.

Rebecca sintió que él tuvo que tragar saliva y que le costaba hablar. Se apartó un poco de él para facilitárselo, pero mantuvo la mano en su antebrazo porque estaba decidida a mantener la conexión entre ambos.

— ¿Vino a tu clase?

— Enseguida se hizo popular entre todos. Todavía no entiendo por qué se hizo amiga de un perdedor como yo. Quizá porque también le gustaba la naturaleza. O porque sus padres se acababan de divorciar, mientras que la mayoría de los otros niños venían de familias modélicas.

Rebecca sospechaba que la tal Shelley también había mirado detrás de la dura coraza de Logan. Algunas personas podían percibir si otra persona tenía profundidad. Y Shelley sin duda había sido una de ellas, de lo contrario no habría dejado esa marca en él.

— Ella quería ser veterinaria — continúa —. Y me animó a hacer algo con mi vida. Cuesta creerlo, ¿verdad? Incluso se aseguró de que obtuviera un promedio medio decente. Como si alguna vez lo hubiera necesitado.

Dejó escapar una carcajada amarga.

— ¿Querían mudarse juntos? — preguntó Rebecca con cautela.

Logan asintió con la cabeza. Bebió un sorbo de agua. Se tomó su tiempo.

— Me convenció para ir a la universidad. Sus padres tenían dinero, así que Shelley hizo todo tipo de planes. Nos pagaría el alojamiento y, si los dos trabajábamos medio tiempo, yo también podría pagarme la universidad. Iba a ser profesor de deporte. Tenía esta idea completamente ingenua de que de alguna manera ayudaría a chicos como yo a crecer.

Logan sacudió ligeramente la cabeza, como si ya no pudiera comprender sus pensamientos de entonces.

— Puedo imaginarte muy bien como profesor — dijo Rebecca con seriedad —. Pero nunca llegó a pasar, ¿verdad?

Se pasó la mano por la cara.

— No. No lo hizo. Sabes, Shelley hizo de mí una persona completamente diferente. Había tonteado con algunas chicas antes, eso se había quedado en la superficie. Pero ella... vio cosas en mí que yo mismo no podía entender. Estaba completamente adicto a ella. Nos sentábamos juntos durante horas, escuchábamos música, hablábamos de libros. Recogía flores para ella y escribía poemas. Dibujó los planos de nuestra casa, que más tarde quisimos construir en algún lugar al borde del bosque. Y sobre lo único que discutíamos era sobre los nombres de nuestros futuros

hijos. En su presencia me sentía completo. Y completamente aceptado con todos mis defectos. Era increíble.

Los músculos del cuello de Rebecca se tensaron. Sabía que aquel gran amor no había acabado bien, podía oírlo claramente en su voz. Y, sin embargo, tenía tantas esperanzas de que hubieran tenido al menos unos pocos años felices. Lo único que deseaba para Logan en aquel momento era que hubiera encontrado a alguien que lo quisiera de verdad.

— Entonces, llegó aquel día de otoño. — Su nuez de Adán temblaba.

Supuso que debía de haber ocurrido algo terrible y miró a Logan con compasión.

— Fuimos de excursión, como de costumbre. Shelley estaba muy feliz porque nos habían aceptado para un apartamento pequeño. Todo parecía perfecto. Sentía que salía del atolladero de la pequeña ciudad, que tenía una buena vida por delante, que estaba haciendo algo por mí mismo. Entonces apareció este malecón.

Tuvo que respirar hondo antes de poder continuar.

— Corrió hacia delante, saltó por el sendero como un ciervo joven, estiró los brazos a los lados como si quisiera salir volando. Y entonces se le ocurrió hacer equilibrios en el borde de la pasarela que cruzaba el río. Uno de los tablones estaba suelto. Se cayó.

La voz de Logan sonaba tan frágil que Rebecca se apretó las uñas de la mano libre contra la palma. Intuía la desgracia que había ocurrido, en un momento en que la felicidad parecía estar al alcance de la mano.

— La corriente la atrapó, pero era una buena nadadora y luchó contra ella. Inmediatamente me lancé tras ella, estaba muy cerca. Pero había un maldito remolino en las rocas. Shelley se golpeó la cabeza contra una roca afilada.

— ¿Y ella está...? — Rebecca no se atrevió a pronunciar la palabra.

Él siguió hablando como si no la hubiera escuchado.

— Pude sacarla y llevarla a la orilla. Ya no estaba consciente, pero estaba viva. La herida de la cabeza sangraba demasiado. Corrí a la casa de al lado y llamamos a una ambulancia. Pero tardaron una eternidad hasta que por fin llegaron. Y luego la maldita ambulancia se averió de camino a la clínica.

Su rostro se contorsionó de dolor.

— ¿No pudiste salvar a Shelley? — preguntó Rebecca en voz baja.

— Intenté detener la hemorragia. Envolví su cabeza con mi camisa. Recé para que sólo fuera una laceración. Incluso se despertó un segundo, me miró y me dijo: “¡No te preocupes por mí!” Nunca olvidaré su sonrisa de entonces.

Rebecca tragó saliva. Se estremeció ligeramente.

— ¿Y los paramédicos?

— La estabilizaron y la metieron en la ambulancia. Yo los acompañé. Apenas llevábamos diez minutos en la carretera cuando el motor dejó de funcionar. El conductor abrió el capó mientras su

colega luchaba por la vida de Shelley. Ninguno de los dos sabíamos que hacer y movimos unos cuantos cables, pero la caja no arrancaba. Cuando llegó otra ambulancia, ya era demasiado tarde. Shelley murió en la carretera.

Rebecca tuvo que cerrar los ojos un momento, estaba abrumada por la historia. El sufrimiento distorsionaba su voz, por lo demás hermosa, la hacía frágil y suave.

— ¿Podrían haberla salvado si el coche no se hubiera atascado?

Se encogió de hombros con cansancio.

— No lo sé. Tal vez.

Rebecca guardó silencio durante largo rato. Demasiadas escenas se arremolinaban en su cabeza.

— ¿Qué hiciste entonces? — preguntó ella —. Sin ellos.

— Quería morir — respondió sin voz —. Sin Shelley, mi vida estaba completamente vacía. Yo mismo estaba vacío. Sólo tenía clara una cosa: tenía que salir de Montana. Lejos de todo el bosque y las montañas que me recordarían para siempre a ella.

— Así que te mudaste a Nueva York. — Rebecca podía entenderlo —. Lejos de esos recuerdos. Y entonces empezaste como mecánico de coches. ¿Por la ambulancia?

La miró como si esa razón nunca se le hubiera ocurrido.

— No lo sé — dijo finalmente —. Nunca me lo había planteado. En realidad, era más porque esta profesión estaba completamente alejada de una carrera universitaria o de un trabajo como profesor. Quería dejarlo todo lo más atrás posible. Pero quizá tengas razón. De todas formas, no importa.

De repente, Logan parecía agotado. Siguiendo un impulso, Rebecca alargó la mano para acariciarle la espalda, pero se detuvo justo antes de tocarle el cuello. Era un momento tan frágil que no quería estropearlo con una caricia inapropiada.

El CD se agotó hace tiempo.

El silencio se apoderó de la habitación y el ambiente era pesado.

— Lo siento mucho, Rebecca — dijo en un momento dado —. Eres una mujer muy especial y me gustas mucho. Pero... no puedo hacer esto. Este dolor... casi me mata.

— No tienes que disculparte. Lo entiendo. Creo que es mejor que me vaya ahora.

Él no se opuso. Pero le tomó la mano con fuerza cuando se levantó.

— Gracias por escucharme. Nunca le había contado esto a nadie. Significa mucho para mí que estuvieras aquí.

Intentó sonreír.

— Cuídate, Logan. Nos vemos, ¿de acuerdo? — dijo con cautela.

— Absolutamente.

Distraída, bajó las escaleras, se dirigió a una calle más grande y caminó por ella hasta que se encontró con un taxi libre. Sin fijarse bien en el conductor, le dio su dirección y poco después

acabó en su tranquilo apartamento.

Rebecca se cambió de ropa y se tumbó en la cama, que le pareció terriblemente fría y vacía. Sabía que Logan estaba sentado desplomado en el sofá, con la cabeza hundida entre las manos, sufriendo aquel día de otoño una y otra vez. Habría dado mucho por estar con él, por consolarlo de alguna manera. Para hacérselo un poco más fácil, para suavizar el sufrimiento de alguna manera. Habría hecho cualquier cosa por eso. Pero no era posible.

Estaba solo con sus dolorosos recuerdos y siempre lo seguiría estando, a pesar de todas sus compañeras de cama y su carisma de mujeriego.

EL HOMBRE

El blog de los hombres de verdad

Hola hombres,

Sé que les prometí que escribiría sobre sexo. Lo dejaré para la próxima vez, hoy no tengo tiempo, ¡porque seguro que quieren instrucciones detalladas!

Esta vez contestare a la pregunta de Lyndon. Puede que hayan leído en su última entrada del blog que quiere comprarse un coche nuevo. ¿Qué conduce un hombre de verdad?

Se acabaron los días en los que teníamos que lidiar con camionetas voluminosas. Excepto, claro, en el país de los vaqueros.

Pero, por favor, no cometas el error de optar por uno de esos deportivos pick-up rebajados, a menos que te parezcas a James Bond. Estos coches dan a la mayoría de las mujeres la impresión de que no tienes nada en los pantalones. Mientras que un auténtico runabout italiano tiene más probabilidades de ser aceptado que un vergonzoso descapotable japonés.

Todo lo demás es posible, excepto un coche pequeño en el que la mujer no pueda ni dejar el bolso. Al fin y al cabo, un hombre de verdad necesita espacio.

Cuando se trata de colores, me gustan las opciones más populares. Negro, gris, marrón oscuro. Nada de tonos pastel. Ni que decir tiene que los asientos de cuero son sexys. Lo mismo ocurre con la palanca de cambios. Te da algo mundano, un toque de James Bond. Pero sólo si sabes usarla.

Además de un sistema de sonido decente.

La necesidad de asientos reclinables depende, por supuesto, de la situación en la que vivas. Pero recuerda que un rapidito espontáneo en el coche también puede ser muy placentero en una relación.

[@Jasper: Siéntete libre de empezar con tu lista, con la que luego trabajaremos. ¡Y no, no hace falta que me presentes a tu novia en persona! Tus mensajes son suficientes]

¡Nos vemos! ¡Por cierto, buena compra, Lyndon! ¡Estamos esperando una foto de tu nave!

EL HOMBRE

9. Los pecados de San Quentin

Incluso el lunes por la mañana, Rebecca seguía pensando en Logan y en su historia. Le resultaba difícil concentrarse en su trabajo porque la voz de Logan y el dolor de su rostro estaban demasiado presentes. Con desgana, Rebecca trabajó en un expediente, pensando en el tiempo que siguió al fatal accidente de Shelley. Comprendía perfectamente por qué Logan se había mudado a la gran ciudad y no se había quedado en Montana. Y la formación como mecánico de coches también era comprensible por la avería de la ambulancia. Algo así no le ocurriría ahora, lo tenía todo bajo control. El motor de cada coche, pero también sus sentimientos.

El hecho de que coqueteara con mujeres e incluso obtuviera dinero por ello, trágicamente ha continuado el legado de su madre. Con contactos superficiales, hacía algo por su bienestar, pero seguía en el lado seguro. Sin intimidad, sin profundidad, pero sin dolor tampoco.

Rebecca suspiró suavemente. Estaba claro que no podía salir con ella. No era una mujer para una solución rápida. Y lo último que Logan quería era una relación.

Con tristeza, cerró el expediente, imprimió los documentos y los puso en la carpeta de firmas para que uno de los jefes pudiera revisarlos. Salió del despacho y entregó la carpeta a una secretaria.

De vuelta a su escritorio, se centró en el siguiente caso, pero no podía quitarse de la cabeza aquella noche con Logan.

Sin duda era mejor así. ¿Qué querría un hombre como él de alguien como ella? No encajaban en absoluto, eso estaba claro. No ayudaba que el recuerdo de su cercanía siempre le provocara una punzada en el corazón. Algunas cosas había que aceptarlas.

Decidida, tiró de la carpeta hacia ella y la abrió. Ya era hora de volver a trabajar con sensatez. Cuando abrieron la puerta una hora más tarde, Rebecca se sobresaltó. Randolph dio un paso hacia su despacho, se detuvo y dejó la puerta abierta.

— ¡Un error así no debe ocurrir! — le espetó.

— ¿De qué estás hablando?

El hombre tenía la carpeta de firmas en la mano.

— Confundiste al demandante con el demandado en el caso Blindaje. ¿Hablabas en serio al enviar esta carta al tribunal?

¡Maldita sea! En su falta de concentración, se había confundido de cliente esta mañana.

Y Randolph, por supuesto, no tuvo nada mejor que hacer que chillar tan alto que todos los presentes en el despacho también se dieron cuenta de su metedura de pata.

— Lo siento — insistió —. Por supuesto, lo aclararé inmediatamente — se levantó, se acercó a Randolph y le tendió la mano para tomar el documento. Pero él no hizo ademán de abrir la

carpeta de firmas.

— No eres la superestrella que Quentin cree que eres — siseó —. Estoy bastante seguro de ello. Hay algo raro con tu prometido e incluso creo que hay algo sospechoso en el caso Stone. Probablemente te está dejando hacer alguna cosilla fuera de su gran edificio y tú lo estás representando como si conocieras personalmente al director general.

Rebecca tuvo que controlarse. ¡Ese bastardo astuto! Definitivamente haría cualquier cosa para hacerla quedar mal con Quentin. Pero ella no dejaría que eso pasara, estaba haciendo un buen trabajo.

— Realmente no me importa lo que pienses de mí, querido Randolph. Ahora, por favor, dame la carta para que pueda cambiarla. Ninguno de nosotros es infalible.

Arrancó la carta de la carpeta, se la puso en la mano y desapareció de su despacho. Pensativa, Rebecca se sentó ante el computador para corregir las direcciones. Tenía una idea de cómo demostrar a Randolph y Quentin que al menos lo de Richard Stone iba en serio. Sin embargo, tuvo que esperar hasta el final de la semana para poner en marcha el plan. El viernes por la mañana estaba prevista una reunión importante, en la que también estarían presentes Randolph y Quentin. Una hora antes, Rebecca llamó a Jason Donalds.

— Despacho de Richard Stone — anunció con voz amable.

— Aquí Rebecca Miller de *Armadon, Hall & Piddelfield* — le saludó —. Tengo una petición para usted, Sr. Donalds.

— ¿Qué puedo hacer por usted? ¿Es sobre el contrato de reestructuración?

— No exactamente. Si le soy sincera, se trata más bien de demostrarle a un colega que realmente trabajo para su empresa y que no me contrataron para un caso externo — respondió ella .

— Suena emocionante — dijo.

Rebecca sonrió. Este Donald era realmente un buen tipo.

— ¿Podrías quedar en llamarme aquí a la oficina pasadas las diez y que me pongan al teléfono?

— ¿Para que su colega se dé cuenta?

— Eso es. Eso es todo lo que necesito. Fingiré que eres el señor Stone, intercambiaremos unas frases y ya está. ¡Le estaría muy agradecida!

— No hay problema. Lo haré con mucho gusto. A las diez y cuarto en punto sonará el teléfono de tu despacho, ¡cuenta conmigo!

— ¡Genial!

Satisfecha, Rebecca colgó. A veces había que sacar un comodín del bolsillo para demostrar la verdad. Y Jason Donalds era un truco de cartas muy simpático.

La reunión empezó puntual, como de costumbre. Todos los abogados tenían citas programadas, así que casi nunca había aplazamientos. Rebecca intentó no mirar demasiado el reloj mientras transcurría el primer cuarto de hora. Justo cuando Randolph estaba a punto de exponer sus casos

y Quentin hojeaba los papeles, llamaron a la puerta. Amanda, la secretaria rubia, asomó la cabeza.

— Tengo al Grupo Stone al teléfono. Richard Stone quiere hablar un momento con la señorita Miller — explicó.

— Pon la llamada aquí. — Randolph señaló el teléfono de la mesa de reuniones —. Estoy seguro de que no tardará mucho y, de todos modos, tengo que consultar algo.

Sonrió a Rebecca como si la hubiera atrapado en sus mentiras. Probablemente pulsaría en secreto el botón que marca nuevamente el último número después de la llamada para averiguar si una antigua amiga suya del colegio se hacía pasar por la oficina principal de Richard Stone. Pero en eso se equivocaba. Le dio mucha pena no poder ver su cara de decepción si la línea resultaba ser realmente de la empresa.

— Rebecca Miller — anunció ella y esperó la voz de Donald. Como era de esperar, interpretó muy bien su papel.

— Tenemos una nueva misión para ti — dijo.

Estaba nerviosa. ¿Cómo iba a hacérselo creer a sus colegas? Si le hablaba ahora de un nuevo mandato, pronto tendría que demostrarlo. A Rebecca le molestó no haber escrito un guion detallado. Normalmente estaba perfectamente preparada.

— Me encantaría. Me emocionan las tareas nuevas, señor Stone. Seguro que se trata de una consulta — respondió con ánimo. Quentin levantó la vista cuando ella mencionó el nombre del director general. Parecía muy complacido de que aquel acaudalado jefe de empresa llamara a uno de sus empleados.

— En absoluto — dijo Donalds.

Rebecca empezó a sudar. Tenía que contestar de tal manera que la orden que faltaba no se notara en algún momento. Randolph se abalanzaría sobre ella como un buitre. De todos modos, la miraba muy dubitativo. Decidió acelerar las cosas antes de que ocurriera algo imprevisto.

— Estaré encantada de ir y discutiremos los detalles — le explicó. Quería terminar cuanto antes la conversación con el supuesto jefe de la empresa.

— No hace falta. También podemos arreglarlo por teléfono.

Maldita sea, ¿qué estaba haciendo Jason? ¿Por qué no se atenía a los acuerdos? Ella había sido clara.

— Oh, sí, eso también funcionaría, por supuesto — respondió ella, pensando en cómo continuar.

— Pareces nerviosa — intervino de repente Randolph—. Seguramente es mejor que escuchemos todos, así podremos apoyarte. ¿Por qué no le preguntas a tu señor Stone si le parece bien?

— Yo... — balbuceó Rebecca. Por su mente pasaron pensamientos muy rápidos. ¿Debería mentir y decir que Richard no quería que lo hiciera? No había ninguna razón sensata para ello. A

la mayoría de los clientes les gustaba que varios abogados de alto rango se ocuparan de su caso a la vez. Podía decir que a Richard se le había acabado el tiempo. Pero eso sonaba inverosímil. Randolph la había atrapado, estaba segura. Había intuido que al otro lado de la línea no estaba el jefe de la empresa, sino un cómplice.

Randolph los miró fijamente. Quentin también levantó la cabeza expectante.

— Me gustaría que mis colegas escucharan — dijo Rebecca, resignada a su suerte. Ahora ya era demasiado tarde. Su mentira quedaría al descubierto. Todo el mundo se daría cuenta de que sólo estaba hablando con un asistente. La voz grave de Richard Stone era inconfundible y, sin duda, los abogados la conocían de la televisión o la radio. No se atrevió a mirar a Quentin a los ojos mientras Randolph pulsaba el fatídico botón del altavoz. ¿Significaba aquella llamada el fin de su carrera en *Armadon, Hall & Piddlefield*?

— ¿Estás ahí, Rebecca? — sonó el barítono de Richard Stone al otro lado de la habitación.

Rebecca tardó un segundo en recuperarse de la sorpresa y reaccionar.

— Sí, por supuesto — se apresuró a decir —. Estoy aquí y lista para sus órdenes.

— Bien. Se trata de la representación del personal. Estoy pensando en implicar en parte a mi personal en los procesos de toma de decisiones. Tuve algunas conversaciones interesantes sobre este tema durante mi último viaje a Europa. ¿Puede hacerme una lista del status quo en otros países en lo que se refiere a la situación legal?

— Por supuesto. El derecho laboral es mi especialidad. ¿Le preparo un estudio de viabilidad al mismo tiempo?

— Hazlo, Rebecca.

Intentó controlar su felicidad. Richard no sólo le había salvado el pellejo, sino que le había asignado un trabajo interesante y se dirigía a ella por su nombre de pila. Eso era genial.

Aclararon los detalles en otras tres frases, y luego el hombre se despidió ya que tenía que acudir a su siguiente cita.

— Casi lo olvido ¡Todavía tengo que felicitarte! — dijo Rebecca al final .

El hombre se echó a reír .

— ¡Gracias! Me parece que tienes conocimientos internos también.

— Después de todo, como su abogado, forma parte de mi trabajo estar bien informada sobre todos los proyectos. — Ella también sonrió —. Tengo mis fuentes, por supuesto.

— Nueva York no es tan grande después de todo. Que tengas un buen día, Rebecca.

— ¡Tú también, Richard!

Se le había escapado su nombre de pila, pero no pareció importarle.

Mientras Quentin volvía a inclinarse sobre los documentos, Randolph miró hostilmente a Rebecca. Desgraciadamente, su triunfo se había quedado en nada, pero la simpatía que sentía por él era limitada.

— ¿Qué tipo de proyecto? ¿Y qué informadores secretos del Grupo Stone tiene a su

disposición? — preguntó .

— Deberíamos ponernos de una vez con el caso, ya te he robado bastante tiempo — le devolvió ella, tratando de reprimir sus risitas. Si Randolph supiera que el "proyecto" al que se refería no era más que el embarazo de la prometida de Richard y que ella era la responsable del bomboloni que odiaba, estallaría.

Prefería volver a los balances con Quentin y dedicarse con fervor a la interrumpida reunión. Más tarde pensaría en cómo complacer a Jason Donalds. Se merecía que le diera las gracias por organizar una llamada para ella. Aún tenía que preguntarle los antecedentes exactos.

Cuando terminó la reunión y todos abandonaron la sala, Quentin se volvió hacia Rebecca .

— ¿Has ordenado todos los papeles? El juicio de Álvarez empieza hoy a las tres.

— Todo está listo. Por supuesto, la fecha está escrita en letras mayúsculas en mi calendario.

— Bien. Entonces vayamos a una batalla casi sin esperanza. Esas pruebas son mis favoritas

— confiado en la victoria, marchó hacia su despacho.

*

Unas horas más tarde, mientras Rebecca estaba sentada junto a Quentin en la abarrotada sala del tribunal, recordó sus palabras. La batalla era casi imposible, pero su jefe estaba dando un buen contraataque. Estaba desmontando a los testigos por los pelos y, sin duda, se había ganado algunos puntos con el jurado.

Rebecca no dejaba de mirar furtivamente a Benito Álvarez, que le había caído mal desde el primer momento. No sabía si era el brutal tirón que tenía en la boca, los ojos fríos o la forma condescendiente en que la trataba. Unas cuantas cicatrices en los brazos revelaban que nunca evitaba una pelea y sus poderosos montículos de músculos sugerían que las acusaciones de la fiscalía no se las había inventado de la nada. Según Linda, la hermana de la fallecida, él la había golpeado con regularidad durante la relación. Los padres de Linda, que habían perdido a su hija menor, estaban sentados en la primera fila del público, con los ojos enrojecidos por las lágrimas. Rebecca se sintió incómoda cuando los ojos de su madre se posaron en ella. ¿Qué pensaría esta mujer de los abogados que defendían a un hombre que había causado tanto sufrimiento a su hija y tal vez incluso la había matado?

En ese momento, Quintín estaba interrogando a un vecino que había declarado en acta que había visto la llegada de Benito a la casa inmediatamente antes del crimen.

— ¿Qué estabas haciendo antes de pasar por la ventana porque querías buscar un vaso con agua de la cocina? — le preguntó Quentin al hombre mayor.

— Leía el periódico.

— ¿Qué artículo?

El hombre se encogió de hombros.

— La sección de deportes, creo.

Quentin cogió algo de su mesa y lo puso delante del testigo. Era una página de un periódico.

— ¿Nos haría el favor de leernos algo del New York Times?

Inquieto, el hombre se deslizó hacia delante y hacia atrás en la silla.

— Necesitaría mis gafas de lectura para eso.

— Ah, ya veo. No hay problema — Quentin volvió a quitar la página, pero se detuvo delante del testigo —. ¿Lleva esas gafas de leer todo el día?

— No, sólo un poco. Quizá media hora al día.

— Extraño — Quentin se inclinó un poco hacia el hombre —. Veo marcas de unas gafas en su nariz. ¿Cómo puede ser?

— Tengo otro, para la distancia.

— Pero ahora no los llevas puestos. ¿Así que todavía puedes ver distancias pequeñas razonablemente bien? — Quentin mantuvo su voz cálida para que el testigo pudiera confiar en él.

— Así es.

— Entonces resumamos: Estabas sentado a la mesa del salón con las gafas de leer puestas y dedicado al periódico. Entonces te diste cuenta de que tenías sed y te levantaste para ir a la cocina, que está a sólo unos pasos. Dejaste las gafas de leer sobre el periódico. ¿Es correcto hasta ahora?

— Sí, así fue exactamente.

— Por casualidad pasaste por la ventana, viste una sombra, pero debido a la falta de gafas para tu miopía no pudiste ver exactamente quién se acercaba a la casa. Porque la entrada está a diez metros y ya había anochecido.

— ¡Protesto! Esto es pura conjetura — intervino el fiscal.

— Se acepta. — La juez Elizabeth Stanton siempre tuvo un buen manejo de sus audiencias.

Quentin no se desanimó. Sabía, al igual que Rebecca, que el jurado seguía preguntándose por la vista del anciano.

— Le reconocí sólo por la forma de andar — se defendió el testigo —. ¡Estoy seguro de que era él!

Todavía poco impresionado, Quentin paseó por la sala. Le gustaba pasearse arriba y abajo. Como lo hacía con mucha dignidad y carisma, seguro de sí mismo, reforzaba el efecto de que era él, y no la juez Stanton, quien mandaba aquí.

— Una última petición al testigo: ¿nos lee qué número hay junto a la puerta? — señaló la entrada del lugar. Allí había un cartel con el número de la sala. Rebecca también se dio la vuelta. Un sombrero rojo brillante que llevaba uno de los asistentes ocultaba parcialmente el cartel, pero al menos pudo distinguir uno de los números. Para ella, los números eran fáciles de leer desde esa distancia.

— Lo siento. No puedo verlo con claridad sin mis gafas — admitió mansamente el anciano.

Quentin volvió a su asiento sin una sola expresión en la cara.

— No hay más preguntas — dijo y se sentó.

Aunque Rebecca creía que el hombre había visto a Benito entrar en la casa, se dio cuenta de que el testimonio del testigo ya no parecía fiable. Su jefe había hecho un buen trabajo. Pero no podía alegrarse. Todo en ella estaba convencido de que Benito Álvarez era el autor del crimen y había asesinado a su mujer a sangre fría.

Antes de que llegara el testigo más emocionante, Mickey Bloomington, la juez pidió un receso de diez minutos. La sala del tribunal estaba realmente muy húmeda en este día de verano y en su toga negra la juez Stanton estaba sin duda sudando más que cualquiera. Los espectadores también se alegraron de que se abriera la puerta y entrara un poco de aire.

— ¿Te traigo también otra botella de agua? — le preguntó Rebecca a su jefe, porque su botella también estaba vacía.

— Eso estaría bien. — Se limpió las manos con una toallita desinfectante. Seguramente no quería que se le pegara la tinta del periódico.

Rebecca se alegró de poder estirar las piernas durante el breve descanso y no tener que hablar con el acusado. El tal Benito Álvarez le resultaba sencillamente repugnante. Tenía la impresión de que, de todos modos, no la aceptaba como mujer. Nunca la miraba cuando decía algo como abogado, sino que se quedaba mirándola provocativamente al escote. Un tipo repugnante que no mostraba ningún sufrimiento por la muerte de su mujer. Incluso si no hubiera sido él, cosa que ella apenas podía imaginar, debería haberse conmovido ante su trágica muerte. Pero parecía no sentir nada.

— ¡Ahora, por favor, no me digas que el friki de la higiene es el que se come mis bomboloni! — oyó la voz de una mujer a su lado.

Rebecca, que volvía con dos botellas de agua, se dio la vuelta.

— ¡Violetta! — gritó sorprendida y tuvo que reírse. En realidad, debería haber adivinado a quién pertenecía aquella monstruosidad de sombrero rojo —. ¿Qué estás haciendo aquí?

— Bueno, por supuesto que no me perdería una negociación tan emocionante. Pero realmente no sabía que trabajabas para Quentin Armadon.

— ¿Lo conoces?

— Sólo desde la sala del tribunal. Un juicio con él es mejor que cualquier programa de televisión. Nadie confunde a los testigos tan bien como él. Y casi siempre apostado por él. Ya me ha dado mucho dinero.

Confundida, Rebecca miró a la anciana.

— ¿Qué quiere decir?

— Mis amigas y yo — señaló a dos señoras mayores con vestidos no tan coloridos como el suyo —, nos reunimos de vez en cuando en el juzgado. Sobre todo, cuando sale el genial

Quentin. Y entonces apostamos unos dólares sobre el resultado del juicio. Tu jefe es un auténtico pura sangre.

— En eso estoy de acuerdo contigo. Cuando se trata de repreguntar, es un verdadero semental.

Violetta soltó una risita al escucharla, mientras Rebecca se dedicaba a intentar quitarse de la cabeza lo antes posible las imágenes emergentes del intermezzo que tenía sobre la mesa.

— Lo siento, Violetta, tengo que volver al establo de carreras. Pásalo bien en el juicio. ¿Apostaste por una absolución?

— ¡Diez dólares! — dijo orgullosa —. Eleonor resiste, Myra se inclina por un aplazamiento porque surgen nuevas pruebas.

— Haremos lo que podamos — declaró Rebecca, saludando a Violetta y a sus amigos y volviendo a la sala. Benito se había inclinado hacia Quentin y ambos susurraban. Ahora comenzaba la parte más difícil del juicio, pues Mickey Bloomington subiría al estrado. Era el principal testigo, ya que había estado tumbado en la cama junto a la mujer de Benito y había presenciado directamente el asesinato. Su declaración a la policía había sido muy clara. Rebecca no podía ni por asomo imaginarse cómo Quentin querría librar a su cliente. Y en el fondo hasta deseaba que su jefe fracasara. Todo lo que había aprendido sobre este caso hasta el momento indicaba que Benito Álvarez era el autor. Incluso su instinto le decía claramente que ese hombre había cometido el crimen. Por lo tanto, deseaba fervientemente que prevaleciera la justicia y que la familia de la víctima viera al final al verdadero culpable entre las rejas.

— Llamo a Michael Bloomington al estrado. — La voz del juez Stanton resonó en la sala. A Rebecca le daba buena impresión aquella mujer enjuta, de dedos largas y pelo bien recogido. Parecía severa y lo era, pero tenía fama de incorruptible y de no dejarse pisotear por nadie. Siempre había calma y orden en sus resoluciones.

El hombre que tomó asiento como testigo poco después era un treintañero bien parecido que, desde luego, no se dejaba impresionar fácilmente. Había entrado con paso firme, dirigió a Benito una mirada de odio y luego se sentó.

El juez le tomó su declaración y el fiscal le interrogó. Rebecca tomó notas diligentemente e incluso Quentin tomó dos o tres notas. Como era de esperar, Mickey Bloomington fue tan convincente que después de su informe ni un solo miembro del jurado pudo seguir dudando de la culpabilidad de Benito. Rebecca estaba segura de que Quentin no podría volver a cambiar las tornas. Pero sus andares eran tan seguros como siempre cuando por fin se levantó y pasó al frente para iniciar su interrogatorio.

— Trabajas en la oficina de empleo como asistente social, ¿verdad?

Mickey sostuvo la mirada de Quentin.

— Así es.

— Allí deben de tratar con todo tipo de nacionalidades.

— Por supuesto.

Rebecca siguió atentamente la táctica de Quentin. No tenía la menor idea de lo que estaba tramando.

— ¿Tiene alguna preferencia en particular?

— Por supuesto que no. Todos reciben el mismo trato conmigo. — Mickey sonaba muy convincente.

— Qué raro — dijo Quentin, volviendo a su mesa y fingiendo buscar algo en sus archivos. Rebecca, sin embargo, estaba segura de que ya había preparado lo que necesitaba.

— He estado hablando con algunos de sus colegas — Quentin sacó una hoja y parecía estar estudiándola —. Dijeron que tenías un problema con los latinos en particular.

— ¡Eso no es verdad!

Sin inmutarse, Quentin continuó.

— Entonces, ¿dices que no es cierto que has llamado a este grupo de población “putos frijoleros” en varias ocasiones?

— ¡Protesto! — intervino el fiscal —. Esto no tiene nada que ver con el caso de asesinato.

— Oh, sí que tiene que ver. Lo señalaré en un minuto — se defendió el jefe de Rebecca.

— Denegada. — La juez miró severamente a Quentin —. Pero vaya al grano, abogado.

Asintió y se volvió hacia el testigo.

— Volvamos a la noche del asesinato. Usted estaba en la cama con la mujer del acusado, con la que tenía una aventura. ¿Estaba la luz encendida?

— No. Sólo teníamos la pequeña lámpara de la mesita de noche encendida. A Janet le gustaba más en la oscuridad.

— Es decir, cuando el asesino entró en la habitación, ¿no pudo verle bien en absoluto?

Mickey se cruzó de brazos.

— ¡Oh, sí que lo hice! — siseó —. Reconocí perfectamente a ese bastardo. Verás, encendió las luces cuando entró.

De nuevo, Quentin se acercó a la mesa donde Rebecca estaba sentada junto al acusado mientras ella lo seguía atentamente con la vista. Sacó una foto de una carpeta y volvió al estrado.

— Esta foto fue tomada en la escena del crimen. — La levantó para que el jurado y también el juez pudieran verla con claridad —. Se ve una lámpara halógena extremadamente brillante en el techo. Uno de sus focos apunta directamente a la almohada derecha de la cama.

Quentin dejó la foto delante de Mickey.

— Debíó de ser deslumbrante como el infierno cuando la luz se encendió inesperadamente... Bueno, no creo que pudiera distinguir nada allí al principio — sacó su spray bucal del bolsillo del saco y se dio tranquilamente una ráfaga de aliento fresco. Rebecca lo admiró involuntariamente. ¡Cuánto estaba por encima de las cosas! Realmente era una figura impresionante. Sin embargo, caería de bruces con Mickey, que parecía completamente indiferente al juego de poder de Armadon.

— Al principio sí, pero cuando sonaron los disparos, me agaché detrás de la cama. Fue entonces cuando lo vi claramente. También escuche su voz. Incluso me gritó cuando salté por la ventana. Lo sé al cien por cien: ¡era ese hombre!

Extendió el brazo y señaló a Benito Álvarez, que palidecía por primera vez desde que comenzó el juicio.

Rebecca miró tensa a su jefe. Ahora tenía muy malas cartas. No podía imaginarse que aún pudiera llegar a albergar dudas razonables sobre la culpabilidad de Benito.

Quentin caminaba de un lado a otro de la sala con sus largas zancadas habituales, como si estuviera considerando cómo proceder. Una mirada de reojo confirmó a Rebecca que la familia de la víctima también se sentía aliviada. Esperaban, con justa razón, que el asesino no se escapara ahora. Rebecca deseaba fervientemente que aquellas personas pudieran experimentar una victoria de la justicia.

Quentin tardó uno o dos minutos en volverse hacia el testigo. La juez Stanton ya había mostrado una expresión de impaciencia en su rostro, pero ahora sus facciones volvieron a relajarse.

— Describe de nuevo con detalle lo que ocurrió exactamente. ¿Qué hora era cuando ocurrió este terrible acto?

Rebecca se preguntó por qué su jefe volvía a hacerlo. Mickey ya había contado todo esto a la audiencia. En realidad, no había razón para que la defensa volviera a hacer las mismas preguntas.

— No lo sé exactamente. Sobre las nueve de la noche. O diez.

Se quedó mirando a Mickey. ¿Qué le pasaba? De repente, parecía inseguro.

— Entonces se abrió la puerta y entró un hombre que encendió la deslumbrante luz del techo — le espetó Quentin.

— Exactamente. Gritó algo en español y asesinó a Janet.

— ¿Te fue fiel?

Mickey hizo un gesto de sorpresa.

— ¿Perdón?

— Bueno, es una pregunta justa. Engañó a su marido contigo, era una mujer atractiva, tenía muchos contactos gracias a su trabajo. Es bastante concebible que ella tuviera otros hierros en el fuego además de usted. Y uno de ellos quiso vengarse — explicó Quentin .

— Yo... no lo creo — Mickey parecía inseguro.

Sin entrar más en materia, Quentin se volvió hacia Benito.

— ¿No crees que el acusado tiene cara de todo el mundo?

Un murmullo recorrió el auditorio y a Rebecca se le cortó la respiración por un momento. Pero su jefe siguió hablando.

— Bueno, creo que se parece a muchos latinos. Tiene cara de frijolero cotidiano.

"¡Protesto!" y "¡Señor Armadon, modérese!" llegaron simultáneamente desde dos direcciones.

— ¿Qué le parece? — preguntó impasible Quentin al testigo.

— Sí, eso es. Tiene una cara estúpida, ¡como todos esos mosquitos! Y Janet era demasiado buena para él — se quejó Mickey —. Debería haber dejado a ese bastardo mucho antes, se lo dije muchas veces.

— Y debe estar tras las rejas, ¿no crees?

— Absolutamente.

— Señor Bloomington — dijo Quentin, ahora de nuevo con voz muy calmada —. ¿No es posible que no viera bien al asesino de su amante y luego sólo deseara que hubiera sido su odiado marido?

Sin aliento, Rebecca miró al testigo. Entrecerró los ojos.

— Es posible —entrecerró los ojos—. Puede que realmente fuera otro hombre.

Se iniciaron conversaciones en voz alta entre el público, la familia del asesinado protestó y el fiscal se puso en pie. Fue casi tumultuoso.

La juez Stanton dio unos golpecitos con su pequeño martillo hasta que la sala volvió a calmarse, lo que llevó un rato. Entonces, se volvió hacia Mickey Bloomington.

— ¿Así que contradice sus declaraciones anteriores y ahora afirma que no vio al acusado exactamente en ningún momento? — quiso saber.

Mickey se pasó ambas manos por la cara.

— Ya no estoy seguro. Todo pasó tan rápido que no lo recuerdo — respondió .

Rebecca lo miró horrorizada. Hacía sólo media hora que le había descrito el incidente con todo lujo de detalles. ¿Y ahora se le había olvidado todo? Ella ya no entendía nada.

— Me gustaría volver a llamar como testigo al agente Lebowsky — anunció el fiscal, que vio cómo se le escapaban las últimas gotas de paciencia —. Confirmará el testimonio original y volverá a arrojar luz sobre el caso.

— No más por hoy — le interrumpió el juez —. Nos limitaremos al interrogatorio del Sr. Bloomington. ¿Tiene la defensa alguna pregunta más?

— No — dijo Quentin generosamente y se sentó al lado de Benito, que parecía muy satisfecho.

El fiscal intentó de nuevo poner a Mickey en un aprieto. Pero era evidente que no recordaba qué había ocurrido exactamente en aquel momento. Después de otra media hora, la juez Stanton dio por terminado el juicio de ese día.

Como en un trance, Rebecca siguió a su jefe y a su cliente. No podía explicarse lo que acababa de ocurrir.

— Presiento que esos diez dólares serán míos — le susurró de repente Violetta. Rebecca había estado tan ensimismada que ni siquiera había oído acercarse a la anciana.

— El proceso aún no ha terminado — aclara Rebecca.

— Así es. Y aunque entonces mi dinero desaparecería, aún espero que ese Benito acabe entre rejas suecas. Soy un excelente juez de carácter y sé que fue él. — Violetta se ajustó

vigorosamente su monstruoso sombrero.

— Estoy segura de que todo se arreglará — dijo Rebecca, pero le pareció muy acertada la apreciación de Violetta.

— ¿Qué te parece? — preguntó la anciana.

Rebecca respiró profundamente.

— El señor Álvarez es nuestro cliente y haremos todo lo que podamos por él — repitió —. Lo que yo crea personalmente es absolutamente irrelevante, se trata de hechos.

— Ya veo. Entonces eso significa que tú también crees que es culpable — dijo Violetta .

— ¡No! — Rebecca negó con la cabeza —. No he dicho eso en absoluto, lo has entendido mal. Violetta sonrió.

— No lo creo, Carissima. Lo he entendido todo correctamente. Pero no te preocupes, no se lo diré a tu jefe.

Le guiñó un ojo a Rebecca y luego dio unos pasos rápidos para alcanzar a sus amigas. Rebecca se quedó mirándola perpleja. Esta anciana era realmente otra cosa. Pero a veces, gracias a una secreta magia italiana, parecía llegar al meollo de las cosas. O simplemente le faltaba un tornillo.

*

Dos horas más tarde, Rebecca estaba en casa, pero no podía quitarse de la cabeza los incidentes del tribunal. Se paseaba de un lado a otro en su pequeña habitación para pensar, pero no le servía de nada. Al principio pensó en ir al gimnasio, pero estaba incómodamente lleno un viernes por la noche. Además, el aire fresco le vendría bien al cerebro. Se puso la ropa de correr y se ató las zapatillas. Al correr el primer kilómetro, el deseo de hablar con alguien sobre todas esas cosas se hizo cada vez más fuerte. Alguien que se pareciera a ella. Y que conociera a Quentin.

Se detuvo en la siguiente esquina y sacó su teléfono móvil. Esperaba que estuviera en casa. Un viernes por la noche, la probabilidad no era especialmente alta, pero de todos modos estaba llena de expectación.

— Hola Becky —contestó al otro lado—. ¿A dónde vamos? ¿Anhelas mi irresistible presencia o quieres soltar unos dólares y presumir de mí ante tus amigos abogados?

Oyó la sonrisa en su voz y su corazón se aligeró. Por supuesto, le preocupaba que el ambiente entre ellos no fuera tan relajado desde que él le había revelado tanto sobre sí mismo. Pero sonaba descarado y despreocupado como aquella noche de reggae.

— Me temo que no siempre puedo permitirme tus servicios profesionales — respondió ella —. Si no, no quedará nada para bombones y tendré que pasar hambre miserablemente.

Se echó a reír.

— ¿Te pongo unos huevos fritos en la sartén? Soy un buen cocinero siempre que no se pidan verduras y no haya más de tres ingredientes.

— Tentadora oferta, pero no necesito comida, necesito tus oídos. Se trata de Quentin.

— ¿Qué pasó? — pudo escuchar a Logan ponerse serio.

— Realmente no puedo decirlo, ése es el problema. Salí a correr porque quería liberar mi cerebro, pero no funciona sola. Un compañero pensante sería genial.

— ¿Dónde estás?

— East Village

— De acuerdo. Iba a hacer algo de ejercicio hoy de todos modos. Ven al puente de Brooklyn y correré a tu encuentro.

Respiró aliviada. Una carrera con Logan para ordenar sus pensamientos era exactamente lo que necesitaba ahora.

— Voy para allá. Y, gracias — dijo.

— De nada. Siempre he querido ver a un abogado sudoroso — colgó.

Llena de emoción y con una sonrisa en la cara, Rebecca trotó hacia el sur. Normalmente prefería el Central Park y nunca se le había ocurrido cruzar a pie uno de los puentes, pero a medida que se acercaba, la idea le pareció bastante atractiva. Poderoso, el puente de Brooklyn cruzaba el East River. Contra sus enormes pilares de hormigón, los cables parecían casi filigranas. Rebecca recordó las palabras de Logan al describir el puente. Era cierto. Cuando caminabas hacia él, los puntiagudos arcos dobles parecían ventanas de una catedral gótica. Y la tela de araña que mencionó también tenía un efecto muy especial a esa hora del día, por no hablar del panorama.

Cuando había recorrido un tercio de la distancia, vio a Logan trotando hacia ella. Sus musculosas piernas, cubiertas sólo en la parte superior por los pantalones cortos de correr, se movían con regularidad y fuerza. Llevaba una camiseta roja, tenía los brazos ligeramente flexionados y corría tan ligero como si no le costara ningún esfuerzo. Rebecca se detuvo para no quedarse completamente sin aliento cuando él la alcanzó.

Cuando llegó hasta ella, sonrió y, naturalmente, la tomó en sus brazos a modo de saludo. Su cuerpo era cálido y grande y se sentía de maravilla.

— Una vista estupenda, ¿verdad? — dijo, sonando ligeramente sin aliento.

— Realmente parece una escena de la gran pantalla. Sobre todo, con el sol bajo. Además, el puente es antiguo, ¿no? — respondió Rebecca .

Los bloques de piedra marrón que habían servido a la construcción durante muchos años atraían a Rebecca mucho más que algunos componentes ultramodernos. Había un diseño antiguo en los pilares y las cuerdas que les daba un encanto muy especial.

— En efecto. Se construyó a finales del siglo XIX, hay que imaginárselo. El arquitecto era un alemán llamado Roebling, él inició el loco proyecto, su hijo lo continuó. Cuando cayó enfermo, se mantuvo en secreto, su esposa Emily se hizo cargo de la dirección de obra. Por supuesto, ella no había estudiado ni ingeniería ni ninguna otra cosa. Adquirió todos los conocimientos en

privado e incluso se ganó a toda una ronda de opositores de alto rango. Fue una gran dama.

— ¿Es otro de esos rayos de conocimiento que usas para impresionar a círculos ilustres?
— Sonrió Rebecca.

Sacudió la cabeza.

— Me interesa la historia de la ciudad. Todos esos pequeños milagros que han ocurrido aquí y que siguen ocurriendo. A veces me siento como un niño que corretea maravillado por la Gran Ciudad. Es que soy provinciano y probablemente siempre me sorprenderá Nueva York.

Ella lo miró, radiante. Le gustaba su curiosidad y entusiasmo. Y también sus ojos oscuros, en los que descubrió una cálida sonrisa que no era para el puente, sino para ella misma.

— Estoy muy agradecida por el tiempo que me estas dedicando — dijo y ella misma se sorprendió del suave sonido de su voz.

— Sólo porque te ves increíblemente bien con esa ropa. — Dio un paso atrás para mirarla mejor — . Vamos, caminemos hasta Brooklyn y demos una vuelta por Prospect Park — sugirió —. Allí es más tranquilo y puedes contármelo todo.

Logan salió trotando y Rebecca hizo lo mismo. Un kilómetro y medio después, apareció la Grand Army Plaza, la entrada norte del parque. Un enorme arco coronado por enormes esculturas de bronce y flanqueado por dos columnas señalaba el camino hacia el parque. Rebecca sólo había visto esta estructura de pasada. Poco a poco, empezó a sentir que sólo conocía una pequeña parte de su ciudad natal.

Al llegar al parque, el ruido del tráfico desapareció de inmediato. Los pájaros cantaban alegremente, la risa de los niños flotaba en los prados y olía a bosque.

Logan aminoró un poco el paso.

— Dispara, princesa — dijo.

Primero, Rebecca tuvo que recuperar el aliento.

— Se trata de Quentin — empezó y le contó a Logan los acontecimientos del juicio por asesinato.

— En realidad no tengo pruebas. Es sólo una sensación. Y no soy en absoluto una persona que haga caso a sus instintos, pero presiento que hay algo que no está bien — concluyó .

Ella le miró insegura. ¿La declararía completamente loca? Nunca en su vida se había fiado más que de los hechos. Hasta ahora, su cabeza siempre había sido la mejor consejera.

La expresión de Logan se había vuelto seria. Dejó de trotar y se puso a caminar pensativo.

— ¿Sospechas que sobornó al testigo? — preguntó.

— Se me ocurrió, por supuesto, pero entonces Mickey habría testificado de forma diferente desde el principio. Seguía totalmente seguro durante las preguntas del fiscal, sólo en el interrogatorio se dobló de repente.

Logan se pasó la mano por la barbilla, que lucía una marcada sombra de barba.

— Cuéntame otra vez cómo ha sido exactamente.

Hizo un relato detallado de lo sucedido. Cuando llegó al momento donde mostraron la foto de la habitación, Logan levantó la mano.

— Espera. A partir de este momento, la declaración ha cambiado, ¿no?

— Sí, de repente se puso inestable, dijo que no podía recordar exactamente.

— ¿Este Mickey tenía un vaso de agua delante? No me extrañaría nada de tu jefe. ¿Viste si vertió algo en él?

Rebecca recordó la escena en el despacho de Quentin cuando casi había tenido sexo con él. Habían sido dos vasos de agua. Pero desde luego él no les había echado ninguna gota fulminante, al igual que en la sala del tribunal, ella se habría dado cuenta.

— Seguramente eso lo notarían las personas sentadas detrás, por no hablar del propio testigo. Quentin no puede sacar un frasco del bolsillo de su chaqueta y echar unas gotas en el vaso de agua.

— Podría. Por ejemplo, si lo guardara en su anillo — respondió Logan.

A pesar de la seriedad del tema, Rebecca tuvo que reírse.

— ¡Está claro que has visto demasiadas películas de James Bond! Quentin no es un agente secreto, sino un abogado. No utiliza bolígrafos explosivos ni una cerbatana con veneno. Lo único peligroso que tiene es su mente y su....

Se detuvo bruscamente y agarró a Logan por la manga. No podía ser verdad. Sus pensamientos cambiaron muy rápido.

— ¿Qué? — preguntó impaciente, mirándola a los ojos.

— ¡Su spray bucal! — jadeó —. No, puede ser. ¿O sí?

Miró a Logan con preocupación. Necesitaba desesperadamente su opinión. Probablemente se reiría de ella en un minuto, igual que ella se había reído de él cuando le sugirió lo del anillo. Después de todo, era realmente ridículo. Rebecca se apartó el pelo de la frente sudorosa. Seguramente se estaba inventando una gran tontería.

Pero la mirada de Logan era penetrante y su rostro extremadamente serio.

— ¿Lo usó? ¿Cerca del testigo?

Lo pensó detenidamente y asintió despacio.

— Sí, lo hizo.

— ¿Cuándo?

— Cuando le puso la foto del dormitorio delante. — Pudo ver la escena en la sala del tribunal claramente delante de ella.

— ¿Estás segura? — preguntó Logan.

— Oh, sí, lo estoy. Pero eso sigue siendo una tontería. El spray bucal está rociando en la dirección de Quentin. ¿Cómo se supone que va a usarlo para influir en alguien más?

Ella le miró.

La expresión de Logan seguía siendo severa.

— Eso lo resolveremos en el siguiente paso. Por ahora, tenemos una corazonada. Y deberíamos seguirla.

— ¿Como Holmes y Watson? — preguntó ella. Le gustaba mucho la idea de que Logan quisiera apoyarla. Era una gran ayuda compartir sus pensamientos con él. La escuchaba y la tomaba en serio como pocos lo hacían. Ahora se sentía muy unida a él.

— Mientras no tenga que ponerme una gorra y suéter a cuadros, me parece bien — refunfuñó, pero luego volvió a ponerse serio —. ¿Con qué frecuencia utiliza el spray? ¿Y en qué ocasiones? Rebecca se lo pensó un momento.

— Bastante a menudo. Es casi como su marca personal. Se refresca el aliento en las reuniones del bufete, pero también cuando está en la sala del juzgado.

O cuando flirteaba con una abogada en su despacho después del trabajo. Por lo que ella recordaba, él también había usado el spray entonces. ¿Había sido esa la razón por la que de repente lo había encontrado tan irresistible? ¡Maldito bastardo! La había drogado para hacerla complaciente. Rebecca suspiró e intentó con todas sus fuerzas apartar rápidamente aquel pensamiento. No se trataba de aquel embarazoso incidente, que de todos modos nunca le contaría a Logan, sino de la manipulación de testigos en el juicio.

— ¡Un momento! — Entonces, recordó lo que su padre le había dicho sobre su juicio —. Tengo que llamar a mis padres — explicó, sacando el teléfono móvil del bolsillo trasero.

— Creía que éramos cómplices. Entonces, ¿tendría quizá la bondad de informarme de lo que pasa por esa bonita cabecita suya, señorita Holmes? — dijo Logan .

Rebecca lo escuchó con un solo oído.

— Mierda, la batería está casi agotada. — Observó y luego se volvió hacia su Doctor Watson —. ¿Recuerdas que te hablé del juicio en el que a mi padre lo manipularon de la misma manera?

— Claro, la demanda colectiva contra la empresa de cortacéspedes.

— Exactamente. — Se alegró de que Logan lo recordara tan bien —. Mi padre despotricaba de ese abogado con los ojos helados. Y estoy segura de que dijo que su spray bucal olía asqueroso.

— Ese cabrón. — Los ojos de Logan se entrecerraron —. Si eso es cierto, tu jefe es el mayor imbécil con el que he tratado. Tienes que solucionar eso.

Le tendió el móvil.

— Eso es exactamente lo que quería hacer, pero al estúpido cacharro no le queda suficiente batería.

— Bueno, vamos — empezó a trotar de nuevo —. Hay un teléfono y algo frío para beber en mi casa.

Siguió a Logan. El ritmo que marcaba no era precisamente lento. Aunque Rebecca hacía ejercicio con regularidad, le costaba seguirle el paso. Sin embargo, cuando llegaron a *Eddie's Classic Cars*, se alegró de ver que la camisa de Logan también tenía manchas oscuras y que estaba casi sin aliento.

— La paciencia no es uno de mis puntos fuertes — se disculpó —. ¡Quiero saber qué es lo que realmente hace Quentin ahora!

Subió las escaleras de su apartamento de dos en dos y abrió la puerta. Rebecca jadeó tras él. Se quitó los zapatos, los pateó sin cuidado junto a la puerta y cogió el teléfono.

— Déjame recuperar el aliento primero. Además, tengo que pensar una excusa para llamar a mi padre y preguntarle otra vez por el juicio. No le gusta hablar de ello — dijo Rebecca .

— De acuerdo. Prepararé algo para tomar y luego podrás pensar en ello en paz. — Desapareció en el cuarto de baño, regresó un momento después con una camisa limpia y el mismo aroma de siempre y se dirigió a la cocina.

Rebecca no tuvo que pensarlo mucho. Marcó el número de sus padres y se llevó el teléfono a la oreja. Por suerte, su padre se puso al teléfono enseguida.

— Hola papá — le saludó —. ¿Cómo estás?

Intercambiaron algunas frases irrelevantes. Luego llegó el momento de ponerse manos a la obra.

— ¿Has recibido ya la factura de las costas judiciales? — preguntó —. Tengo muchas ganas de implicarme esta vez. Todavía tengo la conciencia totalmente remordida por no haberme ocupado del caso enseguida.

— Realmente no tienes por qué, Becky. No podrías haber hecho nada. No, todavía no ha llegado nada — respondió su padre .

— Aun así. Debería haberte preparado para Quentin Armadon. No es un tipo fácil de tratar. Lo has visto con su tic higiénico. Imagínate, ¡incluso lleva su spray bucal con él a veces en la sala del tribunal!

Escuchó atentamente por el auricular. Y Logan, que llegó con dos vasos, también los dejó en silencio y miró a Rebecca con impaciencia.

— Sí, también lo ha usado conmigo.

— ¡No me digas que te roció con él!

— En efecto. He inhalado un montón. Aunque odio el olor a menta casi tanto como esa asquerosa salsa que hace la tía Meredith. Ya sabes, la que tiene pasas sultanas.

— Oh, sí. Es realmente incomible. Es gracioso con Quentin y su spray. Probablemente también se cepilla los dientes diez veces al día. ¿Te roció con él justo al principio de tu testimonio?

Su padre pareció pensárselo un momento.

— Creo que sí — dijo finalmente —. Sí, incluso estoy seguro. Yo había respondido a las primeras preguntas y entonces él contaminó el aire con eso. Probablemente la sustancia me empañó el cerebro — se rio amargamente —. Pero eso son tonterías, claro. ¿Estás ocupada, Becky? Fíjate que no todo es trabajo. También hay algo más en la vida.

El hecho de que su padre se preocupara tanto por ella conmovió profundamente a Rebecca.

— No te preocupes, papá. Acabo de salir a correr y ahora voy a tomar algo con un amigo. Me

cuidaré. Por favor, haz tú lo mismo. Saluda a mamá y a mi hermana.

Colgó y se dejó caer en el sofá. La habitación parecía girar a su alrededor. ¿Así que era cierto? ¿El jefe del bufete, al que tanto veneraba, estaba influyendo ilegalmente en los testigos? Sin embargo, Quentin había defendido todos los altos valores de la abogacía. Rebecca sintió como si alguien le estuviera tirando un valde de agua helada.

— ¿Qué dijo tu padre? — Logan tomó asiento a su lado.

Tardó unos segundos en serenarse antes de poder contestar.

— De hecho, Quentin también utilizó el spray bucal durante su interrogatorio como testigo. Y lo hizo de tal manera que a papá le cayó un poco. Siempre ha odiado la menta, por eso aún lo recuerda tan bien. Incluso después de las primeras preguntas que mi padre respondió, Quentin estaba usando la cosa a su alrededor.

Sacudió la cabeza con incredulidad. No podía ser verdad. Ya no sabía qué creer ni qué pensar.

— Esa escoria. — Las facciones de Logan se endurecieron.

Rebecca estaba completamente confundida. Lo miró en busca de ayuda.

— Logan, ¿nos estamos inventando alguna tontería? Todo esto es totalmente improbable. ¡Un spray bucal que influye en los testigos! Ese tipo de cosas se borrarían del guion incluso en James Bond. Y Quentin no tiene a ‘Q’ a su lado construyéndole superarmas. Es un abogado normal y corriente.

Logan le entregó el vaso, en el que tintineaban cubitos de hielo. Dio un sorbo al té helado, pero no apartó los ojos de su anfitrión. Todo le daba vueltas en la cabeza.

— Suena muy improbable — admitió —. Pero volvamos de nuevo de Ian Fleming a Arthur Conan Doyle. ¿Sabes lo que Sherlock siempre dice?

Ella había devorado los libros cuando era adolescente y sabía exactamente a qué se refería.

— Cuando has descartado lo imposible, lo que queda es la verdad, aunque parezca improbable. O algo así.

Asintió pensativo.

— Exactamente. Analicémoslo juntos. La primera posibilidad es que tu jefe soborne a los testigos. Pero supongo que podemos descartar eso con tu padre.

— Claro.

— La segunda posibilidad sería que esté chantajeando a la gente.

— Eso tampoco puede ser. Desde luego no tiene nada contra mi padre. E incluso si lo tuviera, papá habría mantenido totalmente en secreto de antemano que se avecinaba un juicio. Además, Mickey Bloomington no se habría contradicho entonces, sino que habría actuado como si no estuviera seguro desde el principio.

Logan bebió un sorbo.

— Lo veo de la misma manera. Así que queda la alternativa de que drogara a los testigos de alguna manera. Pastillas o inyecciones, incluso con efectos retardados, podemos descartarlas.

Aquí Rebecca escuchaba atentamente.

— Espera, no lo sabemos con seguridad. Podría ser que Quentin ofreciera algo a los testigos a través de un cómplice antes del juicio. Un chicle, un caramelo, una taza de café. Y la droga tiene un efecto retardado — dijo .

— Eres muy lista, Becky.

Por una vez, no se trataba de un comentario sarcástico, sino de un cumplido sincero, se dio cuenta. Logan la miró con admiración.

— Gracias, Watson — respondió ella, esperando no sonrojarse demasiado. Estaba muy contenta por sus elogios —. Sin embargo, Quentin no puede saber con exactitud cuándo serán llamados los testigos. Pero sin duda podré observarlo en un futuro próximo. Y sondearé casualmente a mi padre en la próxima visita para ver si ha bebido o comido algo antes y durante el juicio. Aunque me sorprendería. No le gustan los dulces y no suele beber nada cuando está fuera de casa.

— Queda el asunto del vaso de agua. Tendrás que vigilar eso también — dijo Logan .

Rebecca asintió.

— Aunque estoy bastante segura de que Mickey no bebió nada durante su interrogatorio. Creo que me habría dado cuenta. Parecía tan sereno y tenía una respuesta para todo. La mayoría de los testigos beben porque quieren ganar tiempo para pensar.

Logan se frotó la sien.

— Así que volvemos al spray bucal. Sabemos a ciencia cierta que lo utilizó tanto con tu padre como con Mickey, muy cerca de los testigos. ¿Sabes de qué marca es? Hay un supermercado a dos calles, podríamos comprar uno y echar un vistazo más de cerca.

Rebecca se lo pensó.

— No lo sé — admitió finalmente —. Quentin siempre se lo vuelve a guardar en el bolsillo. Pero lo averiguaré.

Logan le puso la mano en el antebrazo. Inmediatamente, todo su cuerpo sintió un hormigueo. Cuando levantó la vista hacia él, Logan le sostuvo la mirada.

— ¿Eres consciente de las implicaciones de esto, Rebecca?

Cada vez que pronunciaba su nombre completo, se le ponía la piel de gallina. Su voz áspera se le metía bajo la piel y el pulso se le aceleraba de inmediato.

— No he pensado en ello — admitió —. Sólo sé que tengo que averiguar si Quentin es íntegro o está jugando con las cartas equivocadas.

Aunque todo por lo que había trabajado en los últimos meses se estuviera desmoronando, no podía dejar el asunto sin resolver.

— ¿Y si resulta ser cierto? — Sus ojos no la liberaron de su hechizo.

— Entonces tendré que hacer algo — dijo.

Sólo ahora se daba cuenta de lo cerca que Logan estaba sentado a su lado. Seductoramente

cerca. Tan cerca como para tocarlo. Tan cerca como para inclinarse y besarlo. El calor de su mano recorría su cuerpo, penetraba hasta la célula más pequeña, hacía que se le acelerara la respiración.

— Es tu jefe. Si vas contra él, arriesgas tu carrera.

Ella tragó saliva. Él tenía razón. Pero no había alternativa. No se había convertido en abogada para tener miedo. Y si Quentin realmente manipulaba a la gente, no era digno de su admiración.

— No puedo quedarme de brazos cruzados viendo cómo hace trampas sin escrúpulos — decidió —. ¡Sólo hay que ver lo que le hizo a mi padre! Y ese Benito... si sale libre sólo porque Quentin droga al principal testigo, no puedo permitirlo.

¿Era su imaginación o los dedos de Logan le acariciaban suavemente el dorso de la mano? No podía apartar los ojos de su cara.

— Es una decisión que puede afectar al resto de tu vida. Pone en peligro todo lo que te ha costado construir.

La asustó un poco con esta frase, pero también con su intensa mirada.

— Aún no sabemos nada con seguridad — dijo en voz baja —. Puede que estemos equivocados con nuestra loca idea. Puede que Quentin simplemente tenga un aura que confunde a la gente. Pero si encontramos algo, tengo que investigarlo. No puedo hacerme de la vista gorda.

Muy lentamente, una sonrisa apareció en su rostro. Una sonrisa llena de calidez y afecto. Le tomó la mano.

— No. No eres “tú” quien tiene que hacer el seguimiento. Lo haremos nosotros. Creo que necesitas a alguien a tu lado — dijo con suavidad .

— ¿Y tú eres ese alguien?

— No me gustó tu Quentin desde el principio. Y ahora vamos a acabar con él.

Ella asintió. Por un momento había pensado que él quería estar a su lado fuera del engaño. Había sonado tan bonito y, por un instante, se había sentido genial. Logan y ella, uno al lado del otro, de la mano, caminando juntos por la vida. Pero, por supuesto, aquello no tenía sentido. Rebecca cogió el té helado y bebió un sorbo. Luego volvió a dejar el vaso, un poco alejado del suyo. Con los vasos, mantener las distancias era muy sencillo.

Logan le acarició un mechón de pelo de la frente. Aquel tierno contacto la hizo estremecerse. ¿Por qué siempre conseguía hacer eso?

— Debo confesar que me equivoqué contigo. No eres en absoluto uno de esos abogados inmorales que pasan por encima de los cadáveres. A diferencia de tus colegas, la justicia vale algo para ti — dijo suavemente .

— Sabes, vi a la familia de la víctima. Sus ojos rojos llorosos, su dolor. ¿Cómo podría enfocarme simplemente en ganar el caso? Especialmente cuando está tan claro que mi cliente es el autor del crimen.

— Mucha gente puede hacerlo. —Su voz era como el terciopelo y su dedo recorriendo la

mejilla de ella tan ligero como una pluma. La atracción de Logan era tan fuerte que le resultaba muy difícil mantener la distancia. Sin embargo, ni siquiera estaba coqueteando con ella. Rebecca estaba segura de que era simplemente simpatía lo que desprendía su tacto. Un terreno común recién descubierto. Amistad. Nada más.

— Quizá deba especializarme en derecho laboral contratos, derecho de sociedades, derecho de sucesiones — dijo.

— Eso suena tan emocionante como una introducción al bordado en punto de cruz — respondió, poniéndose de pie de repente —. Creo que nos merecemos un helado.

Rebecca tuvo que reírse, aunque le hubiera gustado seguir en aquella intimidad con él y le resultaba casi doloroso no sentir más su mano sobre su piel.

— ¿Un helado? — preguntó desconcertada.

— Después de todo, trotaste desde Manhattan hasta el centro de Brooklyn. Eso tiene que ser recompensado.

— Pero ya está oscureciendo fuera — protestó.

Sacó una bolsa del congelador y la estudió detenidamente

— En ella no pone que esto se vuelva tóxico si lo comes después de las ocho de la noche — explicó.

Rebecca no se atrevió a explicarle que los hidratos de carbono a esas horas no eran precisamente tóxicos para la salud y la figura, pero tampoco eran beneficiosos. Temía demasiado recibir a cambio un sermón sobre "soltura y espontaneidad".

— Si vas a seguir atiborrándome de calorías toda la noche, quizá debería refrescarme un poco — sugirió.

Logan señaló un montón de ropa mal doblada sobre un pequeño armario.

— ¿Por qué no coges una de mis camisetas? Seguro que tu camiseta está sudada. Estas están recién lavadas.

— Y desde luego, son justo de mi talla — respondió riendo, eligió una y desapareció en el cuarto de baño.

Cuando volvió a salir, le esperaba una tarrina de helado, salsa de chocolate y caramelo. Pero no en la mesita, sino en una un poco más grande junto a la ventana.

Era una señal clara. Logan se había decidido en contra de la familiar cercanía del sofá. Para Rebecca estaba claro que quería mantener la distancia. Con su historia, no era de extrañar y ella lo entendía. Se limitaría a ignorar la punzada en el pecho, seguramente le dolería cada vez menos con el tiempo.

Miró por la ventana junto a la que estaba sentado. La oscuridad se cernía sobre los alrededores como un pesado manto, tiñendo las casas de Brooklyn de un gris apagado. A lo lejos parpadeaban algunos letreros de colores neones y de vez en cuando se veía el resplandor azulado de un televisor.

Logan encendió una lámpara de pie que había en el otro extremo de la habitación. Luego, con un movimiento suave, se dejó caer en la silla frente a Rebecca. Sus músculos destacaban claramente bajo la camisa clara que llevaba. La oscura sombra de su barba le daba una expresión pícaro que a Rebecca le parecía increíblemente sexy. Hundió la cuchara en su porción de helado y cerró los ojos con detenimiento después de metérsela en la boca. Aún le quedaba una gotita de salsa de chocolate pegada al labio y se la lamió.

Rebecca no pudo evitar imaginar cómo se sentiría su lengua sobre su piel desnuda. Sin poder hacer nada para evitarlo, su cuerpo recordaba el beso de Logan con añoranza.

Rápidamente, bajó los ojos a su tarro para dejar de mirarlo.

— ¿Corres a menudo? — le preguntó en un tono completamente inocuo.

— De vez en cuando. Pero también hago ejercicio en el gimnasio porque a menudo trabajo tan tarde que ya está demasiado oscuro para correr.

— Ya veo. — Se rascó la nuca y su camiseta dejó entrever sus bien formados bíceps. Debió de sentirse de maravilla al pasar las manos por sus músculos, probando su dureza, y luego empezar a besarle el torso, primero juguetonamente y luego con más pasión a medida que bajaba por el pecho y el vientre...

¡Maldita sea!

A Rebecca le costaba mucho apartar la mirada del cuerpo de Logan. Todo lo que él hacía despertaba en ella fantasías excitantes. Su boca, su pelo y, sobre todo, sus ojos oscuros y brillantes que ahora la miraban a ella.

— ¿Qué haces ahí? ¿Te ejercitas con pesas? — preguntó él, sin dejar de comer mientras ella apenas lograba dar un bocado. Se lo imaginó en la sala de pesas con el torso desnudo bajo una barra, gotas de sudor en el pecho, jadeos ásperos al empujar la pesa hacia arriba, los músculos tensos aguantando el peso, temblando, estremeciéndose hasta que la barra se estrelló finalmente contra su soporte, acompañada de un gemido ronco que la haría pensar inmediatamente en sexo...

— No, voy a clases . Pilates, abdominales-piernas-glúteos, power yoga, lo que surja. Somos un grupo bastante divertido — respondió con la mayor naturalidad posible .

— Ya veo. Su antebrazo estaba ahora de nuevo sobre la mesa. Pelos oscuros que le llegaban hasta la muñeca. Masculino. El deseo de pasarle los dedos por el brazo y sentir ese cosquilleo excitante de su vello se volvió casi abrumador. Para mantenerse ocupada, tomó una cuchara y se sirvió más helado de vainilla con salsa de chocolate. Sin duda, refrescarse un poco no hacía daño.

Podía imaginarse perfectamente cómo se derretían en su presencia las mujeres que le contrataban. Sobre todo, cuando él también les coqueteaba. Ahora, aquí con ella, ni siquiera hacía eso, se limitaba a comerse su helado mientras hablaban de deportes de forma completamente neutra. Y, sin embargo, ella estaba tan embelesada con él que apenas podía soportarlo.

— Lo intenté una vez con una clase así. Kickboxing. Pero había música. Era un horror. Corrí hacia la derecha cuando todos iban hacia la izquierda, y casi me dan un puñetazo en la nariz por eso. Soy completamente inadecuado para las coreografías — dijo Logan .

Se rio y se pasó la mano por el pelo.

— Quizá sea más para las mujeres — replicó Rebecca —. Ya sabes, la multitarea ha sido más nuestro fuerte desde la Edad de Piedra.

Su pelo debía de oler a gloria y sentirse igual de bien. Por ejemplo, cuando Rebecca se sentaba en su regazo, sus labios seductoramente cerca de su oído, y él le robaba la mente con palabras susurradas. Ella hundía los dedos en los pelos de su cuello para acercarlo, oía sus gemidos, sentía la dura excitación en su pierna y se frotaba contra ella hasta que él no podía más de deseo y la sujetaba con firmeza...

— Debería irme a casa — interrumpió sus propios pensamientos con brusquedad. Aquello ya no era normal. Logan estaba sentado aquí con la naturalidad de un viejo amigo y con temas de conversación igual de informales, mientras que ella ya no podía librarse de sus fantasías eróticas. Tenía que salir de allí. Y rápido. Antes de cometer una estupidez que destruyera la amistad y pusiera en peligro la ayuda prometida por Logan con el spray bucal.

— No es tarde en absoluto. — La miró con sincero asombro.

Rebecca se levantó.

— Ya te he robado bastante tiempo. Incluso los agentes secretos más empedernidos necesitan una ducha caliente y una cama blanda de vez en cuando. Veré qué más puedo averiguar sobre nuestro caso en los próximos días y te mantendré informado.

Se dirigió hacia la puerta y se puso sus zapatillas de correr, que esperaban allí, perfectamente alineadas una junto a otra. Las suyas, por supuesto, estaban desperdigadas junto a otras zapatillas.

Logan la siguió. Se limitó a mirarla, pero no dijo nada. Su expresión era impenetrable.

— Te devolveré la camiseta — dijo Rebecca, cogiendo su camiseta deportiva húmeda en la mano —. Tienes algunas otras y...

— Rebecca — la interrumpió, agarrándola del brazo —. ¿Está todo bien entre nosotros?

Evitó su mirada. El roce de su mano dejó un rastro de llamas en su piel y su olor estaba adormeciendo sus sentidos.

— Por supuesto — susurró ella, incapaz de apartar los ojos de su boca. Los labios bellamente curvados de Logan estaban un poco abiertos, como si se estuvieran preparando para la siguiente cucharada de helado de vainilla. Brillaban tentadores y parecían tan suaves que Rebecca no podía apartar los ojos de ellos.

— ¿Becky? — dijo Logan suavemente, y ese pequeño movimiento de sus labios dio el toque final. Ella se abalanzó hacia él y apretó su boca contra la suya como si no hubiera nada más en el mundo. Le rodeó la espalda con los brazos y apretó su cuerpo contra él. No pudo evitar besarlo

apasionadamente.

Pero Logan no reaccionó.

Sus labios permanecían inmóviles, la boca cerrada, la lengua escondida. Rebecca tuvo que notar que sus músculos se tensaban, preparándolo para defenderse. Incluso sus brazos se quedaron colgando ociosamente en lugar de tirar de Rebecca contra él y arrancarle la camisa. No le devolvió el beso con una sola fibra, sino que permaneció rígido y ajeno como una figura de cera. Rebecca se sintió fatal. Horrorizada por su propio comportamiento, se separó de Logan, sin atreverse a mirarlo a la cara.

Maldita sea, ¿qué estaba haciendo?

Logan había dejado muy claro que no quería una relación amorosa con ella. Y ella se abalanzó sobre él como un voraz gato callejero sobre un plato de atún.

— Lo siento mucho — balbuceó —, no sé qué me ha pasado. Por favor, no te enfades conmigo. Conozco tu historia y te entiendo.

Buscó frenéticamente el pomo de la puerta.

— No te preocupes. — Oyó decir a Logan. Seguía sin poder mirarlo —. No ha pasado nada. Somos y seremos siempre amigos — añadió.

— Exacto. Amigos — repitió Rebecca y abrió de un tirón la puerta del piso.

— Puedo llevarte a casa — sugirió. Pero ella ya estaba bajando furiosa las escaleras exteriores.

— No, tomaré el metro. Adiós, Logan — le dijo sin darse la vuelta. *¡Vete rápido de aquí!*

Con paso inseguro cruzó el patio de *Eddie's Classic Cars* y siguió rápidamente por la calle. El viento nocturno soplaba frío sobre su piel caliente y el ruido de la calle de al lado se convertía en un eco chirriante en sus oídos. Siguió andando y andando.

¿Cómo pudo perder el control de esa manera? Logan debió pensar que estaba completamente loca. Él le había contado de un modo muy íntimo y familiar el trágico accidente que había cambiado su vida, y ella se comportaba como una adolescente enamorada. Sin embargo, su amistad con él era más importante para ella que con cualquier otra persona. Ya no se comprendía a sí misma.

Sin prestar mucha atención, se dirigió al metro, viajó hasta Manhattan y finalmente acabó en su habitación.

El apartamento estaba en silencio, ningún sonido rompía su soledad, ni risas, ni cuerdas de guitarra, ni ruido de platos. Se palpó el labio con el dedo índice y pensó que aún podía sentir la boca completamente inmóvil de Logan. ¡Cuánto rechazo había sentido!

Rebecca abrazó sus rodillas y se acurrucó contra la pared.

Sin embargo, había algo bueno en este encuentro: por fin le había quedado claro que Logan iba en serio con su vida de soltero. Tal vez incluso la ayudara el hecho de haber podido experimentarlo tan claramente. Hasta ahora, siempre había existido esa pequeña chispa de esperanza de que, después de todo, él pudiera sentir algo por ella. Que ella era algo especial y

que él se cuestionaría su decisión en contra de una nueva relación. Pero su cuerpo rígido y la completa falta de reacción a su acercamiento habían dejado muy clara su posición. No había nada más que hacer al respecto. Era un amigo y nada más. Tal vez ni siquiera eso. ¿Qué había pasado realmente entre ellos? Sólo una noche de alcohol, música en vivo, algunas bromas, unos kilómetros corriendo juntos y algunas pequeñas charlas. Ciertamente, había habido temas más profundos, pero surgieron por casualidad. Eso era todo. Nada que lamentar.

Y, sin embargo, el corazón de Rebecca estaba apesadumbrado. Las paredes de su habitación parecían más grises que de costumbre, y el lúgubre olor a gasóleo y asfalto parecía impregnar el lugar a través de la ventana inclinada. Incluso respirar no era tan fácil como de costumbre. La ciudad envolvía el alma de Rebecca como un delantal de plomo y la oprimía contra el suelo.

Apretó la cabeza contra la almohada y ya sabía que esta noche no encontraría el sueño y que, sin duda, la noche se alargaría indefinidamente.

¡Espera!

Se levantó y se sentó erguida. Escuchó el sonido mientras la sangre le corría por los oídos. Otra vez. Un golpe. Claramente audible.

Probablemente uno de los chicos había olvidado su llave, no era la primera vez que ocurría algo así. Pero hoy le había alegrado. No estaría sola y tendría a alguien con quien hablar. Lo necesitaba tanto en aquel momento que se apresuró por el pasillo y abrió la puerta del piso.

Entonces, se quedó inmóvil.

— ¡Logan! — Su voz se escuchó ronca.

Sin explicar su presencia, entró, caminó decidido hacia Rebecca y la empujó contra la pared del pasillo, donde la besó con fuerza. La puerta aún no había caído en la cerradura antes de que Logan apretara sus labios contra los de ella, hambriento, cada vez más exigente, apretando su cuerpo contra el de ella.

— Vamos a probarnos — jadeó en una breve pausa para respirar.

Entonces su boca volvió a encontrar la de ella. La lengua de Logan bailó apasionadamente, acarició la suya, se retiró juguetonamente, para volver a buscar el contacto poco después.

Los pensamientos de Rebecca daban vueltas como si un huracán la hubiera golpeado. ¿Logan la deseaba?

No tuvo tiempo de pensar porque las manos de él recorrían su cuerpo de arriba abajo, volviéndola loca de deseo.

En un último y desesperado arrebato de cordura, empujó a Logan un poco lejos de ella.

— ¿Estás seguro? No quiero que te arrepientas de nada — jadeó .

Su pecho subía y bajaba a un ritmo rápido. Su mirada permanecía anclada en los ojos de ella.

— Sé exactamente por qué estoy aquí, Rebecca. En algún momento, tienes que aceptar el pasado. Y tú eres mi nuevo comienzo.

Volvió a acercar sus labios a los de ella y deslizó las manos bajo su camiseta. Ella se retorció

bajo su tacto, que le hizo arder la piel. Su aliento caliente le rozó la mejilla y sus dedos se introdujeron en su espeso cabello, que parecía sedoso. Sus manos estaban en todas partes a la vez, acariciándola, robándole los sentidos. La fría pared a su espalda era áspera, sus labios más suaves, y esta contradicción creó en ella una tensión insoportable. Sólo con dificultad consiguió liberarse de él durante un breve instante.

— Ven — le murmuró, tomándolo de la mano y tirando de él hacia su habitación. En cuanto estuvieron junto a la cama, Logan se quitó los zapatos sin apartar las manos del cuerpo de Rebecca ni un segundo. Le besó las sienes, la frente, le chupó el lóbulo de la oreja mientras le subía más la camisa. Con un suave movimiento, deslizó la prenda por encima de su cabeza y la llevó hacia la cama. Sin protestar, Rebecca se dejó caer sobre el colchón y se tumbó boca arriba. Él se le echó encima. La sábana estaba fría bajo su piel, pero sus besos, que recorrían su clavícula hasta la base de su pecho, dejaban un rastro como de lava incandescente. Todo su cuerpo ansiaba a Logan, cada célula deseaba sentirlo. Tanto que apenas podía aguantar más la lujuria.

Rebecca buscó a tientas el dobladillo de su camiseta, por fin lo encontró, tiró frenéticamente de él y suspiró cuando su piel desnuda se deslizó sobre la de ella. Hacía tiempo que su mente se había ido, sólo la dominaba el deseo por Logan.

Lo hizo rodar hacia un lado, ella se colocó boca arriba y le pasó la mano lentamente por el pecho. Su pelo oscuro le hacía cosquillas bajo los dedos, una sensación indescriptiblemente excitante. Él gimió suavemente cuando ella le frotó los pezones con la palma de la mano y luego se los llevó a la boca.

— Me estás volviendo loco — jadeó y desabrochó el sujetador de Rebecca con un hábil movimiento. Sus pechos cayeron pesadamente en sus manos, que inmediatamente empezaron a masajearlos. Entonces Logan levantó la cabeza y su boca encontró los pezones para chuparlos. Mientras los recorría suavemente con los dientes, a Rebecca se le escapó un pequeño grito de placer.

La atrajo hacia sí, apretando su trasero contra su cuerpo para que ella sintiera su dura erección. Los besos de Logan se volvieron más exigentes, su respiración se aceleró, sus manos apretaron más fuerte y acariciaron su trasero.

— Quítate la ropa — jadeó, al tiempo que intentaba bajarle los pantalones cortos con una mano.

La piel de Rebecca brillaba con gotas de sudor. Le ayudó a liberarse de las últimas piezas de ropa y, del mismo modo, intentó desabrocharle los botones de los pantalones. Le temblaban tanto los dedos que no podía. Él acudió en su ayuda y dejó caer la cabeza sobre la almohada con un gemido cuando ella logro su objetivo y sus dedos se cerraron en torno a su excitación caliente y dura.

Besó el pecho y el vientre de Logan sin soltarlo de su agarre, mientras las manos de él recorrían

cada vez más rápido su cuerpo, que no era más que tactos preparando una explosión. Su vientre palpitaba de deseo, enviando una oleada lujuriosa tras otra a través de sus entrañas. Si Logan no la tocaba por fin allí, se volvería completamente loca.

Justo cuando estaba a punto de rogarle a Logan que la soltara, él finalmente se quitó los pantalones de las piernas. Con el mismo ágil movimiento, empujó a Rebecca sobre su espalda y quedó encima de ella. Dios mío, ¡lo deseaba tanto! Las palpitaciones de su abdomen se hicieron insoportables, se retorció bajo el cuerpo de él, que seguía apoyado en los codos, y le arañó la espalda con los dedos.

— ¡Tómame! — le suplicó con voz ronca.

Los ojos de Logan encontraron los suyos y se clavaron en ellos. La mantuvo cautiva con la mirada mientras frotaba su virilidad sobre su parte más sensible. Gimiendo de deseo, se aferró a él y se apretó contra él.

Él jadeó y ella sintió una ligera película de sudor en su espalda. Él también la deseaba. Lentamente levantó la pelvis, encontró la posición correcta y se introdujo un poco en el centro palpitante de Rebecca. Ambos gimieron al mismo tiempo. Rebecca lo rodeó con las piernas, deseosa de sentirlo dentro de ella, de que la llenara hasta que se fundieran por completo. Ella marcó el ritmo, lo rodeó con fuerza, se apretó contra él para que la penetrara por completo. Su aliento le rozaba la mejilla y sus gemidos, cada vez más fuertes, la calentaban aún más mientras él seguía su ritmo y se movía dentro de ella. Todo en el interior de Rebecca palpitaba y se estremecía. Arqueó la espalda cuando Logan la penetró con más fuerza. Un temblor recorrió su cuerpo, sus gemidos se hicieron más desenfundados y ella adivinó que él también estaba a punto de llegar al clímax. Rebecca deslizó los brazos bajo los suyos, rodeando su cuerpo con fuerza, apretándose contra él para sentirlo lo más cerca posible. Sin poder evitarlo, la oleada se apoderó de ella, haciéndola estremecerse y retorcerse, enviando sacudidas de electricidad por todo su cuerpo. La respiración de Logan también se hizo más entrecortada y finalmente se desvaneció en un áspero gemido cuando su orgasmo se abatió sobre él casi simultáneamente con el de ella. Una oleada tras otra recorrieron a Rebecca y arañó a Logan, que sintió un violento temblor. Tenía la espalda húmeda de sudor. Su boca encontró la suya y la besó tan apasionadamente que Rebecca apenas podía respirar.

Nunca había sido tan abrumador estar con un hombre. A medida que las olas se calmaban y su respiración se regulaba, pasó las manos con ternura por el pelo de Logan, le acarició el cuello y los hombros. Quería que se quedara dentro de ella todo el tiempo que pudiera. Entonces, Logan se apartó de ella con cuidado para liberarla de su peso, pero permaneció a su lado, con la cabeza en el pliegue de su cuello. Le besó el pelo.

— ¿Qué me estás haciendo? — dijo ella, que por fin había recuperado la voz.

Ella sintió su sonrisa en la piel.

— Te haré feliz — le murmuró —. Al menos ese es el plan.

El calor que esta frase desencadenó en Rebecca fluyó a través de ella como si se sumergiera de cabeza en un baño de dicha. Todo lo negativo desaparecía, el mundo con todas sus preocupaciones se disolvía como la bruma matinal bajo el sol, sólo importaban Logan y ella. Apenas se atrevía a creer en esta felicidad porque todo era aún demasiado nuevo. Y, sin embargo, había una pequeña llama en su pecho que crecía y crecía y le daba tanta confianza que simplemente tenía que brillar.

— Nunca me atreví a esperar que pudieras dar otra oportunidad a una mujer — susurró, pasando el dedo por la curva perfecta de su hombro.

— Bueno, no eres una mujer cualquiera. — Levantó la cabeza y la miró con expresión seria —. Yo tampoco puedo explicarlo. Desde que te fuiste, no pude dejar de verte frente a mí. Esa expresión decidida ante la traición de Quentin. Estás arriesgando todo lo que has construido, sólo porque tu sentido de la justicia así lo quiere. No podía quitármelo de la cabeza. Pero es mucho más que eso. Por ejemplo, la forma en que dudas de ti misma y te cuestionas. O la forma en que ves a la gente, incluso a mí. Nunca conocí a una mujer que estuviera tan interesada en lo que pasaba dentro de mí. Todos los demás sólo hablan de sí mismos. Pero tú... incluso quieres saber qué le pasó a mi familia.

Tuvo que tragar saliva.

— Sólo quiero saber todo sobre ti — dijo en un respiro.

La boca de Logan se curvo en una sonrisa divertida.

— Eso podría ser demasiado de bueno — dijo, besándole la clavícula y tomando suavemente su pecho con la mano.

Rebecca dejó caer la cabeza sobre la almohada y suspiró cómodamente. Si él seguía así, no podía garantizar que ninguno de los dos durmiera esa noche. Por otra parte, dormir estaba terriblemente sobrevalorado.

EL HOMBRE

El blog de los hombres de verdad

Hola hombres,

OK, OK. Tienen razón. Las promesas son para cumplirlas. Así que hablemos de sexo.

Para los que hayan ligado en un bar o discoteca, no hace falta que les diga mucho. Les garantizo que será tan directo que apenas tendrán que hacer nada. Sólo recuerden el estilo Eastwood y manténganse casual. Añadan a eso unos cuantos comentarios que muestren su confianza y todo se arreglará solo. *Quítate la ropa, despacio*, por ejemplo. Luego sólo tienen que ponerse cómodos y observarla. Entonces le hacen sentir que son todo un hombre. Seguro que no será tan difícil.

Algo más difícil es lo que me han escrito varios de ustedes a la vez. "A mi mujer ya no le apetece". O "Ella sólo quiere tener sexo con flores. Sábado por la noche, sin luces, posición del misionero. No acepta otra cosa".

En ese caso, deberían hacer un esfuerzo, chicos. Sedúcela. Pero no de forma grosera, sino manteniéndola al margen de tus intenciones. Por casualidad, tu mano toca su muslo cuando se sienta a tu lado. Y quizás ella sólo imaginaba que le acariciabas casualmente el trasero cuando pasaba por delante de ti. ¿A que sí? Juega con ella. Pregúntale si deberías frotarle la espalda y hazlo lentamente. Luego, cuando esté cómodamente tumbada, levántate y aléjate, dejándola añorando tus manos. Con el tiempo, esto acumula una enorme tensión que acabará por liberar. Con mucho gusto, en la mesa de la cocina. En el coche (donde te alegras de los asientos reclinables). En el ascensor que detienes.

No olvides una cosa: tu mujer no tiene una sola zona erógena, como podrías pensar, concretamente entre las piernas. ¡Sé un poco creativo! Incluso puedes esperar eso de un chico. Masajea sus pechos, mordisquea el lóbulo de su oreja, ¡bésala de verdad! Y utiliza tus sentidos, porque su respiración y sus suspiros te dirán lo que le gusta realmente. Y luego hazme otro favor: no te limites a sentir solo tu placer, ¡asegúrate también de que se produce el clímax femenino!

[Sí, Jasper, ya te veo levantando el dedo para anunciarte. Te lo explicaré cara a cara. Mi número de móvil te llegará en un mensaje aparte, y entonces concertaremos por fin una cita]

¿Todas las aclaraciones resueltas, hombres? Si no, ¡escríbeme en el blog! Recientemente, incluso un fabricante de preservativos ha reservado publicidad aquí, bueno, ¡si eso no es una señal para ti!

¡Vamos, señoritas!

EL HOMBRE

10. Tarta de queso y caramelo Chatter

Los rayos del sol ya habían bañado la habitación con una luz brillante cuando Rebecca se despertó. Se tumbó de lado y sintió el cálido cuerpo de Logan contra su espalda. Tenía la mano sobre su cadera y respiraba con regularidad. Con mucho cuidado, se giró hacia un lado y lo miró. Tenía las facciones relajadas y un mechón descarado le caía sobre la frente. Una marcada barba creciente adornaba su anguloso mentón y sus labios estaban ligeramente abiertos, lo que despertó de inmediato en Rebecca el deseo de besarlos. Pero se contuvo, no quería despertar a Logan. Prefirió acurrucarse un poco más junto a él y seguir viéndolo dormir. Cuando su boca se movió de repente, ella se estremeció ligeramente.

— Apuesto a que ahora mismo estás admirando mi belleza matutina — dijo él, aún con los ojos cerrados. Una sonrisa burlona se dibujó en su boca.

Riéndose, Rebecca le sacó la almohada de debajo de la cabeza y se la estampó contra el pecho.

— ¡Hombre engreído! — gritó —. Realmente me pregunto por qué te he dejado pasar la noche aquí.

— Porque eres tan esclava mía como yo soy de ti — respondió, tomándola del brazo y atrayéndola hacia él. Luego le selló la boca con un beso de buenos días sin igual.

Cuando volvió a separarse de ella y ella lo miró sin aliento, él trazó muy suavemente la línea de su ceja con el dedo.

— Me gusta despertarme a tu lado, Becky — le dijo con voz de chocolate negro derretido.

Rebecca asimiló el momento profundamente y se hundió en la cálida sonrisa de Logan. En algún momento después, se incorporó.

— ¿Sabes qué? — dijo alegremente —. Vamos a salir a desayunar. Y en un lugar que garantiza ser el paraíso para tus gustos golosos.

— ¿Una fuente de chocolate en la que pueda sumergirte y luego lamerte? — sonrió.

— Casi. Probablemente me quede vestida después de todo. Pero tengo que admitirlo: Me gustan tus fantasías. Con un poco de suerte, te presentaré a una mujer que se parece mucho a ti. Pues, al menos en cuanto a la combinación de sexo y chocolate.

Ella lo miró con interés.

— Suena excitante. ¿No tienes miedo de que te cambie por ella? ¿O ya está comprometida?

Rebecca tuvo que reprimir una risita.

— Que yo sepa, está disponible. Pero no dudo de tu fidelidad, mi querido Logan.

Se inclinó hasta que su boca estuvo muy cerca de su oreja.

— No tienes por qué hacerlo — le susurró, creando en su piel ese excitante cosquilleo que acabaría por impedirle ir a *Pastry Passion*. Rebecca se levantó rápidamente.

— Me daré una ducha rápida y nos iremos — anunció, saliendo de su habitación a

regañadientes y caminando hacia el cuarto de baño.

Media hora después, mientras caminaba junto a Logan por la calle 16, seguía sin creerse que él quisiera estar con ella. Todo era completamente irreal: que la mirara con esa mirada que prometía algo más que afecto. Que la tomará de la mano con naturalidad. Que esta mañana hablara con ella de la misión de Quentin, lleno de interés y entusiasmo.

Cuando llegaron a la pastelería, Rebecca abrió la puerta de un empujón. Delante de ellos había dos clientes en el mostrador que estaban siendo atendidos por Emilia.

— ¿Es ésta la señora que quieres que conozca? — dijo Logan, observando con entusiasmo cómo metía bombones en una caja morada —. Bueno, podría volverme débil por ella. Sólo por los dulces, claro.

— Lo siento, Emilia ya está comprometida. Su pariente es la que pensé para ti, incluso puede tener información importante para nosotros. Su nombre es Violetta.

— Parece ser una mujer hermosa — respondió, guiñándole un ojo a Rebecca.

No recordaba haberse sentido tan despreocupada en su vida. También se había llevado bien con Frederic o Joshua, pero eso había sido a un nivel más racional. Encontraron puntos en común, se conocieron, estuvieron oficialmente juntos en algún momento. Pero con ninguno de sus novios anteriores se le había erizado la piel cuando él pronunciaba su nombre, o había anhelado el más leve roce o había sido capaz de sumergirse en sus ojos oscuros durante minutos seguidos. Todo eso sólo ocurría con Logan.

— Hola Rebecca — la saludó Emilia después de que los otros clientes hubieran salido de la tienda, sonriendo amablemente —. ¿Has traído refuerzos hoy?

— Exacto. Porque Logan ama todas las cosas dulces. Y pensé que este era el lugar adecuado para él.

— ¡Por supuesto! — confirmó Logan e inmediatamente se acercó al mostrador —. ¿Esta tarta de queso tiene corteza de caramelo? — preguntó, fascinado, sin mirar realmente a Emilia. Las delicias, sobre todo con el estómago vacío, eran probablemente más apetecibles que la italiana, que en realidad era igual de agradable para la vista.

— Esta es mi Tarta de Queso con Caramelo y Crujiente de Almendras. También tengo Muffins de Arándanos, varias Tartas de Manzana y Nudos de Canela frescos — explicó .

— ¡Guau! — Se notaba en la cara de Logan que se le hacía agua la boca.

— Puedo cortar los trozos por la mitad para ti, así cada uno podrá probarlos todos — sugirió la pastelera emprendedora —. ¿Un capuchino también?

— Un expreso para mí — decidió Rebecca —. Y una empanada de queso.

Logan hizo un pedido más sustancioso y luego se unió a Rebecca en la mesa alta que se encontraba en una esquina.

Emilia también se preparó un café, pero sólo un latte macchiato con leche extra.

— Una mujer italiana no puede prescindir del café ni siquiera durante el embarazo, ¿verdad?

— preguntó Rebecca.

La mujer sonrió.

— El médico dice que no pasa nada. Después de todo, tiene mucho calcio. Y, de todas formas, estoy muy bien.

La mirada de Logan, que hasta ahora había estado embelesada con su tarta de queso y caramelo, se volvió hacia Emilia.

— ¿Cuántos meses llevas?

— Vigésima semana. — Se acarició involuntariamente la panza.

— Entonces estoy seguro de que pronto sentirás las primeras patadas — declaró con entusiasmo —. Estoy seguro de que es algo grandioso.

Rebecca lo miró sorprendida.

— No sabía que eras comadrona a tiempo parcial.

— Tengo muchos talentos, Becky. — Rompió un trozo de tarta con el tenedor y lo acercó a la boca de Rebecca —. Pruébalo. Un sueño, ¿verdad?

Obedientemente, se comió el pastel, que era realmente una explosión de sabor. Se alegró de que Logan también se mostrara tan relajado con ella, como si hubieran sido pareja durante años y no sólo unas horas.

Se volvió hacia Emilia.

— Nuestra recepcionista del taller fue mamá el mes pasado y nos mantuvo al día de todo. No sólo nos informaba de los nuevos trabajos de reparación, sino también de los dolores de parto y de la moda premamá. Entre unas cosas y otras, casi temía que nos arrastrara también a nosotros, los untados de aceite, a la sala de partos.

Emilia se rio.

— Yo tengo el problema inverso. Me gustaría que sólo estuviera conmigo Richard, el padre del niño, pero Violetta insiste en venir también. No sé cómo disuadirla.

Al oír el nombre de Violetta, Logan escuchó atento. Sonriendo para sus adentros, Rebecca miró a la pastelera.

— ¿Supongo que ella no está en la tienda hoy?

— En realidad, debería aparecer en cualquier momento para relevarme. Richard y yo queremos elegir muebles para el cuarto del bebé. Pronto me mudaré con él.

Rebecca estaba a punto de hacer una pregunta cuando sonó el teléfono móvil de Logan. Lo sacó y miró el número de quien llamaba. Obviamente no lo sabía, porque sus cejas se fruncieron.

Me pregunto si sería una de las mujeres que le contrataron como acompañante. La idea de que estuviera viendo a tantas mujeres no le gustaba nada a Rebecca. Pero probablemente tendría que acostumbrarse.

— Habla Logan Rodríguez — contestó. Cuando oyó la voz del hombre al otro lado de la línea, su expresión se iluminó —. Sí, claro, Jasper, estás en el lugar correcto. Gracias por llamar.

Hizo una señal con la mano para indicar que quería salir a hacer otra llamada. Mientras tanto, Rebecca hablaba con Emilia de la mudanza y de los planes a futuro para *Pastry Passion*, que, en cualquier caso, continuarían.

— ¡Mamma mia! — Se oyó de repente desde la puerta.

Violetta había entrado, como siempre con un traje extremadamente colorido, y se llevaba la mano teatralmente al pecho.

— ¿Qué pasa, tía? — Emilia se acercó a ella y la saludó con besos en ambas mejillas.

— ¡Ese hombre de ahí fuera! — gritó, volviéndose hacia el mostrador —. Es un verdadero Adonis. ¡Bellísimo! Desgraciadamente está al teléfono, si no habría empezado a charlar con él. Nunca se sabe adónde puede llevar eso, ¿verdad?

Le guiñó un ojo conspiradoramente a su sobrina nieta.

— ¿No crees que es demasiado joven para ti? — reflexionó Emilia.

— Oh, que así sea. — Violetta hizo un gesto desdeñoso con la mano —. Eso no se notaría entonces. Estoy segura de que es italiano. Sí, seguro que lo es. ¡Con esos ojos! Dentro de un momento entrará y querrá un Bomboloni. Y seguro que se llama Alessandro, Emanuele o Francesco — dijo entusiasmada.

Emilia y Rebecca se miraron y soltaron risitas como niñas pequeñas. Antes de que Violetta pudiera preguntarles qué les hacía tanta gracia, se abrió la puerta.

— Logan, te presento a Violetta — dijo Rebecca con una sonrisa.

Sus facciones se fueron por un instante, pero luego se controló y sonrió amablemente a la anciana.

— ¿Así que tú eres Violetta? He oído hablar mucho de ti.

Obviamente encantada de conocerle, le estrechó la mano y lo miró profundamente a los ojos.

— ¿Y de verdad no eres de Roma, o al menos de un suburbio como Verona o Milán?

— La familia de mi padre es de Puerto Rico. ¿Eso se aplica? — le guiñó un ojo como si estuviera coqueteando con ella.

Violetta estaba completamente fascinada con él.

— Los países latinos son prácticamente una colonia italiana — confirmó.

Afortunadamente, aceptó que Logan se pusiera al lado de Rebecca sin un visible ataque de celos, acariciándole brevemente el hombro.

El timbre de la puerta anunció la llegada de un nuevo cliente, una elegante dama de la alta sociedad. Violetta quiso salir corriendo a atender a la señora, pero Emilia la contuvo. — Yo misma atenderé a la Sra. Hannigan-Flynn, Vio.

— ¡Pero deberías descansar un poco, Bella! — Se podía oír claramente la preocupación en la voz de Violetta —. Llevas levantada desde primera hora de la mañana. Y no has estado bebiendo café expreso, espero.

— Me sentaré un rato justo después de esto. ¿Por qué no le haces compañía a Rebecca y Logan

mientras tanto, va bene? — Emilia fue detrás del mostrador y preguntó amistosamente a la señora de los tacones qué quería ordenar.

Violetta, por su parte, se inclinó conspiradoramente hacia Rebecca.

— ¿Lo probaste con las barritas de chocolate? — quiso saber y entrecerró los ojos hacia Logan, que fingió no escuchar su conversación.

— Todavía no. — Tuvo que confesar Rebecca —. Pero estoy segura de que lo disfrutará mucho.

— ¡Por supuesto! — La anciana sonrió.

Era hora de llegar por fin al verdadero motivo de la visita.

— Imagínate, Violetta. Mi querido Logan no cree que estés haciendo apuestas sobre mi jefe en el juzgado — empezó .

— ¡Oh, sí! — le confirmó inmediatamente —. De hecho, voy bastante a menudo. Sobre todo, en invierno, cuando no hay mucho más que hacer en Nueva York. Pero sólo vamos a los casos que atiende Quentin.

— Entonces le conoces muy bien. Sólo lo conocí brevemente y me pareció muy extraño que se echara spray bucal en la garganta tan a menudo. ¡Incluso en el restaurante! — dijo Logan .

Violetta asintió.

— Siempre lo hace. Incluso en la sala del tribunal.

— ¿Incluso en medio del interrogatorio de los testigos? — inquirió Logan.

— Sí, allí también.

— ¡Ves! — Rebecca se volvió hacia Logan con fingida indignación —. Y no me creías cuando te decía que incluso estaba empañando a la gente con eso. Menos mal que Violetta lo confirma.

— Oh, sí — dijo esta última, visiblemente complacida por su importancia en la conversación —. Sobre todo, en los interrogatorios, siempre lo rocía. Myra incluso bromeó el otro día diciendo que los testigos estaban tan confusos por el olor a menta. Pero eso son tonterías, claro.

— Claro — coincidieron Rebecca y Logan.

De repente, la expresión del rostro de Violetta cambió.

— ¿Por qué es esto importante? — preguntó, mirando críticamente de uno a otro.

— Oh, por nada — se apresuró a replicar Rebecca —. solo porque estábamos hablando de ello.

— Sí, exactamente — señaló también Logan —. Era una especie de juego mental. Le sugerí a Becky que por qué no llevaba gotas noqueadoras a su próxima cita en el juzgado y las mezclaba en el agua de los testigos si no se sinceraban — se rio a carcajadas.

Violetta negó con la cabeza.

— Eso no funcionaría porque la mayoría de los testigos no beben nada. Y nunca se podría confiar en ello.

— ¡Ya lo tengo! — exclamó Logan, radiante —. ¡Podrías preparar bombones y repartirlos entre los testigos de la acusación cuando están en el pasillo!

La mirada de Violetta le hizo pensar que, después de todo, el atractivo Logan casi italiano era, por desgracia, lo único que estaba bien con el muchacho.

— Carissimo, ¿por qué no usas esa bonita cabeza que tienes? ¿Aceptarías algo comestible de la otra parte como testigo? Nadie hace eso.

— Cierto. — Logan se dio un golpecito en la cabeza con la mano.

Un nuevo cliente entró en la pastelería y Violetta se dispuso a ayudar a su sobrina nieta. Al pasar, le susurró a Rebecca.

— ¡No te olvides de las chocolatinas que se derriten cuando haces el amor! Lo volverá loco.

Sonriendo, Rebecca terminó su expreso y salió de la tienda con Logan.

— ¿He oído bien? ¿Una abuelita italiana dándote consejos sexuales? — preguntó en cuanto estuvieron fuera .

— En primer lugar, es una tía abuela, no una abuela. Y, segundo, creo que se puede aprender mucho de la buena Violetta en ese sentido.

Parecía un poco escéptico.

— Después de todo, ella nos ayudó mucho con Quentin. Sonaba muy convincente. Parece que hay algo en la teoría del spray bucal, por improbable que parezca — dijo con voz seria .

Asintió pensativa:

— ¿Pero de dónde saca el material? Tendría que ser algún tipo de producción especial.

— ¿Tienes algún cliente especializado en este tipo de cosas? — Logan se había detenido en medio de la acera y miró a Rebecca.

— No que yo sepa — reanudaron la marcha.

De repente, Rebecca le agarró por el brazo.

— ¡Roger Banks! — dijo casi gritando.

— ¿Quién demonios es ese?

Dudó un momento. Había escuchado el nombre en una situación muy comprometida y, por supuesto, no quería admitirlo.

— Quentin mencionó una vez de pasada que su mujer y Banks eran las únicas personas que tenían línea directa con su despacho. Así que este tipo Banks es importante para él. Pero no me he cruzado con él como cliente en ninguna reunión.

— ¿Puedes averiguar algo sobre él?

Ella sonrió.

— Por supuesto, Watson. Me ocuparé de ello el lunes a primera hora.

Logan levantó la mano y le acarició suavemente la mejilla.

— Ten cuidado, Becky. No es seguro hurgar así en un nido de avispas. — Su mirada y tacto desprendían tanta calidez que a Rebecca le flaquearon las rodillas.

— Tendré cuidado — respondió ella.

Miró su reloj.

— Debería irme. Después de todo, hoy tengo otra cita con tu jefe. Todavía queda trabajo por hacer en la caja. — Siguieron caminando hasta llegar a su coche, que estaba aparcado al lado de la carretera frente al edificio de apartamentos de Rebecca.

— Intenta robar el spray bucal de Quentin — sugirió Rebecca.

— ¿Crees que soy estúpido? Ese es exactamente mi plan. Pero no estoy seguro de que tenga la cosa con él en privado. Estaré al tanto — dijo .

Se acercó y le rodeó la espalda con los brazos.

— En cualquier caso, diviértete con el coche — le susurró. Despedirse de él le dolía casi físicamente.

— Preferiría pasar el día contigo — le susurró al oído y luego le mordisqueó el lóbulo de la oreja —. Sobre todo, si probamos cualquier cosa con esas misteriosas chocolatinas.

La nostalgia por él era casi insoportable, pero no sirvió de nada. Tenía que irse.

— Ya has oído a Violetta. Te volverá loco — le recordó .

Tomó su cabeza entre las manos y la besó tan íntimamente que ella apenas podía esperar a experimentar pronto un poco de frenesí con él.

— ¡Estaremos en contacto, Becky!

Se volvió, se despidió con un gesto de la mano y subió a su coche. Poco después, dobló la esquina y desapareció de su campo de visión. Rebecca se quedó mirando la calle durante un buen rato, intentando luchar contra el impulso de salir corriendo tras Logan.

En algún momento después, se dio la vuelta y subió tranquila las escaleras de su edificio. Pensar en Logan la hacía sentir como si estuviera flotando. Él la había elegido para volver a intentar una relación. La idea era hermosa, pero también un poco aterradora. ¿Seguiría comparándola con Shelley y acabaría decepcionándolo? ¿Podría incluso sustituir al único gran amor por otra persona?

Pensativa, abrió la puerta del apartamento. Sintió que había salido catapultada de su vida anterior y que estaba dando vueltas en una película. Quentin era un fraude, su carrera de abogada estaba en peligro, su visión del mundo se había ido al garete. Además, Logan, ese hombre maravilloso, viril y tierno que realmente mostraba interés por ella. Era demasiado para asimilarlo. Se sentía como en un sueño y tenía miedo de despertar. Todo era completamente irreal.

— ¡Bienvenida, bella dama! — la saludó Jamie, radiante como una bombilla de cien vatios. ¡Y a esta hora del día! Aún no era mediodía, lo que normalmente significaba que apenas podía mover la boca.

— ¿Qué ha pasado contigo? — preguntó sorprendida Rebecca —. ¿Te han cambiado el reloj interno de modo músico a mortal corriente?

— Acabo de llegar de otra casa — explicó, sonriendo significativamente — . La de una mujer. ¿Y te digo una cosa? Ha ido muy bien. Una vez que sabes cómo funciona, en realidad no es difícil.

Ella frunció el ceño.

— ¿No me vas a decir en serio que hasta ahora eras virgen y no sabías nada de abejas y flores?

No se lo creía en absoluto. A menudo los había escuchado a él y a Mo ligar después de los conciertos. E imaginó que también había escuchado de vez en cuando el crujido de una cama en su habitación.

— Tonterías. No me refiero a eso. Pero siempre tuve que trabajar duro para conseguirlo.

— ¿Y ahora no? — Rebecca lo miró atentamente. ¿Estaba ya borracho a estas horas? ¿O todavía no se había recuperado de ayer?

Cruzó los brazos delante del pecho y se quedó con las piernas abiertas.

— Solo tienes que ser el hombre de verdad y las damas caerán rendidas a tus pies — declaró con convicción.

— Ah, ¿sí? Todo lo que necesitas es tu arco para poder herir a algunos jefes indios. ¿De dónde sacaste esa tontería? ¿Acaso fue Mo?

Jamie era el más tímido de los dos. Hasta ahora siempre había sido Mo quien conseguía chicas. ¿Y ahora de repente se presentaba como el rey de todos los machos? Eso era divertidísimo. Ninguna mujer del mundo se dejaría impresionar por semejantes comentarios. Al menos eso esperaba Rebecca.

— De EL HOMBRE. Es un profesional y comparte sus consejos con nosotros. Es increíble lo bien que me va gracia a él — Jamie estaba inusualmente seguro de sí mismo, lo que la hizo reflexionar. ¿Debería algo así tener realmente efecto en las mujeres?

— Sin embargo, necesito un coche nuevo — dijo.

— ¿Y eso por qué? Tu Reggaemovil sigue funcionando bastante bien.

— Sí, pero con las pegatinas de colores y la pintura amarilla, da vergüenza. Quiero algo masculino.

— ¿Un camión? ¿O un cortagramas? — Rebecca se rio. Los hombres a veces eran como niños grandes. Necesitaban juguetes e imaginaban cosas divertidas —. Será mejor que me tome algo fresco, me estoy acalorando de estar en el pasillo contigo — bromeó y desapareció en la cocina. No había ninguna posibilidad de aburrirse con sus extraños compañeros de apartamento. De momento, encendería el portátil e iría en busca de información sobre Roger Banks... Si conseguía no pensar en Logan ni un minuto.

*

El lunes por la mañana, Rebecca esperaba pacientemente una hora conveniente para ir al registro

civil. Su búsqueda en Internet le había revelado que Banks era propietario de una empresa farmacéutica. Ahora tenía que averiguar en qué asuntos le representaba Quentin. Estaba claro que existía una relación entre ambos. Normalmente, los secretarios llevaban los expedientes a los abogados, pero como Rebecca seguía siendo bastante nueva, no se notaría si iba ella misma al registro. Llevó una carpeta bajo el brazo a modo de camuflaje. En cuanto estuvo dentro, cerró la puerta tras de sí. El sistema de archivo era, por supuesto, extremadamente preciso. Emocionada, Rebecca se dirigió al armario y sacó el compartimento con la letra "B". Incluso llevaba el teléfono móvil en el bolsillo de la falda para poder fotografiar los documentos como en las películas de James Bond. Con los dedos ligeramente temblorosos, revisó los expedientes.

— Babinsky, Bammons, Bangolfson — murmuró concentrada. Luego pasó a Banolo. Ningún archivo con el nombre Banks. Para estar segura, buscó en todos los archivos B, pero no había nada sobre alguna empresa farmacéutica.

— Quizá Quentin esté trabajando en ello ahora — pensó medio en voz alta. En ese caso, habría que introducir el expediente que faltaba en un formulario colgado en la puerta. También lo comprobó. Error.

Rebecca volvió a su despacho, pensativa. Le habría encantado saber qué hacían juntos Banks y Quentin. Aún quedaba una posibilidad: el resumen anual de honorarios. Se trataba de una gruesa lista en la que figuraban todas las incidencias. Por desgracia, estaba en el armario, justo detrás de las secretarias. Así que Rebecca tuvo que esperar hasta última hora de la tarde, cuando sólo una de las asistentes seguía allí. Al fin y al cabo, a las señoras no les gustaba que la gente hurgara en sus archivos. Cuando la secretaria llamó al señor Piddlefield, Rebecca encontró su oportunidad. Se dirigió al armario y sacó la carpeta, que hojeó apresuradamente.

— Señorita Miller, le habría ayudado a buscar lo que necesitaba — se indignó la secretaria, que había regresado demasiado deprisa.

— No quería ocuparte. Es sólo un vistazo, porque ya no estaba segura del pago de los honorarios. Un cliente me lo había pedido. Pero ya he encontrado lo que necesito.

Rápidamente empujó la carpeta hacia atrás y se metió en su despacho, donde se sumió en profundas reflexiones. Aquí había gato encerrado. Pero le dio una buena razón para llamar a Logan más tarde y organizar una reunión informativa sobre la misión. Sólo con eso ya estaba de buen humor.

A primera hora de la tarde, se sentó junto a Logan en su sofá e intentó no distraerse con sus caricias. No era fácil concentrarse en el computador que tenía en el regazo cuando los dedos de Logan acariciaban su cuello tan maravillosamente o se metían bajo el cuello de su camisa.

— Ni Banks Pharmaceuticals ni Roger Banks como individuo existen en nuestra oficina — resumió —. Pero no creo que Quentin sea sólo un buen amigo suyo y por eso tiene su teléfono.

— ¿Qué tipo de pastillas fabrica la empresa? — preguntó Logan.

Hizo clic en la página de inicio y comprobó los productos más de cerca.

— ¡Vaya, vaya! — silbó Logan entre dientes —. La empresa es pionera en lo que se refiere a aerosoles. Fabrican de todo, desde aerosoles nasales hasta medicamentos para el asma. Y mira esto — señaló con el dedo.

Rebecca lo leyó en voz alta.

— Olvídense de las inyecciones y las pastillas para el shock alérgico. Gracias a nuestros sprays, usted como paciente tiene la ventaja de que el principio activo es absorbido inmediatamente por el organismo. Nuestro departamento de investigación también está trabajando en remedios para los ataques de pánico, las fobias y la epilepsia. — Rebecca miró a Logan —. ¡Fármacos psicotrópicos en forma de spray! Eso explica muchas cosas, ¿no?

El asintió y se frotó la barbilla.

— Tenemos que conseguir uno de sus sprays bucales y echarle un vistazo más de cerca. Parece hecho especialmente para él. Por desgracia, no pude ver mucho a Quentin mientras arreglaba el coche. Su mujer me trajo algo de beber, pero no tuve ninguna oportunidad de ponerle las manos encima. Además, estoy seguro de que se daría cuenta si de repente desapareciera.

Rebecca asintió.

— Quizá tengamos que tomar un camino completamente distinto y demostrar el fraude directamente ante un tribunal. Lo mejor será llevar un registro preciso de las declaraciones de los testigos antes y después del uso del spray bucal. Así podré presentarlo más tarde ante un juez. En mi caso, por supuesto, salta a la vista cuando ando por el despacho. Pero ¿quizá pueda tomarse una hora extra de vez en cuando y sentarse en el banco de atrás?

— ¡No! — Su voz fue cortante —. No voy a entrar en un juzgado. Jamás. — Una arruga amarga se clavó en su frente.

Ahora Rebecca recordaba el asunto de la casa de sus padres. Él ya le había hablado de su aversión a los tribunales.

— Es cierto — dijo ella, mirándole con disculpa —. No lo había pensado en el calor del momento. Lo siento.

Siguieron reflexionando juntos sobre lo que podían hacer.

— No estoy segura de si guarda el spray bucal en el bolsillo de su saco todo el tiempo — reflexionó Rebecca en voz alta —. Me parece que no siempre está abultado.

— Eso significa que debe tenerlo en su oficina — concluyó Logan —. Y ciertamente no va a estar en su escritorio. ¿Tiene una caja fuerte?

Sólo entonces se le ocurrió algo.

— No, no lo hizo. Pero acabo de recordar que una vez cerró con llave su aparador cuando nos preparábamos para ir al juzgado. Aún me preguntaba por qué lo cerró en pleno día. Normalmente sólo lo hace por la noche. Y volvimos justo después.

— Tenemos que conseguirlo, Becky.

— ¿Cómo lo podría hacer? No puedo romper la cerradura.

Logan pensó un momento.

— Tenemos una oportunidad muy pequeña. Pero la misión no está exenta de peligro.

— ¡Cuéntalo!

Cogió el computador de su regazo, se volvió hacia ella y la miró profundamente a los ojos.

— Quentin quiere pintar su Chevy. Es algo complicado, tienes que hacer coincidir los colores exactamente y mezclarlos con cuidado. No se puede hacer en poco tiempo. Le prometí a Quentin que le enseñaría muestras de pintura. Supongo que se los llevaría a su casa para el siguiente encargo de fin de semana — le explicó.

— ¿Pero tienes algo más en mente?

— Exacto, Sherlock — asintió con la cabeza hacia Rebecca —. Iré a su despacho. Aunque tienes que mirar el barniz a la luz del sol, o el efecto se distorsionará.

Ella jadeó.

— ¿Vas a sorprenderlo con dos guardabarros y arrastrarlo a la calle donde hay mucha luz?

— Exacto. Y tú ve a su despacho durante este tiempo y mira qué tesoros tiene escondidos en su aparador.

Rebecca se acaloró y se enfrió al mismo tiempo ante esta idea.

— ¡Si Randolph me descubre en el despacho de Quentin, estoy muerta!

— Sólo necesitas una buena excusa para lo que estás haciendo allí.

— ¿Y cuál es esa excusa?

Se echó a reír.

— No tengo ni idea. Pero ahora mismo tengo que hacer algo para aliviarte. Me pareces muy tensa.

Su mano se posó en el hombro de ella y empezó a acariciarlo suavemente.

Rebecca suspiró reconfortada. Logan tenía razón. Aún había tiempo para planear. Ahora tocaba alejarse de la estresante vida de un agente secreto. Después de todo, 007 ya había hecho eso con sus chicas, así que no podía estar mal.

EL HOMBRE

El blog de los hombres de verdad

Hola hombres,

¡Qué locura! Desde que empecé a hablar de sexo, el número de suscriptores se ha disparado. Pero, chicos, ¡mantengan la cabeza fría incluso en el calor del momento y no olviden ponerse el preservativo! Como pueden ver en el anuncio de abajo, "All night long" ofrece preservativos de varios tamaños, diseños y sabores. Recomiendo encarecidamente la combinación de Piña Colada y nubs.

Pero para que no te dé mucho calor y te caigas encima de las mujeres que te rodean, hoy les daré un descanso a las señoras y a tu mejor pieza. Hablemos de deporte.

Un amigo mío es arrastrado regularmente al gimnasio por su nuevo amor. Eso no sería un problema en sí mismo si él estuviera bombeando en las máquinas o jadeando en la cinta de correr. Pero ella le ha regalado un conjunto de fitness "sexy" en amarillo neón para parejas, una especie de pelele ajustado con las piernas cortas, y ahora tiene que acompañarla a Zumba, step aeróbic y Pilates. En serio, hombres: ¿un tipo que ensaya seriamente pasos de salsa, mueve el culo como un ánade real en celo y aúlla al ritmo de los números de Jennifer López? Eso no es muy masculino.

No creo que debemos dejar que nadie nos diga lo que tenemos que hacer cuando se trata de deporte. Una camiseta gris vieja y unos pantalones cortos negros son suficientes para un conjunto. Si ves manchas de sudor, sólo significa que alguien se ha esforzado. Eso es masculino y no es vergonzoso.

Me gusta correr por el puente de Brooklyn, es algo estupendo para hacer por la tarde. Deberían probarlo alguna vez. Se ven corredores con todo tipo de ropa deportiva, algunos con equipos de alta tecnología y caras de perros. Pero ¿al lado de quién crees que prefieren correr las chicas? Al lado de hombres normales, sin florituras, bebida energética ni pulsómetro con pantalla del Dow Jones. Sé desenfadado, atrévete a sonreírle y puede que te dé un masaje en las piernas después de correr. O donde tú quieras que use sus manos.

Por cierto, no hace falta ser un musculoso totalmente entrenado. Incluso con unos kilos de más, que empaquetas con humor en vez de con un mono de ciclismo de cuerpo entero, tienes posibilidades con las chicas.

Así que, en bañador, en bici y al parque.

[@Jasper: Me doy cuenta de que en Europa se usan estas cosas diminutas para nadar. Pero estamos en Estados Unidos. ¡Y aquí parece otra cosa! Así que tira a la basura ese tanga de cebra a rayas que te trajo tu suegra de su viaje a Italia y cómprate un bañador decente con un tejido decente. De lo contrario, podría ser peligroso agacharse a por el jabón en la ducha]

Saludos deportivos y hasta pronto,
EL HOMBRE

11. Taza rota, suerte rota

Rebecca tenía las manos húmedas. Sabía que Logan estaba estacionado en algún lugar de la planta baja, esperando para entregar a Quentin dos paneles de coche recién pintados. Habían acordado que justo antes de comer era el mejor momento. De antemano, Rebecca había comprobado que en el calendario de Quentin no hubiera citas con el juzgado ni con clientes. De vez en cuando se arrastraba por el pasillo y se asomaba casualmente a su despacho.

Ahora parecía un buen momento. Con dedos temblorosos, tecleó un mensaje en su teléfono móvil.

— ¡Misión de lanzamiento!

Escuchó tensa, sabiendo que Logan llamaría a Quentin en un momento para hacerle creer que estaba cerca y tenía las muestras de pintura en el coche.

Rebecca se levantó de su escritorio y se acercó a la puerta, que estaba un poco abierta. Así podía oír mejor los pasos de su jefe. En el armario tenía preparada una bolsita de *Pastry Passion*, porque necesitaba una excusa para ir al despacho de Quentin. Si alguien la descubría, podría decir que sólo quería ponerle un Bomboloni en la mesa.

Contuvo la respiración. Sin duda era sus pasos seguros los que estaba oyendo. Ahora era su voz distintiva avisando a las secretarias.

— Saldré un momento.

Con el corazón latiéndole con fuerza, Rebecca sacó la bolsa del armario, esperó a que no hubiera moros en la costa y entró en el despacho de Quentin. A pesar del aire acondicionado, sintió tanto calor como en una sauna mientras miraba a su alrededor. Primero había que ocuparse de la coartada. Colocó el pastel que había traído junto a la pantalla del computador. Luego se dirigió apresuradamente al aparador. Lo tenía muy claro: Quentin guardaba allí los sprays bucales y seguramente también documentos sobre la empresa de Banks.

Casi se le sale el corazón del pecho cuando se inclina y mete dos dedos en el hueco para abrir el dispositivo deslizante. No ocurrió nada. Rebecca sacudió con más insistencia, pero la puerta no se movió ni un milímetro. ¿Quizá estaba atascada? Empujó y tiró con todas sus fuerzas, pero el aparador no se abría. Estaba cerrado. *Mierda*.

No podía llegar más lejos. Se volvió hacia el escritorio, sacó los cajones, levantó algunas hojas. Pero no había nada. Ningún spray bucal, ningún archivo, ninguna prueba.

¡*Maldita sea!*

Escuchó pasos en el pasillo, se acercaban. ¿Ya había vuelto Quentin? Se quedó mirando la puerta con la respiración contenida. Pero quienquiera que pasara por allí tenía otro destino.

Ya era hora de ponerse a salvo. Apresuradamente, Rebecca se dirigió a la puerta, esperó un

momento de tranquilidad y se escabulló del despacho.

¡Uf, justo a tiempo!

Pero, por desgracia, la misión cuidadosamente planeada quedó en nada. Estaba segura de que encontraría todo lo importante en el aparador.

Decepcionada, se dejó caer en la silla junto a su escritorio. No tenía ni idea de qué hacer a continuación. Por desgracia, esta noche no podría hablar con Logan, que había quedado con unos amigos para jugar al baloncesto y luego hacer una barbacoa. Mañana y pasado mañana estaría en un curso de formación en Boston, así que Logan y ella no volverían a verse hasta el fin de semana. Pero entonces habría tiempo de hacer nuevos planes para condenar a Quentin Armadon por mentiroso.

— ¿Qué haces? — Una voz la sacó de sus pensamientos.

Rebecca dio un respingo cuando su jefe entró de repente en el despacho, con las cejas fruncidas.

— ¿El postre es tuyo? — le espetó.

— Sí — admitió Rebecca y tuvo que tragar saliva —. Lo compré en *Pastry Passion* y pensé que te gustaría.

— ¡Estuviste en mi despacho! — tronó la voz de Quentin —. ¡Eso me ofende! ¡Nadie entra en mi despacho cuando yo no estoy presente! — su rostro se enrojeció por la ira.

— Lo siento mucho. — Rebecca puso una expresión de disculpa— Sólo quería...

— ¡Una más y vuelas! — la interrumpió, girándose bruscamente y cerrando la puerta tras de sí.

Rebecca dejó escapar el aliento que había estado conteniendo involuntariamente. Aquella había sido una reacción muy violenta para un inocente bomboloni. Sólo alguien que tuviera algo que ocultar se comportaba así.

Su determinación de sacar a la luz la verdad había crecido aún más desde la intimidatoria actuación de su jefe. Tenía que averiguar qué estaba pasando exactamente. Y junto con Logan lo conseguiría, Rebecca estaba completamente segura de ello.

*

Sin embargo, pasaron varios días antes de que se le permitiera volver a ver a su Doctor Watson personal. La formación complementaria en Boston era interesante, pero a Rebecca le resultaba cada vez más difícil concentrarse. Sus pensamientos giraban en torno al aparador de Quentin, al sospechoso spray y, por último, pero no por ello menos importante, a Logan, a quien echaba de menos de un modo casi enfermizo. Cuando por la noche se quedaba sola en la cama del hotel, cada célula de su cuerpo anhelaba sus caricias. Rebecca habría dado cualquier cosa por estar cerca de él, por mirarle a los ojos, por sentir su risa en la piel.

— Hablar por teléfono no es lo mío — le había anunciado para su total consternación cuando ella habló brevemente con él por el teléfono móvil —. Prefiero tenerte conmigo en persona,

Becky. Y no falta mucho para el domingo.

— ¿Y el viernes por la noche? Volveré a última hora de la tarde.

— Estoy con Quentin en eso. Es hora de lijar. Y como he dicho, por desgracia, tengo una tarea el sábado. Opera. Aburridísimo, pero bien pagado.

Apretando los dientes, Rebecca había tenido que resignarse a la cita del domingo, que, según el anuncio de Logan, empezaría a mediodía y sería absolutamente genial.

A última hora de la tarde del sábado, Rebecca merodeaba por su apartamento después de correr tranquilamente por Central Park y sospechó que alguno de sus compañeros bromistas había pegado la aguja del reloj de pared. Ya quería que fuera domingo. Sentía mucha curiosidad por el informe de Logan. Le había dicho por mensaje que Quentin le había invitado a tomar unos vasos de whisky. Pero no sólo tenía ganas de hablar con él, no, había algo más. Sonriendo, miró la bolsita morada con las barritas de chocolate que Violetta le había preparado. Rebecca se tumbó en la cama, cruzó los brazos detrás de la cabeza y cerró los ojos para entregarse a una ensoñación no tan tranquila en la que Logan era el protagonista. Sabía exactamente dónde colocaría cada una de las barritas sobre su piel. Primero en el pecho, luego alrededor del ombligo. El calor de Logan derretiría lentamente el chocolate y Rebecca se tomaría su tiempo para lamerlo. Al fin y al cabo, algo así debía celebrarse como es debido y el dulce juego sólo se intensificaba poco a poco. Después, imaginó como colocaría una barra en climas más meridionales. Podía oír el áspero gemido de Logan mientras ella colocaba con sumo cuidado el chocolate sobre su ya excitada virilidad. Muy despacio, deslizaría la tableta hacia delante y hacia atrás con el dedo hasta que se derritiera, luego se inclinaría sobre Logan y deslizaría la lengua sobre su aterciopelada piel en ese punto hasta que él se retorciera anhelante bajo ella, rogándole que por fin le diera la tan ansiada liberación. Apenas podía esperar más para probar el erótico consejo de Violetta. Casi el sutra del caramelo de los consejos sexuales de *Passion Pastry*, donde mordisqueaba a su gigoló personal. Soltó una risita exuberante.

Fue una escena realmente hermosa. Rebecca estaba cómodamente tumbada en la cama. Había tirado su ropa de deporte descuidadamente sobre el respaldo de una silla y sus zapatillas de correr estaban tiradas por allí también. Desde que conoció a Logan, no había sido tan exigente con el orden. Su estricta disciplina a la hora de comer también se había relajado considerablemente. Se permitía algún capricho de vez en cuando y, sorprendentemente, se había dado cuenta de que no se notaba en absoluto en la báscula. Tal vez fueran las hormonas las que hacían que su cuerpo funcionara tan rápido que no engordaba. Rebecca no recordaba haberse sentido nunca tan bien. Se sentía tan ligera que tenía la impresión de flotar unos palmos por encima de la cama como un yogui de barba larga. La intensa preocupación mental por los dulces y los bastones de caramelo de todo tipo le había dado ahora hambre. Se levantó ligera como una pluma y revoloteó hasta la cocina, donde se preparó un sándwich. Mo se acercó, la vio y le sonrió enfáticamente.

— Déjame adivinar — comentó Rebecca al ver su expresión —. ¿Quieres que te haga uno a ti también?

— ¡Eres un ángel! Mantequilla de cacahuete, pepino y unas tiras de chile, por favor. ¡Tenemos ensayo con la banda en un minuto y no puedo encontrar mis malditas notas! Volvió corriendo a la puerta de al lado.

— ¡Músico! — suspiró Rebecca en voz alta, refiriéndose no sólo a la dejadez, sino también a la idiosincrasia del hombre. No obstante, le preparó dos sándwiches e incluso llevó el plato a la habitación de Mo, donde éste rebuscaba entre un montón de papeles.

— Voilá. Comida picante para músicos ardientes — explicó y le entregó la comida a Mo.

— Deberías ver lo que tiene Alistair — respondió, masticando . — Le pone algo de levadura británica que sabe a pastilla de caldo untable. ¡Qué asco!

La mirada de Rebecca se posó en el escritorio. Junto al ordenador, cuya pantalla estaba en ese momento en modo inactivo, allí estaba su taza de café.

— ¡Oye, he estado buscando esos desde siempre! — Lo señaló —. Fue un regalo de mi hermana cuando pase mis exámenes. No puedes cogerlo, así como así.

Mo miró la taza más de cerca.

— ¿Matlock? — leyó en voz alta —. ¿No es un antiguo programa de televisión sobre un abogado aburrido?

Rebecca estaba a punto de explicar que les encantaba ver los episodios de este clásico en casa, cuando irrumpió Jamie.

— Mo, baja tu culo conmigo. El cajón de Alistair está atascado en su estúpido coche pequeño, no podemos sacarlo.

—Eso es lo que pasa cuando tienes que conducir un coche británico — murmuró Mo, metiéndose tranquilamente el resto del bocadillo en la boca y saliendo despreocupadamente de la habitación para seguir a Jamie.

Sacudiendo la cabeza, Rebecca fue al escritorio a recoger su taza. Accidentalmente tocó el ratón del ordenador con la mano, con lo que la pantalla se despertó.

"EL HOMBRE - El blog para hombres de verdad", predicaba el titular, junto al cual se veía a un hombre negro con los brazos arrogantemente cruzados. ¡Ajá! Así que esa era la guía milagrosa que tanto impresionó a los dos chicos. Sonriendo, Rebecca acercó la silla y se sentó ante el escritorio. Bueno, lo leería para entender en el futuro lo que querían decir con palabras sabias como "vaquera" y "hada madrina".

El artículo actual del blog trataba sobre los coches que debería conducir un supuesto tipo duro. Que tontería. Como si a las mujeres les importaran esas cosas. ¡Ella nunca en su vida había sacado conclusiones sobre la masculinidad de alguien basándose en el auto que conducía! Podía imaginarse perfectamente al autor de este ridículo blog. Seguro que era un fanfarrón con músculos exageradamente musculosos, una cadena de oro en el cuello, un tatuaje en la

pantorrilla, gafas de sol de espejo y vaqueros ajustados en los que metía un calcetín de lana por delante. Sólo de pensar en un tipo tan pomposo que se creía el centro del universo, Rebecca se estremecía. Era difícil imaginar que hubiera otras personas, además de sus compañeros de apartamento con pubertad tardía, interesadas en ese sitio web. Incluso en total, se desplazó hacia abajo, ¡más de dos mil suscriptores! Increíble. Además, había muchas contribuciones entusiastas e interesadas de los lectores masculinos, que también le hacían preguntas serias a este machista. Rebecca sacudió la cabeza. Esto era incluso peor que las horribles revistas femeninas con sus consejos sobre qué ropa interior llevar en una primera cita.

Rebecca hizo clic en una entrada anterior del blog. De hecho, uno de los lectores preguntó con qué mujeres se veía este ominoso "EL HOMBRE". Bueno, ¡eso también le interesaba! Probablemente sólo con maravillas de pechos rubios claros que llevaban pintalabios rosa y minifaldas de cuero ultracortas, le adoraban con ojos ilusionados y le preguntaban con risitas tontas si tal vez podían tocarle los bíceps de Popeye.

Sonriendo, Rebecca buscó el interruptor de la impresora detrás de la pantalla. Tenía que imprimir algunos de los pasajes y llevárselos a Gwendolyn en la próxima clase de step. Ella también se partiría de risa con este blog. Siguió leyendo en suspenso.

"A menudo me contratan como acompañante para conciertos o exposiciones, pero también he tenido un compromiso para un salto en paracaídas en tándem", comenzaba la sección.

"Mi misión más bizarra recientemente fue una excursión con un bufete de abogados que incluía un paseo en llama", continuaba. *"Hice de novio de un abogado. Después de sorber ostras unas semanas antes, supongo que lo vieron como un evento de relajación. Las llamas eran unas coetáneas realmente agradables, lo que no podía decirse de los abogados".*

¿Cómo?

Sorprendida, Rebecca apartó el brazo de la impresora y tocó su taza Matlock. Cayó al suelo y se rompió en pedacitos, pero a Rebecca no le importó en absoluto.

¿Soplar ostras y pasear llamas?

Su cuerpo se tensó y los músculos del cuello se contrajeron dolorosamente. Tenía que ser una coincidencia. Desde luego que lo era. Después de todo, Quentin había dicho que las excursiones con estos animales estaban de moda ahora. Seguro que había muchos abogados que reservaban un evento así para descansar de sus estresantes trabajos. Y, de todas formas, las ostras formaban parte del menú estándar de los restaurantes elegantes.

Con dedos temblorosos, siguió desplazándose, primero hasta el final, donde tuvo que leer que al autor del blog le gustaba correr por el puente de Brooklyn al atardecer.

Unos cristales de hielo parecían recorrer su columna vertebral.

A continuación, se fijó en que le había pedido a un tal Jasper que le llamara para concertar una cita para una clase particular. A Rebecca le vino a la mente la escena de la última visita a *Pastry Passion*. Logan había salido de la tienda porque un tal "Jasper" lo había llamado por teléfono. No

había tantas coincidencias. Ni hablar. El autor de este blog era, sin duda, Logan. Le temblaban las manos.

Simplemente había publicado el encuentro con ella en la World Wide Web. La había incluido como una más en toda una serie de encargos que recibía.

El dentista regordete, la joven heredera con el salto en tándem y... oh sí, había habido otra abogada estirada. Así lo había dicho él. ¿Así que, después de todo, era una de tantas? ¿Un elemento de su lista?

No quería creerlo.

Rápidamente, su dedo se deslizó sobre el ratón del ordenador para seguir desplazándose por el blog. ¿Seguro que Logan no había escrito sobre sus noches con ella? No, no podía imaginárselo. Intuía que la relación con ella también era algo especial para él. Desde luego, no le había hablado de su infancia a la dentista, ni había revelado la historia de la muerte de Shelley a la paracaidista. No, no. No había duda. Había mucho más entre ellos.

Sin embargo, Rebecca no pudo evitar echar un vistazo a las demás entradas del blog. Cuando llegó al tema "Ligar con mujeres", todos sus movimientos se detuvieron. Completamente congelada, miró la pantalla, leyendo el mismo párrafo una y otra vez:

"Puedes conquistarla fácilmente dándole lo que quiere. Una historia sobre ti que dices que nunca le has contado a nadie. "Ese collar que llevas me recuerda a mi abuela Augusta. Era una persona muy importante para mí. Hace mucho que no pienso en ella". Después, te callas y pones cara de angustia (piensa en el último partido perdido de tu equipo favorito, te ayudará a desarrollar la expresión facial adecuada). Ella, por supuesto, intentará interrogarte. A regañadientes, le contarás la historia más triste posible y te sorprenderás de contársela a ella. Se sentirá muy especial y le encantará abrirse de piernas para ti".

Los latidos del corazón de Rebecca latían con fuerza en sus oídos.

¡Sólo había jugado con ella!

Esa conmovedora historia de su familia, tal vez incluso el asunto con Shelley... ¡todo habían sido trucos para llevársela a la cama!

Tuvo que jadear y acurrucarse porque un dolor punzante se clavó en su pecho.

Ella había visto literalmente a toda esa gente de sus historias. Su madre, a la que le gustaba coquetear con los clientes masculinos del café. Su padre, que se esforzaba tanto por cumplir los deseos de su mujer. Incluso a su abuela Augusta, que hacía tan buenas tortitas y siempre estaba ahí para el pequeño Logan.

¡Todas mentiras e invenciones!

Incluso su expresión de profunda tristeza, que tanto la había sorprendido, sólo había sido fingida. Obviamente había estado pensando en un maldito partido de fútbol. ¡Y ella de idiota había desarrollado sentimientos tan profundos por él!

Como por obligación, siguió leyendo. Empezó por el principio y estudió cada uno de los

mensajes que Logan había escrito. Su decepción, que literalmente la estaba aplastando por dentro, se fue convirtiendo en una ira fulminante. De repente, todo le pareció completamente distinto: el cumplido sobre sus "bonitos ojos" bajo la mesa de Per Se, la oferta en el concierto de protegerla de los matones, cada una de las frases que había intercambiado con ella... todo era pura técnica. Trucos ensayados que utilizaba con todas las mujeres y que también compartía voluntariamente con una creciente comunidad de fans en Internet.

— ¡Ese cabrón! — maldijo en voz alta.

Fuera, en el pasillo, los chicos ya se escuchaban hablar. Rebecca saltó de la silla del escritorio con tanta violencia que se cayó. Se levanto y salió corriendo.

— ¿Dónde están las llaves del coche? — le preguntó a Jamie, que estaba desplegando un atril.

— Tienes la cara muy roja. — La miró preocupado —. ¿Pasó algo?

— ¡Dámelo! — Su voz sonaba tan aguda que Jamie se estremeció.

— Está en el taller, ya lo sabes. ¿Quieres el de Alistair? Puedo preguntarle.

— ¡Ahora!

Jamie no se atrevió a contradecirle. Corrió a la puerta de al lado y volvió un momento después con varias llaves. Le dijo algo, pero Rebecca no le hizo caso. Le arrebató la llave de la mano, se puso frenéticamente los zapatos y bajó corriendo las escaleras. Un minuto más tarde estaba en el coche de Alistair y bajaba a toda velocidad por la 4ª Avenida. Giró por Delancey Street y se dirigió hacia el puente de Williamsburg porque no soportaba la idea de cruzar en coche el puente de Brooklyn. ¿Con cuántas otras mujeres había trotado Logan para cruzarlo e impresionarla con sus fascinantes conocimientos sobre las antiguas obras?

Sus dedos se apretaron alrededor del volante.

¿Se había reído por dentro al ver que Rebecca, al igual que todos los demás, le escuchaba con tanto interés cuando deliraba sobre el valor de Emily Roebling? *Me he ganado a otra con mis grandes trucos*, estaba garantizado que corría por su mente.

Todo era sólo para aparentar. Incluso su aparición en su piso, cuando había interpretado al apasionado Logan para ella. Todo lo que él quería era una ronda de sexo. Probablemente tenía una lista de profesiones colgada en alguna parte. "Bien, médico, modelo, arquitecto... ya he tenido todo eso. Pero aún me falta un abogado para poder tacharlas a todas".

Sus uñas se clavaron en la cubierta de cuero del timón.

Una cosa estaba clara: no podía bajar la guardia. Se enfrentaría a Logan y le demostraría que lo había descubierto de una vez por todas. Pero en ningún caso debía saber lo que sentía por él y cuánto daño le había hecho. No, ella sería fuerte.

Se secó rápidamente una lágrima de decepción que caía por el rabillo del ojo, prefiriendo concentrarse en la furia que hervía en su interior. Gracias a la autopista, avanzó rápidamente y diez minutos después entró en el patio de *Eddie's Classic Cars*.

Salió y, sin cerrar el coche, corrió escaleras arriba, donde golpeó violentamente la puerta del

piso. Cuando Logan abrió, la miró asombrado.

— ¡Becky! ¿A qué debo el placer? Me temo que no tengo mucho tiempo.

Estaba listo para salir, con su traje a medida, recién afeitado y oliendo a la loción que ella había encontrado irresistible cuando lo conoció. Hoy le parecía asquerosamente ácido y jactancioso.

— ¿Eso te hace sentir genial? — siseó mientras daba un paso dentro del apartamento —. ¿Tienes un calendario colgado aquí en alguna parte donde marcas con orgullo cada día que has hecho otra tontería con tus trucos baratos?

Sus cejas se alzaron, lo que enfureció aún más a Rebecca. ¡Era absolutamente ridículo hacerse el inocente ahora!

— ¿De qué estás hablando? — preguntó con total seriedad.

Ella resopló enfadada.

— ¿Tengo que hablarte en español para que me entienda usted, EL HOMBRE?

— Oh, el blog. — Sus facciones se relajaron. Probablemente le explicaría en un momento que, por supuesto, era sólo una broma y que debía reírse de ello. Las manos de Rebecca se cerraron en puños —. No te lo tomarás en serio, espero. Todo surgió de una broma. Y no tiene nada que ver contigo .

— ¿Nada que ver conmigo? Sólo soy un número en tu lista, ¡lo dice en blanco y negro en la red! Y todas esas cosas que me contaste, sobre tu familia, sobre Shelley, sobre tu encantadora abuelita Augusta, no eran más que movidas para hacerme caer. Nada más.

Se acercó un paso, pero ahora con expresión seria.

— No puedes creerte eso en serio.

— ¡Está explicado en tu blog! En Internet, para que lo vea todo el mundo. “Cuéntale a la dama la historia más sobria posible y ella abrirá voluntariamente sus piernas para ti”. No puedes negarlo. Y así es exactamente como lo hiciste conmigo, imbécil.

Sintió que le brotaban lágrimas calientes, pero las reprimió con todas sus fuerzas. No podía avergonzarse y revelar sus sentimientos delante de Logan.

Levantó las manos como para protestar por su inocencia. ¡Maldito actor!

— Cada palabra que te he dicho es verdad — le dijo mirándola insistentemente, como seguramente había practicado frente al espejo y seguido con las demás chicas.

— No te creo. También les contaste a las otras mujeres la historia de tu familia, de lo contrario no habrías escrito sobre Augusta en el blog. Y la honestidad es importante para mí. Sin ella, no es necesario empezar nada juntos. Es la base de toda relación.

— ¿En serio? — La mirada de Logan se volvió fría de repente —. Qué interesante. Tú tampoco te tomas la verdad muy en serio.

— ¿Perdón? — Rebecca jadeó.

Se cruzó de brazos.

— ¿Recuerdas cuando te pregunté si alguna vez tuviste algo con tu jefe?

Ella sentía calor.

— Nunca pasó nada entre nosotros — dijo rápidamente. Después de todo, no era mentira, nunca había tenido sexo, ni siquiera un beso o algo parecido. Además, había estado bajo los efectos de la droga del spray bucal.

— Pasé la noche con Quentin. — La voz de Logan era tan cortante que Rebecca se estremeció involuntariamente —. Nos tomamos un par de whiskys, él más que yo porque aún tenía que conducir hasta casa. Y adivina qué, después del cuarto, no paró de hablar de esa bonita marca de nacimiento en forma de corazón que tienes en el estómago. Al principio pensé que te habría visto por casualidad en la piscina, pero no hablaba de un bikini, sino de un sujetador de color azul oscuro con estrellitas que te gusta llevar. Y que eras una fiera a la que le gustaba llevar la iniciativa. Sabes, Becky, me importa una mierda si alguna vez te acostaste con tu guapísimo jefe. Pero no tenías ninguna razón para mentirme. ¿Por qué no me lo dijiste?

Sin palabras, Rebecca lo miró fijamente. Antes de que pudiera preparar su respuesta, sonó su teléfono móvil, que estaba sobre un mueble. Él la miró, interrogante, esperando brevemente a ver si contestaba. Pero la mente de Rebecca estaba completamente en blanco.

Con un pequeño encogimiento de hombros, se apartó de ella y contestó al teléfono.

— Por supuesto que voy. Me han retenido muy poco tiempo. Estaré contigo en unos minutos, puedes contar conmigo — dijo.

Una nueva misión. Otra mujer que sucumbiría a sus encantos. Rebecca tragó saliva. Debería haber tenido claro desde el principio que nadie nunca debía enamorarse de un gigoló. Algo así estaba condenado desde el primer segundo. Y él tenía razón. No le había contado la verdad sobre Quentin.

¿Por qué tenía que ser todo tan jodidamente complicado?

Logan volvió a dejar el teléfono sobre el mueble y se quedó allí un momento. Se secó la cara. Luego se volvió lentamente hacia ella.

Sus ojos parecían apagados, sus rasgos rígidos.

— No tienes que explicar nada. — Su voz era tan suave que todo en Rebecca se contrajo de anhelo —. Supongo que ninguno de los dos estamos hechos para las relaciones, así son las cosas. Nunca deberíamos haberlo intentado. Nuestros mundos son demasiado diferentes. Ve a buscar amigos abogados, seguro que allí también los hay honrados. Eso espero. Y conseguiré que mi dinero valga la pena.

— ¿Como esta noche? — preguntó en voz baja y sin reproches.

Él no respondió. Ella vio que apretaba la mandíbula.

— Sabes, todo esto del amor es una tontería. Míranos a los dos, sólo hemos conseguido lastimarnos. Es una ilusión esperar algo diferente, debería haberlo sabido. Vete a casa, Rebecca. Vuelve a tu vida en Manhattan y yo volveré a la mía. Te deseo lo mejor — dijo.

Sin mirarla, recorrió los pocos pasos que le separaban de la puerta y la abrió. Su mirada estaba

fija en el suelo.

Rebecca se detuvo un momento frente a él, muy cerca. Sintió su olor, no el de la loción, sino el de su cuerpo. Sintió su calor. Sintió su aliento cerca de ella. Un sollozo desesperado se abrió paso, pero logró tragarlo con dificultad. Todo en ella gritaba por estrechar a Logan entre sus brazos, abrazarlo por completo, que él la apretara contra su pecho y escuchar su voz contra su oído diciendo: "Todo va a salir bien, Becky". Sus labios estaban tan cerca, a sólo unos pocos palmos, que sólo tenía que dar un pequeño paso hacia delante y sus bocas se encontrarían, haciéndola olvidar todo lo que había pasado con un apasionado beso.

Pero el muro que los separaba era infranqueable. Demasiadas mentiras, demasiadas publicaciones de blog, demasiadas dudas.

Sólo una vez más quiso mirarlo a los ojos, sólo tenía que averiguar qué prevalecía allí. ¿Indiferencia o arrepentimiento? ¿Acaso, a pesar de que ella no era más que una de tantas mujeres, sentía algo por ella? Pero lo único que vio fueron sus espesas pestañas negras. Su mirada permanecía fija en el suelo.

— Vete ya — dijo con voz quebradiza.

Le empujó con movimientos pesados como el plomo.

— Cuídate, Log — susurró. Apenas pronunció estas palabras, su teléfono móvil volvió a sonar. Se dio la vuelta y cerró la puerta tras ella al mismo tiempo.

Rebecca estaba de pie en la fría noche de Brooklyn. Había empezado a caer una ligera llovizna, demasiado débil para limpiar sus lágrimas, pero suficiente para envolverla como una niebla húmeda. Bajó los peldaños metálicos de la escalera agarrándose a la barandilla húmeda, cuya frialdad le llegaba al alma.

Se acabó.

Ya no importaba si había mentido o no. El blog, los trucos para ligar, Shelley... todo aquello se fundía en un dolor sordo que ahora la había hecho perder toda su ira punzante. Quedó eclipsado por la mirada de Logan. Sus ojos apagados que ya no querían mirar los suyos. Por su voz, que le decía sin ton ni son que el amor siempre estaba condenado al fracaso.

La grava gris crujía bajo sus zapatos mientras caminaba hacia el coche. Tenía que salir de allí antes de que Logan se marchara a su destino. Con dedos temblorosos, tanteó la cerradura, abrió la puerta del conductor, se dejó caer en el asiento y arrancó el motor. Salió de la entrada y giró hacia la calle sin mirar atrás por última vez. No tenía sentido. No había vuelta atrás.

EL HOMBRE

El blog de los hombres de verdad

Hola hombres,

Djamal preguntaba cómo te das cuenta entonces de si ELLA es la indicada, si el amor verdadero se siente diferente del que tienes con las chicas guapas del bar Blue Velvet. Y cuándo deberías casarte.

Chicos, por desgracia soy la persona equivocada para hablar de esto. Puede que algunos de ustedes sean felices con una sola mujer toda la vida, ¡pero yo no me lo imagino ni de broma!

Seamos honestos por una vez: Básicamente, sólo fingimos estar interesados el uno del otro. Cada uno quiere ver en el otro algo que en el fondo no existe. Esto lleva a mentiras, malentendidos y heridas.

Porque en la vida real no es tan fácil como en una cursi novela. El gran amor y todo eso es una ilusión.

(No te lo tomes como algo personal, Djamal, tu indicada puede ser la loable excepción).

Personalmente creo que siempre se está condenado al fracaso si se ponen demasiadas expectativas en una persona, si se supone que es la única. Al final, sólo acaba en decepción.

Por eso sigo como hasta ahora en mi vida: Busco mujeres para pasar unas tardes o noches agradables. Completamente sin complicaciones y sin obligaciones. Ambos obtenemos el valor de nuestro dinero sin tener que pasar demasiado tiempo emocionalmente.

¡Todo fácil!

Créeme, hay muchas mujeres que lo ven igual. ¡Y puedes divertirte mucho con ellas!

[@Jasper: Por supuesto, sigue estando bien si te gustan las novelas de Nicholas Sparks.]

Nos vemos,

EL HOMBRE

12. Cansada y despedida

Le dolía todo por dentro. Incluso los músculos le ardían por contraerse constantemente para reprimir el llanto, o al menos por sólo dejarlo escapar en sollozos ahogados. No quería que los dos bromistas, Mo y Jamie, escucharan nada. Nadie debía escucharla. Comentó en un encuentro en el pasillo que tenía indigestión y desapareció en su habitación durante el resto del domingo.

La noche fue aún más cruel que el día. Las sombras de la pared bailaban de un lado a otro en muecas sonrientes. Cada sonido que llegaba hasta ella desde la calle se reía maliciosamente. Rebecca se movía de un lado a otro, pero no lograba conciliar el sueño.

Una y otra vez revivió los últimos minutos con Logan, lo vio de pie muy cerca de ella, lo olió, lo sintió. Una vez estiró la mano en la cama e intentó con un gesto desesperado tocarle la barbilla, volverlo hacia ella, mirarle por fin a los ojos para que todo volviera a estar bien.

Pero la distancia permanecía, tal y como había estado en la puerta de su apartamento. Logan se había decidido, no quería una relación, no quería a Rebecca. Eso no sólo era evidente en el blog, había sido especialmente evidente en su expresión facial cuando le había pedido que se fuera.

En las primeras horas de la mañana, mientras el crepúsculo endurecía los contornos y la implacable luz del sol se adentraba cada vez más, ella imaginaba todo tipo de escenarios.

Alternativa uno, esta sería en la admitiera que era un mentiroso. Que el blog iba en serio y que todo había sido un truco. Entonces podría alegrarse de haberse librado de Logan.

La alternativa dos significaba que había dicho la verdad y que Rebecca era realmente algo especial para él. Que no contaba cosas de su pasado a todas las dentistas, sino sólo a ella. Pero entonces quedaba el hecho de que él pensaba que era una mujer de carrera llena de gente falsa, que tonteaba con su jefe y, sobre todo, que no confiaba en él, en Logan. Después de esta decepción, lógicamente no quería tener nada más que ver con ella, ella podía entenderlo muy bien.

No importa cómo cambiara los escenarios, se había acabado.

Suspiró profundamente. Tenía los ojos vacíos e hinchados. Desde luego, no le venía mal darse una ducha helada. Al menos a esa hora tan temprana, no había peligro de cruzarse con sus compañeros de apartamento. Más tarde, en la oficina, se distraería y seguramente olvidaría rápido su cansancio con todo el trabajo que tenía que hacer. Rebecca se levantó de la cama con dificultad y se dirigió a tientas hacia el baño. Tenía que mirar hacia delante, concentrarse de nuevo en su carrera. Dejar todo lo demás atrás.

Este plan funcionó muy bien durante las primeras cuatro horas. No tuvo tiempo de bostezar porque tenía muchos expedientes nuevos sobre la mesa y dos reuniones con clientes. A la hora de comer, el déficit de sueño se apoderó de ella de forma aún más violenta. Tuvo que luchar

seriamente para no apoyar la cabeza en la mesa y echarse por fin una siesta. Pero, para su suerte, fue justo entonces cuando Randolph asomó la cabeza como para asegurarse de que la despidieran. Así que, *¡aguanta!* Se levantó, fue al salón y se tomó su quinta taza de café del día.

En cuanto se sentó de nuevo en el despacho, apareció Quentin.

— ¡Ven conmigo, Rebecca, tengo una charla interesante para ti!

Efectivamente. Había conseguido un nuevo caso. Los padres acompañaban a su hijo, un joven delgado de dieciséis años con cejas perfectas y labios relucientes. Resultó que el chico era homosexual y demandaba el derecho a aparecer con su novio en el baile de graduación de su secundaria. Pero eso no era todo. Pasó unas fotos en las que aparecía una hermosa mujer de pómulos altos y suaves rizos. La sombra de su barba estaba bien maquillada.

— Es Brandon cuando se disfraza de Brandy. Es una drag queen muy solicitada y a menudo la contratan para actuaciones especiales —explicó.

Quentin asintió con interés profesional.

— ¿Supongo que quiere ir a tu baile de graduación con un atuendo así?

— Sin duda queremos ganar el premio a la “pareja de la noche”.

— Pero no le dejarán, ¡imagínate! — intervino su madre con estrépito.

— Eso es discriminatorio — comentó Quentin.

— Totalmente de acuerdo — confirmó la madre, mirando triunfante a su marido, que claramente no se encontraba muy bien —. Eso es exactamente por lo que estamos aquí.

— Ha sido una decisión excelente. Mi colega primero tomará nota de los hechos y luego ambos desarrollaremos la estrategia adecuada — Quentin asintió primero a Rebecca y luego al chico —. Nos aseguraremos de que estén en el baile. Cuenta con ello.

Muy concentrada, Rebecca sacó su bolígrafo y su cuaderno de notas para anotar todos los datos. Pensó que era muy amable por parte de su jefe involucrarla en este apasionante caso. Media hora más tarde, cuando había acompañado a los clientes fuera de la oficina, Quentin se encontró con ella en el pasillo.

— Tienes un gran don con las personas, Me he dado cuenta más de una vez. Los clientes confían en ti y eso vale mucho. Creo que te añadiré a mis casos más a menudo, Rebecca. Funciona bien contigo — dijo .

— ¡Me encantaría! — Se sorprendió a sí misma sonriendo a su jefe. Tras darle algunos datos más sobre el caso y presentarle una estrategia que incluso le gustó, regresó a su despacho. Allí, sin embargo, la sorprendió no sólo un nuevo bostezo, sino algo más: Grandes dudas sobre la misión de Quentin. Ahora que Logan ya no estaba a bordo, se sentía repentinamente insegura sobre esta historia de fraude. No tenía pruebas y estaba completamente sola. Las posibilidades de condenar a su jefe eran escasas. En general, todo le parecía una locura. ¿Quién se lo iba a creer? Y, sobre todo, ¿debía arriesgar su carrera? Después de todo, no tenía nada más que su trabajo y su trabajo era la única parte de su vida que iba realmente bien. Sería una locura renunciar a todo

eso por una sospecha no probada.

Vio la sonrisa de Quentin delante de ella, la que acababa de dedicarle en el pasillo. Había sido cálida y había tenido algo de paternal que la hizo sentirse bien.

Rebecca sacó y volvió a meter el recambio de un bolígrafo. No se sentía del todo cómoda con la idea de enterrar por completo lo del spray bucal. Pero tal vez podría esperar un poco, seguir observando. Si realmente había algo por lo que sospechar, actuaría. Pero de momento, dejó el uniforme de agente secreto en el armario. Ya no tenía que responder ante Logan, y eso era bueno.

Decidida, se dirigió al computador y abrió una plantilla. Ahora crearía el archivo "Baile de graduación con Drag Queen" y dejaría de lado cualquier otro pensamiento. Como mucho, podría permitirse la sexta taza de café.

Una vez en casa, Rebecca se arrastró hasta su habitación y se dejó caer en la cama. Los lunes solía ir a *Body Kiss*, pero estaba demasiado cansada para hacer ejercicio. Nada le gustaba de la suavidad acogedora de su colchón. Cuando sonó el teléfono, se maldijo por no haberlo apagado. Quiso ignorar la llamada, pero reconoció el número de sus padres. Contestó rápidamente.

— Hola Becky — sonó la voz de su madre.

Se acercó el teléfono a la oreja.

— Pareces disgustada, mamá. ¿Qué te pasa?

— Bueno, quería saber cuándo llegaba la factura de los gastos legales. Aquí está. Son casi cuatro mil dólares.

— ¿Qué? — Rebecca se despertó de un sobresalto —. ¡Están locos!

— Ni siquiera sé qué hacer ahora. Tu padre ha estado tan deprimido desde que subió al estrado de todos modos. Y ahora esto. Se culpa a sí mismo por ello y está trabajando como un loco, tomando cualquier hora extra que pueda conseguir. Me preocupa su salud.

— Te dije que te ayudaría a pagar.

— ¿Tienes cuatro mil dólares?

— No. — Tuvo que admitir Rebecca y eso le dio una puñalada en el corazón. No sólo por todo el dinero, sino sobre todo por su padre. No debería sentirse mal.

— Imagínate, ha dimitido de la junta del club hortícola. Y ya no es árbitro tampoco.

— ¡Pero esos siempre fueron sus pasatiempos!

— Dice que está demasiado confundido para dirigir nada. Desde este juicio no confía en sí mismo. Es otro hombre. Esperemos que salga de esta.

La desesperación en la voz de su madre hizo que Rebecca se estremeciera. Entonces tomó una decisión.

— Mamá, ¿estás sola en la habitación? — preguntó.

— Sí, papá y Rhonda están en el jardín. ¿Por qué?

— Estuviste presente en el juicio. Tienes que responder a algunas preguntas. Por favor, intenta

recordar exactamente.

Una vez más, Rebecca repasó los incidentes en la sala, esta vez con su madre. Su madre ya había visto a su marido en tantas situaciones extraordinarias que podía juzgarlo bien. Lo que dijo encajaba perfectamente con su imagen, pero no en la de un abogado íntegro.

— ¿Así que crees que tu jefe influyó de alguna manera en tu padre? — preguntó la señora al final.

Rebecca asintió, aunque por supuesto su madre no podía verla.

— Lo averiguaré — explicó con voz seria —. Primero te transferiré dinero mañana, aún tengo un poco en la cuenta. Y luego concertaré una cita. Porque hay una mujer que podría ayudarnos.

Se despidió de su madre y colgó. No quedaba ni rastro de cansancio: Rebecca tenía que planear y pensar en su siguiente paso. Para ello, se sentó con las piernas cruzadas en su cama, extrañada por el desorden que últimamente aumentaba en su habitación, y pensó en un plan. Había que convencer a una persona muy importante y eso requeriría todo el tacto del que disponía. Pero la razón estaba de su lado, de eso volvía a estar segura. Y eso era lo más importante en este asunto.

*

La noche había sido sólo ligeramente mejor que la anterior. La decepción por Logan seguía siendo tan grande que ni siquiera el nuevo plan de Rebecca podía desplazar el dolor que sentía. Pero al final también amaneció ese día y Rebecca se dirigió a la oficina. Le esperaba una llamada trascendental.

Cuando estuvo segura de que nadie acudiría a su despacho, marcó el número del juzgado. A veces había que coger el toro por los cuernos. Se puso en contacto con la juez Stanton. Por supuesto, había aclarado de antemano que no estaba en un juicio. Sin aliento, esperó a oír la voz familiar.

— Señorita Miller — dijo la juez sorprendida—. ¿De qué caso estamos hablando?

Rebecca se incorporó.

— No llamo por una demanda. Se trata de un asunto completamente distinto, pero no puedo hablar de ello por teléfono. Necesito una cita personal con usted.

— Seguro que uno de los juristas puede solucionarlo. — Intentó quitarle importancia Elizabeth Stanton.

— Desgraciadamente no — insistió Rebecca —. Se trata de un presunto fraude dentro del tribunal y es realmente importante. Si no, nunca me pondría en contacto con usted.

— Muy bien. — Al parecer, a la juez le picó la curiosidad —. Puedo abrirte un espacio pasado mañana a las cuatro. ¡Pero será breve!

— Por supuesto. Y muchas gracias — añadió Rebecca, pero la ocupada mujer ya había colgado.

Satisfecha, pulsó también el botón de apagado del teléfono. Ya el miércoles, se le permitiría

poner los hechos sobre la mesa de la juez. Sólo que, por desgracia, no tenía mucho que mostrar. Sólo podía esperar que el repentino cambio de opinión de los testigos también hubiera llegado a oídos del presidente del tribunal, a ser posible más de una vez. Por supuesto, sería mucho mejor si Rebecca tuviera algo en la mano. Se mordió el labio y jugó con todas las posibilidades de conseguir pruebas por enésima vez, infructuosamente como siempre. A última hora de la tarde, incluso pensó en acercarse a Quentin para que se quitara la chaqueta y poder robarle el spray bucal. Durante un buen rato merodeó fuera de su despacho, con la intención de entrar, preguntarle con voz seductora si podía volver a masajearle los hombros y luego desnudarlo. Pero no pudo. La sola idea de tocar su piel desnuda le producía un escalofrío de asco. Deshecha, regresó a su despacho y poco después se fue a casa. Sólo le quedaba un maldito día si quería presentar algo útil a la juez.

Rebecca habría dado mucho por poder volver a hablar de ello con Logan. Como aquella vez en el Brooklyn Park. Había sido tan maravilloso percibir su interés, ver cómo le brillaban los ojos, sentir cómo bullía su indignación. Pero ahora volvía a estar sola, tenía que tomar todas las decisiones por sí misma, no tenía a nadie que la animara. O que saliera a correr con ella. Hacer piloxing con Gwendolyn no era lo mismo. Si Rebecca pudiera elegir, incluso preferiría la cerveza de raíz asquerosamente dulce del apartamento de Logan a un batido de fitness superpotente en *Body Kiss*. Pero no servía de nada, tenía que seguir adelante. Y por fin debería dejar de llorar en la almohada por las noches, era definitivamente malo para su cutis.

El martes, una ligera sensación de pánico se apoderó de Rebecca. ¿Había sido realmente una buena idea concertar la cita con la juez? Probablemente la echaría a la calle. Reflexionando, Rebecca se colgó el bolso al hombro a la hora de comer para comprar un bocadillo en la tienda de delicatessen. Salió al pasillo del despacho. Quentin estaba en la puerta de su despacho y entregaba un expediente a la secretaria, que también iba a comer. Estaba a punto de volver a su escritorio cuando Vince Piddlefield salió rápidamente de una sala de reuniones.

— Quentin, te necesito — llamó, acercándose y pasando el brazo por los hombros del jefe —. El senador Stevenson está sentado conmigo ahora mismo y quiere otra opinión, ven conmigo ahora — dirigió al sorprendido Quentin por el pasillo sin darle oportunidad de objetar.

La puerta del despacho de Quentin permanecía entreabierta.

Rebecca miró a su alrededor. La única secretaria que aún no se había tomado un descanso estaba poniéndose las gafas de sol y saliendo de la oficina.

El pasillo estaba desierto. ¡Era su oportunidad!

Al entrar en el despacho de su jefe, el corazón le latía a mil por hora. Con cuidado, cerró la puerta tras de sí. Lo primero que miró fue el aparador y apenas podía creer su suerte. Estaba abierto por un palmo.

Rebecca arrojó su bolso sobre el escritorio de Quentin y se apresuró hacia el aparador. En silencio, empujó la puerta metálica hacia atrás y contuvo involuntariamente la respiración.

Dentro había una amplia carpeta negra sin etiqueta. La sacó, la puso sobre el escritorio y, llena de tensión, abrió la tapa.

— Banks Pharmaceuticals — murmuró al leer el nombre —. ¡Así que tenía razón!

Hojeó la carpeta a toda velocidad. Por lo que se veía, la empresa tenía que atender quejas una y otra vez, sobre todo por los fuertes efectos secundarios de ciertos medicamentos. Pero los sujetos que habían participado en estudios también se quejaban de problemas de salud y de falta de información. Nada de esto se había hecho oficial; en todos estos casos, se había pedido a Quentin que se ocupara de los "alborotadores", cosa que había hecho con mucho éxito.

Rebecca sospechaba que había ofrecido o amenazado a las personas implicadas con dinero sucio. Cuando aparecía un abogado poderoso representando a la empresa farmacéutica, era seguro que el punto era intimidarlos y Quentin era excelente en eso. Podía imaginárselo primero asustando a los demandantes por una demanda pendiente y luego ofreciéndoles generosamente dinero para que el asunto no saliera a la luz. Mirando los cargos desestimados, la verdad es que había funcionado bien.

Y a cambio de sus sucios servicios, le fabricaron un spray bucal muy personal. También encontró algo sobre eso. Al parecer, habían experimentado con varios principios activos y le habían pedido a Quentin que escribiera su opinión sobre las distintas dosis. Sus anotaciones manuscritas en la lista eran difíciles de descifrar; probablemente había sido más bien un folleto para él mismo y por eso estaba al fondo de la carpeta.

Rebecca estaba horrorizada. ¡Su jefe no tenía reparos ni siquiera en arriesgar la salud de la gente para salvar la fortuna de su amigo Banks!

Se acercó el bolso y sacó el teléfono móvil. Ir a la fotocopidora era demasiado arriesgado, pero cuando mañana presentara las fotos de la carpeta secreta al juez Stanton, seguramente sabría por dónde empezar.

Con dedos temblorosos, Rebecca activó la función de cámara y fotografió un escrito tras otro. Cuando tenía unas veinte, se desplazó hasta el final de la lista que enumeraba el medicamento y su dosis y volvió a guardar el teléfono.

Un sonido de golpe la dejó helada. Inmediatamente se abrió la puerta y entró Randolph.

— ¡Rebecca! — gritó sorprendido —. ¿Qué estás...? — Se quedó en silencio.

Una sonrisa desagradable apareció en su rostro al darse cuenta de la situación. Rebecca se sobresaltó tanto que había descolgado el móvil demasiado tarde y lo había escondido detrás de la espalda. Estaba segura de que él lo había visto de todas formas.

— ¿Así que te cueles en el despacho de Quentin y husmeas en sus archivos? ¿Qué buscas?

— Yo... Pensé... — tartamudeó —... Pensé que tenía aquí la carpeta del caso Álvarez y quería consultar algo.

Randolph se acercó peligrosamente despacio. Su hombro rozó el de ella muy ligeramente mientras se colocaba junto a Rebecca para echar un vistazo a la carpeta.

— Eso no se parece en nada a tu caso de asesinato — afirmó con voz muy suave —. Y le has tomado foto a algo.

— Tonterías — jadeó —. Sólo estaba leyendo un mensaje de texto, por eso tenía el teléfono en la mano.

— Dámelo — exigió, tendiendo la mano.

— ¡Ni siquiera pienso en ello!

Antes de que ella pudiera reaccionar, él la agarró del brazo y le retorció dolorosamente la muñeca hacia fuera, obligándola a soltar el teléfono.

— ¡Me lastimaste! — protestó ella, pero él siguió sonriéndole con arrogancia.

Limpió la pantalla con sus cortos dedos.

— ¿Así que nuestra nueva estrella hizo algunas fotos para la colección privada? Es una pena que escatimara con el teléfono y no se decantara por el modelo resistente al agua.

Horrorizada, tuvo que ver cómo quitaba la tapa trasera de su teléfono, se acercaba al jarrón del suelo junto a la ventana y hundía el teléfono entre los lirios blancos. Se hundió en el suelo con un suave chapoteo.

Rebecca empezó a sudar.

— ¿Qué vas a hacer ahora? — preguntó a Randolph, intentando controlar su ira.

Se acercó, con los pasos lentos de un hombre que conoce su posición de poder. Sólo se detuvo cuando ya estaba muy cerca de ella y se inclinó para que pudiera oler su intrusiva loción. Sintió náuseas.

— Eso depende de ti, cariño — le susurró al oído.

Rebecca retrocedió, un paso, dos, hasta que sintió la fría pared a su espalda. Él la siguió, puso la mano contra la pared de modo que su antebrazo quedara directamente contra su oreja, bloqueó la vía de escape con su cuerpo.

— Si eres un poco amable conmigo, puede que me deje llevar y me olvide de todo. — Su aliento, que olía desagradablemente, se deslizó por su cara.

— Estoy segura de que a Victoria no le gustaría — insistió.

— Oh, ella es tan tensa a veces. Hay cosas en las que no es muy abierta de mente. Pero quizás tú sí. ¿Qué te parece si te ato a la cama y luego vierto cera caliente sobre tus pechos cachondos?

Deslizó la mano libre bajo la blusa.

— ¡Suéltame ahora mismo! — gritó Rebecca e intentó apartarse de él. Pero él la agarró bruscamente por el hombro y la apretó tan fuerte contra la pared que gritó.

— Me gusta cuando una mujer tiene fuego. — Se le hizo un nudo en el estómago al ver su sonrisa. La cara de Randolph está cerca. Demasiado cerca. Un instante después, sintió sus húmedos labios en su boca. Ella se echó hacia atrás, intentando con todas sus fuerzas apartar su repugnante cuerpo de ella, pero él le agarró las manos, sin romper el terrible beso, y las apretó con rudeza contra el áspero yeso de la pared.

Rebecca no tuvo elección. Hizo acopio de todas sus fuerzas y le hincó la rodilla en la entrepierna.

— Maldita zorra — jadeó mientras se apartaba. Ella intentó huir, pero él la agarró por el codo —. ¡Quédate aquí! — siseó, con la cara contorsionada por el dolor —. Esta es tu perdición, puta de mierda. Voy a llamar a Quentin.

Arrojó a Rebecca sobre la silla que había frente al escritorio. Se llevó la mano a las partes íntimas, se tambaleó hasta la puerta, la abrió de un tirón y gritó a alguien que llamara a Quentin.

Todo giraba en torno a Rebecca. Respirando agitadamente, se sentó agarrada a los reposabrazos y sólo pudo esperar con el pulso acelerado a ver qué ocurría.

El jefe no tardó en irrumpir en el despacho.

— ¿Qué está pasando aquí? — gritó de inmediato.

Randolph se enderezó. Sólo las gotas de sudor en la sien delataban su dolor.

— Llamé a la puerta porque quería preguntarte algo — explicó —. ¿Y a quién encontré en tu despacho? A nuestra querida Rebecca. Estaba haciendo fotos de esa carpeta — Señaló el escritorio.

Los ojos de Quentin se entrecerraron peligrosamente.

— ¿Qué buscabas? — le siseó. Su voz era fría como el metal y sus ojos, hielo puro.

— Es un malentendido. — Fue lo único que consiguió decir Rebecca.

Con expresión helada, Quentin se acercó a ella.

— Es la segunda vez que te encuentro en mi despacho. Ya está bien. Recoge tus cosas ahora mismo. Estás despedida. Y si te escucho difundir rumores malintencionados sobre mí, me aseguraré de que no vuelvas a conseguir otro trabajo. Ni en un bufete de abogados al oeste del Río Grande, ni como mecanógrafa en una oficina mohosa. ¿Entendido?

— Sí — respondió después de encontrar la voz. Sentía tantas náuseas que temía caerse de la silla.

— Y dile a tu prometido que tampoco hace falta que venga más — añadió Quentin mientras doblaba la carpeta para cerrarla.

Entonces, Rebecca se enderezó.

— Logan no tiene nada que ver con todo este asunto. ¡Nada de nada! Sólo le importan sus coches y, además, ya no estamos juntos. Déjale el trabajo — explicó .

— No me extraña que no pueda soportar a alguien como tú. Ahora sal de mi vista, no quiero volver a verte.

Rebecca se levantó de un salto de la silla, cogió su bolso y pasó furiosa junto a Randolph, que lucía una sonrisa triunfal en el rostro.

¡Todo fuera!

Su carrera destruida. Todo por lo que había trabajado durante años se derrumbó como un castillo de naipes. Sollozando, corrió por el pasillo, abrió de un empujón la puerta del despacho y

bajó corriendo las escaleras.

Se ha ido.

Los largos años en la secundaria y universidad, las incontables horas de estudio, todo el dinero para la universidad, para los libros de derecho, para ese maldito bolígrafo Montblanc. Simplemente se fueron.

Creyó en la palabra de Quentin de que la destruiría si decía una sola palabra a alguien.

¡Mierda!

Caminaba por la calle, en línea recta, sin molestarse siquiera en secarse las lágrimas. De vez en cuando alguien la miraba con extrañeza, pero nadie le dirigía la palabra. En las calles de Nueva York, a la gente no le importaba una joven llorosa con un atuendo demasiado caro, aquí había demasiados desgraciados.

¿Qué debe hacer ahora?

No podía pensar con claridad. Caminando. Eso era bueno. Hacia adelante y hacia arriba, no importa dónde. Seguía caminando, quizá entonces su cerebro volvería a funcionar. Las lágrimas acabaron por cesar, los pies empezaron a dolerle, pero Rebecca siguió caminando y caminando. Reprodujo la escena una y otra vez, olió el aliento de Randolph, sintió su asquerosa boca en la suya y luchó contra un violento reflejo nauseoso durante unos segundos. Tuvo que detenerse, agarrarse al poste de un semáforo, esperar a que su estómago dejara de contraerse.

Fue un desastre.

No podía decírselo a sus padres, porque se preocuparían aún más. ¿Pero cómo iba a arreglárselas con el dinero para los gastos legales? Aunque aceptara cualquier trabajo disponible, nunca ganaría tanto como en un bufete de abogados. Pero los rumores corrían deprisa y Quentin se aseguraría de que no llegara a ninguna parte. Todos los abogados a los que se presentara le preguntarían por qué había dejado *Armaddon, Hall & Piddlefield* con tanta prisa. Algo así siempre resultaba sospechoso, aunque Quentin no revelara las verdaderas razones. Entonces, ¿qué quedaba?

Vio un cartel en la puerta arañada de un bar destartado. "Se busca personal". ¿Un trabajo de mesera? ¿Y de cajera en un 7-Eleven durante el día? Con eso apenas podría pagar el alquiler.

Los zapatos le pellizcaban. Rebecca se detuvo delante de una pequeña floristería y se revisó el talón, donde se le había formado una ampolla. No sabía cuánto había caminado, había perdido la noción del tiempo. Pero el entorno le resultaba familiar.

El florista, un tipo barbudo con un oso pardo en la camiseta, salió y la miró preocupado.

— ¿Estas bien? — le preguntó.

Rebecca asintió en silencio. Ahora ya le hablaban desconocidos. Tenía que verse realmente mal. El hombre se volvió hacia la derecha y gritó algo a una joven que regaba una adelfa.

— Oye, Emilia, ¿puedes darme una taza de café? Creo que a esta jovencita le vendría bien un poco de ánimo.

Sólo cuando Rebecca escuchó el nombre de la pastelera se dio cuenta de dónde había ido a parar. Al parecer, había caminado automáticamente en dirección a casa, hasta la calle 16. No era de extrañar que le dolieran los pies.

— ¡Rebecca! — dijo Emilia, haciéndole señas para que se acercara —. ¿Por qué no entras? Parece que no estás bien.

Rebecca aceptó agradecida la invitación. Dejó que la italiana la guiara hasta una silla en una sala contigua de la pastelería. Cuando Violetta la vio entrar, la saludó cordialmente de inmediato. — ¿Dónde está mi Adonis? — gritó la anciana —. ¿No tienes al bellissimo Logan contigo hoy?

— No — dijo Rebecca con desgana —. Ya no estamos juntos.

— Vio, ¿quieres encargarte tú? — dijo Emilia rápidamente, antes de que su tía abuela pudiera interferir más. Preparó el café y se sentó en la limpia encimera frente a Rebecca, dentro de la pastelería.

— ¿Qué ha pasado? — preguntó, como si fuera lo más natural del mundo que una abogada casi extranjera le contara el desastre de su vida. Por extraño que parezca, era realmente fácil hablar de cualquier cosa allí, en esa cocina con aroma a vainilla. Rebecca tomó un sorbo del fuerte café expreso, respiró hondo y empezó a hablar.

Otro expreso y dos crujientes pasteles de nuez más tarde, Emilia lo sabía todo. Rebecca sólo había mencionado lo de Logan de pasada, pero en lo que a Quentin se refería, había sido abierta, aunque ahora le pareciera una tontería; al fin y al cabo, apenas conocía a la italiana. Pero algo le decía que podía confiar en ella.

— Sólo hay una opción para ti — explicó Emilia después de pensar un buen rato y mordisquear un chocolate.

— ¿Y cuál es? — Rebecca la miró preocupada.

— Tienes que ir mañana a donde la juez y contarle todo lo que sabes. Sólo ella tiene la posibilidad de rehabilitarte del todo. Eres una mujer inteligente con buenas credenciales, no pensará que eres una chiflada, te creerá. Luego, cuando haga un seguimiento y condene a tu jefe, serás la heroína y tendrás tantas ofertas de trabajo que no sabrás por dónde empezar.

— No lo creo, a nadie le gusta contratar a una abogada que ha puesto en la picota a su jefe.

— Oh vamos, estoy segura de que hay algunos abogados que se preocupan por la justicia.

Rebecca suspiró.

— Ya no estoy segura de eso. Pero tienes razón. La juez puede enderezar mi reputación y, sobre todo, acabar con Quentin. Entonces habré matado dos pájaros de un tiro.

— ¡Lógicamente! Ya verás, todo irá bien. Bueno, casi todo. Siento mucho lo de Logan. Pensé que era una buena opción para ti.

A Rebecca aún le producía una punzada escuchar su nombre. Esperaba fervientemente que Quentin le hubiera creído acerca de la ruptura con Logan y le hubiera dejado seguir revisando sus coches clásicos.

Rebecca se levantó de la silla con dificultad.

— Creo que ahora me iré a casa. ¿Cuánto sería el café y los bombones?

— No me insultes. Invita la casa, por supuesto. Te pediré consejo legal para esto cuando Richard ponga a nuestra hija vestidos de encaje y no la deje trepar a los árboles. Ahora mismo quiere prohibirme ir a trabajar. Eso va a ser un problema . — Puso los ojos en blanco y le siguió con una carcajada.

— ¿Así que va a ser una niña?

Emilia asintió radiante y se acarició el vientre.

— Si el doctor no se equivoca, tendremos una pequeña Vittoria.

— ¡Qué gran nombre! Casi suena como Violetta. — Se alegró con Emilia, aunque al mismo tiempo le dolió un poco. Ella misma, sin duda, nunca tendría una familia propia.

— Sí, por eso lo elegimos. Y también porque Richard y yo tuvimos que conquistar mucho antes de poder estar juntos.

— Les deseo lo mejor a los tres — dijo Rebecca.

— ¡Cuatro! — gritó Violetta entre ellos. Estaba de pie en la puerta —. Yo también soy uno de ellos, después de todo. Te alegrarás cuando te quite a la pequeña de las manos durante una hora y la lleve por el parque. ¿Encargaste ya el cochecito? Ya es hora.

— ¡Tía, sólo tengo cinco meses!

Antes de verse envuelta en una discusión familiar sobre marcas de chupetes y pañales de tela, Rebecca se despidió y se dirigió a casa.

EL HOMBRE

El blog de los hombres de verdad

Hola hombres,

Ayer conocí a nuestro Jasper.

¡Finalmente!

Llevábamos mucho tiempo poniéndonos de acuerdo, pero siempre surgía algo. Por ejemplo, el coro de chirigotas de su mujer, al que tenía que llevarla como su chófer. Oye, Jasper, ¡alégrate de no haber tenido que cantar "My Bonnie is over the ocean"!

Creo que pude responder a algunas de las preguntas de Jasper. Probablemente causamos un poco de revuelo en el bar cuando la sexy mesera me ayudó a ilustrar varias posturas. Pero creo que, si vas a enseñar, también debes hacer que la lección sea ilustrativa. Y, de todas formas, no hicimos demostraciones de las más inusuales, así que no te asustes: no queríamos repasar el Kama Sutra, sino sólo dar algunos consejos.

Hablando con Jasper, me di cuenta de que en realidad hay modelos de vida muy diferentes. Afortunadamente, me he librado de ciertos rituales, como los almuerzos regulares con la familia política, y eso nunca cambiará. Y sólo tengo un interés limitado en ver un concurso juntos en la televisión. En cambio, le conté a Jasper un poco de mi profesión, que obviamente le pareció muy emocionante.

Antes de que lleguen más solicitudes: No, ¡no puedo reservar como entrenador personal para coquetear con mujeres!

El encuentro con Jasper fue una excepción porque ha seguido este blog desde el principio.

Esperemos a ver qué nos cuenta sobre sus futuras incursiones en el mundo femenino.

Hasta entonces,

Nos vemos,

EL HOMBRE

13. Sólo amigos solitarios

— Muchas gracias por dedicarme su tiempo — saludó Rebecca a la juez.

Elizabeth Stanton, con el pelo peinado hacia atrás en un moño apretado como de costumbre y la blusa suelta, señaló una silla frente a su escritorio.

— Que sea rápido, tengo la próxima audiencia pronto.

— Bien — Rebecca se había pasado media noche pensando en la mejor manera de informar a la juez de sus sospechas y ahora esperaba fervientemente que todo saliera según lo planeado.

— Se trata de Quentin Armadon — empezó diciendo —. Seguramente se ha dado cuenta de que los testigos a los que interroga a menudo parecen algo confusos. Incluso los testigos expertos de la otra parte se vuelven inestables en su presencia.

Miró a la juez, pero sus facciones permanecieron incambiables. Como no hubo respuesta, Rebecca continuó.

— Al principio pensé que era por el carisma del señor Armadon. Sin duda tiene un aura que puede impresionar. Pero ahora estoy segura de que no es sólo por su carisma.

Una vez más, se detuvo un momento.

— Siga hablando — la incitó la juez Stanton, sin que se le moviera un músculo de la cara.

Rebecca tragó saliva. Ahora era el momento de poner las cartas sobre la mesa.

— He descubierto que el señor Armadon está influyendo en los testigos a través de las drogas — dijo y miró tensa a su homólogo.

— ¿Drogas? ¿En mi audiencia? — Una de las cejas estrechas se levantó ferviente —. ¿Cómo va a funcionar eso?

— A través del spray bucal que usa. Sé que suena increíble, pero es verdad. Ha estado trabajando en secreto para Banks Pharmaceuticals durante muchos años, ocupándose de los clientes que amenazan con demandarlos, los soborna o los intimida. Y a cambio, Roger Banks le ha fabricado un spray especial. Fotografié el nombre de la droga, hay toda una carpeta sobre los casos, pero perdí mi teléfono. ¡Tiene que hacer un seguimiento de esto!

Sin aliento, miró a la juez. Había levantado la segunda ceja. Era una buena señal. Le había creído.

— Srta. Miller, esto es... — comenzó.

Rebecca sospechaba lo que vendría después: un escándalo. Imperdonable. Un crimen. Se sintió increíblemente aliviada de que por fin alguien se tomara en serio sus sospechas. Todo se arreglaría.

— ... ¡La mayor tontería que he escuchado en mi vida! — continuó la juez en su lugar —. ¡La única razón por la que el señor Armadon ha ganado casi todos los casos en los últimos dos años

es gracias a su habilidad! ¿No estará sugiriendo que hay irregularidades en mi propia sala? ¡Más aún con la ridícula afirmación de que utiliza su spray bucal para hacerlo!

Atónita, Rebecca la miró fijamente.

— ¡Pero es verdad! Droga a los testigos, los empaña. Incluso se lo hizo a mi propio padre. Tiene que creerme.

— Lo único que creo es que tras su dimisión está intentando por todos los medios desacreditar al señor Armadon. ¿De verdad cree que no se ha corrido la voz de que le ha despedido? Incluso me avisó de que podrías pedirme una cita y eso es exactamente lo que ocurrió. ¡Y ahora vienes y me haces perder mi precioso tiempo con afirmaciones tan abstrusas! Debería darle vergüenza. Entiendo muy bien por qué Quentin la despidió.

Rebecca tragó saliva. Apenas le quedaban posibilidades, pero quería aprovechar cualquier pequeña oportunidad.

— ¿Y si le traigo el spray bucal? Así podría enviarlo a examinar.

— ¿Después de haberlo preparado usted misma de antemano? ¿Cómo de estúpida cree que soy, Srta. Miller? Su comportamiento es lamentable. Me encargaré de que no vuelva a poner un pie en mi sala. No volverá a pisar ningún despacho de abogados, se lo garantizo.

La juez se levantó y miró a Rebecca con tal frialdad que ésta se levantó de un salto de la silla y salió de la sala casi a toda prisa.

¡Maldita sea!

Ahora no sólo había puesto al poderoso Quentin en su contra, sino también a uno de los jueces más influyentes del estado. Así las cosas, nunca más podría ejercer la profesión con la que había soñado toda su vida. Y tenía razón. Quentin era el que utilizaba métodos sin escrúpulos, no ella. Y no iba a dejar que se saliera con la suya, y menos ahora.

Su carrera estaba destruida de todos modos, ya no tenía nada que perder. Así que ahora pondría toda su energía en acabar con Quentin. De alguna manera tenía que hacerlo. Si era necesario, incluso tendría que saltar sobre su propia sombra. En la guerra, todos los medios estaban justificados. Y los medios de su elección vivían en Brooklyn. Allí es donde iría ahora.

*

A Rebecca le pareció un déjà vu cuando volvió a pasar por el patio de *Eddie's Classic Cars* y le preguntó a un colega por Logan. También esta vez, todos los demás mecánicos se habían ido ya a casa o estaban recogiendo sus cosas. Él era el último en el taller. Sólo que hoy no estaba tumbado bajo un Rover negro, sino inclinado sobre el capó abierto de un Cadillac pintado de rosa chillón.

Se acercó al coche. La camiseta de Logan estaba manchada, su pelo oscuro se rizaba en todas direcciones y hacía al menos tres días que no se afeitaba. Sin embargo, su aspecto la dejó sin

aliento.

— Hola — le saludó —. Me gustaría hablar contigo.

La miró un momento sin enderezarse del todo. Ni siquiera dejó el destornillador con el que estaba manipulando el motor.

— No es buena idea. — Fue su única respuesta y volvió a sumergirse en las profundidades del Cadillac.

— Sí, lo es. Es importante — objetó ella .

Eso no parecía interesarle en absoluto. Buscó un par de alicates y se puso a atornillar dentro del viejo coche con ambas herramientas.

— Ya me imagino que es duro, pero tomamos nuestra decisión — explicó a secas — . Lo nuestro no funcionó, así son las cosas. No tiene sentido volver, sobre todo no ahora.

— ¡Ese no es mi punto en absoluto! — aclaró Rebecca.

Él, sin embargo, no la escuchó porque siguió hablando al compartimento del motor.

— Tú y yo estábamos condenados desde el principio. Tienes que aceptarlo. Además, nunca me han gustado los análisis retrospectivos, así que tampoco te haces ningún favor.

— Logan, ¡no estoy aquí por eso!

— Mejor un final rápido que alargarlo todo innecesariamente. De lo contrario, sólo perjudicará a todos. Y un nuevo comienzo no serviría de nada, lo sabemos muy bien, así que ni siquiera deberíamos...

— ¡Maldita sea, Log, no quiero empezar de cero! — rugió Rebecca, lanzando una llave inglesa contra el suelo de cemento con tanta fuerza que se hizo eco en el taller.

Logan finalmente se detuvo.

— ¿A no? — preguntó, sorprendido.

— ¡No, hombre engreído! Esto va de otra cosa totalmente distinta. Y ahora no vuelvas a zambullirte en esa ballena rosa, o te daré en la cabeza con la siguiente llave inglesa en vez de tirarla al suelo.

Entonces, tuvo su atención.

—De acuerdo, está bien. — Logan levantó los brazos para calmar a Rebecca y colocó sus herramientas en la estantería a su lado —. ¿De qué va esto entonces?

— Quentin me despidió porque me descubrió husmeando en su despacho. La juez Stanton también me echó cuando intenté contarle sobre los engaños de Quentin. Ambos se aseguran ahora de que nunca vuelva a conseguir un trabajo como abogada. No tengo dinero ni trabajo, pero quiero demostrar de alguna manera que ha jugado sucio, aunque sólo sea por mi padre. Y Benito Álvarez. Pero sobre todo porque actúa contra la ley y la justicia. No puedo hacerlo sola. ¿No podemos trabajar juntos de forma platónica?

La miró durante unos segundos. Entonces una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro.

— Bravo, Becky. A diferencia de Donald Trump, tú vas directo al grano en tus discursos y

juntas frases completas — dijo .

— ¿Me estás diciendo que me aconsejas que me dedique a la política en vez de ocuparme del spray de Quentin?

Se limpió las manos grasientas en un paño igualmente sucio y parecía estar pensando.

— No podrían utilizarte en política, no eres lo suficiente corrupta — dijo.

— Usted, en cambio, ya cumple un requisito: se las arregla para esquivar hábilmente las preguntas, al menos las mías. Así que, una vez más, ¿me ayudarás? En el plano puramente profesional, por supuesto.

Rebecca lo miró tensa. Él dobló la barra y dejó caer el capó. Con un fuerte estruendo, el monstruo rosa cerró la boca.

— Serías la primera dama que puede controlar sus emociones.

— No estoy aquí como mujer, estoy aquí como una abogada cabreada cuya carrera fue destruida por un hijo de puta y sus putos contactos.

Ladeó la cabeza.

— Aunque eso es una discusión.

Logan se dirigió a la esquina opuesta, donde había una nevera. Sacó dos latas de Coca-Cola y le lanzó una a Rebecca, que la atrapó por poco.

— ¿Qué quieres hacer? — preguntó mientras abría la lata y daba un largo trago. Su nuez de Adán se movió, sus pectorales resaltaban claramente bajo la camiseta y, mientras él se apoyaba en la pared, Rebecca no podía apartar los ojos del bulto de sus vaqueros. Aquel hombre le seguía pareciendo demasiado fascinante.

— Primero necesito saber si Quentin te dejará seguir trabajando para él — dijo.

Logan asintió.

— Me llamó ayer y me preguntó si era cierto que tú y yo ya no estábamos juntos. Se lo confirmé. Parecía aliviado y me dijo que nos veríamos el fin de semana, como habíamos planeado.

— Perfecto. — El corazón le dio un brinco. Con un poco de esfuerzo consiguió abrir la lata y bebió también de ella. El frescor le sentó bien porque, como siempre en presencia de Logan, tenía demasiado calor —. Debemos conseguir uno de esos spray bucales a toda costa. Y tú eres mi única esperanza.

Le dedicó una sonrisa suplicante.

Despreocupado, Logan se apartó de la pared y se acercó a ella con largas zancadas a lo John Wayne.

— ¿De verdad crees que podemos hacer esto? ¿Trabajar juntos como socios en el crimen?

Tuvo que tragar saliva cuando él la miró a los ojos.

— Correcto — confirmó rápidamente —. No veo ningún peligro en absoluto. Las cosas entre nosotros están completamente arregladas, ¿verdad?

— Está bien. — Su voz áspera le produjo un escalofrío. Su olor a gasóleo, cuero viejo y hombre puro le erizó el vello de la nuca —. Has trabajado demasiado duro por tu carrera como abogada como para dejar que ese loco de la higiene te la destroce . Y ya sabes lo que pienso de sus litigios sin escrúpulos.

— Pero ¿cómo conseguimos el spray? — Rebecca volvía una y otra vez a esta pregunta. Sin pruebas, nada funcionaba.

Volvió a mirarla así, de una forma que le hizo palpar el corazón con fuerza. Con esos ojos oscuros que tanto había echado de menos, que le habían guiñado el ojo cada noche desde otro rincón oscuro de su habitación solitaria. En los que se había hundido en cada maldito recuerdo lloroso, imparable, como el Titanic en el Atlántico.

— Nuestra salvación se llama Edna — explicó Logan. Y luego no dijo nada más.

Rebecca lo miró sin comprender. ¿Se suponía que eso le decía algo?

— ¿Quién se supone que es? ¿Tu nueva llama que es hipnotizadora y saca a Quentin para que puedas robarle? — preguntó .

— Oh, las mujeres siempre con sus terribles celos. — Se pasó la mano por el pelo despeinado, con un aspecto tan sexy que a Rebecca le habría gustado empujarlo sobre el bonete rosa y desnudarlo. Se bebió la lata hasta dejarla seca. Necesitaba refrescarse urgentemente.

— Edna es la esposa de Quentin, ¿no la recuerdas? Y por pura casualidad, se ha encaprichado conmigo. Puramente platónico, por supuesto. — Le guiñó un ojo —. Aunque no es difícil, ella recibe cero atenciones de su marido y está locamente agradecida incluso por una pequeña sonrisa.

Logan le dio una muestra de aquella sonrisa de maravilla como prueba y Rebecca fue capaz de ponerse en el lugar de Edna Armadon fácilmente.

— ¿Y crees que la buena de Edna simplemente presionará su spray bucal en tu mano cuando se lo pidas? ¿O cuál es tu plan para eso?

Se encogió de hombros.

— La planificación no es lo mío. Improviso. Quizá debería comer muchos ajos de antemano y luego respirar sobre ellos cuando hable.

Logan se echó a reír, se bebió la lata y la arrojó en un arco perfecto a la papelera situada en el otro extremo del taller.

— Con todo respeto, “Magia”, estás en buena forma.

— Mi culo. Ha sido un día largo y me duelen los huesos. — Estiró los brazos hacia arriba. Al hacerlo, su camisa se deslizó en esa dirección también, revelando una parte de su estómago donde unos pelos oscuros apuntaban prometedoramente en dirección a más abajo. Rebecca tuvo que tragar saliva.

— ¿Tienes una señora que cuide de tu dolorido cuerpo astral? — preguntó, maldiciéndose por su curiosidad inmediatamente después. ¿Por qué no podía mantener la boca cerrada?

Se acercó. Su pulso respondió de inmediato.

— Yo no. Pero ¿y tú, Becky? ¿Hay algún colega de hilos finos al que puedas llorar?

Su mirada burlona le resultaba molesta y excitante al mismo tiempo.

— ¿No estarás hablando de Randolph, espero? Fue él quien me descubrió en el despacho de Quentin. En lugar de delatarme de inmediato, me empujó contra la pared y me sugirió sexo silencioso. Le di una patada en sus partes blandas.

Con fingido horror, Logan dio un paso atrás.

— Oh, puedes ser realmente peligrosa. Pero ese mono realmente se lo merecía.

— En efecto.

— ¿Quieres subir y contarme cómo estás realmente en este momento? Tengo tiempo y jugosos brownies, los ha traído la mujer de Eddie. Tú come, yo me daré una ducha y luego pensaremos juntos dónde puedes conseguir trabajo y dinero.

A Rebecca le dio un vuelco el corazón. "¡Sí, sí, sí!", le hubiera gustado gritarle a Logan y añadir que ni siquiera se molestara en vestirse después de la ducha. Pero, por suerte, se controló a tiempo.

— Me las arreglaré — dijo en su lugar —. Estoy segura de que encontraré un trabajo temporal de algún tipo.

— Nos vendría bien alguien aquí. La recepcionista tuvo un bebé y Eddie está buscando a alguien para reemplazarla. ¿Sería algo para ti?

Rebecca sacudió rápidamente la cabeza antes de cambiar de opinión. Ver a Logan trabajar todos los días, oírlo reír, discutir con él sobre sus tareas... no había forma de que pudiera manejarlo.

— Es muy amable por tu parte, pero de todas formas mi amiga Gwendolyn está preguntando por ahí a ver si se necesita a alguien en la oficina cerca de casa. Creo que sé moverme por allí mejor que entre tus coches.

— De acuerdo — dijo Logan, sosteniéndola con la mirada —. ¿Estás realmente segura de que lo nuestro funciona? ¿Puramente de forma amistosa y todo eso? No quiero hacerte daño.

Genial, el Señor Auto-Glorioso debió pensar que ella era una de las muchas mujeres que se derretían en su presencia e incluso después de una ruptura seguían brillando de anhelo como brasas en una barbacoa.

— Para mí no es ningún problema — afirmó con rotundidad —. ¿Es difícil para ti, entonces, porque lo preguntas muy a menudo? — El ataque seguía siendo la mejor defensa.

— ¡Claro que no! Ya conoces mi opinión sobre las relaciones en general y la nuestra en particular. Pero me llevo muy bien contigo como amigos, de eso no hay duda.

— Bien, entonces está decidido. Usa tu encanto de latin lover con la mujer de Quentin y tráenos el spray. Me aseguraré de que la cosa sea revisada después.

— ¿Cómo vas a hacerlo? — Detectó un sincero reconocimiento en su mirada, lo que la

enorgulleció. Ella también se sentía mucho mejor ahora que había tomado las riendas y ya no estaba a merced de sus hormonas.

— Tengo mis contactos. Deja que yo me preocupe de eso.

— ¡Sí, sí, Capitán Sherlock! — Logan le sonrió. Su sonrisa era cálida y familiar, una sonrisa que animaba a Rebecca y le daba fuerzas. Una que recibiría con gusto cada día de alguien que, como él, le cubría las espaldas y se preocupaba por ella.

— Me voy a casa — declaró por si acaso —. Llámame si hay novedades.

— Claro que sí.

Al darse la vuelta y cruzar el patio, tuvo la clara sensación de sentir la mirada de él a su espalda. Logan no parecía incómodo con su presencia. Tener un amigo era algo estupendo, después de todo, y desde luego era posible entre un hombre y una mujer. ¿Y por qué no? Todo lo que tenía que hacer era pensar en él como un neutro en lugar de un hombre. No podía ser tan difícil.

Sólo cuando Rebecca dobló la esquina de la casa recordó que su teléfono móvil había encontrado su tumba de agua bajo los nenúfares del despacho de Quentin. Pero ya no volvería atrás. Tenía el número de Logan apuntado en alguna parte, para poder localizarlo. Además, no estaba nada claro que él pudiera conseguir el spray. Ahora sólo tenía que ser paciente, que no era uno de los puntos fuertes de Rebecca.

EL HOMBRE
El blog de los hombres de verdad

Hola hombres,

Jasper preguntó algo hace un tiempo: "¿Todas las mujeres que sonríen a un hombre en el bar quieren realmente irse a la cama con él? ¿O puede ser que sólo le atrae ser su amiga?".

Oh, hermano, ten un poco más de confianza. ¡Claro que quiere acostarse contigo! Ninguna mujer en el mundo deja que un hombre la lleve a tomar un Mai Tai porque está buscando un amigo con el que trepar a los árboles o cazar ranas arborícolas.

Lo que, no obstante, me lleva a la pregunta tantas veces debatida: ¿Puede haber amistad pura entre un hombre y una mujer?

Pienso: ¡sí!

Por supuesto, debe quedar absolutamente claro que ninguno de los dos quiere nada del otro. Y con eso no me refiero a que alguien ya esté en una relación, ¡porque eso seguro que no es un obstáculo para encontrar atractiva a otra persona! No, me refiero a otra cosa. Tienen que estar de acuerdo en que no hay forma de que encajen juntos ni de que puedan durar ni dos días como pareja. Que realmente nunca podrá funcionar. Y que sólo valoras a la otra persona como ser humano y no te importa ni por un segundo si la señora se llame sus sensuales labios o si el chico tiene unas nalgas seductoramente firmes.

Si eso está absolutamente claro, entonces una amistad entre un hombre y una mujer es algo genial. Otra cosa es salir por ahí con una compañera. De alguna manera conversaciones completamente diferentes. Más profundas. Y también hay menos pedos.

Así que Harrys: ¡Búscate una Sally si quieres experimentar algo más que conversaciones sobre mariscales y neumáticos de coche! (Por supuesto, la comparación con la pareja de la película es totalmente engañosa, pero ya me entiendes).

Nos vemos,

EL HOMBRE

14. Rhonda útil

Durante los días siguientes, Rebecca se dedicó a buscar trabajo. Si era necesario, aunque fuera sólo temporal, no importaba. Jamie le ofreció un empleo como secretaria de departamento en la agencia de publicidad donde él trabajaba como diseñador gráfico. Fue allí para un periodo de prueba, pero se sentía fatal. La mandaron a buscar el desayuno y le hicieron servirles café, también tenía que hacer recados por medio Nueva York, por eso se presentó a trabajar el segundo día en vaqueros y zapatillas en lugar de traje. Ella misma podría haber formulado mucho mejor las cartas que copiaba de los clientes. Pero se callaba, sonreía amablemente y lavaba los platos para todos sus compañeros por la noche. De alguna manera había que pagar el alquiler y aún no había cancelado el préstamo para sus estudios.

El domingo por la mañana estaba sentada en su habitación, que a estas alturas parecía casi tan desordenada como la de Jamie. Con el despido de Quentin, su sentido del orden había desaparecido. Ni siquiera prestaba tanta atención a su dieta y a su forma física como antes. Había cancelado el costoso contrato en el *Body Kiss* y como Mo se había comido su último yogur natural, hoy se metió en la boca una de las chocolatinas que Violetta le había dado para desayunar. Por supuesto, se prohibió terminantemente pensar en cualquier parte del cuerpo de cierto mecánico de coches: era exclusivamente su amigo y en absoluto un hombre al que quisiera comerse. Si se lo decía a sí misma con la suficiente frecuencia, estaba garantizado que funcionaría, eso era programación neurolingüística y estaba científicamente demostrado.

— Sólo un amigo que me ayuda — murmuró, colocando la siguiente barrita de chocolate en su lengua —. Nada más. — El chocolate se derritió enseguida y tenía un delicioso sabor a cacao y un toque de canela. Estimulante. En todos los sentidos de la palabra.

— ¡Exclusivamente mi cómplice! — se llamó a sí misma un poco más alto —. Mi Doctor Watson. ¡Puramente platónico!

Sonó el timbre, pero tuvo suerte de escuchar a Mo arrastrando los pies por el pasillo. Que alguien de la banda llegara tan temprano era inusual. Que poco después llamaran a su puerta era aún más inusual.

— Visitante para ti — anunció Mo y abrió la puerta.

— ¡Logan! — Rebecca saltó de la cama.

— He estado intentando llamarte al teléfono desde anoche. ¿No lo tienes encendido? — Llevaba unos vaqueros cortados por las rodillas y una camisa casual de manga corta y color claro, que parecía increíblemente informal.

— Está sumergido en un jarrón de lirios — le explicó. Luego despejó rápidamente la única silla para que él pudiera sentarse.

Logan vio la bolsita morada de *Pastry Passion* y examinó detenidamente el contenido.

— ¿Son acaso esas misteriosas chocolatinas que te recomendó Violetta para ponernos furiosos a los pobres hombres?

Rebecca sintió que se ruborizaba.

— Siéntase libre de comerse uno — respondió en un tono lo más neutro posible —. Y dime qué te trae por aquí.

Con calma, dejó que una tableta desapareciera en su boca y asintió apreciativamente. Luego, sin mediar palabra, sacó algo del bolsillo del pantalón. Cuando Rebecca vio lo que llevaba en la mano, chilló con fuerza.

— ¡Lo tienes! — exclamó, luchando por reprimir el reflejo de echarle los brazos al cuello a Logan —. ¿Cómo lo has conseguido? — preguntó, examinando la preciosa pieza desde todos los ángulos como si fuera un diamante impecable.

— Quentin tuvo que irse justo después de que yo empezara a pulir su coche ayer. Edna tuvo la amabilidad de prepararme un té helado. Me bebí dos y luego pregunté si podía usar el baño.

— ¿Y estaba el spray ahí? — Sin aliento, escuchó su explicación.

— Por supuesto que no. Me llevó al baño de invitados, lo que no me ayudó, así que tuve que recurrir a un truco. Me metí debajo del coche y me salpiqué deliberadamente con aceite. Por desgracia, lo único que me ayudaría era una ducha, que sólo está disponible en uno de los baños grandes. Al principio temí que Edna me llevara al suyo, donde sólo había perfumes y polvos. Pero la suerte me acompañó y acabé en el baño de mármol de Quentin. Y bingo, había una hilera de estos sprays en el armario con espejos, justo al lado de su cepillo de dientes.

— ¡Eres un genio, Logan!

Sonrió satisfecho. Con cuidado, Rebecca tomó el spray bucal con la mano. Lo había visto muchas veces cuando estaba con Quentin, pero nunca lo había visto de cerca. Parecía completamente discreto, ligeramente más grande que un spray nasal y con una pegatina neutra impresa con "Aliento fresco". El fondo era rojo. Rebecca se detuvo un momento. ¿No solía ser verde? Pero seguramente se había equivocado.

— ¿Lo has probado? — le preguntó a Logan.

— Lo sostuve por la ventana y probé muy brevemente para ver si la boquilla funcionaba, eso fue todo. ¿Qué hacemos con él ahora?

Rebecca se levantó.

— Vamos a Queens.

La miró como si hubiera hablado en chino.

— ¿Y qué haremos allí?

— Visitaremos a mi hermana Rhonda. Vamos. ¿Estás ahí con tu babymóvil celeste?

Asintió con la cabeza, aún tenía signos de interrogación en los ojos.

— Bien. ¡Vamos entonces! — Rebecca abrió la puerta. Estaba emocionada hasta la punta del pelo. Por fin tenían pruebas, y con ellas una oportunidad real de acabar con Quentin y restaurar

su propia reputación. No tenía que pasarse el resto de sus días comprando bocadillos de atún y mecanografiando aburridas cartas para redactores engreídos.

Dirigió entusiasmada a Logan hacia Queens y le dijo que estacionara su pequeño coche detrás del cubo oxidado de su padre. El motor aún no estaba apagado cuando ella saltó del coche.

— Hola mamá — saludó brevemente a su madre al salir de casa —. ¿Está Rhonda en casa?

— Sí, está en el salón. Pero ¿no vas a presentarme a tu amigo? — Su madre miró con los ojos entrecerrados a Logan, que salía ágilmente del coche. Su mirada entusiasta no presagiaba nada bueno; probablemente ya sospechaba que era el futuro yerno. Le sonrió amablemente, pero Rebecca lo arrastró rápidamente al interior. Rhonda estaba tranquila en el sofá viendo la televisión.

— Hola hermanita, tengo una tarea para ti. ¡Tienes que hacer de MacGyver!

Rhonda se detuvo y se quedó mirando a Logan.

— ¿Quién es? — Quiso saber ella también.

— Este es mi amigo Logan. Me está ayudando con algo complicado.

Quería seguir hablando e ir por fin al grano, pero Rhonda la interrumpió.

— ¿Cuánto tiempo llevan juntos? — preguntó.

— ¡No estamos juntos! Sólo somos amigos.

— Nunca has tenido amigos. Aparte de los dos músicos, nunca me has hablado de nadie. ¿Dónde se conocieron? — Rhonda la miró con interés, pasándose apresuradamente el pelo mal peinado por detrás de la oreja.

— En una inauguración de arte — responde Logan con una sonrisa —. A los dos nos interesa mucho el arte. ¿Verdad, Becky?

Se fijó en la caja de Peppermint Ponds que había sobre la mesita. Rhonda vio enseguida su oportunidad, puso su sonrisa más dulce y le ofreció la caja.

— Gracias. Me encantan todos los tipos de bombones — explicó Logan y guiñó un ojo a la embelesada Rhonda.

Rebecca sonrió. Esta vez no estaba tan mal que Logan pudiera hacer girar alrededor de su dedo a cualquier mujer de entre dieciocho y ochenta años.

— Becky me dijo en el coche que eres una genio de la química — le explicó —. Realmente espero que puedas ayudarnos.

Se podía ver literalmente cómo se hinchaba el pecho de Rhonda.

— ¿Qué quieres que haga?

Rebecca sacó el spray bucal del bolso y explicó a su hermana a grandes rasgos de qué se trataba. Su madre, que entretanto también había entrado en el salón, escuchaba muda.

— ¿Quieres ir contra tu propio jefe? — preguntó —. Pero estabas tan orgullosa de tener este gran trabajo y poder empezar una carrera desde ahí.

— Es cierto — admitió Rebecca, sintiéndose de repente terriblemente superficial al respecto

—. Pero me despidió de todos modos. No le gustó mi comportamiento.

— ¿Quizás puedas disculparte con él y que al menos te devuelva el trabajo a modo de prueba? Significaba tanto para ti.

— Me preocupa más evitar que siga haciendo cosas como las que hizo con papá. Eso no debe volver a ocurrir.

La calidez con la que su madre le sonreía atravesó a Rebecca. Sabía que había tomado la decisión correcta. El bufete de Manhattan, con todos sus abogados, le parecía de repente muy lejano y un mundo falso al que no quería volver.

Mientras tanto, Rhonda tenía el teléfono móvil pegado a la oreja y hablaba con unos amigos. En cuanto colgó, se volvió hacia Rebecca.

— Mis antiguos colegas aún me deben un favor. Ven conmigo, iremos a la fábrica y revisaremos el spray de cabo a rabo.

Sorprendida, Rebecca miró a su hermana pequeña, que apenas estaba reconocible. Realmente floreció con este esfuerzo.

— ¿Qué producen aquí? — preguntó Logan mientras se estacionaban frente al edificio de la fábrica.

— Productos para el cuidado del cabello — explicó Rhonda —. Champús, mousses, acondicionadores, lacas, gominas... lo que tu corazón y tu pelo deseen. Antes era otra empresa, yo trabajaba en el laboratorio químico. El gigante del cabello lo compró todo, pero sólo se hizo cargo de algunos de nosotros. Mis antiguos colegas Molly y Brent trabajan en el departamento de desarrollo y tienen una llave maestra.

Efectivamente, un oso pelirrojo y un elfo de pelo corto y áspero ya estaban esperando en la puerta trasera. Rhonda los abrazó a ambos a modo de saludo, y luego todos entraron rápidamente en la fábrica. Brent condujo al grupo a una especie de laboratorio de investigación.

— Tomemos el spray misterioso, entonces — dijo.

Rebecca y Logan observaron asombrados cómo los tres químicos se ponen manos a la obra con el spray bucal. Lo examinaron con un microscopio, lo atravesaron con una luz y rociaron varias placas de Petri. Mientras tanto, comentaban los resultados y discuten cómo proceder.

Rebecca miró a su hermana con asombro. Al contrario que en casa, Rhonda parecía segura de sí misma y llena de brío. Era una verdadera lástima que ya no tuviera trabajo en este campo.

Finalmente, el ansioso trío de investigadores se unió a ellos. Rhonda tomó la palabra.

— Así que — comenzó —, tenías toda la razón. Este bebé tiene dos cámaras separadas — levantó una especie de radiografía que lo mostraba claramente —. También hay una pequeña boquilla en la parte trasera. Echamos un vistazo de cerca al mecanismo, ¡es un sistema realmente sofisticado! Miren — esta vez les mostró varias ampliaciones que había hecho con el microscopio —. Si pulsas el botón de la parte superior, el contenido de la cámara más grande simplemente se pulveriza hacia la parte delantera, como cualquier irrigador bucal convencional.

Pero si pulsas con el pulgar este pequeño botón situado en la parte inferior del pulverizador sale un fino rocío de la segunda cámara situada en la parte trasera.

— ¿No es una locura elaborarlo? — preguntó Logan.

El regordete Brent negó con la cabeza.

— También hemos probado eso para una laca doble. Laca para el flequillo, Flexispray para el resto del peinado, todo en una lata. Técnicamente no era un gran problema, pero los clientes no se lanzaban.

— Después de todo, Banks Pharmaceuticals está especializada en aerosoles — añadió Rhonda —. Estoy segura de que tienen foguesos de todos los diseños que se te ocurran. Por lo que sé, también están trabajando en aerosoles multicámara para medicamentos. Así, en el futuro podrás tratar el asma y la fiebre del heno con un solo frasco. Una maravilla.

— ¿De alguna manera también llega a saber qué droga se utiliza?

Rhonda asintió.

— Molly está intentando colarlo en el análisis. Aunque tardará unos días. Me lo hará saber entonces.

Rebecca estaba increíblemente agradecida con su hermana y más que orgullosa de ella. Se levantó espontáneamente y abrazó.

— Eres genial — le susurró al oído Rebecca—. No sé qué habría hecho sin ti y tus amigos. Siento haber sido una vaca arrogante la mayor parte del tiempo.

— ¡Oh, sí, de verdad! Pero lo único que importa ahora es que atrapemos a este criminal y demos a nuestro padre que está lejos de ser un viejo tonto.

— ¿Podemos llevarnos las fotos? — preguntó Logan.

Molly se lo entregó sin coquetear con él. Si no tenías debilidad por las fórmulas químicas, estaba claro que no podías ligar con ella. A Rebecca eso le gustaba mucho, así que después de todo había algunas mujeres que no sucumbían a los encantos de Logan. Tal vez todavía había razones para tener esperanzas.

— Debemos limpiar todo rápidamente para que nadie note que estuvimos aquí. Ustedes pueden volver. — Brent les abrió la puerta de salida.

Rebecca y Logan le dieron las gracias varias veces y luego subieron al coche con Rhonda.

— Tienes muy buenos amigos — admitió Rebecca.

— Por supuesto. — Rhonda sonrió y parecía tan feliz con el precioso spray en la mano que a Rebecca le dio una puñalada en el corazón. ¡Era tan injusto que no hubieran contratado allí también a su hermana!

— ¿Así que sabes mucho de química? — preguntó Logan.

— Claro, siempre ha sido mi afición.

Asintió pensativo.

— Tengo una idea — dijo, pero no reveló más.

Una vez en casa, la madre de Rebecca les dio de comer a las tropas tarta de queso, de la que Logan devoró dos trozos enormes. Tomó café y se levantó.

— Tengo que hacer una llamada rápida — dijo, sacando el teléfono móvil y saliendo al pasillo —. ¿Eddie? — se le oyó decir antes de cerrar la puerta —. Puede que tenga una solución a tus problemas.

Después de hablar unos minutos con su jefe, volvió y se sentó junto a Rhonda.

— Trabajo en un taller que repara coches clásicos — le explica —, y buscamos a alguien que atienda el teléfono en la recepción y a los clientes, pero no es un trabajo a tiempo completo. Hay otra cosa sería mucho más importante para nosotros: a los propietarios les gustaría tener la pintura a juego, pero, claro, los colores originales ya no están disponibles. Ahora también utilizamos protección contra el óxido, experimentamos con efectos metálicos y mucho más. Nos vendría muy bien una compañera a la que le gustara ocuparse de esos detalles cuando no está tratando con clientes. Entonces pensé en ti, Rhonda. Serías un regalo del cielo.

— ¿En serio? — Rhonda se incorporó de golpe —. Sería genial. Me encanta probar cosas así y jugar hasta que todo logra encajar.

— Perfecto — Logan le sonrió —. Entonces ve a ver a Eddie el lunes, Becky tiene la dirección. Me encantaría tenerte en el equipo.

Rebecca pasó la mirada de su hermana, felizmente sonriente, al satisfecho Logan. Hoy era un día en el que le encantaría atarlo y llevarlo a rastras al registro civil porque era increíblemente guapo. Lo cual sería una tontería, por supuesto, después de todo no era más que su compañero platónico y un mujeriego de todos modos. Pero en aquel momento se sentía tan cómoda a su lado, como si no perteneciera a ningún otro sitio.

— ¡Papá, tengo trabajo! — gritó Rhonda cuando se oyó entrar a alguien. Se levantó de un salto, corrió al pasillo y emboscó a su padre con la buena noticia.

Entró en el salón y le tendió la mano a Logan.

— ¿Así que eres el nuevo novio de Becky?

— No, sólo un compañero — aclaró Logan.

A Rebecca le resultaba incómodo explicarle a su padre por qué estaban aquí.

— Rhonda examinó el spray bucal de Quentin Armadon para nosotros — empezó, pero su padre le hizo un gesto para que no lo hiciera.

— No quiero saber nada más de ese hombre ni de ningún asunto judicial — declaró con brusquedad y su rostro se endureció. Se dirigió a la puerta trasera que daba al jardín —. Hay que cortar el césped — murmuró y desapareció.

Rebecca lo miró con tristeza. Seguía culpándose por lo ocurrido en el estrado y eso le dolía en el alma. Esperaba fervientemente que ella también pudiera demostrarle el asqueroso truco que estaba utilizando Quentin.

Como ya no se atrevía a utilizar ningún otro cortacésped, su padre conducía un traqueteante

cortacésped manual por la zona verde. Hoy era un caluroso día de verano, así que el sudor le corría rápidamente por la cara.

— Yo le ayudaré — decidió Logan y salió. Como era de esperar, su padre no le dejó ayudar con la siega, pero empujó un cortasetos hacia la mano de Logan.

Su madre sonrió.

— Parece que esos dos se llevarán de maravilla. Haré un poco de limonada para los esforzados jardineros.

— ¡Para nosotros también! — gritó Rebecca —. Después de todo, yo lo arrastré hasta aquí.

Poco después, cuando su madre salió de la cocina con una jarra de su famosa limonada de arándanos, su padre había convencido a su ayudante jardinero para que le ayudara a pintar los postes de la valla del jardín. Como Logan le aventajaba en una cabeza y, por lo tanto, podía alcanzar los listones más altos con bastante facilidad, era comprensible.

Rebecca y Rhonda sacaron las bebidas fuera, donde los hombres estaban hablando.

— No serás feliz pintando con esa camisa clara — le dijo papá a Logan y, agradecido, cogió el vaso de Rhonda.

— Así es. — Logan no se inmutó por mucho tiempo, se quitó la camisa y se la arrojó a Rebecca. Luego bebió un profundo trago de la bebida púrpura, se limpió la boca con el dorso de la mano y sumergió el pincel en la pintura de madera.

Rhonda se le quedó mirando con la boca abierta. Rebecca agarró a su hermana por el brazo y la arrastró de nuevo al salón. Allí Rhonda se dejó caer en el sofá, pero no miró en dirección al televisor, como de costumbre, sino que prefirió ver el programa de esta noche temprano en el jardín.

— ¿Y de verdad estás segura de que no están juntos? — preguntó a Rebecca sin apartar los ojos del Adonis pintor. Rebecca tuvo que admitir que Logan realmente parecía salido de un anuncio de pintura para madera. Acariciaba el poste con movimientos suaves. El juego de los músculos de su espalda era un festín para los ojos.

— Estoy totalmente segura. Sólo somos amigos, nada más. — De alguna manera lamentó tener que decir eso. Ninguno de los hombres que había llevado a casa de sus padres había pensado en ayudarlo en el jardín. Se habían sentado en sus elegantes trajes a parlotear sobre carreras o inversiones rentables. Nadie había generado tanto entusiasmo en toda la familia como Logan.

— ¿Así que no te supondría ningún problema que me lo llevara? — preguntó Rhonda —. Después de todo, pronto seremos colegas y lo veré todos los días. Quizá le haga una tarta alguna vez, le gusta la tarta de queso.

— Claro que puedes quedártelo, no me importa en absoluto — respondió Rebecca y se dio cuenta de que era mentira. No quería que Logan tuviera nada que ver con su hermana. Ni con ninguna otra mujer de este mundo. Se suponía que tenía que estar con ella.

Rápidamente apartó la camisa de él, que aún tenía en la mano y que olía seductoramente a su

piel.

Cielos, ¡tenía que meterse de una vez en la cabeza que lo suyo se había acabado y que él no quería una relación!

Por suerte, su madre se reunió con ella en la mesa del café y le habló de un cliente que acababa de verter una botella de vinagre sobre la cinta de la caja registradora. Rebecca agradeció la distracción. Se sentó de forma que miraba a su madre en lugar del atractivo paquete de Logan y charló con ella alegremente.

Dos horas más tarde, el jardín lucía como una nueva belleza. En el pecho de Logan se veían simpáticas salpicaduras de pintura, que ahora volvían a desaparecer cuando se puso su camisa. Pero, por supuesto, Rebecca no pensó ni por un segundo en cómo sería lavárselas con una suave esponja durante un baño de burbujas compartido.

Mientras su padre se quitaba los guantes de jardinería, Logan hizo una broma y entonces ocurrió algo que Rebecca no había visto en mucho tiempo: Su padre comenzó a reír. Muy alto y desenfadado. En lugar de las profundas arrugas del entrecejo que últimamente se le habían clavado en la piel, le aparecieron unas graciosas arruguitas alrededor de los ojos. Contraatacó con una ocurrencia descarada y, finalmente, se acercó a Logan y le dio unas palmaditas en los hombros en tono amistoso.

— Cavaré en el jardín delantero dentro de quince días. Tráelo, Becky — sugirió a Rebecca con una sonrisa.

Tuvo que tragar saliva. ¿Cómo iba a explicarle a su padre que hoy era una excepción en lo que a Logan se refería?

Por suerte, sonó el teléfono de esta última. Sus padres estaban discutiendo con Rhonda cómo llegar a Brooklyn el lunes, pero Rebecca estaba escuchando a escondidas.

— Hola — gritó. Se oyó la voz de una mujer e inmediatamente el tono de Logan se suavizó.

— Sí, claro que te veré mañana, Cynthia — ronroneó al teléfono móvil —. Lo estoy deseando, ¿y tú? — se inclinó hacia un lado para no molestar. Rebecca aguzó las orejas —. Salgamos a cenar, yo invito. Hay un bonito y romántico restaurante en Mulberry Street. Te encantará Luigi's. Y después nos pondremos cómodos en mi casa. Por supuesto que te recogeré. ¿A las siete?

Eso no sonaba como un cliente.

Rebecca se levantó a toda prisa y llevó los vasos vacíos a la cocina. No quería escuchar a Logan susurrando al oído de su actual amor. Prefería fregar los platos de los dos últimos días que se acumulaban en el fregadero.

— Deberíamos volver a casa pronto — anunció ella cuando él colgó. Su familia se despidió de Logan a regañadientes y le hizo prometer que volvería pronto.

Él accedió, lo que molestó a Rebecca. Seguro que la sexy Cynthia le vetaría por andar siempre con una familia ajena.

— Tu familia es muy simpática —dijo, a duras penas dirigiendo el coche fuera del camino de

entrada —. Y ha sido estupendo ver lo bien que se llevan. Incluso cuando pelean, sigue habiendo mucha cordialidad.

— ¿Se supone que eso es una acusación? — replicó ella señalando.

Sorprendido, la miró.

— ¿Qué te hace pensar eso?

— ¡Bueno, no te gustó el hecho de que había mentido en mi camino hacia una paternidad directiva para Quentin en lugar de estar al lado de mi familia!

— Becky, ¿estás siendo tan agresiva porque una mujer acaba de llamarme?

— ¡Qué tontería! — Giró la cabeza y miró por la ventanilla lateral.

— Tenemos un acuerdo — le recordó.

— ¡Ya lo sé! — siseó ella, inmediatamente molesta por su tono. Maldita sea, estaba actuando como una perra detestable.

Logan se detuvo a la derecha. Un camión tocó el claxon detrás de él, pero no reaccionó, sino que frenó y apagó el motor.

— Cynthia es una guapa diseñadora de uñas — explicó con voz tranquila, mirando a Rebecca —. Se ríe bastante a carcajadas, vota a los republicanos y el único libro que ha leído son los consejos de belleza de Kim Kardashian. Pero es divertida y nos lo pasamos bien juntos.

— ¿Y eso es suficiente para ti? — A Rebecca le costaba mirarlo.

— Sí, eso es todo lo que quiero. Unas horas agradables sin dolor. No estoy hecho para una relación ni quiero involucrarme en nada que me toque tan profundamente nunca más.

— Eres un cobarde.

Se encogió de hombros.

— Quizá tengas razón. Pero tengo que protegerme. No quiero volver a sufrir así.

— Lo sé — admitió en voz baja —. Siento haberte gritado así. No sé qué me pasó.

— Becky, me agradas mucho. — Su voz se le metió bajo la piel —. Me gustaría ser tu amigo, salir a tomar algo contigo de vez en cuando, escuchar a tus hermanos reggae. Ayudar a tu padre en el jardín. ¿Crees que puedes hacerlo?

Ella tomó un profundo respiro.

— Me gusta la idea de tener un buen amigo — dijo finalmente.

Todavía sentía una punzada en el pecho cuando miraba a Logan a los ojos, pero al mismo tiempo la idea de la amistad le producía una sensación reconfortante.

— ¿Y entonces te parece bien que salga con Cynthia, Valery o Chantal-Chloé?

Tuvo que reírse.

— Si alguna vez conoces a una mujer llamada Chantal-Chloé, pondré fin inmediatamente a esa amistad.

— ¿Incluso si es una modelo de ropa interior? — Él también se rio.

— ¡Especialmente si es una modelo de ropa interior!

Suspiró teatralmente.

— Muy bien, entonces tacharé a Chanty-Chloé de mi lista. Pero ahora en serio, colega 007: ¿cuál es el siguiente paso con las pruebas que nos consiguió tu hermana?

— Tenemos que esperar a ver qué sale de los análisis. Quiero saber exactamente qué droga está utilizando Quentin, pero por desgracia eso llevará tiempo.

— Me imagino que hay algún tipo de antídoto en el aroma de menta que rocía en su boca.

— Sí, supongo que sí — confirmó ella —. Le da a su homólogo una carga de droga, pero al mismo tiempo está protegido de ella por su boquilla. Es un sistema bastante sofisticado.

Se frotó la barbilla.

— ¿Acudirás entonces de nuevo al juez con las pruebas reunidas?

Rebecca negó con la cabeza.

— Está garantizado que no servirá de nada, ni siquiera me dejará entrar en su sala. He pensado en el colegio de abogados, pero me temo que reaccionarán igual. Quentin tiene sus contactos en todas partes y se asegurará de que ya no sea de fiar. Definitivamente tiene a Randolph de su lado.

— Le daría un puñetazo en la cara a ese grasiento si no fuera tan pacifista — refunfuñó Logan.

Un autobús Greyhound pasó rugiendo. Rebecca lo observó durante un largo rato.

— Supongo que en algún momento tendré que irme de Nueva York, sea cual sea el resultado, aquí no tengo futuro. Tengo que empezar de nuevo como abogada. En algún lugar donde la influencia de Quentin sea menor. San Diego. O Vancouver. O algún pueblecito barato de Nebraska — dijo .

— ¿Nebraska? — Sus cejas se alzaron —. ¡Pero tienes a tu familia aquí! Te necesitan. Forman un buen equipo y perteneces absolutamente a él. Además, ¡tu mejor amigo está aquí, en Nueva York!

— No sé lo que voy a hacer. Ahora mismo tenemos que averiguar cómo llevar a Quentin a la prisión del mismo nombre.

— ¡La prensa! — sugirió Logan —. Apuesto a que los periodistas se emocionan con un caso como éste. Es una historia increíble para cualquier periódico, ¿no?

— Puedes olvidarlo. Quentin les demandaría inmediatamente y todo editor sabe lo caro que puede salir eso. Nadie se tomaría la molestia de difamar al abogado más famoso de la ciudad.

Se llevó la mano a la nuca y pensó.

— Así que sólo queda una cosa por hacer.

— ¿Sí? — Rebecca lo miró con atención.

En lugar de una respuesta, se dirigió a ella de frente.

— ¿Estás preparada para hacerlo público? — le preguntó.

Ella asintió confundida.

— Por supuesto. Después de todo, ya hablé con la juez e iría directamente a la prensa si eso fuera posible. Quiero que todo el mundo sepa en qué anda metido el limpio señor Armadon.

— Bien. — Logan asintió satisfecho, arrancó de nuevo el motor y quitó la intermitente. No pensó en dar más explicaciones. Sólo cuando estacionó su vehículo azul celeste junto al garaje hizo pasar a Rebecca a su apartamento y rebuscó en un armario, entonces se dio cuenta.

— ¿Una cámara? — preguntó ella, horrorizada, mientras él abría la caja —. ¿Qué vas a filmar? ¿A Quentin en la sala usando el spray bucal? Puedes olvidarte de eso, el uso de esas cosas está prohibido.

— Becky, usa ese inteligente cerebritito tuyo. ¿Dónde se consigue más publicidad que a través de la prensa?

Estaba a punto de decir "televisión" cuando por fin comprendió a qué se refería.

— ¿Quieres poner el caso en internet?

— Sabía que podías confiar en tu intelecto si le dabas un poco de tiempo y lo sacabas de detrás de la estufa.

Ella no respondió a su broma porque de repente estaba tan emocionada como una niña pequeña antes de su primera actuación en la obra del colegio.

— ¿Estás diciendo que hagamos un vídeo contando lo que trama Quentin y lo publiquemos en la red?

— Exactamente. Sólo debemos tener cuidado de no acusarlo directamente, sino hacer alusiones. Dejemos que el público saque sus propias conclusiones, así estaremos seguros.

— ¡Eres un genio! — exclamó Rebecca, corriendo por la habitación como una gallina asustada —. ¡Esto podría funcionar de verdad! Vídeos así se difunden rapidísimo por Facebook, YouTube y todas esas cosas. Y obligaría a los jueces a investigarlo. Sobre todo, el público de la sala, incluida la prensa incitada, mirará con recelo en el futuro cada uno de los interrogatorios de testigos que haga Quentin.

— Lo que quieras. Contamos una historia a la gente, sostenemos el spray y las radiografías ante la cámara. Mostramos las ampliaciones de las boquillas. Y luego probamos el spray bucal ante la cámara.

Rebecca se detuvo bruscamente.

— ¿Sí? — preguntó dubitativa —. Pero todo el mundo pensará que es falso.

— ¿Y qué? Se trata de levantar sospechas. Cualquiera que haya estado en la sala de Quentin recordará que los testigos sintieron lo mismo. O puede que incluso los propios interrogados se hagan a la idea de que se confundieron de repente tras ser empañados. Si todos se presentan, los jueces tendrán que reaccionar.

Sonaba lógico.

— De acuerdo. Empecemos — decidió Rebecca.

El escenario se preparó rápidamente. Instalaron la cámara en un trípode, movieron la mesa de centro a un lado y se sentaron en el sofá porque la luz era mejor allí. También tenían preparadas las fotos de las pruebas y el spray. Una vez acordado el procedimiento, Logan pulsó el botón de

grabación de la cámara y se encendió una luz roja.

— Me llamo Rebecca Miller y hasta hace unos días trabajaba para un famoso bufete de abogados — empezó diciendo —. Llamemos al jefe señor Quinn. Este señor Quinn tiene un extraño hábito: le gusta usar spray bucal.

Sostuvo la botella de spray ante la cámara e informó, sin dar nombres, sobre el procedimiento y el efecto del spray, utilizando las imágenes de las pruebas.

— En estos momentos se está probando qué fármaco se utilizará exactamente. Informaremos de ello en otro vídeo. Pero primero nos gustaría mostrarles cómo funciona el spray. Mi colega resolverá problemas matemáticos sencillos. Luego lo rociaré y volveré a intentarlo. Podrán ver la diferencia.

Aunque Rebecca estaba terriblemente nerviosa, tenía la sensación de estar presentando los hechos de forma comprensible. La idea de Logan había sido realmente genial. Sin duda, un vídeo sobre hechos como éste causaría sensación.

Hizo que Logan resolviera algunos problemas, le preguntó por las circunstancias políticas y las noticias de actualidad.

Luego, con los dedos ligeramente temblorosos, cogió el frasco de spray en la mano.

— Aquí ves el spray bucal que les he mencionado. Ahora rociaré a mi colega con él y demostraré lo que ocurre. Tal vez uno o dos de ustedes recuerden haber visto algo parecido en un tribunal. Entonces, por favor, ¡no lo duden y diríjense directamente a un juez y describan sus observaciones!

Los latidos de su corazón se aceleraron mientras sostenía el spray frente a sus labios abiertos y presionaba la boquilla superior. No ocurrió nada. Volvió a pulsar el recalcitrante botón, pero no ocurrió nada.

— Tienes que pulsar el botón inferior con el pulgar — explicó Logan, que ya tendía su mano para ayudarla.

— Ya lo sé, sólo quería probar primero con la cámara —le susurró—. Pero parece que está atascada.

— Lo tendremos en un minuto. — Intentó quitarle el spray de la mano, pero Rebecca se aferró a él. Se las arregló para hacerlo ella misma. En el forcejeo, el dedo de Logan atrapó el botón inferior y, de repente, el frasco chisporroteó silenciosamente y salió un vaho apenas visible.

Inmediatamente Rebecca retrocedió un poco, porque el spray bucal no sólo había apuntado en dirección a Logan debido a los tirones. Pero no importaba, sin duda había tenido una buena carga de la droga y ahora estaba correspondientemente confundido.

— No tarda mucho — explicó Rebecca a la cámara — , y luego se produce el efecto.

Extendió la hoja con los problemas que volvería a resolver Logan.

— Tienes unos ojos increíblemente bonitos — dijo con voz suave.

— ¿Cómo?

Sorprendida, se giró hacia él. Él se inclinó hacia ella y la sostuvo con su famosa mirada aterciopelada.

— Pequeños puntos de luz danzan en ellos. Como piedras preciosas. Y destellan maravillosamente cuando te emocionas. Hace tiempo que quería decírtelo.

— Sí... Gracias — respondió ella, confusa —. Pero ahora vamos con los números al cuadrado. ¿Cuánto es doce a la potencia de dos?

— Y ese top que llevas... Me gusta mucho ese hueco entre tus clavículas. Realmente me excita.

— ¡Doce al cuadrado! — gritó Rebecca con energía.

Sentía calor cuando Logan la miraba así. Ahora él también le tendió la mano. Cuando sus dedos tocaron su piel y acariciaron suavemente su hombro, ella contuvo la respiración. Tenía que concentrarse, después de todo, era un asunto importante. Aunque de momento se le había olvidado de qué se trataba exactamente.

— Vamos — ronroneó —. Olvídate de las matemáticas.

A Rebecca le costaba mantener la compostura. Logan se deslizó más cerca de ella. Tenía la camisa abierta, así que vio las burlonas salpicaduras de pintura en su pecho. Su respiración se aceleró.

— Pero queremos demostrar a nuestros espectadores que... — dijo con una rápida mirada a la cámara —. que... eh... — El motivo se le había olvidado.

— Que estás increíblemente buena — jadeó Logan, apretando sus labios contra los de ella en el instante siguiente.

Por un milisegundo pensó en apartarlo de ella y dedicarse a complicadas multiplicaciones, pero luego, suspirando, se rindió a su beso. Sus manos estaban en todas partes a la vez y Rebecca tampoco podía esperar más para arrancar por fin la molesta camisa de su cuerpo y sentir su piel.

Tardó demasiado en desabrochar los botones la primera vez. Ahora, durante el apasionado beso, le abrió la camisa de un tirón y se la quitó de los hombros. El deseo por Logan la invadió como una ola indomable. Era evidente que él sentía lo mismo, porque sus dedos ya rozaban la parte superior sobre la cabeza de Rebecca. Mientras ella manipulaba frenéticamente sus vaqueros, Logan le echó una mano de inmediato, tratando de deshacerse de la molesta prenda. Tenía tanta prisa que se resbaló del sofá.

A Rebecca le pareció bien, de todos modos, había más espacio en el suelo. Sólo tenía que tumbarse del todo, entonces ella podría por fin acurrucarse contra su cuerpo y finalmente estar sobre él. Ella no sería capaz de soportarlo mucho más tiempo.

Ella se quitó los pantalones mientras él manipulaba su sujetador. Logan jadeó y sus ojos brillaron de puro deseo.

— ¡Ven encima de mí! — gimió. Cuando Rebecca empujó su cuerpo sobre el de él, se dejó caer hacia atrás con un largo gemido. Al hacerlo, su hombro chocó con el trípode. Todo se balanceó y la cámara cayó al suelo con un estruendo ensordecedor.

Rebecca hizo un gesto de dolor y dejó de moverse.

¿Qué demonios...?

Su cabeza era un caos, pero de repente supo que algo iba mal. Junto a la cadera de Logan, que presionaba tentadoramente contra la suya, estaba el spray bucal.

— ¡No está bien! — aseveró.

— No me importa — jadeó Logan, agarrándola por la cintura —. ¡Quiero sentirte! Ahora.

Pero Rebecca escapó de su agarre, lo que realmente no fue fácil para ella.

— Estás drogado — le explicó con la lengua pesada. Era muy tentador entregarse a él ahora. El abdomen le palpitaba insistentemente y sentía un hormigueo en toda la piel.

— Tonterías. Siempre me has parecido sexy. Y quiero estar contigo ¡Vamos! — le instó, acariciándole el muslo de tal forma que ella tuvo que apretar los dientes para no sucumbir a sus encantos después de todo. Casi no pudo resistirse a un Logan desnudo, rebosante de hormonas, tumbado frente a ella.

Decidida, tomó el spray con la mano. Sin tocar el interruptor del suelo, volvió a pulsar con todas sus fuerzas el botón de la cámara de menta. Al principio no pasó nada, pero cuando Rebecca apretó el botón hacia dentro como una loca, el plástico crujió y se rompió. La cámara se descargó. El familiar aroma de Quentin se esparció por su boca y la hizo volver a pensar con claridad en cuestión de segundos.

— Cierra los ojos — arrulló después a su dios sexual —. Y abre la boca.

Él seguía en el paraíso erótico y probablemente esperaba un excitante beso francés, así que hizo lo que ella le dijo. Rápidamente, Rebecca también le dio una dosis del spray de menta, que neutralizó la droga. Después de eso, sin embargo, la boquilla finalmente desistió.

Logan hizo una mueca como si le doliera la cabeza y luego se sacudió. Al cabo de unos instantes, la miró confundido.

— ¿Qué...? — empezó, mirando a su alrededor —. ¡La cámara! ¡Vamos a filmar algo, ¿no?

— Efectivamente — explicó Rebecca, poniéndose rápidamente la ropa —. Un vídeo de pruebas contra Quentin.

— ¿Pero por qué estoy casi desnudo? — sorprendido, se miró como si se viera por primera vez. Ella le tiró los vaqueros.

— Porque robaste el spray equivocado. Ahora me he dado cuenta. Los hay con una pegatina verde, que Quentin usa para confundir a los testigos. Y los que tienen una pegatina roja, los usa para hacer a las mujeres obedientes.

— ¿Algún tipo de Viagra para rociar? — sus cejas se alzaron.

— Algo así, sí. Un afrodisíaco fuerte. Pero el spray está estropeado y tu cámara también. Supongo que no nos queda más remedio que esperar a que las amigas de Rhonda lo analicen — suspiró.

Logan se vistió y se pasó las manos por el pelo. Un silencio incómodo se extendió por el piso.

Como no quería tener que mirar a Rebecca, Logan recogió los trozos de la cámara. Cuando por fin terminó, la miró.

— Lo siento. No quería presionarte, de verdad. Estúpidamente, apenas recuerdo qué pasó exactamente, todo está un poco borroso. Pero no era mi intención, ¡tienes que creerme!

El hecho de que afirmara tan rotundamente que no la deseaba lastimó a Rebecca. Debía de sentirse sumamente avergonzado por casi haber intimado con ella.

— Es obvio, fue la influencia de la droga. Quentin la usó conmigo una vez, no puedes hacer nada al respecto. Estás prácticamente drogado. No te culpes — respondió ella .

Quería decir algo más, pero sonó el timbre. Cuando Logan la abrió, entró zumbando una persona demasiado emocionada.

— ¡Sorpresa, cariño! — exclamó la joven y enseguida le dio un beso —. No he podido esperar hasta después y he pensado venir a ver a mi amorcito ahora. Aunque aún no estés listo. Podríamos volver a ducharnos juntos, ¡fue genial la última vez!

— Hola Cynthia — la saludó Logan y sonrió.

Tras la primera frase que soltó la chica, Rebecca tuvo claro que tenía que ser la diseñadora de uñas. Juntó rápidamente los papeles y se guardó en el bolsillo el spray bucal roto.

— Oh, ¿tienes visita? — Se dio cuenta entonces la mujer de las uñas.

— Ella es Rebecca. Es abogada — explicó Logan .

Cynthia sonrió. Luego se volvió hacia su amorcito y le susurró algo.

— ¿De los que pagan por ti? — Pudo oír Rebecca.

— Sólo vine por mi hermanita — se apresuró a explicar —. Logan le consiguió un trabajo en el taller y arreglamos algunas formalidades. Pero ya me iba de todos modos.

Logan asintió.

— Seguro que hay mucho trabajo esperándote de nuevo. Ya sabes Cynthia, cuando eres una abogada de alto poder, tienes casos entre manos incluso los fines de semana. — Rodeó a su amiga con el brazo.

— ¿En serio? — Los ojos saltones se abrieron de par en par —. Bueno, eso no sería para mí en absoluto, estoy demasiado feliz cuando por fin salgo del trabajo.

Miró las manos de Rebecca.

— ¿Te doy una tarjeta de visita? Apuesto a que una manicura francesa te quedaría genial. Yo no la haría redonda como la tienes ahora, sino que limaría los bordes cuadrados.

— Gracias por la oferta, pero creo que ya estoy lo suficientemente nerviosa — respondió.

Con eso, se despidió de los tortolitos y bajó las escaleras exteriores.

— ¡Cariño! — resopló y sacudió la cabeza.

¿Cómo podía aguantar a una chica así? Pero su comportamiento había sido muy claro. Ni siquiera había hecho pasar a Rebecca por una buena amiga, sino que la había piropeado lo más rápido posible. Así que todo estaba claro.

Se dirigió sola a su solitaria habitación de apartamento compartido. Él se aseguraría de que la conejita Cynthia le lavara todas las salpicaduras de pintura del pecho en la ducha, cosa que a ella le haría "demasiado feliz".

Los hombres eran todos idiotas.

EL HOMBRE

El blog de los hombres de verdad

Hola hombres,

Bien, hasta ahora casi todo ha sido sobre cómo conquistar a una mujer. Ya hemos hablado mucho y sus comentarios me demuestran que el método funciona muy bien. ¡Estupendo!

Estoy especialmente orgulloso de que dos músicos incluso me hayan escrito diciendo que ahora están consiguiendo más groupies femeninas. Realmente pensaba que bastaba con llevar una guitarra en la mano para que las chicas volaran solas hacia ti. Pero por lo visto "un hombre de verdad más guitarra" atrae aún más. ¡Felicidades a los dos!

Pero ahora, a otro tema.

Seré sincero: debo de estar haciéndome viejo. Las mujeres que parecen divertidas y totalmente sexys a primera vista suelen aburrirme tras el segundo encuentro. Con muchas de ellas, la conversación es bastante limitada. Claro que no llevo a una mujer a mi habitación para discutir con ella de política exterior, pero cuando todo se reduce a extensiones de pelo y esmalte de uñas con purpurina, bostezo.

Seguro que a ustedes también les pasa algo parecido. Han ligado con una chica, pasan una noche agradable con ella, pero no quieres volver a verla más de una vez. Ella, en cambio, se convierte en una lapa. Te llama todo el tiempo o viene sin avisar para enseñarte sus pestañas, que se ha hecho "espesar". (Nunca lo entenderé. ¿Te pegas pestañas individuales a los ojos durante 3 horas? En ese tiempo podrías ver un partido, beber mucha cerveza Y asar un chuletón).

En algún momento decides que tienes que deshacerte de la dama. Pero ¿cómo?

Al principio, cometí el error de intentar ser amable. "Cariño, no somos el uno para el otro" o "No soy lo bastante bueno para ti".

Puedes olvidarlo.

Las mujeres entonces fantasean algo. Que eres tímido o neurótico o quién sabe qué, y, por supuesto, ellas pueden curarte. Así que tenemos que usar el método del mazo. Algunas sugerencias:

1. Durante el sexo, llámala por el nombre de otra mujer, preferiblemente exótica. ("¡Oh, Angélique, tu lengua me vuelve loco!").
2. Pide a un amigo que te llame y desaparece susurrando con el teléfono en el baño.
3. Mete unas bragas rojas de encaje debajo de un cojín del sofá para que las encuentre.

Importante: ¡compra las bragas una talla menos de la que ella lleva! (Alternativamente, compra un sujetador de encaje, con dos copas más grandes que las tuyas, por supuesto).

Les garantizo que no volverás a saber de ella. Justo el otro día tuve que hacer esto con una

chica de cosmética horrible. Por un momento incluso temí que me empalara con sus uñas artificiales de colores. Me alegro de haberme librado de ella.

No buscaré una nueva durante un tiempo. No sé por qué. En realidad, aún soy demasiado joven para una crisis de la mediana edad, pero cada vez estoy más harto del comportamiento superficial de la mayoría de las mujeres. Es una locura, ¿no? No puedo creer que sea yo quien escriba esto. A veces me apetece hacer otras cosas. Después de... oh, prefiero arreglarlo conmigo mismo.

No importa. Nos volveremos a leer.

Nos vemos,

EL HOMBRE

15. Impresionante Armageddon

— Bueno, ¿qué tal tu primer día de trabajo? — preguntó Rebecca por teléfono.

Inmediatamente, su hermana exclamó feliz al otro lado.

— ¡De maravilla! Los chicos no tienen ninguna complicación y Eddie no es tan brusco como parece a primera vista. Hoy ya he empezado a experimentar con un par de lacas, pero quiero hacerlo de forma mucho más profesional. Eddie dijo que no había problema si montaba un pequeño laboratorio.

— ¿Así que tendrás tu juego de química después de todo?

Rhonda se rio.

— ¡Exactamente! Estoy muy contenta. Muy amable por parte de tu Logan al ofrecerme el trabajo. Siempre me explica en qué está trabajando. Y si tengo mucho cuidado, me dejará ayudarlo. ¿No es genial?

— Por supuesto. Y si accidentalmente te rompes una uña, seguro que él sabe cómo ayudarte — refunfuñó Rebecca malhumorada. Por supuesto, se alegraba mucho por su hermana, pero prefería que Logan no le dijera nada.

— ¿Qué quieres decir?

— Oh, nada. Pero dime Rhonda... me avisarás cuando estén los resultados de los análisis, ¿cierto?

— ¡Obvio! Pero eso llevará sin duda unos días más. Mientras tanto, ¿qué haces con el spray bucal noqueador?

Rebecca se encogió de hombros.

— Tengo las manos atadas, no puedo hacer nada. Mañana iré a la cafetería que hay junto al juzgado. Una antigua amiga de la universidad trabaja en un bufete cercano y suele comer allí un bocadillo de pavo a la hora del almuerzo. Si ella lo permite, le contaré la historia.

— Estoy segura de que todo irá bien cuando tengamos los resultados — la animó Rhonda.

— Sí, sin duda. — Rebecca no se lo creía, pero no quería decírselo a su hermana —. Definitivamente te mantendré informada. Y diviértete con tus coches clásicos.

— ¡Eso haré!

La voz de Rhonda sonaba más alegre que en mucho tiempo. Era muy agradable oírlo. Independientemente de si Logan jugaba o no todas las tardes a la manicura francesa con la tal Cynthia, Rebecca le atribuía el mérito de haberle conseguido a su hermana un trabajo tan estupendo. Y estaba muy contenta de haber servido por fin para algo en la familia, aunque sólo estuviera indirectamente implicada.

Al día siguiente, aprovechó la hora del almuerzo para ir a la cafetería que había junto al juzgado. Por supuesto, podría haberse limitado a llamar a su compañera, Trisha, pero Rebecca

pensó que era mejor si hablaban cara a cara. No sabía hasta qué punto Quentin se había vuelto contra ella y si Trisha quería siquiera hablar con ella. Sólo habían sido amigas superficiales. Aun así, quiso arriesgarse, porque quizá había otros abogados que sospechaban de Quentin. Había mucha competencia y quizá se rumoreaba durante mucho tiempo que algo no iba bien con sus increíbles estadísticas de éxito. Por otra parte, tenía mucha influencia y contactos. Al entrar en la cafetería, Rebecca se puso tensa. Miró a su alrededor y vio a Trisha en una mesa de la esquina, junto a dos desconocidos que llevaban traje.

— Hola Trish — dijo después de caminar hasta allí.

— ¡Rebecca! — La sonrisa de la abogada No era especialmente grande — . ¿Qué estás haciendo aquí?

— Oh, sólo pasaba por aquí. — Esperó a que Trisha le pidiera que se uniera a ellos.

— Sí, bien. Sabes, estamos en medio de un caso ahora mismo, lo siento. Siéntete libre de volver en otro momento. — Trisha se volvió hacia sus colegas.

Eso fue grosero.

Rebecca tragó saliva y se dio la vuelta para marcharse.

— Está bien, lo entiendo — dijo y salió del café.

En realidad, debería haberlo adivinado. Quentin la había declarado como persona non grata. Ahora ningún abogado de la ciudad quería ensuciarse las manos y ser visto con ella. Su odio hacia aquel hombre hervía violentamente mientras marchaba hacia el juzgado para tomar el metro tras él. Esperaba fervientemente que el análisis arrojara algo sólido y que ella pudiera acabar con él de alguna manera.

Dos mujeres salieron del edificio y hablaban animadamente. Cuando Rebecca se acercó, se dio cuenta de que eran las familiares de la víctima del caso Álvarez. Linda, la hermana de la mujer muerta, parecía angustiada.

— Ya verás, ese maldito abogado conseguirá que lo suelten. Y luego, a partir de mañana, podrá volver a pasearse matando a la próxima mujer.

Cuando reconoció a Rebecca, la fulminó con la mirada.

— ¿Qué quieres? — siseó —. ¿Tu jefe te envía espiarnos también? Va a ganar el caso de todos modos.

— ¡No, no! — Rebecca levantó las manos aplacadoramente —. Ya no trabajo para él.

Por la expresión de las dos mujeres, vio que no le creían. Ni siquiera podía culparlas.

— ¿He oído bien que el juicio ya está en marcha? — preguntó.

— ¿De verdad no lo sabes? Mañana volverán a interrogar al policía que testificó contra Benito. Si Armadon consigue que se retracte de todo lo que ha dicho hasta ahora, Benito será liberado mañana. No sé cómo lo hace ese abogado de pacotilla. Seguro que soborna a todos los testigos. Pero seguro que tú lo sabes mejor que nadie.

Se dio la vuelta bruscamente, cogió a su madre del brazo y la alejó de Rebecca. *¿Ya mañana?*

Eso fue muy rápido. Desafortunadamente, Linda tenía razón, las posibilidades de que Quentin librara al asesino eran bastante buenas. ¡Y a Rebecca no se le permitía estar en la sala del tribunal! No podía aceptarlo. Hoy llamaría a Rhonda después del trabajo y se lo contaría todo, quizá después de todo se produjera un milagro con los análisis. Y después tenía que encontrar la manera de estar presente en el juicio sin que el juez Stanton la descubriera y la echara por la puerta. Ya tenía una idea.

*

— Sé a ciencia cierta que todavía tengo uno con velo — afirmó Violetta y acercó una silla a su armario. Asombrosamente ágil, se subió a ella y rebuscó en los compartimentos sobre sus coloridos vestidos.

Rebecca se quedó en medio de la habitación de la anciana y observó el proceso con sentimientos encontrados. ¿Tal vez disfrazarse de una de las amigas de Violetta para entrar en la sala del tribunal era una idea descabellada después de todo?

— ¡Ja, ahí está! — Triunfante, Violetta levantó un monstruo de sombrero púrpura. El ala estaba decorada con arándanos artificiales, que a Rebecca le recordaron involuntariamente a la limonada de su madre. Con él colgaba un tupido velo de tul negro. Violetta se bajó de la silla y colocó el sombrero en la cabeza de Rebecca.

— ¡Va bene! Te queda muy bien. Ahora sólo necesitamos un traje apropiado para vestirme como Eleonor. Es una pena que mis amigas no se vistan con tanto color como yo. Pero seguro que encontramos algo.

Empujó las perchas con vestidos de un lado a otro hasta que sacó a la luz un vestido largo de color negro con piedras brillantes.

— Ponte esto, es el estilo de Eleonor. Te prestaré una estola y un bolso viejo, así nadie creerá que tienes menos de setenta.

La anciana soltó una risita. A Rebecca no le entusiasmaba especialmente la estola, que tenía unas cuantas plumas cosidas, pero se plegó a los deseos de Violetta.

Fuera de la sala, se les unió Myra, una mujer redonda de pelo gris que también se había puesto un sombrero a petición de Violetta.

Rebecca se echó el velo a la cara cuando pasaron junto al hombre de seguridad, pero éste saludó amablemente a las damas y las dejó pasar sin impedimentos. Poco después, se sentaron como un trío variopinto en la quinta fila de la sala, bastante llena. Detrás de ellas, todos los asientos se llenaron de gente.

Cuando Quentin entró con sus pasos imponentes, el nerviosismo de Rebecca aumentó. Miró a su alrededor con aire confiado, como de costumbre, pero no la reconoció. Ella respiró aliviada. Junto a su exjefe, Randolph y el acusado, que parecían muy seguros de su victoria, tomaron

asiento.

La juez Stanton empezó el proceso y llamó al testigo. El agente Lebowsky llevaba su uniforme cuando entró en la sala.

— Debemos pedirle que repita la declaración que ya ha hecho — le dijo la juez.

Asintió y volvió a contar cómo había encontrado a Benito Álvarez.

— Todavía admitió en comisaría que había disparado a su mujer — confirmó el policía a la pregunta del fiscal.

Sin embargo, Rebecca sabía que eso no significaba nada. Quentin lo destrozaría, estaba segura. Finalmente, llegó el turno de ser interrogado.

— Agente Lebowsky — empezó —, ¿cómo tengo que imaginarme un interrogatorio en comisaría?

Quentin hizo que el testigo explicara detalladamente cómo había sucedido. Luego, siguió contando una de sus historias habituales.

— Sabes, tengo una pequeña cabaña de pesca en Vermont — Rebecca apretó los puños ante este eufemismo —. Y cuando conduje hasta allí el otro día, un ciervo corrió justo delante de mi coche al atardecer. Hubo un estruendo terrible y me asusté mucho. Entonces me bajé y me acerqué al pobre animal que yacía sangrando en la carretera. Por supuesto llamé a un guarda forestal, pero no pudo hacer nada por el ciervo. Muy mal. Cuando por fin llegué, estaba tan alterado que incluso me olvidé de cerrar el coche y más tarde no recordaba dónde había puesto la llave. ¿Te lo imaginas?

Miró al público y al jurado, donde algunas cabezas asentían. Rebecca clavó los dedos en el banco. ¿Es que la gente no se daba cuenta de a dónde quería llegar Quentin?

— Este hombre de aquí... — señaló a Benito Álvarez —... llegó a casa y encontró a su mujer muerta. No un puto ciervo, ¡sino su amada esposa! ¿No es comprensible que no escuchara realmente sus preguntas y contestara cualquier cosa, sólo para tener su paz?

Con la respiración contenida, Rebecca miró fijamente al testigo.

Sin embargo, el agente Lebowsky mantuvo la calma.

— No estaba confundido en absoluto — afirmó —. Llevo casi treinta años en el servicio y sé distinguir muy bien estas situaciones. Este hombre estaba completamente lúcido cuando hizo su confesión.

Un murmullo recorrió el auditorio y la sonrisa de Benito se congeló.

— Tan, tan, completamente lúcido. Eso es realmente asombroso. Tendré que dejarlo asimilar un momento. — Quentin puso cara de pensativo y sacó despreocupadamente su spray bucal del bolsillo derecho de la chaqueta.

¡Lo ha conseguido! El pulso de Rebecca se disparó.

Quentin repitió las últimas palabras.

— Realmente notable. Así que o disparó a su mujer, como afirma la acusación, o la encontró

muerta, como sospecho yo. ¿Y se supone que estaba completamente tranquilo?

Se acercó al policía como para mirarlo a los ojos. Al mismo tiempo, sacó el spray y, casi delante de las narices del policía, se metió en la boca una carga de aroma de menta.

— Lo está haciendo otra vez — le murmuró Violetta. Rebecca se limitó a asentir en silencio. Sus ojos estaban fijos en el testigo.

Como de costumbre, Quentin daba ahora un pequeño monólogo, avanzando por el pasillo con pasos compuestos. Tenía que ganar tiempo hasta que la droga hiciera efecto, eso lo tenía claro Rebecca.

Entonces, volvió con el policía.

— Me gustaría escuchar la formulación exacta de las preguntas que le hizo al Sr. Álvarez.

Lebowsky se rascó detrás de la oreja y, de repente, ya no parecía tan seguro.

— Ha pasado tiempo — dijo lentamente.

— Estabas muy seguro antes, ¿no?

— Sí, claro. ¿Pero las palabras exactas? — El oficial parecía estar pensando.

— De acuerdo. Entonces tengamos el testimonio del acusado. ¿Qué dijo exactamente sobre el crimen? — dijo Quentin .

— Admitió que había estado allí — recordó el policía tras pensárselo unos segundos.

— Ya lo sabemos. ¿Pero dijo que encontró a su esposa muerta o que la mató?

Toda la sala miró al policía, que de repente tenía gotas de sudor en la frente.

— Eso suena muy similar en cierto modo — admitió —. Muerta o asesinada. No puedo recordar exactamente en este momento.

Rebecca miró a su alrededor, atónita. ¿Nadie más que ella se daba cuenta del perverso juego que estaba jugando Quentin Armadon? Tenía que notarse que los testigos se contradecían de repente durante sus interrogatorios.

— ¿Entonces ya no está seguro de que admitiera haber matado a su mujer?

En la sala había tanto silencio, como si todos los espectadores estuvieran petrificados.

— Me temo que no puedo asegurarlo — insistió Lebowsky —. Tal vez realmente se me mezcló algo allí.

Rebecca no pudo contenerse. Se arrancó el sombrero de la cabeza y se levantó de un salto.

— ¿Nadie se da cuenta de que Quentin Armadon ha influido en el testigo? — exclamó en voz alta —. Lo ha drogado con su spray bucal, como hace siempre. Seguro que alguien se ha dado cuenta.

Comenzó un murmullo general. La juez golpeó la mesa varias veces con su pequeño martillo.

— ¡Silencio! — ordenó —. ¡Y usted, Srta. Miller, abandone mi sala inmediatamente!

— ¡No lo haré! — decidió Rebecca —. Quiero que todos aquí sepan de los trucos mezquinos que usa este hombre.

Elizabeth Stanton, sin embargo, mantuvo el control de la situación, simplemente hizo un gesto

a uno de los hombres uniformados para que se acercara.

— Llévense a esta impertinente — ordenó.

¡Maldita sea, ahora acabarían detenidos y Quentin se saldría otra vez con la suya! ¿Y Benito? Lo vio sonreír. Ese hijo de puta saldría libre, ¡aunque sin duda era un asesino!

— Un momento. — Sonó de repente una voz desde más atrás.

Rebecca se dio la vuelta.

¿Logan?

No podía creer lo que veían sus ojos. Evidentemente, había estado sentado unas filas detrás de ella y ahora se levantaba. Perfectamente vestido con traje y corbata, se dirigió al frente para que le escucharan mejor. ¿Qué pretendía?

— Para que no queden aquí acusaciones vacías, me gustaría aclarar el asunto — dijo.

Quentin quiso decir algo, pero Logan levantó la mano. Esto asombró tanto al gran jefe que se quedó callado y escuchó.

— Trabajo para Quentin Armadon — dijo Logan, sonando como un abogado —. Y estoy al tanto de los cuentos de hadas que la señorita Miller ha estado inventando durante algún tiempo. El jurado debe saber que ya no trabaja en el bufete, sino que fue despedida por comportamiento inaceptable.

A Rebecca casi se le doblan las piernas. ¿Logan estaba trabajando con Quentin y, por tanto, contra ella? ¿Había estado jugando con ella todo el tiempo? ¿No sólo en cuanto a la relación, sino incluso en la misión contra el engaño de Quentin? Las manos le temblaban tanto que apenas conseguían arañar el banco de madera que tenía delante. El mundo entero conspiraba contra ella. Quería huir, lejos de aquel tribunal y de Logan, pero sus pies no se movían ni un milímetro.

— Desde entonces, hace todo lo posible por desacreditar a su antiguo jefe, que es un abogado de absoluta integridad.

Tuvo que agarrarse al respaldo del asiento que tenía delante. ¿Iba Logan a meterla en la cárcel? ¿Con qué demonios le había sobornado el cabrón de Quentin para ponerse así contra ella?

— Una y otra vez surge la acusación de que el señor Armadon está drogando a la gente con un spray bucal. La Srta. Miller parece estar completamente obsesionada con esta idea. Aunque esto es, por supuesto, completamente ridículo, me gustaría aclarar esto de una vez por todas en aras de un proceso sin problemas.

Rebecca se dejó caer en el banco. Sentía náuseas y un torbellino se agitaba en su cabeza. Logan estaba del lado de su jefe, ¡la había traicionado sin vergüenza alguna! La punzada en el pecho la hizo doblarse de dolor.

Mientras tanto, Logan se acercó a Quentin y le sonrió.

— Se me permite, ¿no? — preguntó, metiendo la mano en el bolsillo izquierdo de la chaqueta del abogado, de donde sacó el spray bucal.

Rebecca se quedó pensativa un momento. ¿No se había guardado antes su jefe el spray en el

bolsillo derecho? Pero seguramente se había equivocado.

Logan fue al juez con ella.

— ¿Te parece bien que me rocíe la boca con este spray para demostrar que no nos pasará nada ni a ti ni a mí? — le preguntó con voz suave.

Elizabeth Stanton asintió.

— ¡Por supuesto! — dijo.

Con una sonrisa de agradecimiento, Logan se acercó un poco más a ella y luego se dio una ráfaga de olor a menta.

Finalmente, Rebecca lo entendió. La repentina comprensión la hizo levantarse de un salto y mirar al frente con gran concentración.

¡Qué movimiento tan brillante!

Logan había conseguido que el juez le permitiera probar el spray bucal delante de ella. Era increíble.

— Y ahora, para demostrar a todo el mundo que sigues teniendo todos los sentidos a pesar del olor a menta, del que puede que hayas inhalado unas cuantas moléculas, te pido que resuelvas unos cuantos problemas de aritmética. Con eso habremos demostrado que no hay absolutamente nada de cierto en las acusaciones de la señorita Miller — sugirió .

Se dirigió a la pizarra blanca que había junto al estrado y escribió en ella algunos problemas sencillos para que todos pudieran verlos.

— Eres genial — murmuró Rebecca. Sólo poco a poco se dio cuenta de lo que Logan había asumido. Entrar en un tribunal era un sacrificio enorme para él. Recordaba bien la historia que le había contado, lo terrible que había sido la experiencia, lo mucho que habían sufrido sus padres. Y también había un dolor indescriptible en su rostro cuando se lo había contado. Ella nunca había esperado que él pisara un juzgado. Pero ahora estaba aquí, había saltado por encima de esa sombra oscura, lo que sin duda había sido condenadamente difícil. Sólo porque quería ayudarla. No, se corrigió rápidamente. Porque quería luchar contra la injusticia. Desde luego, no tenía nada que ver con ella.

Sabía exactamente lo que tramaba: el juez no podría hacer las tareas delante de todos y entonces se vería obligado a tomar medidas contra Quentin o, al menos, a hacer que se investigara el spray.

Logan era un genio.

Elizabeth Stanton se levantó y se dirigió a la pizarra, aunque no se detuvo ante las tareas, sino que caminó directamente hacia Logan.

— Eres un hombre increíblemente guapo — ronroneó —. ¿Cómo es que nunca te había visto en mi sala?

¿Cómo?

Sin poder entender, Rebecca miró fijamente a la usualmente fría juez.

Logan parecía igual de perplejo y le puso un bolígrafo en la mano.

— Ahora, por favor, ¿podría resolver estas tareas?

Ella le sonrió. ¡Sonrió! Sin embargo, Elizabeth Stanton tenía fama de no hacerlo nunca. Golpeaba su mazo, rechazaba objeciones, fruncía el ceño y se echaba el pelo hacia atrás con severidad. Sonreír no formaba parte de su repertorio.

Entonces, se llevó las manos a la nuca y soltó las horquillas que sujetaban el moño. Una a una, las dejó caer al suelo. Luego se sacudió el pelo rubio oscuro, que caía en suaves ondas sobre su hombro.

— ¿Me dirás tu nombre, querido? — le murmuró a Logan con voz seductora.

Algo iba muy mal. Rebecca se estiró para mirar la mano de Logan, en la que aún sostenía el vial. Tenía una pegatina roja.

Mierda. Logan se había equivocado.

Al parecer, Quentin no sólo llevaba consigo el spray verde que utilizaba para confundir a los testigos, sino también el afrodisíaco. Y ahora la genial juez había conseguido un poco.

— ¿A qué viene todo este circo? — intervino Quentin —. Deberíamos aplazar el juicio. Esto no nos lleva a ninguna parte. Esto es una mierda. Además, ese tal Logan Rodríguez en realidad no trabaja para mí, sólo es...

— Cállate, Quentin — le espetó Elizabeth Stanton —. ¡Esta es mi sala y yo decido lo que pasa aquí!

Se volvió de nuevo hacia su nuevo amor.

— ¿Así que te llamas Logan? Es un nombre bonito. Muy masculino. Pero dime, Logan, ¿no crees que hace calor aquí? Especialmente bajo mi bata negra, este calor es casi insoportable.

Se sacó el pañuelo blanco del cuello y se levantó la bata para quitárselo.

Horrorizada, Rebecca pensó en cómo la administración de la droga roja les había afectado a ella y a Logan. ¿Y si ahora el juez atacaba a Logan delante de todos? Rebecca sabía lo rápido que se podía perder los estribos.

— No puedes... — empezó Quentin, pero Elizabeth Stanton le dirigió una mirada tan fulminante que se quedó callado.

El fiscal se había acercado, pero no sabía qué decir y seguía los acontecimientos atónitos.

— ¿Le importaría ayudarme a desabrocharme la blusa? — preguntó Elizabeth Logan, estirando hacia él su escote plano —. Y puede, por supuesto, quitarse también la chaqueta.

Le pasó las manos por el pecho y se deslizó bajo la chaqueta para quitársela de los hombros.

— Además, hueles bastante celestial. Eso puede hacer que una mujer se debilite — señaló .

Logan aprovechó su proximidad a ella para levantar la mano y administrarle una dosis del antídoto de menta. Por un momento pareció confusa, luego volvió en sí poco a poco. Asqueada, se alejó un paso de Logan.

— ¿Qué ha pasado aquí? — gritó, ahora de nuevo con su habitual voz dura que había perdido

todo halago.

— ¿Qué es lo último que recuerdas? — preguntó Logan.

Ella respiraba con dificultad.

— El spray bucal — chilló — . Lo usaste delante de mí.

— Exactamente. Y después estabas... bueno... un poco confundida.

Se miró a sí misma, se llevó la mano al pelo suelto y exhaló un suspiro audible.

Luego dio unos pasos hacia delante, directamente hacia Quentin Armadon.

Su dedo nervudo le apuntaba y su rostro era blanco como la tiza. Como un ángel vengador de un mito griego, se alzó frente a él.

— ¡Me has convertido en el hazmerreír de mi propia sala! — le espetó.

— Pero no, señora juez, esto es un malentendido. — Trató de decir para salir del paso.

Pero ella le interrumpió.

— ¿Es tu spray bucal o no? Todo el mundo te vio usarlo.

Rebecca pasó junto a Violetta, abandonó el banco y se dirigió al frente.

— Tiene otro, en el otro bolsillo de la chaqueta. Eso debería ser investigado urgentemente por el tribunal.

El juez hizo señas a un guardia de seguridad para que se acercara.

— ¡Pongan al Sr. Armadon bajo custodia! Pónganlo en una celda. ¡Y todo lo que lleve encima será examinado! — ordenó .

Luego, con su inimitable autoridad, se dirigió a la mesa del juez, golpeó la mesa con el mazo y declaró suspendida la audiencia.

En medio de la conmoción general, la sala tardó mucho tiempo en vaciarse. Todos hablaban confundidos, Quentin protestaba en voz alta, la juez daba órdenes. Sólo poco a poco la gente abandonó la sala, Quentin junto con un uniformado por la puerta lateral.

Rebecca lo siguió con la mirada y aún no podía creer lo que acababa de suceder. Cuando la emocionada Violetta se acercó a ella, intercambió unas frases con ella y le dio las gracias por el maravilloso traje. Pero apenas recordaba lo que había dicho.

El público abandonó la sala charlando con entusiasmo. Rebecca hizo salir a las dos ancianas.

— Me quedaré aquí un momento para recuperar el aliento — dijo y se sentó en uno de los bancos.

Se hizo el silencio detrás de ella.

Respiró hondo. Lo había conseguido.

Todavía le parecía un milagro que todo hubiera salido tan bien. Ni siquiera había tenido un plan elaborado cuando llegó aquí, y había esperado aún menos de Logan. Cuando pensó en él, se le dibujó una sonrisa en la cara. Había sido tan fuerte, concentrado y decidido. Incluso Quentin había dejado que le quitara el spray.

Se pregunto si Logan había adivinado que ella estaría allí.

Le parecía bien sentarse un momento en la sala vacía e intentar ordenar sus pensamientos. Sólo el fiscal seguía allí, pero apenas le prestó atención porque estaba ordenando sus papeles. Se le cayó el capuchón de la estilográfica y se agachó bajo la mesa para buscarlo.

De repente, unos pasos rápidos se acercaron por detrás. Rebecca se dio la vuelta y vio a Randolph acercándose a ella, con puro odio en los ojos.

— Maldita zorra — siseó —. ¡Nos desacreditaste a todos! Por tu culpa, ahora puedo enterrar mi reputación en el bufete de abogados que ya estaba listo para ser mío.

— Yo no hice nada malo. ¡Quentin fue el que mintió y engañó!

— Tonterías, sólo estaba gastando una pequeña broma. — La miró con rabia.

— Y tú lo sabías todo. Conocías hasta la carpeta — recordó.

Soltó una carcajada.

— Bastantes veces he hecho de mensajero para Banks o echado una mano a Quentin cuando arreglaba algo para su empresa. Y ahora, gracias a ti, me faltará el dinero que me deben por ello. Te voy a destruir, zorra.

Tenía la cabeza roja de ira. Rebecca dio un respingo cuando se acercó y retrocedió para alejarse de él. Él la siguió.

— Tu vida será un infierno a partir de ahora, me aseguraré de ello — siseó.

— ¿Se supone que eso es una amenaza? — Logan apareció detrás de Randolph —. Me parece que es más probable que hayas fastidiado la carrera de Rebecca, mi querido Randy, que al revés.

Randolph se dio la vuelta.

— ¿Qué estás haciendo aquí, idiota?

— ¿Idiota? — repitió Logan con calma —. Eso es más bien alguien que se asocia con un criminal jefe de un bufete de abogados y además acosa sexualmente a su compañera. Lo siento mucho por ti si tienes que hacer eso. Sólo los perdedores lo hacen.

Randolph se abalanzó y estaba a punto de asestar un brutal puñetazo a Logan cuando alguien gritó.

— ¡Alto!

Su brazo se detuvo en el aire y sus ojos se abrieron de par en par cuando el fiscal se acercó a su mesa. Lo había escuchado todo.

— Me parece que hay otro confidente en el asunto de Quentin Armadon — declaró con naturalidad —. Me encargaré de que también sea detenido — se llevaron al jadeante Randolph.

Rebecca sólo pudo asentir en silencio.

La última hora había sido demasiado, estaba completamente agotada. De repente, unos puntos negros bailaron ante sus ojos. Logan la empujó suavemente hacia un banco.

— Te traeré algo de beber — dijo y salió de la sala.

Lo siguiente que vio Rebecca fue la cara radiante de su padre.

— ¿Papá? — gritó sorprendida —. ¿Qué hacen aquí? — su madre y Rhonda aparecieron junto

a él e inmediatamente tomaron la palabra.

— ¿Creías que nos perderíamos si desmentías a ese abogado grasiento?

— ¡Pero no pretendía hacer eso en absoluto! Sólo he venido a observar el proceso.

Rhonda se echó a reír.

— Becky, te conozco de toda la vida. Y sabía que no te quedarías callada mientras un culpable quedaba libre. No podrías. Por eso los traje a todos.

Su padre se acercó a ella.

— Estoy muy orgulloso de ti, Becky. Has tomado la decisión correcta. Tengo una hija que se enfrenta al más poderoso de todos los abogados de Nueva York. Es increíble — le dijo .

Se levantó de un salto y lo abrazó. Se sintió tan bien al sentir su risa. Casi le pareció sentir cómo recuperaba el ánimo y volvía a ser el hombre de antes.

Todos en su familia hablaban con ella, querían saber algo o felicitarla. Incluso Violetta y Myra aparecieron una vez más y se inmiscuyeron alegremente en la conversación. Para colmo, apareció un alguacil para decirle que la juez Stanton la esperaba para una declaración.

Logan se unió a ella sólo brevemente, le puso en la mano una lata de té helado deliciosamente frío y se inclinó hacia ella.

— ¿A las ocho y media en el puente de Brooklyn? — le susurró al oído.

Apenas asintió, él ya se había ido.

*

El cielo estaba cubierto de nubes jaspeadas que llegaban casi hasta la cima del puente. Los arcos dobles de los dos poderosos pilares apuntaban hacia arriba, hacia las nubes, como un poste indicador de que ibas en la dirección correcta. Casi como si, en el momento siguiente, fueran a reorganizar sus innumerables piedras de color marrón claro y crecer aún más alto para finalmente vislumbrarse tras la capa gris plateada que tapaba el sol.

El aire era pesado y brumoso, la luz sólo caía tenuemente sobre los rascacielos, que se habían movido juntos para dar un panorama suavemente curvado. Un suave foco se había instalado sobre la imagen, por lo demás nítida, de la ciudad. Incluso todos los ruidos sonaban amortiguados y todo parecía transcurrir con mucha más calma que otras tardes. Como si una película se reprodujera un poco más despacio.

El hecho de que Logan no trotara hacia Rebecca, sino que se acercara a ella con pasos tranquilos, encajaba perfectamente con aquella sedante calma. Eso era bueno, porque ella necesitaba tiempo para ordenar sus pensamientos sobre él. Desgraciadamente, los 800 metros no fueron suficientes; él estuvo delante de ella mucho más rápido de lo esperado.

— Estabas en el juzgado. — Se le escapó en lugar de todas las muchas palabras que había estado pensando para acercarse a él de la forma más platónica posible —. Y sin embargo eso

está asociado a tan malos recuerdos para ti...

— ¿Quizá el presente es más importante para mí que cualquier recuerdo? — Le sonrió tan cálidamente que ella se sintió ligeramente mareada.

Una vez más, él estaba tan cerca, tan íntimo, tan a su disposición. Eso le dio esperanzas y al mismo tiempo le hizo sentir un nudo en la garganta. Tenía que llegar a terreno seguro, de lo contrario estaría perdida.

— Adivina qué — dijo rápidamente —. ¡Emilia lleva días intentando localizarme! Pero mi teléfono móvil se ha hundido en el fondo del jarrón.

— ¿Qué quería de ti?

— ¡Richard Stone tiene un trabajo para mí! Quiere integrarme en su departamento jurídico y preparar conmigo cosas totalmente nuevas. Aún no me lo creo.

Se detuvo en la barandilla y miró hacia el East River, que se paseaba tranquilamente bajo el puente. Unas cuantas gaviotas sobrevolaban la orilla. Dos de ellas se acercaron y encontraron acomodo en las filigranas de las cuerdas que mantenían en alto el puente de una forma casi mágica. En medio de las pequeñas olas del río, Rebecca vio relampaguear un pez plateado.

— Me alegro inmensamente por ti — dijo Logan, levantando la mano para apartarle de la frente un mechón que el suave viento había desprendido de su peinado.

El roce fue sólo un suspiro, pero lleno de ternura.

— ¿Te ha dado Cynthia el día libre? — Tenía la boca seca.

¿Tal vez iba en serio con ella después de todo? Su aparición en el tribunal no tenía que ver con ello, pero le aterrorizaba volver a tener esperanzas. Sentirlo tan cerca de ella y luego verlo partir... no podría soportarlo. La sola idea de que él la dejara allí sola la hacía sentir como si el viejo puente se balanceara siniestramente y luego se derrumbara. Ella misma sería arrastrada a las profundidades, se sumergiría en el agua y se hundiría, seguiría hundiéndose...

Él se rio suavemente.

— Cynthia hace tiempo que pasó a la historia.

Su mano en la sien... sus dedos recorriendo suavemente su pelo... su cara tan cerca de la suya... Rebecca tuvo que contener la respiración o habría suspirado en voz alta.

Se estremeció, le costó respirar y cambió su peso a su otra pierna para distanciarse un poco de él. La distancia era buena. Para calmarse antes de que él confundiera completamente sus sentidos. Pensar, necesitaba pensar, necesitaba tener la mente clara. El juicio. Eso estaba bien, podía centrarse en eso, hablar de eso.

— Gracias — dijo a duras penas.

Él parpadeó.

— ¿Qué quieres decir?

— Me salvaste.

— Oh, eso... — Alejándose un poco, hizo un gesto en el aire —. Sólo me subí al viaje que

planeaste.

— No, eso fue genial. Estuviste genial. La forma en que rociaste a la juez ... ¿Era ese tu plan desde el principio?

Su sonrisa de nuevo, tan cercana. Pequeñas arrugas alrededor de los ojos oscuros. Su pecho a punto de estallar.

— Me conoces. — Su voz como terciopelo —. No tenía un plan. Todo sucedió espontáneamente.

— ¿Pero por qué estabas allí en primer lugar? Debes haberte tomado tiempo libre para venir al juicio.

Él asintió y se acercó tanto a ella que involuntariamente aspiró su aroma y sintió su aliento en la piel.

— Rhonda me lo había dicho. Supe enseguida que tú también estarías allí. Y no podía dejarte sola, mi pequeña Sherlock. Después de todo, tu Doctor Watson siempre está disponible para cuidarte. Puede que me necesites.

— De verdad que sí. Te necesito — susurró Rebecca y titubeó. ¿Había dicho eso? Maldita sea, eso no era bueno, Logan no debía saberlo. Su boca cobraba vida propia. Desesperada, apretó los labios y entrecerró los ojos. No se atrevió a mirarlo. ¿De qué estaba hablando?

Sintió sus dedos en la barbilla. Quería que levantara la cara y lo mirara. A la defensiva, ella sacudió la cabeza, intentando liberarse... hasta que, de un momento a otro, toda resistencia se derritió en su interior. Levantó la vista lentamente. Sus ojos, tan cálidos, tan profundos, tan llenos de amor. Su corazón tropezó, sus rodillas cedieron, se balanceó.

Pero se acercó, muy cerca, rodeó a Rebecca con los brazos y tiró de ella hacia sí.

— Y yo te necesito, Becky. Más que a nada en este mundo — le murmuró .

La abrazó con fuerza. La estrechó contra él. La rodeó con su abrazo, la sostuvo con todo su cuerpo, apoyó su cabeza contra la de ella. Ella cerró los ojos. Unidos por fin.

No más mentiras entre ellos, no más Quentin y ninguna marca de nacimiento, no más Cynthia y ni siquiera una Shelley. Solo ellos dos y el antiguo puente que unía mucho más que los barrios de Brooklyn y Manhattan.

Rebecca permaneció segura contra su pecho. No quería marcharse nunca, nunca más. Sólo quedarse allí, acurrucada contra Logan, sintiendo su aliento, empapándose del calor de su cuerpo. Sus grandes manos contra su espalda, su barba de tres días contra su sien, sentir su amor en cada pequeña caricia. Este abrazo debería durar preferiblemente una eternidad. Y más allá. Pero en algún momento Logan se separó con mucho cuidado para volver a mirar a Rebecca.

— ¿Quieres probar con un gigoló engreído? — le preguntó él, tan expectante que ella tuvo que quererlo sólo por eso.

— Ah, sí. Quiero eso — dijo ella y se puso de puntillas para besarlo. Sus labios esperaban los suyos, se abrieron, la sedujeron con la lengua, mientras sus dedos se hundían en su pelo y él

apretaba su cuerpo contra ella con anhelo.

Era el cielo.

— ¿Sabes qué es lo gracioso? — preguntó en una pausa para respirar, sonriendo como un niño pequeño —. Violetta me pasó un paquetito después del juicio. Dijo que sabías qué hacer con él.

Sacó las finas tabletas de chocolate. Rebecca se echó a reír.

— En realidad tengo una idea de lo que podrías hacer con él — le susurró.

— Entonces, ¿a qué estamos esperando? — dijo Logan, tirando de ella hacia Brooklyn —. Después de todo, tú y yo estamos oficialmente ocupados. Así que no creo que a nadie le importe que pasemos esta noche juntos. Y muchas más.

Rebecca puso su mano en la de él y caminó a su lado, con los dedos entrelazados. Sabía que Logan no la dejaría marchar. Ni hoy, ni mañana, ni ningún otro día mientras el East River serpenteaba tranquilamente bajo el brillante y rojizo puente de Brooklyn.

EL HOMBRE

El blog de los hombres de verdad

Hola, mis queridos hermanos,

Este es Jasper.

Nuestro amigo EL HOMBRE ya no puede continuar con el blog, porque una mujer se interpuso. No lo habrían pensado, ¿verdad?

Parece que ha cambiado de actitud hacia el gran amor. Me alegro mucho. Me he tomado una cerveza con él dos veces y la última vez parecía envidiablemente feliz. Ni siquiera me sorprendería que un día pudiéramos hacer cola en el altar.

Pero somos un grupo tan agradable que sería una verdadera lástima que no pudiéramos seguir intercambiando ideas aquí. Por eso le pedí a EL HOMBRE que siguiera con el blog. Gracias a su ayuda últimamente tengo muchas, muchas mejores cartas con las mujeres, ¿se lo imaginan?

El otro día, una de ellas incluso me dio su número de teléfono. Bien, no la llamé, pero escondí la nota entre mis calcetines de deporte para que mi mujer no la encontrara. Puedes tomártelo con calma, supongo.

Además, le dije a mi suegra que no me apetecía una segunda ración de pizza de chucrut. Vaya, ¡qué bien me sentí! ¡Creo que hay un hombre de verdad dentro de mí después de todo y estoy fabulosamente agradecido con EL HOMBRE por haber sacado eso de mí!

¡Bien hecho, hermano!

Como no sé mucho sobre frases para ligar y esas cosas (¡pero estoy trabajando duro en ello!), he pensado que podríamos compartir aficiones aquí? ¿O compartir nuestras mejores recetas de salsas barbacoa?

Espero sus comentarios.

Hasta la próxima.

Y muchos saludos a EL HOMBRE. Te deseo toda la suerte del mundo. Eres el mejor.

Jasper

FIN

Recetas

Muffins de arándanos con corteza de canela

Ingredientes:

125 g de mantequilla

1 taza de azúcar

2 huevos

1 sobre de azúcar con vainilla

2 cucharaditas de levadura en polvo

2 tazas de harina

1 pizca de sal

½ taza de leche

2 tazas de arándanos

2 cucharadas de azúcar morena

½ cucharadita de canela

Procedimiento:

1. Batir la mantequilla, el azúcar y los huevos, añadir el resto de los ingredientes y, por último, incorporar los arándanos.
2. Verter en moldes para muffins engrasados y espolvorear con azúcar y canela.
3. Hornear a 200 grados durante 25-30 minutos, dejar enfriar y entregar a su mecánico de confianza.

Tarta de queso estilo Nueva York

Ingredientes:

125 g de galletas integrales
2 cucharadas de azúcar
80 g de mantequilla derretida
1 taza de nata agria
600 g de queso fresco
4 huevos
150 g de azúcar
2 cucharaditas de zumo de limón
2 cucharaditas de azúcar con vainilla
2 cucharadas de harina

Procedimiento:

1. Ponga las galletas en una bolsa de plástico y desmenúcelas, mézclelas con el azúcar y la mantequilla y extiéndalas por el fondo de un molde desmontable.
2. Meter en la nevera durante 15 minutos.
3. Mezclar el resto de los ingredientes brevemente (¡no demasiado!) y verter sobre la base.
4. Hornear a 150 grados durante una hora, dejar enfriar en el horno y luego meter en la nevera.
5. Cortar en trozos pequeños, a menos que haya trotado a través del puente de Brooklyn cuatro veces de antemano.

Limonada de arándanos

Ingredientes

125 g de azúcar

250 ml de agua

1 taza de arándanos

Zumo de 3 limones

Agua filtrada

Procedimiento:

1. Calentar el azúcar y el agua hasta que el azúcar se haya disuelto.
2. Añadir los arándanos y cocer a fuego lento durante 3 minutos.
3. Aplastar con un tenedor y pasar por un colador.
4. Dejar enfriar y mezclar con el zumo de limón.
5. Completar con agua con gas y disfrutar frío mientras se admira a Logan cortando el césped.

¡Que disfrute!